

HYPATIA Y LA ETERNIDAD

Ramón Galí

1ª Edición Digital, 2011

© Ramón Galí, 2009

<http://www.ramongali.com>

Reservados todos los derechos de esta edición para:

Literaturas Comunicación, S.L.

Parador del Sol 9. 28019 - Madrid

<http://literaturascomlibros.es>

ISBN: 978-84-939184-2-2

Diseño de la cubierta: Benjamín Escalonilla

Fragmentos de:

Hypatia de Charles William Michell

Autorretrato de Leonardo Da Vinci

ÍNDICE

Copyright

EL ESPÍRITU ETERNO E INDESTRUCTIBLE

CRÓNICA DE UNA INFAMIA O JESUCRISTO VERSUS PLATÓN (415)

PRIMERA PARTE: LA ERA DE DIOS

CAPÍTULO PRIMERO

El emperador insomne o la gloria del imperio bizantino (540-565)

CAPÍTULO SEGUNDO

La sonrisa del venerable o la fundación de Londinium (733)

CAPÍTULO TERCERO

El hombre que jamás miró atrás o el Renacer Carolingio (780-831)

CAPÍTULO CUARTO

La bitácora de Cicerot o el resplandor de los descubrimientos (898-950)

CAPÍTULO QUINTO

El sello de Oriente o el prodigioso ingenio de Ho (984-1000)

SEGUNDA PARTE: LA ERA DE LOS GENIOS

CAPÍTULO SEXTO

Dos genios en el califato de Córdoba o la gloriosa batalla contra los demonios
(1010-1200)

CAPÍTULO SÉPTIMO

Roger Bacon y Azul Omar o la fabulosa diáspora humana (1250-1318)

CAPÍTULO OCTAVO

El hombre que quiso surcar los cielos o la Energía Luminosa (1503-1616)

CAPÍTULO NOVENO

Anastasia Meshkova y los hermanos Kepler o la nueva perspectiva de la realidad
(1648-1658)

CAPÍTULO DÉCIMO

La musa de Isaac de Woolsthorpe o la Energía Infinita (1725)

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Alberto e Hypatia y las partículas de Dios o el mundo del futuro (1908)

EPÍLOGO

El ágora de los genios y la Energía Misteriosa 2010-...)

RELACIÓN DE EQUIVALENCIAS

LICENCIAS

AGRADECIMIENTOS

SOBRE EL AUTOR

MENSAJE DEL AUTOR

*A ti, abuela.
Esa niña eterna,
que baila y baila.*

*Si no se hubiera quemado la Biblioteca de
Alejandría ahora estaríamos... ¡en las estrellas!*

CARL SAGAN. COSMOS

Si una vez cada mil años una golondrina pasara acariciando con sus alas la superficie de una esfera de hierro del tamaño de la Tierra, en el momento que, por la erosión infinitesimal, la esfera hubiera desaparecido por completo habría transcurrido el primer segundo de la Eternidad.

J.P. GORTÁZAR

EL ESPÍRITU ETERNO E INDESTRUCTIBLE

SOY HYPATIA DE ALEJANDRÍA, SOY ETERNA. Soy eterna porque acurrucada en los pliegues del tiempo, y tras mi brutal asesinato, vencí a lo único que parece irreversible: vencí a la muerte.

¿Quieren saber qué sucede cuando nos liberamos del yugo de la materia? ¿Creen que la muerte es el fin, más allá de nuestra descendencia, más allá de nuestras obras? Yo también lo creía, desde el punto de vista de un ser lógico, de una matemática, astrónoma y filósofa. Pensaba, mitad racional, mitad lírica, como al contemplar la maravillosa geometría de un copo de nieve, que al fallecer pasamos a estar escritos con polvo de estrellas. Y allí, integrando los astros, es donde están todos: abuelos, padres, hijos, hermanos, amigos, aquellos que amamos. Pero en verdad, ¿dónde están ellos ahora? Desde el máximo respeto que me inspiraban, no abracé ninguna religión; siempre acuñé Ciencia y Dios en el anverso y reverso de la moneda. Pero admito que en dicha concepción pesaba más el lado racional. Por ello, antes estaba convencida de que las cien mil generaciones que nos precedieron con sus sueños y sus ilusiones ahora no eran más que materia cósmica inanimada. Si no negué ni afirmé a un Ser Supremo fue por falta de datos científicos que avalasen su existencia. Sí, sí, admito que es errado de origen este planteamiento. Reconozco también que una figura divina sería tan fabulosa, su inteligencia tan inconmensurable que ningún mortal podría entenderla, siquiera identificarla. Ningún mortal podría asimilar conceptos como el Infinito y la Eternidad. ¿Hay, pues, alguna entidad que vele para que no se pierda una brizna de aquello que fuimos? Como científica, pensé siempre que solo disponíamos del tiempo en la Tierra para amar, para soñar, para aprender. Siempre tuve dudas razonables, pero no solo las que me suscitó la religión sino la lógica: al morir nuestra carne se desintegra, nuestro ser desaparece, pero, ¿en qué pergamino de qué sabio está escrito que nuestros pensamientos, recuerdos, emociones estén fabricados con materia física?

Esta es la historia de un fabuloso viaje, a través del tiempo y del espacio, en busca del Conocimiento humano. Intuía que si la humanidad conseguía coronar dicha cumbre yo también entendería en qué me había convertido, qué es lo que se esconde detrás de la muerte, y si existe Dios. Es el relato de una singladura fascinante por los sinuosos recovecos de la Historia; otra Historia... Si me acompañan en este viaje en pos del saber nos esperan penosas tribulaciones, ríos de lágrimas, océanos de sangre, universos de dolor. Y la eterna batalla entre el Bien y el Mal; este siempre ha estado allá afuera, conspirando en la oscuridad desde la noche de los tiempos.

Soy eterna porque acurrucada en los pliegues del tiempo vencí a la muerte.

¿Quieren saber cómo fue? Retrocedamos entonces al momento exacto cuando sucedió.

Capítulo Introducción
CRÓNICA DE UNA INFAMIA O JESUCRISTO VERSUS PLATÓN (marzo de 415)

I

«HOY PARA MÍ es el día del Juicio Final... y tengo poco tiempo».

Dicen que los árboles sueñan con el azul del mar, con su turquesa cambiante mientras los humanos soñamos con el mañana. Pero, ¿y cuando alguien tiene la certeza de que el futuro nunca existirá? Mi nombre es Hypatia de Alejandría y tras despertar sentí que hoy iba a morir despedazada a manos de una multitud enloquecida. Tenía poco tiempo, aunque estaba serena. Mi mirada recorrió los pergaminos para confluír en el Gran Faro que enmarcaban mis ventanas. Corría convulsa, incipiente, la primavera del año 415 de nuestra era en la ciudad que me vio nacer. Alejandría estaba situada entre el mar y el lago Mareotis, junto a la boca oriental del Nilo.

Pensé que el apodado «el Magno» quizás se removería incómodo bajo el mármol de su tumba. Y lo haría cuando intuyera desde su infierno el terrible crimen a punto de perpetrarse en la ciudad que fundó. Pero en aquella mañana inmóvil de colores difusos, reaccioné: al más Magno de los Alejandros y a esta sierva del saber nos separaban siete siglos. Nos separaban muchos hombres y mujeres; un mar de tiempo inabarcable que dejaba pequeño al *Nostrum* que bañaba las costas alejandrinas. Tenía poco tiempo y mi belleza madura jamás podría acercarse a la sobrenatural de Helena, la troyana legendaria. De ella contaban que incluso podría hacer regresar a los muertos de sus quehaceres en el Más Allá. Las lápidas permanecerían selladas. Nadie, ni los muertos, moverían un dedo para salvarme. Entonces repetí de viva voz:

—Hoy para mí es el día del Juicio Final... y tengo poco tiempo.

II

AQUELLA MAÑANA, última de mi vida, había despertado sudorosa en una habitación tapizada de volúmenes de los sabios del pasado. En alguno de los textos que allí descansaban rezaba el viejo aforismo: «Ni aun permaneciendo sentado el hombre junto al fuego de su hogar puede escapar a la sentencia de su destino». A través de mis ventanas miré de nuevo el enorme cíclope de mármol blanco que guiaba los barcos hasta el puerto de Eunostos, en la isla de Faros.

¿Qué podía decirle a mi particular gigante pétreo? Él y yo compartíamos el Gran Secreto...

Entonces volví a recorrer con la mirada todos mis pergaminos. Después lloré amargamente con el llanto del que sabe que jamás vería otro atardecer incandescente, del que jamás contemplaría de nuevo el mar. Dicen que los árboles sueñan con sus olas y su azul cambiante así que cerré los párpados durante unos minutos para transformarme en uno de ellos. Entonces, como si nadie nunca pudiera cambiar un solo renglón del Libro del Tiempo, asumí mi destino.

A continuación hablé de nuevo en voz alta:

—Mi mente es un reino y al futuro viajó, y allí de la realidad notas tomé. ¿O fue la realidad infinita la que se basó en mi recuerdo imborrable del que se forjó?

Después, más serena, guardé mis raíces de árbol y dejé de ser tal. Tras asearme, me perfumé con esencia de violetas y vestí con mi túnica de filósofa favorita. Finalmente guardé con sumo cuidado un pergamino en el bolsillo y me dirigí al centro de la ciudad a buscar mi propia muerte.

Aquella mañana había despertado con esa certeza, con esa premonición. Cuando salía de mi casa por última vez recordé como, hacía por lo menos una década, mi padre me había dicho:

—Desde tiempos del filósofo Isidoro se dice que los alejandrinos poseemos el don de la adivinación por medio de los sueños. ¡Pero ten cuidado, Hypatia! —advirtió él—. La nave dorada del dios Tiempo rechaza a los viajeros que pretenden infiltrarse en un punto del trayecto que no les corresponde.

Tras escucharle nunca imaginé que yo misma poseería dicha capacidad anticipadora.

Volví con brusquedad de aquel recuerdo: tenía que encontrar a alguno de mis amados guardianes de la filosofía, para transmitirles una información vital; información de la que yo era única poseedora. Eso era lo único que me inquietaba a medida que las arenas del tiempo descendían implacables por el cristal cónico.

III

EL RELATO DE MI CRIMEN, alimentaría sin quererlo mi leyenda. Aquella infamia sería considerada la verdadera frontera entre la resplandeciente Antigüedad y las inquietantes centurias posteriores. Roma vivía en esos tiempos un crepúsculo sin mañana. El Imperio se ubicaba al borde de un abismo al que una burocracia insufrible y las guerras civiles terminarían de precipitar. Algunas colonias soportaban ya el acoso bárbaro. Alejandría aún permanecía indemne, callada para que el monstruoso Caos no volviera su cabeza alertado de su presencia. Allí, como en una burbuja ajena a la inclemencia exterior, había ejercido como matemática, astrónoma, docente y filósofa. Además, iba a ser la última directora de la Biblioteca. Dicha institución representó el más grande templo del saber... hasta la Era de los Genios; la salvaguardia de ese templo se había convertido en la razón última de mi existencia. Por eso tenía que encontrar a mis discípulos antes de que me arrebataran la vida. Tenía que transmitirles el Gran Secreto antes de que una muchedumbre frenética me descuartizara sin piedad.

Apreté el paso mientras cavilaba: el porqué o el cómo había llegado hasta allí eran

sencillos de entender. El patriarca Cirilo había urdido el asesinato motivado por mi alianza con Orestes. Orestes era alumno mío, prefecto de Alejandría y máxima autoridad imperial de Constantinopla en la ciudad. El poder religioso del obispo discurría abiertamente enfrentado al poder político. La envidia de Cirilo se cocinaba a fuego lento dentro de las mazmorras de sus férreos principios. Un día, al pasar en su carruaje delante de mi vivienda, vio movimiento de gentes, y nobles caballos árabes atados en la puerta.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó el patriarca, presa de unos celos corrosivos.

Su prestancia de senador romano que le confería su cabellera de plata, su perfecta barba también alba, su nariz recta y unos enormes ojos negros empezó a resquebrajarse. Y lo hizo cuando escuchó la respuesta:

—La hija del astrónomo Teón, Hypatia, nos hablará de Aristarco, de Hiparco, de Eratóstenes y de Ptolomeo. Nos hablará de cómo todos ellos descifraron el lenguaje del cosmos. Han llegado invitados desde Tebas, Antioquía, Cartago y hasta Damasco —le contaron.

—¿Pero quién es esa pagana y quiénes todos esos que le rinden pleitesía sin sonrojo? ¡Habla! —exigió.

—Algunos de sus oyentes y alumnos desempeñan altos cargos eclesiásticos e imperiales, señor. Ella aconseja a funcionarios, a gobernadores civiles de Egipto, a comandantes militares, a destacados líderes religiosos y a otros filósofos. Todos son ilustres prohombres y mujeres de Imperio.

Cirilo sentenció:

—Pagaré su osadía con la moneda de más valor.

En verdad, me quedaba muy poco para consumir tan involuntario trueque. Era muy consciente de que disponía de muy poco tiempo para encontrar a los míos.

IV

SI NO ACTUABA rápido el Gran Secreto moriría conmigo y eso sería terrible para las generaciones venideras. Los directores de la Biblioteca nos lo habíamos ido transmitiendo unos a otros. Consagraría lo poco que me quedaba de existencia a intentar hacerlo. En una intersección me dirigí, resuelta, hacia el centro de Alejandría.

Todo iba a acontecer durante la Cuaresma del año 415: una muchedumbre enloquecida formada por monjes y parabolanos, —brazo armado del patriarca—, ya me buscaban. Cirilo había difundido un rumor calumnioso:

—¡La exaltada Hypatia practica deleznable ritos de magia negra y artes satánicas!

Los tiempos pretéritos ya arrastraban una maldición homicida en la ciudad. La siguiente afrenta tendría lugar este mismo día. Todo iba a suceder hoy.

Caminé por las amplias avenidas creyendo escuchar el ruido de los sables. Desde la expulsión de muchos judíos, cristianos y hebreos estaban enfrentados. Hacía no demasiado un «ejército» de religiosos se manifestó contra el prefecto de Alejandría y una piedra, mal encarada, le alcanzó. Este, con extraordinaria indignación, ordenó:

—¡Arrestad y torturad hasta la muerte al responsable de la trayectoria del proyectil! El incidente envenenó las relaciones iglesia-imperio. Además, fue semilla de la

planta carnívora de intolerancia que terminaría devorando a todo y a todos... empezando por mí. En menos de media hora dejaría de ser.

Angustiada, surqué calles antes suntuosas, más elocuentes por lo que callaban que por lo que decían. Apreté el paso hacia el céntrico barrio del Bruquión, donde se hallaba la Biblioteca. Me pregunté si encontraría allí a alguno de mis discípulos. Sin embargo, dudaba de que el sirio Olimpo se hallase en Alejandría; ahora era un acaudalado terrateniente. Con Hesiquio tampoco tenía esperanzas; en la actualidad ejercía de gobernador de la Alta Libia. «*Qué lástima que mi amigo Sinesio de Cirene haya desaparecido*», pensé acariciando el pergamino de mi bolsillo. Como decía él había formado junto a los anteriores y Herculiano, la tétada pitagórica: los celosos guardianes de los secretos de la filosofía.

Sonreí al recordar el día que descubrí que Sinesio usaba un hidrómetro para la adivinación. Al final de una de mis clases de geometría divina le recomendé:

—Con extremo cuidado tira este aparato y construye un astrolabio. Con él podrás observar y determinar la posición y el movimiento de los astros, aunque en ellos verás el pasado, no el futuro.

Lo cierto es que el malogrado Sinesio nunca pudo deducir con su instrumento las profecías que los dioses habían puesto en mí durante el sueño. Los hilos luminosos que me ataban con esta realidad estaban a punto de quebrarse. De mi fusión con el conocimiento nació mi vida y ahora se acababa.

Entonces lo vi a lo lejos.

V

DIVISABA la cúpula sustentada por ocho columnas del Faro cuando, por puro azar, topé con Ciro, hermano de Herculiano. Charlaba con otro funcionario municipal, y como siempre se alegró de verme. El otro servidor público, al reconocermelo, se alejó discreto. Me limité, tras saludarlo, a preguntarle por él.

—Se halla en el Bruquión. Estaba inquieto y no supo decirme el motivo. ¿Qué está sucediendo, maestra?

Pero no le contesté. Solo le di un fuerte abrazo en el que le transmití una pequeña porción de mi alma. Al alejarme volví la cabeza para regalarle una triste sonrisa.

Herculiano estaba bien relacionado, tenía trato familiar con miembros del gobierno y con militares de alta graduación. Además ocupaba un puesto importante en la corte de Teodosio II. De él, mi querido Sinesio siempre había dicho: «Es el mejor de los hombres, el hermano tres veces deseado». Sí, en ese momento me di cuenta: Herculiano era el hombre clave. De encontrarle dependía TODO. Noble, leal, discreto y con contactos influyentes; conocía a hombres poderosos y a eruditos de primer orden. Muchos de ellos habían sido estudiantes míos y se querían como una familia; eran una comunidad muy unida. Su nexos, su fuerza unificadora estaba representada por la solidez de un lema: «Bajo el signo de Hypatia». Aquello me ruborizaba y honraba a partes iguales.

Herculiano, según su hermano, andaba ese día nervioso. Quizá su sexto sentido le había anunciado que algo terrible iba a suceder. Conociéndole, si hubiera imaginado lo que se cernía sobre su antigua profesora hubiera derramado su sangre egipcia para impedirlo.

—¡No te imaginas cómo echo de menos tus clases! Quiero que sepas que «Bajo el signo de Hypatia» no es una consigna que repito como un lema vacío. Es una máxima que gravita sobre mí. Llena de contenido y sentido mi vida —me comentó la última ocasión.

—Sí, si todo el mercado te contempla atónito por el símbolo que flota insólito, encima de tu cabeza —bromeé antes de marchar.

Regresé de aquel dulce recuerdo. ¿Qué misterioso embrujo nos hace infravalorar el presente y, cuando este ya no es tal, añorarlo de forma insufrible?

Tenía que encontrar a ese hombre. Ya.

VI

PERO ALEJANDRÍA se tornó demasiado extensa para mí. Inmensas avenidas de mampostería y mármol, estatuas dormidas y obeliscos inermes, jardines y ágoras, grandiosos edificios administrativos y magnos palacios que se me antojaron interminables. Con las prisas y la excitación había subestimado las distancias de la ciudad; me encontraba prisionera en la jaula de oro que algún día fue. Desconocía el momento exacto del desenlace fatídico aunque lo percibía inminente. Por ese motivo decidí alquilar un carruaje, por un cuarto de talento, para desplazarme. Quizás aquella fue una de las más desafortunadas ideas que tuve en vida...

—Al barrio del Bruquión.

El viejo templó a la vieja jaca mientras se apoderaba de mí un pensamiento: nadie podría reconducir una situación que al Estado y a la Iglesia se le había ido de las manos. Mediaba entre ambos un abismo de incompreensión que, sin duda, desembocaría en sangre y fuego. Eso en cuanto a lo doméstico, porque en el exterior los pueblos germánicos aporreaban las puertas del Imperio Romano de Occidente y pronto las derribarían. Como matemática, la ecuación poseía una claridad meridiana:

CONFLICTOS INTERNOS + CONFLICTOS EXTERNOS = CAOS TOTAL

En pocos minutos alcanzaría las coordenadas de mi fin. El objetivo era salvar la Biblioteca de la barbarie. Había deducido que, una vez acabaran con la «guardiana del saber», arremeterían contra el propio conocimiento. En ese momento recordé cómo, en una ocasión, había intentado sin éxito convencer al obispo Cirilo de las similitudes del pensamiento cristiano y el neoplatónico:

—Señor, es probable que vuestro Jesucristo y mi Platón se enfrenten en complejos juegos de geometría cósmica allá donde estén. Quizá sentados sobre una estrella. El dios de los cristianos jugará con los ojos vendados y mis filósofos perderán siempre.

Pero mi interlocutor, lejos de ser receptivo, fue abiertamente hostil. Los celos, la frustración y la envidia del patriarca ante la popularidad de la que yo gozaba eran afiladas conchas marinas y cortantes fragmentos de cerámica en potencia. Con dichas herramientas me desmembrarían. En aquella ocasión me contestó:

—¡Calla, gentil! Tus palabras son heréticas y tus poemas, desafortunados. Pisoteáis las Sagradas Escrituras y luego defecáis sobre ellas.

—¡Pero, señor, si hablamos de la misma Verdad contemplada desde las dos orillas! Sin embargo, mis palabras eran combustible que alimentaba el fuego interior del

patriarca. Las venas inflamadas de su cuello parecían a punto de estallar:
—¡Callad, callad, desgraciada! —En su respuesta percibí un odio casi material.
Aquellas palabras las pronunció un asesino. Mi asesino.

VII

EN DOS MINUTOS alcanzaría el antiguo barrio de Alejandría. Exploré sentimientos, sensaciones. Al margen de la necesidad imperiosa de transmitir el Gran Secreto, encontré paz. Una paz interior atesorada durante décadas, esculpida por las plumas de los filósofos, forjada desde el amor que profesaba al conocimiento. Respecto al mundo que todavía me rodeaba un antiguo alumno iba a materializar con palabras, mis propias inquietudes. Todavía no lo sabía pero pronto partiría hacia el más fabuloso viaje que realizó nunca ningún ser. Extraje de mi bolsillo su última carta. Mi amigo Sinesio de Cirene la había escrito años atrás, justo antes de morir. Me sumergí en el texto:

Cirene, Región Cirenaica, Valle de Djebel AkhdarA 12 de febrero del año 412
MI THEIOTATOS, mi santísima Hypatia: En primer lugar he de decirte que mi devoción incorruptible no ha declinado en los últimos tiempos: si me necesitas me tendrás a tu lado, hasta el último aliento, incluso cuando me guiñe el ojo el dios de los muertos, Hades. Creo que a todos tus alumnos nos reunió la diosa Fortuna en una encrucijada, en un lugar y un tiempo excepcionales. Los secretos del cosmos, fueron misterios revelados por ti, nuestra guía verdadera. Recuerdo con enorme nostalgia, por ejemplo, tus clases de astronomía. Es la ciencia la que abre el camino a la teología. Pero para alcanzar la cumbre espiritual se tienen que dar ciertas condiciones: disponer de un estómago lleno y un fácil acceso a la cultura. Dicha transmisión de Conocimiento debería llegar a las cuatro esquinas del mundo, a todos esos lugares de los que nos habló Sófocles. No tengo la solución, pero imagino ejércitos de escribientes realizando millones de copias de los pergaminos. Imagino ejércitos ecuestres para difundirlos. Quizás en el futuro existan otros medios técnicos para hacerlo. Además de los factores mencionados, no podemos olvidar esos jinetes del Apocalipsis que nos rondan: el hambre y las enfermedades. ¿Llegaremos a vencerlas algún día? Hoy he soñado algo extraño, muy extraño: que tú contemplarías ese día luminoso. Me hubiera gustado verte por muchas razones e incluso alguna práctica; mi ascensión al episcopado ha generado algunas dudas teológicas que querría haber debatido contigo. La filosofía que nos enseñaste basada en la virtud, la belleza, la contemplación, ¿de veras choca de forma frontal con lo que dicen los Evangelios? Mi amada, mi querida, mi santa Hypatia, ¿no es cierto que Platón y Jesucristo plantean los mismos conceptos casi con las mismas palabras, pero desde diferente prisma? Te ama, por siempre, por toda la eternidad, Sinesio

VIII

—ALLÍ NOS REUNIREMOS, amado Sinesio. En el fin de la eternidad, donde para los cristianos residen Dios, los santos y los poetas que descifraron el cielo. Yo creo que seremos polvo de estrellas, aunque espero que de la misma —dije en voz alta mientras plegaba la carta de mi amigo.

Sus palabras, algunas realmente enigmáticas, calaron en mí con profundidad, pero la realidad golpeó a la puerta con brusquedad disipando el recuerdo. En ese momento llegué a la encrucijada..., aunque sería mejor denominarla callejón sin salida. No tenía duda al respecto cuando divisé al monje Filamón, en medio de un tumulto de griegos. Dos cretenses discutían de forma acalorada con un rodio y un macedonio. El religioso, antiguo alumno mío, parecía mediar para que no brillaran las hojas de sus dagas. En su momento la relación profesora-alumno derivó en una amistad de sólidos eslabones. Por esa razón, cuando el monje me vio se le descompuso el rostro. En cuanto se enteró de lo que iba a suceder se había dirigido presto a avisarme, hasta que topó con esa reyerta; Alejandría era una espesa marea de descontentos de todo pelaje por la que era difícil avanzar. Sin bajarme del carruaje que ya había detenido el conductor, vi mi propia muerte pintada en la cara de ese hombre. Una turba de salvajes se empezó a abrir paso hacia el carro. El viejo que lo conducía, al percatarse de la situación, salió corriendo como llevado por el diablo: dos docenas de fornidos mercenarios abrían paso a golpes a más de cien monjes que irradiaban fuego por sus ojos. Un grupo de galos tuvo la desafortunada idea de hacerles frente y terminó cosido a machetazos. Divisé desde mi atalaya lo que se me venía encima, pero reaccioné con *sôphrosynê*, con un autodominio que hasta a mí misma me sorprendió. Ya no podía escapar; la muchedumbre, huyendo de los salvajes, había bloqueado el paso al caballo. Antes de que se consumara la tragedia hice acercarse a Filamón. Una vez ubicado a mi lado me agaché despacio hacia él, sin descender del carruaje. Calculé que disponía de apenas unos instantes para transmitir el mensaje cifrado.

—Busca a Herculiano, alto funcionario de Teodosio, y dile de parte de la hija de Teón... —El religioso cerró los ojos con fuerza para recordar con precisión mis palabras; o quizá los hizo para no ver la jauría mortal que se nos venía encima...

—...DONDE EL CÍCLOPE INCANDESCENTE TERMINA DE TRAZAR LA TRAYECTORIA DE LAS NAVES EMPIEZA A PINTAR LA SENDA DE LA SABIDURÍA. LA NUEVA ZARZA ARDIENTE DICTARÁ EL RUMBO PARA EL HOMBRE, HONRADO CON LOS PILARES DEL CONONCIMIENTO.

En ese momento Filamón voló, despedido por un manotazo. El hombre, maltrecho en el suelo, continuaba con los ojos cerrados y su boca dibujaba palabras sin cesar. No rezaba; consciente de su trascendencia, repetía una y otra vez mis palabras.

La horda de incondicionales al obispo, tras alcanzar el carruaje, me sacó con extrema violencia. Acto seguido fui llevada hasta Pedro el lector, monje líder de la revuelta. Después fui arrastrada hasta la iglesia del Cesarión.

IX

YA DENTRO del antiguo templo y en una fuente los monjes me desnudaron por

completo o, para ser exacta, me arrancaron la ropa con violencia. Luego me dejaron unos minutos de pie, con el agua llegándome a las rodillas, convertida en el epicentro de todas las miradas. La conjunción de la luz que se filtraba por las vidrieras, mi serenidad, los nenúfares que cubrían parte de mi piel y la brisa de violetas que siempre me precedía, me hicieron sentirme más bella y segura que nunca. Sonreí. Los monjes parecían desconcertados. Mi boca se amplió hasta convertirse en carcajada. Los violentos se frotaban los ojos sin creer lo que veían. ¿Qué tenía de gracioso estar a punto de morir de la forma más horrible imaginable? Entonces afirmé:

—Mi cuerpo morirá, pero mi alma será entonces universal y vagará por los siglos. Y lo hará hasta que la humanidad entera alcance el *Nous*, la sabiduría máxima.

Tras esto, me deshonraron para después desollarme viva. Lo hicieron con una saña inconcebible provistos de fragmentos de cerámica y conchas hasta separar mi carne de los huesos. Luego, la enloquecida muchedumbre de fanáticos me despedazó arrancando mis miembros uno a uno. Acto seguido, mis restos fueron arrastrados hasta un lugar llamado Cinaron y allí los quemaron con inaudita barbarie.

—Tus dioses han quedado reducidos a polvo a los pies de Cristo victorioso, pagana recalcitrante —dotado de un inquietante fulgor diabólico en la mirada eso fue lo que masculló el patriarca Cirilo cuando llegó a sus oídos lo acaecido.

Los asesinos jamás fueron castigados. Orestes fue destituido y nunca se volvió a saber de él. Me temo que con mi asesinato murió también la libertad de investigación y pensamiento, Homero y Platón. Con mi asesinato también murió esa época jaspeada de perfección que fue la Antigüedad. Pero, ¿qué hubiera sucedido si yo no hubiera muerto? ¿Qué le hubiera deparado a la humanidad si se hubiera salvaguardado, el ingente volumen de información de la biblioteca de Alejandría? Y ahora cabe preguntarse: si había desaparecido, ¿cómo es posible que pudiera estar contando todo esto desde un futuro? La cuestión quizás sea: ¿Por qué todo lo que yo una vez fui, Hypatia de Alejandría, tendría que desaparecer por completo con mi muerte física? Primero de forma tímida, como una golondrina al viento, trataría de mellar la eternidad que se erguía ante mí. Pero si la sutileza no funcionaba no estaba dispuesta a desintegrarme con mansedumbre, a hacerme soluble en el universo. Si la sutileza no funcionaba no estaba dispuesta a diluirme en el cosmos como lágrimas en la lluvia, como un grano de arena en las orillas del infinito. Todavía tenía mucho que hacer. Lucharía contra las propias estrellas, contra todos los dioses si hacía falta. Nunca me rendiría, aunque me costase el fuego eterno, la ira de los señores del universo. Jamás.

Los que lean estas palabras que siguen serán testigos.

PRIMERA PARTE: LA ERA DE DIOS

Capítulo Primero
EL EMPERADOR INSOMNE O LA GLORIA DEL IMPERIO BIZANTINO
(540-565)

I

«EL TIEMPO ES LA IMAGEN de la eternidad en movimiento», sostenía Platón. Sentí en mí la sustancia de la que está hecha la eternidad como algo líquido, casi viscoso. Después percibí una forma geométrica elipsoidal de tamaño grandioso. Me sentí sueño de un dios, juguete roto en sus poderosas manos. La armonía del cosmos penetró en mí sin avisar. Y lo hizo como la luz de mil crepúsculos estelares; extendiendo las orlas de sus mantos me guiaron hacia las puertas del Cielo. Detrás de ellas los creyentes suponen la apoteosis de la belleza, el delirio máximo de los sentidos. Mi pensamiento me condujo a través de un sendero de razonamientos por el que caminaba ciega, sorda, desnuda.

«...Siento. Sí, siento. Soy, por lo tanto. Sigo siendo parte de lo que fui alguna vez. Recuerdos. Sí: conservo intactos mis recuerdos, más o menos desdibujados. Somos nuestros recuerdos, nuestras añoranzas, láminas impresas en nuestra memoria. Sin embargo no estoy. Soy, pero no estoy. No existe ningún lugar en mi nuevo estadio y el tiempo no fluye... con normalidad, de forma lineal. Lo percibo como ese elipsoide inmenso, extraordinario, única dimensión existente desde mi aquí. Todo esto tiene que poseer una explicación científica, pero que desborda las murallas de mi intelecto. Al parecer, el divorcio entre la materia y el ser se ha consumado.»

Entonces, como dirigida por esa mano invisible, viajé hacia un punto de la elipse. Hacia el futuro. Tuve segura conciencia de ello. En ese momento sentí como si atravesara una membrana invisible, al otro lado de la cual percibí los tres ejes que echaba de menos del ámbito del que procedía. Hablo de las coordenadas espaciales... con Pitágoras sabe qué centro. Me sentía en algún lugar, aunque seguía sin tener conciencia de mi cuerpo: solo pensamientos y percepciones obtenidas hasta ese momento por ciencia infusa. Carecía de órganos que sustentaran mis sentidos. De algo no tenía duda:

«... No estoy hecha de los componentes últimos de la materia.»

Por alguna extraña ley, escrita con renglones curvos en alguna galaxia remota, el milagro se produjo: los sentidos empezaron a brotar en mí al evocarlos. Y lo hicieron como otorgados por alguna deidad misericordiosa. No tenía cuerpo, pero empezaba a vislumbrar –no sé cómo– una tenue bruma azul. Empezaba a escuchar un rumor lejanísimo, a percibir un conocido aroma de salitre que me era muy familiar.

«... ¡Platón mío! ¿El mar...?»

II

CUANDO LA ESCENA se reveló nítida, observé cormoranes de lustroso plumaje y otras aves menores sobrevolando el estrecho del Bósforo. Al Sur, el Cuerno de Oro, puerto natural de Constantinopla. Sentí, sin saber por qué ni cómo, que aquel era su lugar favorito para entregarse a la lectura.

«¿Es esto el Olimpo y este hombre el mismísimo...? Una certeza y mil dudas... *El Imperio Romano de Oriente ahora es la última isla de civilización rodeada de un mar de barbarie. ¿Es este el mundo que yo conocí, pero en un futuro cercano? ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces? ¿Qué o quién me suministra información? ¿Por qué estoy aquí?»*

Volví a sentirme títere gobernado por los dedos de una deidad y eso no me gustó. No estaba dispuesta a ser mera espectadora, así que intenté tomar parte activa en la escena. Había, como digo, un hombre maduro, de facciones duras y pelo cano, frente a un libro y sentado sobre un risco. Descarté su deidad y me sentí mejor. Después consumé una acción que no tenía nada de metafórica. Supe que podía y, sin más, lo hice: sin ningún tipo de preámbulo, con solo desearlo, ¡me metí dentro de su mente... literalmente!

«¡Asombroso!»

De un momento a otro fui dos; sentía y recordaba todo lo que aquella persona tenía dentro de la cabeza. La perspectiva era unidireccional y algo borrosa, como si mi *arrendador* tuviera algún problema de visión. Sentí duplicidad, pero con una preclara frontera que delimitaba dónde acababa yo y dónde empezaba él. Percibí un antiguo e indefinido tormento nunca superado. También firmeza y determinación pero suavizadas por las nieves del tiempo.

La primera vez fue así de sencillo.

Supe que podría haber sido roca, árbol o mar, fusionarme con todos ellos. Me pareció que lo más lógico era subirme a ese privilegiado mirador y contemplar la realidad desde el prisma del trozo de materia más complejo y maravilloso del cosmos: la mente humana. Allí atrincherada, cual espía silenciosa, me preparé para ser testigo de excepción de los cruciales acontecimientos que estaban a punto de suceder. Pospondría la curiosidad que me empujaba a descifrar, a leer los secretos que encerraba ese hombre. Flavio Pedro Sabbacio levantó hastiado la vista del libro. El vetusto volumen de la *Historia de Roma* de Plinio el Viejo tendría que esperar. Con extremo cuidado marcó la página y cerro el libro. Luego, ignorando al recién llegado, contempló unos segundos el mar resentido cuyas olas azotaban sin tregua las afiladas rocas de sílice. En ese momento, un fragmento de información cruzó la eternidad y se instaló en mí:

III

«A ÉL SE LE CONOCERÁ en el futuro como el emperador bizantino Justiniano I». Como digo, había alguien más allí. El mensajero habló:

—Mi señor, el general Belisario le espera en la corte recién llegado de la Península Itálica. Sus ministros y colaboradores están dispuestos para recibirlo.

La lengua en la que se expresaba era una especie de latín vulgar evolucionado más o menos inteligible para mí. Intuí que el soberano debió de mirar al heraldo con hastío. Este le informó de la composición de la delegación.

—...El general Belisario y su mano derecha, el miliciano Bouzas. También os esperan vuestro secretario personal, Procopio de Cesarea, y Marcelo, jefe de la Guardia Imperial en este año 540 de nuestro Señor.

«*Bien, ya estoy ubicada en la historia*», pensé sigilosa, como para no alertar al emperador de mi presencia. Mientras nos dirigimos al Sagrado Palacio Imperial me di cuenta: al escuchar mencionar a su esposa, Justiniano había sentido una especie de emoción ambigua, una incómoda convulsión.

—¡La Península Itálica ha sido reconquistada a los bárbaros por nuestras tropas, señor! Su rey ha sido capturado en Rávena —yelmo en mano y apoyado en la cadera, coraza ajada ceñida al cuerpo, Belisario poseía nariz ancha y facciones angulosas; alto, moreno, barbado, musculoso y... muy atractivo. Su cuerpo parecía haber sido desmembrado y vuelto a ensamblar a juzgar por las profundas cicatrices que surcaban sus miembros. La magna sala del Palacio de Constantinopla era impresionante. Una mujer habló:

—Sería menester trocear al rebelde e ir exponiendo sus restos a la plebe en las diferentes provincias itálicas, para su escarnio...

«*Así que esa es la emperatriz...*»

... Pensé al escudriñarla a través de los ojos miopes de su esposo, tumbada sobre su enorme triclinio. Desde sus costuras de muñeco colosal, Belisario escuchó atónito los planes para repartir los restos del prisionero por toda la península. Después de hablar, Teodora estiró una mano y acarició a uno de sus enormes mastines. Quizás sugería una herramienta para consumir lo que planteaba.

—...creo que vuestra esposa ha interpretado mal el concepto romano de fragmentar al enemigo en aras de vencerlo —interrumpió insolente el general Belisario, mirando a Justiniano, como si ella no se encontrara allí. Nada más verla me llamó la atención su belleza salvaje y su erotismo implícito.

IV

SUPE QUE EN el pasado su figura y sus hipnotizantes ojos habían hecho mella en muchos hombres. Llevaba una diadema espectacular de piedras preciosas que refulgían hasta resultar cegadoras. Perlas de inaudito tamaño orlaban su cuello, gran peligro para los incautos que entraran en el campo de acción de su cóncavo reflejo. La púrpura brillante de las sedas que la envolvían le confería el halo de divinidad con el que siempre soñó de joven. Esa información residía en algún remoto pliegue del cerebro de Justiniano y, gracias a una inentendible geometría de lo posible, yo tenía acceso a ella. Estaba a punto de contemplar también la gloriosa estampa del emperador. Sentí desde dentro como Justiniano estallaba en carcajadas ante la ocurrencia del militar. El historiador y secretario imperial Procopio rompió su prudente silencio y le imitó. Las facciones de Bouzas se mantuvieron solemnes, quizá cautivas por las cicatrices que aprisionaban su rostro. Procopio

acompañaba en sus guerras a Belisario y hacía las veces de cronista. Rondaba la cuarentena, vestía como un cónsul romano y el tiempo había encanecido sus cabellos.

«Habla poco y escucha mucho, sedimentando los hechos que su mente desgranará con posterioridad. Este tiempo también tiene sus “Heródotos”, sus historiadores universales. Bien».

El espejo que cubría una de las paredes me reveló más información de la que había podido registrar previamente, cuando le vi por primera vez leyendo frente al mar. La explosiva apariencia de la emperatriz contrastaba con la sobria indumentaria de Justiniano: túnica y capa encarnadas, chaleco de brocado azulón, botas altas, pelo cano y desordenado cautivo bajo la corona. Pronunciadas arrugas en la frente y su caída de ojos revelaban antiguos tormentos y quebrantos. Teodora y el emperador macedonio, formaban en ese momento la pareja más poderosa del mundo conocido. Respecto a la mujer... no sé, sentí algo extraño...

Tras el jolgorio, los ojos imperiales se clavaron en Belisario:

—Mi amada esposa a veces confunde la aritmética del todo con la de las partes.

Divide y vencerás, ¡pero no hasta ese nivel!

La que supe que había pasado de ser prostituta a emperatriz habló de nuevo:

—General, ambos tenéis razón. Agradecemos vuestras campañas en nombre del Imperio. Es verdad que tanto tiempo peleando con los bárbaros no puede crear en nosotros una asimilación mimética con el enemigo.

—¿Agradecemos? Que verbo tan laxo para referirse a unos hechos tan contundentes —contestó irreverente el aludido.

El esfuerzo de Teodora no había servido de nada. Si las miradas mataran en ese momento el general hubiera caído fulminado por los rayos invisibles que salían de los ojos encendidos de la mujer. De algún modo, sentí su cólera.

V

EL GENERAL EJERCÍA de ariete invencible en el tablero de juego europeo. Se trataba de un inteligente estratega que incluso, en ocasiones, ganaba batallas sin necesidad de combatir. La emperatriz quizá pensó que, de momento, no era prescindible... Intuí que los caprichos arbitrarios de la emperatriz harían sufrir en el futuro a tantos hombres como a ella le hicieron sufrir otros tantos en el pasado... pero yo no estaba segura. En ese instante me di cuenta de que mi poder no era absoluto: solo tenía un acceso difuso a lo que se urdía en la demás mentes de los presentes. Por ello, intenté algo cuyo resultado me frustró y angustió sobremanera: emergí de la cabeza del emperador e intenté introducirme en la de su inquietante esposa.

«¡¡¡Aaaahg...!!!»

No. Imposible. La experiencia fue terrible. Por increíble que pueda parecer... ¡sentí dolor! Volví presta a la mente de ese hombre, pero pronto las paredes de su cráneo se me antojaron mazmorras. Aplicar mi autodominio fruto de una disciplina forjada durante años, me ayudó, aunque no mucho; menos que cuando supe que sería despedazada por aquella multitud frenética... en mi anterior vida.

«¡Maestro Platón, ayúdame, por favor!»

Poco a poco, muy despacio, fui dominando la claustrofóbica sensación, esa terrible angustia. Pensé que quizás solo un filósofo o un poeta serían capaces de no enloquecer ante este sobrenatural reto del destino. Para no perder la cordura, me proyecté hacia el exterior, relegando la introspección para más adelante. Muchas eran las preguntas, apenas ninguna las respuestas. Estaba, no obstante, a punto de descubrir una capacidad fundamental de la neoHypatia en la que me había convertido.

«Averiguaré de forma paulatina mi potencial, mis capacidades, mis limitaciones en mi nuevo estatus. Esta será parte de las medidas que me administraré para no perder el juicio... del todo».

El ojeroso e insolente general bizantino, continuó evocando con soporífero detalle sus batallas contra los vándalos en el norte de África. A mí, insisto, me resultaba un hombre extraordinariamente interesante pero esa opinión no debía ser compartida por sus superiores. La indiferencia del soberano y los bostezos de Teodora, en su aterciopelado diván, no debieron de ser ajenos al famoso jefe militar. Harto de que le ningunearan remató:

—Visto el interés que suscitan mis gestas, me voy un par de años a combatir contra los persas.

VI

HACÍA MÁS de un lustro que Justiniano había promulgado el Código que llevaba su nombre, decisivo para la evolución jurídica europea. Sin embargo, a sus cincuenta y ocho años, pensar en su otra gran empresa, la resurrección del antiguo Imperio Romano, le generaba mucha pereza. El llamado emperador «insomne», por su capacidad de trabajo, empezaba a estar cansado. A mí, cautiva en el rincón más profundo y misterioso de su cerebro, enrolada como polizón en el mismo barco que él capitaneaba, no me cabía ninguna duda al respecto. La desmotivación, inexorable; el ímpetu de la juventud se había ido apaciguando con los años y los reveses de las contiendas.

—Solo pensar que tengo que arrebatarle la Península Ibérica a los visigodos y reconquistar Itálica me produce un insoportable dolor de cabeza —comentó horas más tarde a la emperatriz, tumbado en un jardín palaciego.

—¿Y tras qué textos te escondes, querido? —preguntó Teodora a su esposo, señalando un libro antiguo que descansaba en su regazo.

«¿¿Realmente te importa??»

Casi grité todavía dolorida y traumatizada tras intentar penetrar en ella.

—Plinio. Plinio el Viejo —musitó su esposo sin despegar sus ojos de las páginas.

Entonces sentí algo desagradable, como un agrio resuello. Ella, insatisfecha con la escueta respuesta, se había agachado por detrás y leyó:

—«La magia convierte en fecundos terrenos fríos y húmedos». ¿Agricultura? ¿Ahora te interesas por la agricultura? ¿No te parece una tardía afición? —Aquella mujer no era trigo limpio y su actitud hubiera hecho que me hirviera la sangre, caso de haber poseído tal fluido en mi nueva forma de existencia.

Justiniano desvió por fin su mirada de las páginas y habló a su inteligente pero oblicua consorte con guante de terciopelo, cosa que agradecí:

—Cariño, ¿por qué no coges unas monedas de la gaveta persa de nuestros aposentos y te vas a comprar un reino o algo? Ya sabes que, en los últimos tiempos, el *solidus* cotiza al alza dentro y fuera de Nueva Roma.

Ella, lejos de molestarse, sonrió ante la antigua denominación de la ciudad que fundara Constantino. Acto seguido se retiró con aparente decoro... pero yo sospechaba una invisible maquinación. Algo indefinible me hacía sentir una gran animadversión hacia aquella mujer, como si pudiera erigirse en un serio obstáculo para mis fines. Abrumada y casi diluida en mi nueva realidad apenas había tenido tiempo de considerarla como era debido.

«¿Es el miedo lo que me induce a postergar mi análisis? ¿Qué está sucediendo? Existirá una explicación racional a todo esto...»

Pero tenía la terrible sensación de que mi actual conciencia no estaba preparada para asimilar aquel milagro. Milagro que, como la científica que fui, me negaba a catalogar como tal. Sin embargo el miedo jamás fue mi consejero: estaba a punto de probar algo nuevo, adentrarme en un terreno inexplorado, vislumbrar esa realidad desde otro prisma...

VII

FUE EN EL momento en que le sugirió marchar. Yo no podía permanecer allí atornillada hasta que aquel emperador envejeciera y muriera. Si había venido a hacer algo a ese extraño mundo, no tendría libertad de acción desde una sola perspectiva. Intenté de nuevo meterme en la mente de ella. Volví a fracasar, con más dolor si cabe; choqué contra un muro invisible. No lo había intentado con otros personajes palatinos aunque temía idéntico resultado.

«¿Por qué debo hacer cabalgar mi “espíritu” sobre un alma humana? Quizás pueda flotar sobre el éter y aun así seguir teniendo conciencia, como cuando aparecí de la nada en el Cuerno de Oro de Constantinopla.»

El salto parecía arriesgado, pero lo di. Me sentí emerger del cuerpo de Justiniano y pude contemplarle allí, inmerso en su lectura. El esfuerzo fue considerable. Entonces tuve un sentimiento de vulnerabilidad y de cansancio, como de falta de energía para evolucionar. Era como si arropada dentro del emperador este me hubiera suministrado todo lo que necesitaba, como una madre a su bebé nonato. Después enfoqué hacia Teodora. Ella ya salía del palacio y la contemplé dotada de una especie de visión estereoscópica parecida a la obtenida a través de una lente convexa. Decidí seguirla. Teodora y yo recorrimos la avenida principal, la Mesé, ella con la cabeza cubierta con un tul azulado para no ser reconocida. Supe que dicha avenida nacía en las murallas para morir en la Plaza de Augusto, donde se erguía Santa Sofía; un emblemático templo erigido más de un siglo después de mi muerte.

«Alguien me suministra la información para entender el nuevo contexto en el que me muevo. Así lo siento. ¿Quién o qué ejerce de mi Ángel de la Guarda?».

Allí, en sus aceras protegidas por pórticos, rivalizaban los mejores productos.

Comprobé que Constantinopla era el *desiderátum* de los comerciantes; mercados en cada barrio, vendedores ambulantes en cada calle. Con su virtuosismo retórico eran capaces de endilgar un trozo de la Luna o las auténticas Tablas de Moisés. Telas persas con bordados de realce en oro y plata, piedras preciosas, antigüedades minoicas, púrpura y marfil, pieles exóticas y lino egipcio, azafrán de la Meca, delicadas alfombras de Ardabil, miel de Creta y delicias orientales. Pero también mugrientas gallinas, metales manufacturados, cacharrería africana, alfarería popular, malolientes pescados, baratijas de mimbre local y un sinfín de enseres inauditos, que convivían en los puestos en singular simbiosis. Aquella ciudad rivalizaba con la Alejandría de mis amores en heterodoxia, agitación e infamia, sin duda.

«Realizaré otro ensayo, tras el malogrado de intentar introducirme en ella...»

Este sí funcionó. No podía entrar en la cabeza de aquella mujer pero, como comprobé, sí acercarme mucho y sentir el rumor de las inquietantes ondas de sus pensamientos. Y al hacerlo, sucedió algo que me resultó muy extraño.

VIII

TEODORA PARECÍA, de repente –quizás desde hacía muy poco– otra persona mucho más accesible, mucho más humana. Era como si el espíritu maligno que la poseía se hubiese marchado.

«¿Existen otros entes como yo que navegan en la mente de otras personas? En tal caso, ¿pueden/podemos dichos entes ejercer el control, gobernar a nuestros caseros?».

Allí, ingrávida y en movimiento, a media cuarta de su cabello azabache, escuché a la emperatriz. Dichas «ondas» no eran tan nítidas como las que percibía dentro de la cabeza de Justiniano pero lo suficientemente inteligibles; ella recordó cuando dormía en sus tiempos de cortesana en un apolillado catre, junto a su madre y sus hermanas, cuya vocación obligatoria también fue la prostitución. Sentí piedad por la que, quizás de forma irracional, había considerado mi enemiga. Vimos a lo lejos el Hipódromo, sucedáneo decadente del gran Circo romano. Supe que allí rugían hasta veinte mil espectadores en los diferentes espectáculos. Espectáculos de gladiadores, carreras equinas, peleas de hombres con hombres, hombres con fieras y fieras contra fieras en un *pandemonium* de todos contra todos y sálvese quien pueda. De ramera adolescente y baratísima a prostituta de lujo, con su propio burdel, en una década. Esa era la historia de Teodora. En esos tiempos aprendió las artes de la contorsión mientras sometía a los hombres del único modo que sabía. Su resistencia física era olímpica. Su creatividad en la cama rivalizaba con los episodios más inverosímiles de Homero. Su impudicia dejaba pequeñas todas las hazañas de los habitantes de la arcaica Babilonia. Pero llegó la hora de su redención y en ello tuvo mucho que ver Severo, antiguo patriarca de Antioquía, a quien Teodora confesó sus incalculables pecados. Él había estudiado en la Escuela Neoplatónica de Alejandría... ¡en la misma escuela en la que yo fui docente! Después la acogió. Severo, haciéndose honor etimológico, la reprendió con dureza a la vez que reconducía su paganismo. Aquella historia me resultaba demasiado familiar, y me hizo sentir cierta culpabilidad ante mi inicial beligerancia. Esa mujer, procedente de otro lugar, de otro tiempo, había tenido una vida en algunos puntos coincidentes con la mía.

«Es peor cometer una injusticia que padecerla porque quien la comete se convierte en injusto y quien la padece no».

Evocar a Sócrates y al resto de mis maestros era una de las obligaciones que me había impuesto. Gracias a esto trazaba lazos a través de los siglos que me vinculaban con lo que una vez fui. Captando las ondas nebulosas que su imperial cabeza irradiaba conocí algo sorprendente: ¡Severo le habló de mí! De la «legendaria Hypatia, la antigua sabia alejandrina», y de cómo siendo también pagana había mantenido mi cuerpo virtuoso durante toda la vida.

«¿Fue dicha renuncia necesaria?»

¡Teodora de Bizancio tenía conciencia de mi existencia ciento veinticinco años después de mi muerte!

IX

LA EMPERATRIZ, sumergida en todos esos recuerdos, alcanzó el puesto que buscaba y allí le compró un almendro a su marido. En el Palacio, de nuevo, salí de la órbita de Teodora y volví a Justiniano magnetizada por su fuerza, y el papel que intuía tendría en la Historia. Él, ajeno a la intrusa que medraba en su intelecto, se atusó la túnica y ordenó a un funcionario de confianza...:

—¡Que nadie me moleste, bajo ningún concepto!

Suspiré de forma figurada. Luego volví a enfocar mi atención en aquel político relevante en cuya cabeza moraba por una razón desconocida... de momento. ¿Qué papel desempeñaba esta humilde filósofa en toda esta historia?

«Pero, ¿qué urde Justiniano?»

Para aprender de la historia antes hay que conocerla y Justiniano parecía interesado en sus vetustas páginas. Para los que la desconocen, ¿se repiten los acontecimientos de forma cíclica pero remplazando los actores intervinientes? ¿Avanzaría la historia con él? La respuesta parecía afirmativa, al recoger –como decía– todo el ordenamiento jurídico romano en su Código. ¿Pero era eso suficiente? ¿No desaprovecharía ese hombre todo su potencial? Siempre fui una mujer activa, jamás delegué, y quizás por eso daba por hecho que mi papel no sería de mera espectadora. No. No había vuelto del Más Allá, atravesado el infranqueable muro y vencido la irreversibilidad de la muerte para arrellanarme en mi asiento, viendo pasar el mundo a través de los ojos de otros. No. Algo tenía que hacer, aunque todavía no sabía qué, cómo ni por qué.

Comprobé como mi *arrendador* siguió investigando todo lo que hasta entonces se conocía de la agricultura... y yo con él. Algunos autores mencionaron el arte de domesticación de las abejas para la obtención de su dulce savia. Justiniano se centró más en las técnicas para optimizar la extracción de frutos de la tierra. Fueron los libros de Celso e Higino «salvados de forma milagrosa de la quema de la Biblioteca de Alejandría», los que mejor le ilustraron al respecto.

«¿Cómo que de forma milagrosa?»

¡Este matiz me sobrecogió! ¡Oh! ¡En ese momento toqué las puertas del Cielo con los dedos! Me pareció ver sus jambas de oro labradas con las leyes de la vida. Sonreí a sus

centinelas de granito y vislumbré los infinitos haces de luz añil que se derramaban hacia el universo por las rendijas de sus goznes. Una felicidad cósmica me envolvió como una bruma azul exhalada por los labios de un dios.

«¡Gracias, gracias, gracias, Filamón! ¡Gracias, gracias, gracias, Herculiano! ¡Salvasteis la Biblioteca! Con ella, ¿salvasteis a la humanidad de la barbarie?»

X

NO LO SABÍA quizás porque no existía una respuesta a esa pregunta. Las palabras cifradas que susurré en el oído del monje Filamón, a punto de morir, no fueron vanas: a través de una cadena de acontecimientos salvaron los pergaminos: ¡el Gran Secreto se había transmitido con éxito! Y ahora cabía preguntarse: salvaguardar el mayor Templo del Saber que jamás existió, ¿implicaba la redención humana? No tenía clara la relación causa-efecto que esto produciría en el futuro de la humanidad. Tras meditarlo un rato surgió la respuesta: depende. Que el ser humano disponga de una herramienta maravillosa no implica que quiera, que sepa, que pueda usarla. Esta conclusión fue capital para mí pues implicaba, nada más y nada menos, conocer el sentido de mi nueva «vida», esta neoconsciencia de la que misteriosamente gozaba.

«Ahora ya sé con exactitud qué hago aquí...o, mejor dicho, qué tengo que hacer...»

Conoció Justiniano todo lo que las anteriores civilizaciones descubrieron acerca de los tipos de cultivo, barbecho y drenajes, de las canalizaciones hídricas e instrumentos y animales de labranza. Los duplicados de los libros 18 y 19 de la *Geografía* de Estrabón fueron para él determinantes para configurar el mapa completo de la agricultura en la Antigüedad. Percibí lo que le hicieron pensar sus lecturas y cómo extrajo múltiples implicaciones. Sin embargo, el emperador «insomne» tenía demasiadas cosas en mente que eclipsaban su nueva afición, de momento, mero divertimento. Un error, como lo fue el de cerrar la Escuela de Atenas... pero con una enorme diferencia:

«Este todavía se puede rectificar. Alguien podría “soplar” y empujarle...»

Su obsesión por controlar hasta la más nimia decisión imperial, un cesarismo que le hacía dictar instrucciones hasta para el clero, no era un horizonte muy esperanzador para nuevos asuntos candidatos a ocupar su mente. El patriarca de Constantinopla, no por casualidad, pontificaba en la misma dirección. Una nueva habilidad se me reveló ante mí: podía vislumbrar con nitidez los recuerdos de mi *arrendador*, aunque solo los que pusiera en primer plano, es decir, solo los que evocara. En esta ocasión contemplé al patriarca, proclamando:

—Nada debe suceder en la Iglesia en contra de la voluntad del emperador.

Curiosamente, si no hubiera sido por el pequeño almendro que le regaló su esposa Teodora, el emperador hubiera olvidado su nueva afición. ¿Significaba esto que ella era en verdad dos? ¿Significaba que Teodora en ocasiones era poseída por un ser de origen desconocido? Un día Justiniano trasplantó el árbol a uno de los jardines del palacio y declaró para sí, teniéndome a mí como única testigo:

RECTIFICAR NO es posible

desde el futuro maldito

el tiempo y yo fagocito

realidad inamovible.

Miro atrás a mi pasado

veo errores como flores

De semillas que he guardado

en mi mano sus olores.

Mil horas yo poseo,

yo poseo un solo mayo

del ayer de mi deseo

del mañana de soslayo.

XI

El panorama político, social y religioso merecía atención por parte de Justiniano. Emboscada dentro de su mente observaba cómo evolucionaban los acontecimientos, calibrando la posibilidad de influir de algún modo en ellos. Estaba a punto de dar con la piedra filosofal. Unas inusuales temperaturas gélidas asolaban la ciudad en ese raro marzo. El frío era una de las pocas cosas que alteraban a la esposa de Justiniano, además del general Belisario. La emperatriz irrumpió en el jardín malhumorada. Respecto de las reformas religiosas que pretendía emprender su marido, siempre locuaz, resumió:

—Tengo tan nítida la naturaleza divina de Cristo como la falible de los que condenaron la idea en el Concilio de Calcedonia. Lo juro por la momia de Cirilo de Alejandría: ya tenía el cerebro disecado mucho antes de morir.

«Eso sí que es cierto. Al final quizás nos convirtamos hasta en buenas amigas».

Que hablara así del responsable de mi muerte física me reconfortó, aunque no terminaba de fiarme de alguien para quien los fines justificaban los medios.

—¿No piensas hacer nada para que la Iglesia convoque un nuevo Concilio?

—Mis influencias en el clero son limitadas, querida. Constantinopla se ha convertido en un crisol de civilizaciones, nexos entre Oriente y Occidente. Controlar los

brotos heréticos en una población mestiza, que vive bajo decenas de influencias religiosas, es una tarea ímproba, por no decir imposible. ¿Por qué no habré seguido los pasos del Gran Constantino tolerando el paganismo?

—¿O seguir los pasos de la Gran Teodora...? —replicó con soberbia.

«*Ella ya se ha autoerigido como un Titán en los turbios océanos de la Historia*».

—... es trabajo de titanes tanto para mí, como para el papa Virgilio, en los últimos tiempos más pendiente del vil metal que de sus potenciales fieles.

—Virgilio nos debe, como mínimo, su ascensión al papado así como la recuperación de la sede apostólica por nuestro querido y odiado Belisario.

«*Eh? ¿Cómo? ¡¡¡Titán-titanes!!!*»

Era la primera vez que traspasaba la raya, ¿o había sido una mera casualidad?

¿Había escuchado Justiniano de algún modo mi concepto y lo había trasladado a su discurso? Hasta ese momento el flujo de información había funcionado en una sola dirección...

XII

TEODORA, según supe, se había ocupado de jubilar a sus dos antecesores, Agapito y Silverio, por no apoyarla en sus desmanes. Aquella mujer no se andaba con tonterías: siguiendo un principio geométrico euclidiano, trazaba una línea recta entre ella y sus objetivos para después recorrerla sin titubear.

—Dime algo que no sepa, Teodora. Aquella deuda caducó en el momento en el que el Papa estudió la posibilidad de aunar monofisismo y ortodoxia.

—¿Qué? Si su labor no ha sido más que una sucesión interminable de disparates. En las mazmorras de palacio envejecen presuntos herejes. Flavio...

No solía llamarle por su nombre salvo cuando quería activar algún resorte...

«*Quizás un día, al doblar un recodo, me toparé con dicho resorte aquí dentro*».

—... Flavio, ejerce con valentía de emperador, define y flexibiliza la concepción herética, presiona a Virgilio como se merece... ¡y regálame un potro árabe!

La directriz en la cabeza del monarca se activó al instante. Aquella mujer tenía una influencia sobre el emperador mucho mayor que yo, que de momento era cero. Admito que aquello fue determinante para que yo reaccionara.

—Lo que tú digas, querida. Cuando te pones así tus palabras van a misa —remató irónico, pero vencido. Él tenía una deuda moral que jamás saldaría: durante la llamada Crisis de Nika del año 532 ella le había salvado la vida. Viví su recuerdo que acudió presto a la mente de Justiniano: Teodora, con la frialdad que le caracterizaba, le dijo aquel entonces mirándose una uña rota:

—Si quieres salvarte de forma temporal nadie puede impedírtelo, pero reflexiona primero si, una vez seguro, no preferirás estar muerto.

Sus tropas habían sofocado la revuelta, provocando un mar de sangre entre los insurgentes. Su imagen como dirigente se vio reforzada aunque, tras lo sucedido, Justiniano jamás lograría volver a dormir de un tirón una noche.

«*De este extremo puedo dar fe como testigo de excepción y como damnificada*».

Vivir desde dentro un hecho traumático ajeno que se repite cíclico es quizás una de las peores torturas imaginables. En aquellas noches en blanco solía salir de él y pulular por el palacio o por los campos limítrofes, aunque notaba que aquellas divagaciones me restaban energía. Mi destino estaba ligado a los seres humanos, me gustara o no. Algún criado despistado me servía de fonda para restañar las heridas de mi alma y descansarla sobre algún pliegue de su ser. Sí, ya había aprendido la nueva lección, la nueva regla que regía mi microcosmos, en el que en absoluto me sentía dios; en todo caso figurante de uno de sus sueños. Lo que ocurrió con Teodora fue excepcional.

Una mañana sucedió algo terrible que confirmó mis peores sospechas.

XIII

—Señor, tengo que hablaros muy seriamente de vuestra esposa. Es un asunto de extrema gravedad.

—¿Qué sucede, general? Hablad claro —Belisario estaba nervioso y era sincero. No me quedó ninguna duda cuando emergí del soberano y penetré en él. Fue sencillo y no me encontré con ninguna barrera. Me fascinó su inteligencia aplicada a la guerra y su coraje innato. Sin embargo en ese momento... Fue curioso pues volví a sentir esa atracción más allá de lo intelectual y que nunca había sentido en vida por ningún hombre. Azorada por ese sentimiento emergí rápida del militar que ahora hablaba:

—Algo inquietante le sucede a la emperatriz, señor. Espero que consideréis que mis palabras están pronunciadas desde el máximo respeto a la corona.

—¿Os referís a los celos que le suscitaba vuestra aplastante fama, sobre todo desde la toma de Cartago? Hablad —flotando en una órbita cercana a Justiniano, no quería perder detalle. El soldado sudaba más que nunca.

—No. Asumo su envidia como parte de su ser. ¿No habéis notado un extraño cambio en ella en los últimos tiempos? Se trata de algo siniestro. El arte de la guerra es mi lenguaje, mi *modus vivendi*. Me he enfrentado a diez mil fieros soldados en cien batallas pero lo que he percibido en ella no lo he visto nunca.

—Si no os conociera se dibujaría en mis labios una palabra inverosímil aplicada a lo que ahora experimenta vuestra persona. —«¡Pavor!», pensó el monarca. Poseer un asiento de platea en ese escenario me convertía en testigo de excepción. Así que viví en primera fila lo que sucedió a continuación: sin que ellos se percataran, sin previo aviso, Teodora entró en el ámbito, silenciosa, extraña, con sus manos entrelazadas por detrás. Sus cabellos desordenados caían sobre su rostro embravecido. Volví, junto a Justiniano a centrar mi atención en el hombre, que seguía hablando cuando...

—Bajo la piel de este guerrero habita un pobre mortal que puede amar como... aghhh —Sin previo aviso... ¡la cabeza del apuesto general Belisario rodó por el mármol de la Magna Sala del Palacio!

«¡¡¡AAAAHH!!!»

—¡¡¡DIOS MISERICORDIOSO!!! —gritó también aterrorizado Justiniano cuando la testa sanguinolenta llegó girando sus pies. Ella había surgido de la nada, agarrado con fuerza la empuñadura de plata del águila bicéfala, y decapitado al militar con una espada

bizantina de doble hoja. Enfoqué hacia ella y volví a sentir la nada más absoluta en las ondas del pensamiento de la emperatriz. En modo alguno me atreví a entrar: el Mal volvía a habitar en ella.

—Me molestaba, me sobraba. El fiel Narsés ocupará su lugar —esgrimió.

Yo estaba impactada, traumatizada. No había palabras. Pero lo que realmente me aterrorizó fue una escalofriante sensación: de alguna forma sentí que la emperatriz Teodora sabía que yo estaba allí.

XIV

—¿CÓ... COMO HAS podido...? No te, no te reconozco. Tu falta de escrúpulos ha rebasado todo lo imaginable —Justiniano, tan afectado como yo, no tenía ya fuerzas para reaccionar e intentaba sin éxito asimilar lo ocurrido. Tras volver con premura hasta él percibí algo extraño en aquel asesinato cruel: era como si no estuviera previsto...

Todavía impactada, disponía de toda la información que necesitaba. El contexto histórico interior y extramuros del Imperio se dibujaba nítido para mí. No podía errar. Empezaba a asumir que aquel hombre no se liberaría jamás de combatir en múltiples frentes, que el remanso de paz que yo aguardaba para actuar nunca llegaría. El asesinato fue la gota que colmó la copa de la paciencia de Justiniano. Con el cerebro agotado tras una vida muy violenta, necesitaba refugiarse de tanta muerte, salir como fuera de ese reguero interminable de destrucción que le estaba envenenando por dentro. Y ello le condujo a recordar su afición tardía por la agricultura. Tras muchas lecturas al respecto, ahora solo pensaba en el viento que acaricia los campos de amapolas. Yo, tras un tiempo escondida en su intelecto, actuaría: no podía esperar más. Lo haría esa misma noche... Haciendo un esfuerzo para tener bucólicos pensamientos que le preservaran de todo lo demás, de la sangre y el fuego, Justiniano I se fue a dormir.

«*Qué duro resulta torcer una brizna el curso de la historia*».

A la mañana siguiente el emperador se levantó con una certeza que, sin duda, terminaría de inmortalizarlo. Fue una decisión rápida e inquebrantable que comunicó a su esposa y a los cuatro mastines que por allí deambulaban:

—Al igual que he dedicado muchos años a confeccionar el *Codex Iustinianeus*, emplearé los años de vida que me restan a preparar un Código Agrícola.

Yo sabía que había heredado de sus antecesores un ingente tesoro de oro y joyas. Ello, unido a una voraz política fiscal, le hacía disponer de recursos suficientes. Podría continuar con sus campañas bélicas, con una importante actividad constructora y, sobre todo, con el nuevo objetivo al que decidió consagrar el resto de sus días. Justiniano I, emperador macedonio y relevante autócrata procedente de familia campesina, salió al jardín. Al final de sus días el imperio bizantino alcanzaría desde las Columnas de Hércules hasta Anatolia; todo el Mediterráneo hablaría su idioma. Pero la hegemonía del Imperio Bizantino tenía los decenios contados. Las conquistas bélicas no parecían importarles ya al maduro monarca. Ahora, lo único que todavía le emocionaba eran las flores y su innegable belleza. Era primavera y su almendro le regaló una orgía de blancos y malvas que embelesó sus sentidos. Los hombres y mujeres del mañana estaban predestinados a recoger sus frutos.

«Los del almendro también».

Sentí que ahora era, en verdad, cuando comenzaba mi verdadero viaje. Esa misma mañana me despedí de él para siempre. Después mellé la eternidad, como una golondrina el viento, hacia el inquietante futuro. Mi misión no iba a ser nada fácil.

«No pude entrar en la mente de Teodora de Bizancio por una sencilla razón: no estaré sola en mi epopeya a través de los siglos y los continentes. Además de la emperatriz, allá adentro había alguien más».

Capítulo Segundo
LA SONRISA DEL VENERABLE O LA FUNDACIÓN DE LONDINIUM
(733)

I

ME HALLABA inscrita en un viaje a través de dominios tenebrosos. Nuevamente, gracias a una inentendible geometría de lo posible, había surcado las centurias: me encontraba en el primer tercio del siglo VIII, en medio de un primitivo paisaje llano herido por riachuelos y pantanos brumosos. Hacía varias jornadas que nuestro carromato lo atravesaba.

«Buff, Hypatia: ¿esto sí que es una aventura rumbo a lo desconocido!».

Presentí que todo se desarrollaría allí, en una isla lejana a mi natal Alejandría, la que los romanos llamaron *Britannia*. Habitaba la mente de un benedictino llamado Beda y apodado el Venerable. En estos momentos el orondo religioso dormía plácido entre sus dos compañeros de viaje, a pesar de los baches del camino. Su ejemplar de la Biblia, asida por sus regordetes dedos...

«Detrás de ella se siente protegido de todo mal. Asombroso».

Gravitando entre sus cabezas para no perderme el espectáculo comprobé como Egberto y Cuthbert, sus discípulos, contemplaron en silencio el amanecer evanescente..., y yo con ellos. El primer diácono templaba las riendas del sumiso percherón de sangre tibia, blanca crin, robusto cuerpo tordo y andares pintureros. El segundo, marcaba la ruta siguiendo la pauta de un mapa esquemático, sin florituras. Durante la vigilia habíamos atravesado una noche celta habitada por los ecos fantasmagóricos de ritos druidas. Extrañas siluetas nos habían rodeado de forma furtiva, moviéndose con la lenta cinética que impulsan los pliegues de la imaginación. Sus sangrientas liturgias fueron narradas por Beda la víspera:

—Los poetas, preparados con libaciones de muérdago, eran desnudados. Tras los cantos rituales el Archidruida los desmembraba con hoces afiladas. Su cabeza era colocada en un altar antes de abrir su abdomen e introducir siete bellotas y una piedra de azurita, proporcionándole fuerza y sabiduría.

Con ese recuerdo, las primeras luces del cielo incandescente y el clamor de los estorninos fueron recibidos con júbilo por los chicos. Cuthbert susurró:

—Egberto, parece que sobrevivimos a la noche, como el legendario héroe Beowulf sobrevivió al gigante Gréndel —en este salto había encontrado un muro idiomático más difícil de salvar. Tardé unos días en interpretar, desde la cabeza de Beda, aquellos extraños vocablos. El otro contestó:

—Cuthbert: Beda te reprendería por mencionar hazañas épicas que solo viven en los manuscritos que escribió algún loco. Reconozco que me llena de gozo haber dejado atrás ese paisaje macabro, esos monstruos del inframundo. ¡Eh! ¿No son eso murallas? Creo que al fin hemos llegado a algún lugar.

«¡Cuidado, muchachos, detecto peligro! ¡Despertad al maestro de inmediato!».

II

—¡ALTO! ¿QUIÉN VIVE? —gritó uno de los centinelas que custodiaba las murallas de Londinium, asentamiento romano fortificado para aguantar las acometidas de las tribus germánicas. La voz afilada del vigilante penetró en el sabio benedictino y quebró su mundo onírico de un plumazo.

—¡Viven los vivos, mueren los muertos! —contestó Beda con los ojos hinchados, la garganta anudada y sin saber aún a quién hablaba.

—¡Basta! —rugió con más fuerza el perfil humano recortado contra los muros.

Otro guardián, al llegar a su altura, agarró con violencia las riendas del caballo hasta detenerlo. Una nube de polvo nos envolvió. Tras desaparecer, la luz del amanecer y la de las todavía encendidas antorchas revelaron a un joven raquítico y desdentado, ataviado con unos harapos que aspiraban a rudimentario uniforme. Iba armado con una lanza paupérrima, un sucedáneo herrumbroso de espada y un escudo carcomido de corteza de abedul. Su compañero, también flacucho, no le iba a la zaga pero, eso sí, lucía un cinturón de hebilla oxidada que ceñía la tela de saco con la que iba engalanado. El complemento le confería un punto o dos más de prestancia que su compañero. Víctimas de una endogamia de generaciones, los pobres exhibían unos cuerpos que daba pena verlos. Eran lo más opuesto imaginable a los fieros soldados griegos de infantería o a los temibles centuriones romanos. Fue entonces cuando me volvió a suceder. Orbité primero alrededor del más joven, que irradiaba unas ondas lineales de una simplicidad preocupante. Pero, cuando pretendí entrar el que parecía el jefe para conocer directamente sus intenciones, sentí dolor... *¿como cuando intenté lo propio con la emperatriz Teodora!*

La mente del personaje se me antojó más infranqueable que las murallas que tenía detrás. Un cúmulo de sensaciones estalló dentro de mí: desconcierto, desasosiego, una especie de desajuste en la energía de la que estaba compuesta. Sin embargo, Beda sonreía como un Buda feliz.

—Viejo, ¿a dónde os dirigís? ¿Qué lleváis en ese carromato? —preguntó nervioso el muchacho simplón, mientras el opaco permanecía glacial, con un inquietante destello de inteligencia en su mirada. Beda pensó: «Ambos celadores representan a la pre-Inglatera de manos mugrientas y mentes lineales». En parte no se equivocaba, pero solo en parte... Con infinita parsimonia el sacerdote atusó los hábitos y se miró las uñas. Cuthbert y Egberto permanecían sepultados en un tembloroso silencio.

—Nos dirigimos al reino anglosajón de Kent. Haremos escala en Durovernum para proveernos de víveres; fruta, sobre todo.

Si el sacerdote tenía miedo nadie podría notarlo por fuera. Yo certifico que, por dentro, tampoco. Sin embargo la situación era, en efecto, peligrosa. Uno de esos individuos no era lo que parecía. «Otra vez... *¿Quién o qué eres?...*»

III

EL JOVEN CENTINELA parecía desconcertado ante la impavidez del religioso. Blandiendo amenazante su irrisoria espada gritó:

—¡Maldita sea! ¿Qué ocultáis en ese carro, demonios? —Arrugó su fea nariz, quizá para aparentar rudeza, quizá en un gesto reflejo del que llevaba toda la vida padeciendo el hedor que manaba del río Támesis. Su acento sajón era casi ininteligible: enfatizaba las consonantes y casi se olvidaba de las vocales. El sacerdote respondió.

—Nada. Un poco de nada relleno con un puñado de nada envuelto, eso sí, con nada de nada.

El soldado, tras rodear el carro y levantar la tela que lo cubría, comprobó confuso que aquel religioso decía la verdad:

—Es cierto. El carro está vacío

Y mirando a los ojos del benedictino gritó:

—¿Dónde habéis dejado la carga y por qué queréis ir a Durovernum?

Beda miró las murallas de la incipiente ciudad y, cual rayo, cruzó por su cabeza una quimera: «¡Britania unificada! Los reinos germánicos integrantes de la heptarquía anglosajona, Northumbria, Mercia, East Anglia, Essex, Wessex, Sussex y Kent formarían todos uno, grande y poderoso». El sueño era glorioso pero supe que sus ojos jamás lo contemplarían. Su mente volvió a estar enfocada en algo más inmediato pero de igual trascendencia histórica: salvar sus vidas asistido de su fluido verbo. No lo tenía fácil.

«¡Tenéis que vivir para que no se rompa la cadena y se consoliden las tinieblas!».

—Muchachos, no estáis siendo muy amables —su suave y depurado discurso le convertía en un ser de otro tiempo y casi de otra especie —como el de mis héroes helenos del siglo dorado—, frente a los toscos rebuznos de aquellos atolondrados guardianes del polvo del camino. De forma asombrosa les desgranó sus planes como si fueran interlocutores válidos y no despojos humanos muy peligrosos; «peligrosos no por sus armas de latón, sino por su ignorancia superlativa».

«Sí, Beda, pero el otro soldado es algo imposible de definir por mí todavía. No bajas la guardia: te enfrentas a algo desconocido».

Desde allí, desde Durovernum queremos llegar al estrecho para atravesar el mar rumbo a las Galias. Algún pesquero podrá transportarnos si su patrón dispone de un corazón de envergadura similar al calado de su barco. El monasterio benedictino de Poitiers nos servirá de refugio y posada. El carro está vacío, pero pretendemos traerlo de vuelta lleno de sabiduría: esa es nuestra misión. «Estos centinelas son dos botarates con la sagacidad de una marmota somnolienta», pensó a continuación.

Pronto comprobamos como la política de apaciguamiento sereno del religioso no parecía haber funcionado. El otro soldado, el misterioso, miró a su compañero y ordenó sin pestañear:

—Mátalos y echa sus restos a los perros.

IV

NUESTRA AVENTURA había comenzado hacía nueve días. Sentado en el catre de su habitación, en el monasterio de Jarrow, Beda había hecho crujir sus huesos aquella mañana de febrero del año 733. El día había amanecido turbio, pero su vieja cabeza se mantenía límpida como el agua de los manantiales de Wearmouth, donde había nacido sesenta y un años atrás. Una sola idea ocupaba sus pensamientos y eclipsaba todo lo demás; sus rezos a los santos, sus epístolas y sus letras capitales historiadas de motivos zoomorfos tendrían que esperar. La víspera, momento en el que entré en él, se había acostado con una tardía noticia llegada de las Galias: Carlos Martel había derrotado cerca de Poitiers al jefe musulmán Abd al-Rahman ibn, emir del califato andalusí. Antes de cerrar los ojos leyó diez minutos los evangelios de San Juan. Mientras dormía y con cierta ayuda, ambas ideas se amalgamaron en él hasta alumbrar lo que sería su obsesión hasta la muerte. Al despertar proclamó en voz alta:

—El fabuloso legado cultural y científico árabe, más toda la herencia clásica arrebatada a los bizantinos, tiene que difundirse lo antes posible por Europa ¡Viajaré hasta zona musulmana y rescataré allí sus textos de referencia además de los duplicados de los volúmenes de la antigua Biblioteca de Alejandría! Hoy mismo partiré para ir a buscarlos, aunque me cueste la vida.

La idea en sí tenía algo de insólita, bastante de descabellada y, sin duda, mucho de imprudente. Él sabía que... «mis mentores en la abadía habrían desaprobado la locura que tengo en ciernes».

«Sé fiel a ti mismo, que tus referentes no te equivoquen. Erígete en el astrolabio que te guíe a través de los océanos en busca de la Verdad. ¿PUEDES OÍRME?».

Beda no dio signos de escuchar mis palabras, pero eran de todo punto innecesarias. Para él estaba todo nítido: «Traza el rumbo claramente y síguelo sin mirar a izquierda ni derecha, con constancia y energía», se dijo.

¡Qué fuerza tan inconmensurable la que le impulsaba, la titánica de la fe! Reconozco que incluso a una pagana confesa como yo, le dio que pensar. Me hallaba dentro del hombre más cultivado de todo Occidente. Supe que escribió sin descanso sobre historia, filosofía, aritmética, gramática, astronomía, música y teología. Llegaría a ser considerado ¡el padre de la historia de Britania! Consciente de la explosión de progreso que habían llevado los árabes a las tierras conquistadas decidió buscar otro cauce para que el viejo continente disfrutara de sus logros: avances en la navegación, matemáticas, alquimia, medicina y geografía. El pueblo que soñó Mahoma había dado pasos de gigante para universalizar el comercio. Esto unido a su insuperable artesanía, su alto grado de perfección en la forja de aceros, una excelente producción poética y su economía urbana, hacían del musulmán el pueblo más avanzado de la Tierra. Beda el Venerable pondría en marcha su plan en ese momento, ¡ya! Empezó escribiendo una carta de importancia capital. Justo después partiría:

WINFRID DE KIRTON sería el destinatario. ¿De quién se trataba? Emití un segmento que volvió cargado de información: ese misionero había ascendido de forma paulatina en el escalafón eclesiástico. Ahora era arzobispo y primado de la Iglesia germana. Supe que algún día se le conocería como San Bonifacio.

«¿De dónde procede esa información? Del futuro, sí, ¿pero quién la transmite?»

*Abadía de Jarrow, Northumbria A 12 de Febrero del año 733 de nuestro Señor.
Amadísimo hermano Winfrid: Te escribo la presente carta a vuelapluma solicitando tu socorro. Tras el descalabro predecible del Imperio Romano y la fusión entre Oriente y Occidente, temo que Europa caiga en un abismo. Reconstruir una y otra vez el inestable maremágnun en que se ha convertido el otrora imperio es labor ímproba. El ser humano, hiperbóreo o austral, noble o villano, refulgente o tenebroso, lucha contra sí mismo arañando conquistas al futuro. La empresa de moldearlo sería inconcebible sin ayuda del Señor. Tiempo ha garabateé estos modestos versos. Creo poseen vigencia ahora que me dispongo en persona a buscar la Luz:*

Mil quiméricas batallas

aquelarres se ganaron.

Mar de tinta de gran talla

derramada se libraron.

Era que refulge bruja

ningún ojo contemplaron,

del futuro una burbuja

lontananza imaginaron

Creo poseer la autoridad moral para realizarte la siguiente solicitud: Reúnete con el magno Carlos Martel, hijo de Pipino de Heristal, y transmítele mi inquietud de que su gesta de detener a los árabes en Poitiers se vuelva en nuestra contra. Las espadas de sus soldados pueden haber cercenado la posibilidad de que el extraordinario legado musulmán y clásico llegue hasta nosotros. ¡SOLO ESE CONOCIMIENTO EN ESTADO PURO PUEDE SALVARNOS DE LA ZOZOBRA QUE SE CIERNE SOBRE NOSOTROS! Te confesaré algo muy extraño: creo que un mensajero de Dios se infiltró en mis sueños para consolidar en mí esa certeza. Ahora mismo me despediré de la muralla de Adriano para emprender un largo viaje y rescatar esos valiosísimos volúmenes. Me dirijo hacia otra muralla que separa dos versiones del mismo Dios, para inferir una fisura por donde drene el Saber. No sé si conseguiré mi objetivo y por eso apelo a ti. Me queda muy poco tiempo en el reino de los vivos. Soy un exiliado del cielo y siento premura por volver a mi patria.

*Pero antes he de intentar tender un puente que nos salve de las tinieblas. Dios esté contigo. Cuando leas esto yo ya estaré con él.*BAEDANUS DE MONKTON, Siervo de Cristo y sacerdote.

VI

—MÁTALOS y echa sus restos a los perros —repitió el centinela de Londinium.

—Hemos atravesado toda la isla de norte a sur, desde Jarrow, encontrando no pocas dificultades —Beda caminaba por el filo de la hoja que estaba a punto de atravesarles, y desató su lengua con temeridad—. Anteayer, detrás de la cortina de agua, me pareció ver a un hombre de largas barbas subir parejas de animales a una embarcación de madera —los diáconos apretaron los dientes para no estallar en carcajadas que les hubieran costado el cuello de forma instantánea. Si Beda seguía tensando la cuerda pronto se rompería. Yo, por mi parte, rebusqué entre mis clásicos para entender su actitud y encontré al historiador Cayo Salustio Crispo que me susurró a través de los siglos:

«*Mayor es el peligro cuanto mayor es el temor*».

La cita no me dejó del todo convencida. ¿Se había vuelto loco Beda?

—Os pido que nos permitáis seguir nuestro periplo. El Santo Padre, el rey Edelberto que está en los cielos, Gregorio I Magno y la humanidad, en general, os lo agradecerán. «Estos obtusos chorlitos», pensó el Venerable, «estos pobres diablos sin suerte pueden condicionar el rumbo de los acontecimientos». Tenía razón: con toda probabilidad morirían jóvenes sin pena ni gloria. De su paso por este mundo no quedaría nada salvo, quizás, la desgracia infinita de retrasar el progreso la humanidad un tiempo indeterminado.

«*¿Cómo puedo yo impedirlo? ¡BEDA! ¿PUEDES ESCUCHARME?*»

Egberto pareció despertar de su estupor. Luego dijo con un ripio de voz casi tan confuso como la jerigonza que emitían los centinelas:

—Eeeh... nosotros... llevamos un salvoconducto del arzobispo de York.

El religioso extrajo de sus hábitos un legajo lacrado y lo extendió tembloroso ante los vigilantes. A ambos se les quedó la cara de los idiotas que en realidad eran. Fue en ese momento cuando lo percibí: el extraño guardián parecía volver a ser solo eso, un desarrapado muchacho. Comencé a sentir sus ondas de pensamiento, tan simplonas, tan lineales como las del otro. ¿Qué estaba sucediendo? Tenía que averiguarlo.

Tras estrujarse las meninges y mirar el papel como si fuera un fragmento de otro mundo preguntaron:

—¿Qué es un arzobispo?

—¿Qué es York?

Al Venerable empezó a agotársele la paciencia aunque decidió explicarse.

—Tenemos que llegar a Aquitania, penetrar en zona musulmana y cruzar la vanguardia de sus tropas. Una vez allí la idea es contactar con los dirigentes y pedirles que nos permitan acercarnos a sus centros del saber; allí concentran su sabiduría en forma de libros. Puesto que Carlos Martel los ha detenido en Poitiers si quieren conquistar este lado de la línea, el resto de Europa, tiene que ser culturalmente, no con sus tropas.

Pero el más joven centinela cambió su faz de repente, de un momento para otro... ¡dejé de leerle! ¡Peligro!

Acto seguido, desenfundó su espada y la hundió en el pecho de Cuthbert.

VII

EL DIÁCONO TARDÓ tres segundos en fenecer pero en ese tiempo pudo herir mortalmente a su atacante con un pequeño cuchillo. Ambos cayeron muertos. Actué con la prestancia del rayo. Emergí de Beda y penetré en el otro centinela a la velocidad del pensamiento. Tras caer su compañero, el asesino de Cuthbert, era el único soldado superviviente. En cuanto entré en el chico sentí una acometida brutal procedente del exterior. ¡Alguien o algo pretendía seguir mis pasos! No sé cómo pero mi presencia allí pudo evitar esa otra posesión maldita.

«¡No entrarás aquí, bestia del demonio. ¡Aléjate, Leviatán del inframundo!»

El ente invisible entonces entró en Beda. Lo supe porque aún desde la perspectiva del soldado pude percibir la nada más absoluta en su dirección. Certifique entonces que el otro actor inmaterial era mucho más avezado y veterano que yo...

«...Y por supuesto mucho más siniestro. Otra entidad comparte escenario conmigo en este ámbito metafísico. ¡Centinela, ¿PUEDES ESCUCHARME?»

A diferencia de mi oponente, más sabio, más antiguo, no sabía gobernar la nave humana en la que me había embarcado, ni siquiera comunicarme con ella; al menos a nivel consciente. Me inquietaba sobremanera la reacción que tendría el sabio benedictino o, mejor dicho, el muñeco poseído en ese momento por una criatura demoniaca. La cara de Beda reflejaba una cruenta batalla interior. Sus apacibles rasgos habían sido remplazados por otros que exteriorizaban un espantoso tormento. Percibí como el otro diácono, Egberto, experimentaba en ese momento gran sufrimiento por la muerte de su compañero. También por la que creía inminente, la suya, y porque su maestro y referente moral parecía haber enloquecido. El monje parecía desactivado, parecía haber renunciado como ser humano.

—¡Señor! ¡Maestro! ¿Qué os sucede? ¡No os siento, no parecéis vos!

Mientras tanto, el centinela superviviente estaba casi tan desconcertado como nos encontrábamos los demás: «¿Cómo ha podido matarte? Solo queríamos asustarles un poco...». La idea se repetía lineal y monocorde una y otra vez dentro de su simplona mollera. Por mi parte estaba segura de mi acción.

«La cadena es tan fuerte como su eslabón más débil y yo le he blindado. Lamento las muertes del chico y del guardián pero han sido inevitables. Hypatia: ahora concéntrate en Beda, ¡concéntrate en Beda! De él depende que la sabiduría de la gran Biblioteca alejandrina unida a la árabe salven a Europa de las tinieblas».

Entonces, el sacerdote habló. La naturaleza de sus palabras determinaría quien había vencido esta batalla entre el Bien y el Mal:

VIII

—BAJO ESTE HORIZONTE almenado daremos ahora cristiana sepultura a mi fiel Cuthbert, mártir del progreso —Mientras gravitaba justo delante de él verifiqué aliviada que su rostro había recuperado su serenidad, esa eterna sonrisa pintada. Dirigiéndose al cuerpo inerte del desafortunado diácono—: Disfruta ya de la gloria del Señor. Pronto seguiré tus pasos. —Luego miró al frente y vaticinó—: Los ecos de cinco mil almas dormidas centellean en el interior de estas murallas; los siglos las multiplicarán por mil. Esta villa se convertirá en un magnético nudo de comunicaciones, centro estratégico para el desarrollo del Mundo Futuro. El techo celestial volverá a ser referencia luminosa para conseguir nuestro objetivo: empresa arriesgada pero, a pesar de los años invencibles, la fuerza de Cristo nos conducirá al éxito. Un Ángel procedente de sus escuadrones me ha ayudado a librar y vencer esta batalla.

«¿Un Ángel? ¿Pero cómo sabes...? No, Beda, no soy un Ángel... en verdad no sé exactamente qué soy... Y ha sido la fortaleza de tu fe la que ha expulsado a ese ser de tu mente, no esta humilde pagana. Demonio del averno, ¿dónde estás?».

— Voy a proponerte un trato, centinela: ayúdanos a enterrar a tu compañero y a mi discípulo y permítenos marchar. Regresaremos por este mismo punto para ofrecer nuestro tesoro documental a mi querido amigo, el piadoso sacerdote Nothelm de la Iglesia de Londinium —. «Él siempre ha sido el nexo entre la Santa Sede y este servidor de Dios. Su excelente relación con las autoridades de la urbe será clave para el copiado y difusión de los manuscritos musulmanes y clásicos» —añadió para sus adentros.

«¡Sí! ¡Las copias de los pergaminos de la Gran Biblioteca!».

—...pero en nuestro equipaje siempre hay espacio para algo más. Dos espadas árabes forjadas en Damasco serán tu recompensa. Tienes mi palabra.

Así que el pobre diablo claudicó desconcertado, temblando todavía por todo lo sucedido. Cuando el carro se alejaba de las murallas, Beda tuvo un pensamiento maravilloso que me envolvió como una dulce bruma azul: «Oh, Jesús amante, fuente de la sabiduría, has dignado abreviar mi alma en las ondas suaves de la ciencia, concédeme la gracia de hacerme llegar hasta ti». Entonces confirmé lo que se fraguaba en la cabeza de aquel monje excepcional: su amor al conocimiento era equidistante al amor a su dios. Religión y ciencia podían coexistir y alimentarse con dulce reciprocidad. En vida, siempre quise transmitirle eso al que luego se erigiría en mi mortal enemigo, mi asesino, Cirilo; Cristo y Platón, dos caras de la moneda y Beda el vivo ejemplo de ello. El patriarca no quiso escucharme y envió a sus feroces hordas para que acabaran conmigo. Mis pensamientos, mis recuerdos, mis sensaciones son la prueba que no lo consiguieron del todo.

A punto de abandonar ese ámbito, ese tiempo, asistí a su muerte... ¡desde dentro!

IX

EL 25 DE Mayo de 735, ya de vuelta en la abadía de Jarrow, Beda rezó el Gloria Patri. Al filo de la medianoche afirmó:

—He vivido bastante y Dios ha dispuesto bien de mi vida.

Entonces concentré mi atención hacia las que serían sus últimas palabras. Fueron dirigidas al monje escribano que le acompañaba:

—Sostén mi cabeza: me invade una gran dulzura. Así sentado puedo llamar a mi Padre —canturreando, como había hecho algunas tardes de aquella épica misión, la que trajo la Luz a Europa, entonó casi sin fuerza—: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. —De repente, sentí un silencio cósmico.

«¡Oh, me siento desnuda, desamparada sin tu energía vital! ¿Dónde estás?»

La sensación fue terrible. Floté entonces fuera de su cuerpo, como quizás también lo hizo su alma. Si fue así yo no percibí nada y esa sensación, o mejor dicho, esa ausencia de ella solo vino a agravar de forma dolorosa mi desasosiego. Su cuerpo permaneció sentado con las manos sobre los estribos de la silla con un gesto entre melancólico y burlón; parecía estar sumergido en un plácido sueño. Respecto al momento exacto de su muerte y para apaciguarme quise pensar que la arquitectura de su alma me había atravesado como el fantasma que atraviesa a otro fantasma. Quizás los seres del inframundo vagamos solitarios, cada uno encerrado en un universo incompatible e independiente de todos los demás. Quizás estaba condenada a descubrir La Verdad junto a los seres humanos; formidable condena para una mujer cuya religión es el conocimiento.

La sombra del reflejo de una esquirla de información llegó a mí desde ese un Olimpo invisible de todo punto pero que yo intuía: ese mismo año nacería, sin avisar, un hombre llamado Alcuino de York. ¿De quién se trataba?

Tras la muerte de Beda el Venerable muchos se preguntarían: ¿qué poderosa fuerza empujó a un anciano monje a realizar tan arriesgado viaje? Para la posteridad lo único cierto es que falleció después de haber concluido dicho viaje y tras regresar al fortificado refugio benedictino. Aquel episodio fue decisivo, no solo para la fundación de la metrópoli de Londinium sino para la transmisión del legado árabe clásico rescatado tras aquella aventura. Por lo tanto, mi misión en ese tiempo había sido un éxito pero también me había servido para abrir nuevos interrogantes sobre mi identidad. ¿Qué era? ¿Cuál era mi naturaleza? A pesar de la idea del sabio benedictino al menos tenía claro lo que NO era. Esta neoHypatia desde la dimensión en la que me encontraba cautiva no era ni mensajero de Dios, ni un Ángel. No. Quizás lo descubriera en mi siguiente destino.

De nuevo, viajé.

Capítulo Tercero
EL HOMBRE QUE JAMÁS MIRÓ ATRÁS O EL RENACER CAROLINGIO
(780)

I

LO SUPE AL INSTANTE. Me ubicaba medio siglo en el futuro y en otro lugar en el espacio: Aquisgrán. Todavía empapado, Alcuino de York aguardaba nervioso entre los mármoles palatinos. Puede que, Beda se hubiera reencarnado en aquel otro clérigo y erudito inglés y yo fuera el nexa entre sus dos vidas. Nada más convertirme en su huésped sentí...

«¡Frescura y libertad de pensamiento! Hypatia: atenta a los acontecimientos que se desgranarán ante ti para poder interactuar de forma sutil con la realidad».

Dichos acontecimientos se sucedían con demasiada rapidez para detenerme en una introspección en profundidad; ya tendría tiempo. Esa tarde, la lluvia azotaba sin tregua las ventanas de palacio. Alcuino portaba como presente dos sextarios de vino cultivado en la abadía de York. Sus ayudantes también habían transportado desde Londinium una nueva remesa de manuscritos clásicos y árabes. En pocos minutos sería recibido por un destacado personaje, un coloso; un hombre de altura sobrenatural y extraordinaria estampa, que convertía en caricaturas al resto de los hombres. Pero la verdadera grandeza de su anfitrión no era física sino histórica; sus gestas eclipsarían a reyes y reinas, a papas y emperadores y relegarían las vidas de estos a meras notas a pie de página en el Libro del Tiempo. Noté como la lengua supuso de nuevo un pequeño obstáculo para mí; pude salvarlo al incidir directamente en las sensaciones que provocaban en su cerebro cada uno de los vocablos que pronunciaban los personajes en mi órbita. No tardaría en defenderme en ese dialecto del latín, a caballo entre germano y galorromano. Mi *casero* pensaba en esos momentos... «lo mismo puede matar una mañana a un oso con sus propias manos, ordenar decapitar a cuatro mil quinientos rebeldes en Verdún, como liberar compasivo a ocho esclavas en la feria de Saint-Denis». Alcuino había criticado la dura política del rey con los conquistados, censurado su mano de hierro, los métodos expeditivos para con los insurrectos: a estos se les cristianizaba sin más alternativa que la fragmentación física. Sus misioneros formaban el último engranaje de su perfecta maquinaria bélica. Desde los tiempos del legendario Justiniano, el concepto de emperador se encontraba devaluado... hasta irrumpir en la Historia el personaje que aguardábamos. Tras obtener toda esa información, «¿desde dónde?», creció mi enorme curiosidad por conocerle.

Un hombre de aspecto huraño entró en la sala. «Umm... El inquietante consejero real Adalardo», pensó Alcuino. Volví entonces a sentir esa desagradable sensación...

II

—TENDRÉIS QUE esperar. El rey debate con Adriano asuntos de vital importancia —la hosca voz de Adalardo rebotó en las escenas de caza de las paredes, en las tallas visigóticas, en los mosaicos bizantinos; chocó con las corazas de guerra, con las columnas dóricas e incluso con los tapices venecianos, que no pudieron absorber su elevado volumen ni su mal disimulado tono de satisfacción. El aludido las tradujo para sí con sabiduría: «Esperad a que el rey termine de dar instrucciones a Adriano y os atenderá o decapitará según se haya tomado vuestras críticas». La sumisión del tal Adriano no tendría la menor relevancia si no fuera porque su apellido era I y su profesión Sumo Pontífice. La subordinación papal, al parecer, era un hecho incontrovertible y de dominio público.

«Si Teodora de Bizancio hubiera vivido esta época estaría encantada».

Un espejo de la sala me mostró el aspecto físico de mi *arrendador*: cuerpo muy delgado enfundado en blancos hábitos, calvicie pronunciada oculta por su pequeño y cuadrangular bonete; barba rala, ojos saltones y manos delicadas. Supe que el cuello del hombre que me acogía en su intelecto peligraba; su integridad física dependía del día que tuviera el monarca. Tuve un mal presentimiento asociado al misterioso consejero real:

«Alguien va a morir de forma muy violenta ¿Será el hombre dentro del cual cabalga por esta realidad? ¿Será mi antagonista malvado el brazo ejecutor?»

Probé algo nuevo... ¡y funcionó! Me sumergí en los meandros de la memoria de Alcuino sin que él evocara ningún recuerdo concreto: conocí que el hombre al que aguardábamos era temible pero razonable, riguroso pero ecuánime, implacable pero hábil diplomático, germanizado por origen pero romanizado por la religión. Además, mujeriego irredento, pero buen padre; católico hasta la médula, pero cesaropapista consumado; despiadado con los traidores, pero generoso con sus incondicionales; impulsivo, pero inteligente estratega. Él, personalmente, se colocaba en la vanguardia de sus tropas quizá movido por sus ansias de inmortalidad, fuerza todopoderosa que vela los sentidos y enturbia la razón. El clérigo inglés, entre los blasones y las armaduras del *sancta sanctorum* imperial, meditaba... «Procura que el fulgor cortesano no te deslumbre: mi propuesta puede hacerle reaccionar furibundo o complacido, lírico o injurioso, cabal o estrafalario». Alcuino estaba convencido de que las palabras que eligiera despertarían al demonio o al ángel que batallaban en el interior del rey.

«No te equivoques: acabo de llegar a ti y ya te siento como algo mío. De tus palabras y acciones depende el futuro humano».

Escuchamos sus pesados pasos: era él. El hombre que podía matarle en el acto o escuchar su insólita propuesta y cambiar el mundo.

III

LA ENORME SILUETA del llamado Carlomagno apareció en el umbral. Una presencia física impresionante que avanzaba, nada más verlo, la fortaleza de su carácter titánico. No podía ser otro. Lo que no sabía era si estaba a punto de decapitar al hombre dentro del cual evolucionaba o...

—¡Querido amigo! —Gritó el rey dirigiéndose con paso firme hacia el religioso. De su anterior encuentro recordaba Alcuíno su suave timbre de voz, tan antagónico a su aspecto amenazador de dios vikingo: largos cabellos rubios cayendo por unos hombros robustos, nariz larga y recta, y una mirada ígnea detrás de la cual se escondía la firme determinación de unificar Franca y de erigirse paladín de la cristiandad. Carlomagno envolvió al erudito abrazándole como a un muñeco. Casi pude sentir el crujir de huesos. Nada más verle supe que ese hombre jamás se convertiría en sal, nunca miraría atrás.

—Instruyamos al pueblo, Alcuíno —dijo sin más—. ¿No te habrás arrepentido de tu propuesta cuando coincidimos en Itálica? —Entonces supe que el clérigo le propuso dirigir una escuela palaciega que trataría de aleccionar a funcionarios imperiales en los conocimientos clásicos.

—¿Arrepentido? Al contrario; estoy tan de acuerdo con la idea que quisiera, con toda humildad, darle mucho más alcance...

—¿Necesitas más recursos para fundar esa Escuela Palatina? No creo que estés aquí por eso —el rey frunció el ceño y en el exterior cayó un rayo, sucesos, en principio, sin ningún tipo de vínculo causa-efecto. El rey de los francos estaba intrigado. Se anudó la larga cabellera y nos atravesó con la mirada. Con un nudo en la garganta Alcuíno replicó:

—No he venido a pedir, sino a ofrecer. Supongo que estáis al corriente del flujo de sabiduría que hemos obtenido de los árabes, desde tiempos de Beda el Venerable. Gracias a él y a vuestro abuelo Carlos Martel...

«Bien, bien, aquella misión había tenido éxito. Además, la carta que dispuso el benedictino rumbo a Europa alcanzó su destino.»

—...sin embargo, y espero que no os ofendáis...

—¡Oféndeme, por favor! Estoy harto de timoratos que se enredan con palabras de seda sin decirme de forma nítida lo que ocurre en cada momento. Si no hubiera detectado las incursiones sajonas con mis propios ojos ahora esos fariseos que me rodean seguirían tratando de buscar una forma dulce de comunicármelas.

Su interlocutor sabía a qué se refería y cómo actuó él entonces: «destruyó la columna de Irmensul, sagrada para los sajones, decapitó a todos sus sacerdotes y les obligó a pagar un tributo de 500 vacas anuales». Teniendo en cuenta cómo se las gastaba, hacer lo que le pedía era suicida. El aludido escuchó en su fuero interno algo que hizo que la sustancia de la que yo estaba hecha, fuera la que fuera, sonriera de forma amplia: «Toma, hijo, aféitate raudo con esta hacha afilada».

—Bien, haré lo posible por ofenderos —respondió con heroica temeridad.

IV

—DISPONEMOS DE un vasto saber enciclopédico que se acumula en almacenes y viejos anaqueles de bibliotecas trasnochadas, desde Parisii hasta el Adriático. Los dirigentes dejan pudrirse tan colosal legado sin que nadie haga nada para evitarlo.

Comprobé como dos jóvenes sirvientas trajeron una bandeja llena de exquisiteces germánicas. El viaje había sido agotador y la presencia de los manjares hizo al teólogo salivar más de la cuenta. Las miradas cómplices que cruzaron criadas y monarca no dejaron

el más mínimo resquicio para la duda de lo que se cocía allí, además de los venados. Alcuino esperó para concluir su argumentación a que la mirada del rey retornara del profundo viaje al interior de sus escotes.

—Es fundamental que consigamos inundar el continente de Centros del Saber como la Escuela Palatina. Estos tendrían varias funciones además de la difusión de la cultura: recopilación de manuscritos, ordenación, clasificación, investigación. Los talleres de los monasterios están preparados para comenzar a realizar la copia de papiros y pergaminos de forma masiva. Los libros polvorientos almacenados en Europa encierran los secretos del mundo futuro y están esperando que alguien los abra.

«¡Esa es la idea y constituye el siguiente eslabón de la cadena!».

Sin embargo, era consciente que sin el beneplácito de aquel gigante las palabras morirían, disolviéndose en ese frío aire germano. Observé como Carlomagno se quedó pensativo. Justo en ese momento decidí sin dudarle, emerger de Alcuino y sentarme en la primera fila del teatro de los pensamientos del monarca, cambiando de forma diametral mi perspectiva.

«¡Platón mío! ¡Fuerza, fuerza demoleadora, voluntad titánica! Vuelvo a sentir algo similar a lo vivido dentro del general bizantino Belisario... pero por primera vez experimento cierto pudor por entrar en un hombre tan aguerrido».

La sensación llegó a aturdirme. Jamás conocí un espíritu tan arrollador, tan valeroso, tan contundente. Admito que también detecté pocos escrúpulos... ¡Aquel hombre no le tenía miedo ni al Belcebú de las Sagradas Escrituras, ni a la muerte más descarnada, ni al fuego de los infiernos! Deslumbrada y un poco desconcertada escuché sus pensamientos. Sin embargo, no podría aguantar demasiado en ese cuerpo, en ese cerebro. No estaba preparada para sus robustos esquemas mentales: colisionaban de forma frontal con la sensibilidad femenina que yo todavía poseía en ambigua sensación: también me atraían de forma poderosa. Impactada emergí rápida del emperador y entré de nuevo en el clérigo, más sujeto a la condición humana, más accesible. Tras hacerlo sentí un gran alivio. Siempre podría escuchar el rumor de las ondas mentales del coloso Carlomagno desde fuera, pues me llegaban con relativa nitidez dada la intensidad que poseían.

«Los pensamiento que he captado dentro del rey no tienen desperdicio».

V

«ESTE VALIENTE ERUDITO de York clarifica mis ideas a medida que habla, dibuja unos contornos hasta ahora difusos. En los últimos años he estado ocupado invadiendo Belisaria para defender al Papa de las ensoñaciones de Desiderio. Mi único libro de cabecera tiene, a mi pesar, un doble filo y empuñadura de plata. Este pequeño gran hombre sigue hablando y, mientras habla, cambia mi norte».

—Imaginaos, por ejemplo, el progreso que trajo a los árabes la aplicación del Código Agrícola de Justiniano. Sus ecos no han llegado a Europa, pero no por falta de medios o conocimientos, sino por falta de voluntad política, señor. Dispongo de un ejército, pero no de guerreros, sino de investigadores e ilustrados que están esperando vuestras órdenes para rescatar esa sabiduría almacenada y difundirla por todo el continente.

—El saber del que hablas se almacena sobre todo en monasterios...
—Tours, Corvey, Saint-Gall, Lorsch, Orleáns, o Saint-Denis. No sería fácil empresa: para llevarla a término se precisará una importante aportación económica. Optimizar recursos y medios humanos pero, si lo deseáis...
—...mis pensamientos se convertirán en palabras y estas en acciones.
—Dichas acciones transformarán la realidad. Majestad: no podemos ni atisbar de forma remota la magnitud de todo esto, sus consecuencias. Pero lo que sí sé es que si lo deseáis podemos comenzar a sentar las bases de un Renacer... —el filósofo dudó unos segundos, pero finalmente agregó—: Carolingio —después entonó:

*Yo no sé mucho esta noche
mi ignorancia es infinita
cual llanura selenita
pero que luzca y derroche
el sumo conocimiento,
el restañar de las tropas
el eco de mil Europas
espadas, plumas al viento.*

Tras sus inesperados versos el monarca, todavía atónito, exclamó:
—¡Renacer Carolingio! Suena bien. Al amanecer tendrás mi respuesta.
Tras la cena Alcuino de York permaneció insomne toda la noche. Salí de él y ACTUÉ. Al volver recordé entonces esa inquietante sensación: un crimen, un asesinato inesperado acaecería pronto, pero, ¿quién...?

«Transmitida la idea, el hombre clave es el rey. Carlomagno no puede morir».

Al alba, Carlomagno irrumpió en camisión en la habitación del teólogo cubierto por un regio manto azul que parecía alargar más aún sus seis pies y medio de estatura. En el exterior los árboles despertaban junto con el resto de la Galia carolingia. El cielo amanecía limpio tras haber descargado su furia el día anterior. La Europa septentrional se desperezaba ajena a su sino que iba a edificarse, a partir de ese preciso momento, sobre una sola palabra, una sola. Cual deidad incierta el hijo de Pipino el Breve pronunció con una inusual voz de piedra:

—Hágase.

VI

TOMADA LA decisión, los primeros meses sirvieron para perfilar el ambicioso plan. Ambos acordaron que el rey sería el primer alumno de la Escuela Palatina. Carlomagno no se mostró reacio a la idea aunque en la práctica sería un pésimo estudiante. Desbordado por sus obligaciones reales faltaría a las lecciones día sí, día también. Administraba un Imperio que se extendía desde el Elba hasta el otro lado de los Pirineos, desde el *Mare Germanicum* hasta la frontera de Benevento.

Una tarde dijo a Alcuíno:

—Sospecho que los duques de Benevento y Arichis maquinan contra mí. El Papa necesita que lo defienda de sus ataques furibundos. Los bretones juegan con mi paciencia entre el Sena y el Loira. Los herejes y paganos surgen como setas venenosas. Entiende que alguien tiene que ocuparse de ese tropel de insurrectos que amenazan la integridad de mis mapas.

«Eh, ¿qué pasa con los paganos? Los paganos griegos, como su majestad los llamaría, codificaron todas las posibles situaciones humanas mucho antes que naciera Jesucristo».

Y tras gravitar justo delante de sus ojos de fuego, mirándolo fijamente lo volví a intentar: *«¿PUEDES ESCUCHARME?»*.

Pero para mi frustración el rey me atravesó con brusquedad y desapareció de la sala. Esta interpelación silenciosa me condujo a reflexionar de nuevo sobre mi naturaleza:

«¿De qué sustancia estoy constituida para poder almacenar mis memorias de la Alejandría de mis ventanas?. ¿De qué sustancia estoy constituida para poder generar nuevos recuerdos?».

Entonces volví al bueno y confortable Alcuíno de York, al que había dejado con la palabra en la boca. El clérigo se dijo para sus adentros:

«Tengo que informarle de que los colaboradores reales, Angilberto y Nitrado, aprenden latín solo para contentarle. Su primo, Adalardo, piensa más en cuestiones divinas que en lecciones humanas. Su hermana Gundrada, las monjas de las diócesis de Aquisgrán y el joven y avezado Eginardo son los únicos aplicados», cuando escuché ese último nombre sentí algo indefinible, sutil: ese chico jugaría un papel relevante...

Justo a continuación volví a tener la súbita y siniestra certeza de que era el momento. ¡Correría la sangre! ¡Ya! ¿Cómo podría evitarlo? Pocos segundos más tarde uno de los aludidos entró en la sala, el siempre inquietante Adalardo. Parecía muy nervioso y estaba lívido. ¡Quizás se acababa de producir el crimen que vislumbré y venía a anunciarlo!

—¡Mi señor...!

VII

—OH, ADALARDO, él no está aquí, aunque creo que su majestad volverá de un momento a otro —pero el otro le miró gélido sin contestar.

Carlomagno nos había dejado solos durante unos interminables minutos en los que

erudito y consejero imperial se miraron en silencio. Emergí entonces de Alcuino y sentí de nuevo aquel silencio extraño. Ese hombre no radiaba ningún tipo de ondas de pensamiento que yo pudiera captar. El monarca ya volvía de su gabinete real. La entidad opaca repitió:

—¡Mi señor...!

«¡Platón mío! ¿Otra vez?».

Entonces decidí penetrar en la mente del coloso emperador y grité con toda la sustancia de la que estaba compuesta:

«¡¡CUIDADO, OH REY DE LOS FRANCOs, CUIDADO CARLOMAGNO!!»

Ante lo que me dio la sensación... ¡que detuvo su pensar una fracción de segundo! ¿Era eso posible o mi deseo distorsionó la realidad?

—¡Cállate y espera tu turno!—gritó el rey a su primo con contundencia—. Alcuino, mira qué traigo y dime qué te parece —volví a él. El erudito, alarmado por la brusca irrupción, miró de forma alternativa al monarca y a su primo, para terminar obedeciendo:

—Veo... veo con satisfacción que habéis usado mis tablillas... —El religioso estaba sorprendido, aunque estaba a punto de sorprenderse todavía más. El manuscrito que le tendía el monarca no parecía latín, pero lo era.

—Señor, habéis cambiado...

—Sí. Transcribir esas enormes letras que carecen de toda continuidad me pareció tarea baladí: tomé la decisión de modificarlas —Alcuino miraba el legajo como si fuera un fragmento perdido del Antiguo Testamento.

«*Qué interesante*», pensé tan fascinada como el hombre que me acogía. Pero había otro asunto mucho más importante en ese momento: ¿qué había venido a anunciar Adalardo, primo del rey? ¿Por qué no podía leerle? Comprobé que seguía en silencio, tenso, en una esquina de la sala. Alcuino seguía absorto en la tablilla: aquello no era una grafía cuneiforme, ni hebrea ni aramea. Carlomagno había ideado un sistema caligráfico que primaba la escritura frente a la lectura. Las letras eran más reducidas y redondeadas y, sobre todo, se enlazaban unas con otras agrupadas en palabras. Aquello, aunque muy extraño, parecía irritablemente práctico.

—Sois el gobernante más importante del mundo. De vuestras decisiones depende la vida y la muerte de millones de almas. ¿Por qué no, además, ibais a inventar un método de escritura que, presiento, perdurará durante siglos?

«*Sí, yo también lo presiento: una especie de vorágine brutal de “recuerdos futuros”, un billón de volúmenes agitando sus hojas*».

En ese momento, Carlomagno reparó de nuevo en su primo y le ordenó acercarse. Todo sucedió muy rápido.

VIII

EL ALTO MONARCA se hallaba sentado por lo que, una vez próximo, Adalardo se acercó a cuchichearle al oído: el emperador carolingio, sin mediar palabra alguna... ¡ATRAVESÓ CON SU LARGA DAGA LA CABEZA DEL CONSEJERO REAL! La hoja entró por debajo de la barbilla y emergió por lo más alto del cráneo. El hombre se desplomó como un fardo. Entonces lo vi: otro acero, similar al del rey, cayó al mármol desde la mano

inerte.

«¿Por qué pretendía matar al rey? ¿Por qué no pude captar sus ondas? Me enfrento de nuevo a ese espíritu maligno que posee algunas mentes...»

Alcuíno, tras acusar el impacto por lo sucedido, comprendió al instante las perversas intenciones del Consejero Real. Carlomagno se levantó ensangrentado y proclamó con amargura:

—Oh, mi antaño fiel Adalardo: en los últimos tiempos no eras tú —y levantando la cabeza nos miró añadiendo—: Alcuíno, si llego a morir el Renacer cultural que estamos fraguando jamás hubiera sido tal.

Por mi parte sentí que mi misión en ese tiempo había concluido, ¡pero no en ese lugar! Por primera vez probaría elegir mi propio destino ¿Sabría hacerlo? ¿Estaría capacitada para viajar a voluntad unos pocos lustros en el futuro y de ese modo contemplar la fabulosa empresa en la que se habían embarcado los dos hombres que tenía delante? De nuevo percibí información fragmentaria y desdibujada procedente del mañana...

«No será nada fácil que cristalice el Renacer Carolingio. Intrigas políticas y ríos de sangre serán piedras en el camino y su elevado precio».

Cuando emergí por última vez del erudito inglés Alcuíno de York y me elevé hacia los cielos pensé de nuevo en mi adversario: aunque quizás de similar naturaleza a la mía y más evolucionado que yo no era todopoderoso.

«Es algo parecido a energía y precisa de ella para existir. Al igual que yo, no dispone de la suficiente para actuar dos veces en la misma época. ¡Por fin he detectado una de sus limitaciones, su Talón de Aquiles!».

A medida que me elevaba de forma vertiginosa vi Aquisgrán empequeñeciéndose, luego Europa, la Tierra y un cúmulo brutal de estrellas en forma de espiral. ¡Si Ptolomeo o mi amado padre Teón pudieran ver esto! Al fin tuve delante la ciclópea elipsoide que representaba el espacio-tiempo universal. Avance ligeramente en la cuarta coordenada y dejé constantes las otras tres. Tiempo diferente, mismo lugar. ¡Sí!

«¡Sí, Hypatia! ¡Vuelves al Imperio carolingio tres lustros más tarde!»

IX

EL PALACIO DE STENAY, en la región de Heristal, se erguía solemne al pie del bosque de las Ardenas. La residencia invernal había sido testigo del asesinato del último rey merovingio, Dagoberto I, tras una jornada de caza en la que él mismo sería la mejor pieza. Cuatro personas caminaban sobre las hojas en una arboleda considerada sagrada, la de Woévers.

«Bien: la sombra azul de lo que un día fui ya puede controlar el cuándo y el dónde, aunque en modo alguno ni el quién ni, por supuesto, el cómo».

Si hubiera tenido ombligo era el momento de dejar de mirarlo y proyectarme hacia el exterior. Llevaba unas cuantas horas en ese tiempo y estaba a punto de comprobar si mi nueva ACCIÓN había funcionado. Miré a mi alrededor. Cómo habían envejecido el rey y el erudito Alcuino, y crecido aquel niño precoz, Eginardo. Allí también se encontraba la nueva reina... a la que yo ya había visitado la noche anterior...

—Como sabéis, acaba de fallecer el papa Adriano. Estoy muy conmovido. El ser humano es tan... —el monarca lucía barba y cabellera blancas—... tan frágil como las begonias bajo los cascos de los caballos —encontré al rey desprovisto de cualquier abalorio imperial, más viejo y desconfiado bajo la sencilla túnica y las pieles de nutria. Liutgarda de Alemania, germanísima esposa de Carlomagno, vestía ironía y calzaba desdén:

—Querido, quizás su noble espíritu vagará un año por el limbo para, al final, condensarse en algún futuro Padre de la Iglesia —todos, a su manera, parecían querer distraerlo de la desgracia. Entonces el más joven hablo:

—Bueno, lo que sugiere la reina tardará unos meses en consumarse: los trámites burocráticos para tan compleja transfiguración llevan mucho papeleo —todos reímos la ocurrencia de Eginardo de Maingau, un hombre ya de veinticinco años, nada apocado, de cuerpo enjuto y menudo, mente veloz.

«¿Y si ese lugar celestial estuviera mucho más cerca de lo que crees? ¿Y si ahora mismo te rondara una especie de Ángel de la Guardia que, sin serlo, protege a tu rey?»

Supe que Eginardo se había convertido en el colaborador más fiel de Alcuino, y, por sus aptitudes y actitudes, en su *alter ego*. Sumergiéndome en los torcidos senderos de su memoria conocí que Alcuino había dividido su tiempo como director de la Escuela Palatina y como difusor de la nueva tipografía, las minúsculas carolingias inventadas por el propio rey. El Renacer Carolingio todavía habría de dormir décadas en el baúl de las quimeras. Hasta atravesar las puertas de la realidad tendría que vencer una dura resistencia. Al margen de las intrigas políticas y sociales sentía que en esta ocasión tendría que intervenir directamente para salvar al monarca de morir asesinado.

«Uf... ¿Cuándo? ¿Quién? ¿Alguno de los presentes? ¿Cómo podría impedirlo? Jamás en mi viaje de siglos he podido todavía interactuar con la materia».

X

LA ARISTOCRACIA LAICA permanecía al margen del movimiento cultural, al igual que el pueblo. Carlomagno no disponía ni de un minuto para atender las demandas de los sabios. Emergí de Alcuino y rebusqué en la memoria del monarca recuerdos concretos. Todavía conservaba parte de esa fuerza fabulosa, aunque suavizada por las nieves del tiempo; mi incursión en él no me dolió como antaño. En Europa septentrional Carlomagno sometía a los frisones, mientras que, al este, Baviera y Carintia eran asimiladas por sus ejércitos invencibles. Supe, gracias a esa extraña clarividencia que me hacía ver fragmentos del futuro, o de un futuro, que su feroz lucha para doblegar a los sajones se prolongaría hasta bien entrado el siglo IX. Volví a Alcuino cansada de tanta contienda, en el momento que el rey habló:

—Todo el mar de tierras conquistadas requiere una eficaz administración. Sin embargo, la organización territorial basada en la figura de los condados y marquesados choca de forma frontal con la aplicación del Código Agrícola de Justiniano.

«Es inusual que el monarca revele sin tapujos los entresijos de su acción de gobierno», pensó Alcuino. Quizás lo hizo porque las personas que tenía delante eran de su máxima confianza. Una brisa gélida atravesaba el bosque agitando las copas de los árboles.

A juzgar por la tiritona, todos parecían acusar su desagradable impacto salvo el rey, inmune a cualquier fenómeno meteorológico, ser mortal o bestia mitológica. Un pensamiento me asaltó justo antes de que mi *casero* Alcuino replicara.

«¿Alguno tiene intención de traicionarle, como lo hizo un Adalardo... poseído?».

—Mi rey, vos mismo habéis planteado el problema y la solución: la aplicación estricta del Código Agrícola de Justiniano. Primar al agricultor con tierras hereditarias en detrimento de los nobles y optimizar la producción por medio de mejoras agropecuarias, técnicas y estratégicas.

—Pero, ¿con qué pago a los nobles para que apoyen mis guerras? El flujo monetario es inexistente: solo puedo recompensar sus tributos con tierras. La sublevación está garantizada y mi Imperio se deshará en mil pedazos.

—Nuestro señor tiene razón —aseveró Eginardo—. El sistema está inmerso en un círculo vicioso imposible de romper a corto plazo. Sin tierras no hay nobles y sin estos no hay ejércitos para las guerras que mantengan la integridad del Imperio. Y sin Imperio no hay tierras que ceder.

—Exacto —contestó Carlomagno complacido. En un gesto que definía algún rasgo de su ser, el rey depositó con cuidado y sobre una roca un caracol que había robado al bosque. Quizás alguien le iba a poner también a él en su sitio. Y de paso...

«¡Es el momento!: ahora mismo comprobaré si mi ACCIÓN de la pasada noche ha surtido algún efecto. La reina es pieza clave. Ummh: en verdad, tanto una servidora como mi antagonista tenemos la capacidad de potenciar lo bueno o lo malo, el cielo o el infierno, que reside en el interior de cada individuo».

XI

—A VER, CARLOS —su esposa hablaba poco, pero hilaba fino, y todos escucharon con atención—. Las reformas culturales emprendidas tienen que penetrar en las altas capas sociales y eclesiásticas para después llegar al pueblo. Si no cortas la cabeza a la serpiente, como sugiere el chico... Ya podemos enterrar para siempre a Aristóteles y a Fidias, a Virgilio... —Liutgarda titubeó un segundo y remató —:... o a Hypatia de Alejandría.

«Sí, por favor, no nos olvidéis. Oh, ¿fui vanidosa al recordarle mi figura...?».

—No me regañes —El gigante pareció menguar al menos dos cuartas.

—¡Cállate y escucha, tarugo! —Los ojos de los dos eruditos se les salían de las órbitas—. Hasta ahora no he hecho más que el diagnóstico, aquí viene la terapia: continúa con el impúdico chalaneo con los nobles, pues no te queda otra, pero recorta de forma progresiva sus atribuciones. Ya no necesitas tanto de sus servicios; el Imperio ha alcanzado una dimensión considerable, el continente se rinde a tus pies. Pacta ahora, desde esa posición de fuerza, con los musulmanes; manda más delegaciones diplomáticas, establece embajadas en su territorio. Desde la fundación de los califatos omeya y abásida, las relaciones parecen más factibles; usa a los judíos que mantienen todavía relaciones comerciales con ellos. Potencia las Ferias y unifica los pequeños mercados. Abre el Mediterráneo al comercio y obtén recursos al margen de la agricultura; para ello una flota

no te vendría mal. Llevamos siglo y medio sin vías de navegación con Oriente; habla con griegos, sirios y vikingos. Compra a los nobles con los nuevos recursos, prima a los agricultores. Mantén a raya a la Iglesia y detén su creciente adquisición de tierras en detrimento de las del Estado. Haz lo propio con las aristocracias regionales: limita su poder. Establece instituciones docentes para cultivar al pueblo a orillas del Sena y del Loira. Impón tu yugo para que el latín no se disuelva; machaca a los que pretendan erigir de nuevo la Torre de Babel. Ah, y suaviza los elevados peajes a las ciudades para potenciar su desarrollo —la mujer realizó una pausa para tomar aire y rematar su soflama—. En una palabra, refuerza económica y culturalmente la estructura del Estado.

Todos quedaron mudos de asombro. El viento cesó, las hojas interrumpieron su bella coreografía, el bosque silenció el run-run de sus insectos. En mi caso, no estaba sorprendida en absoluto, claro...; además, no hubiera podido decir nada por la ya conocida imposibilidad física de emitir sonido alguno. ¿Podría esto cambiar algún día? Solo el rey se atrevió a esbozar:

—¡Dios mío! ¡Van a pensar que te guardaba amordazada en una mazmorra!

Sin embargo Carlomagno asimiló todas y cada una de sus palabras. Por mi parte viajé con él una semana hacia el futuro, al lugar donde le esperaba la muerte. Si no lo evitaba ninguna de las reformas propuestas se llevaría a término y el Renacer Carolingio fracasaría.

«Tendré que ACTUAR por primera vez de forma física. Ummh. ¿Pero cómo?».

XII

—¿CUÁNTO? —preguntó con displicencia el enorme monje señalando un tomo que rezaba *Biblia Dorada de Carlomagno*. El comerciante no podía ver la cara del que había hablado, oculta entre los hábitos, pero sí la de su acompañante, otro benedictino joven, visiblemente nervioso.

—Doscientos denarios, señor. Sus costuras han sido confeccionadas con oro puro en los talleres reales —empezó a decir.

—Tenía entendido que la cubierta proporcionaba los días santos con numeración latina, bajo una arcada y entre aves de iridiscente plumaje —la voz sonaba vieja y cavernosa, paciente y sólida. Antes que contestara el estafador, los religiosos ya se habían marchado. Y yo con ellos.

Disfruté entonces del entorno, fabuloso, sin duda. Me recordaba el maremágnum de mi Mesé alejandrina cualquier mañana de hacía ya cuatro siglos. Permanecer en su órbita me ayudó a interpretar de forma idónea lo que veía. La Feria de Saint-Denis despuntaba ya bravía en esa mañana de octubre. El aire olía a alcanfor, a canela, a almizcle, a aloe y a excrementos de reses, cochinos y caballos. A nadie parecía importarle que sus residuos tapizaran farragosos el piso, que sus orines hediondos pugnarán y vencieran a las fragancias orientales. Los comerciantes gritaban hasta el paroxismo, los visitantes regateaban hasta la extenuación. El trasiego de eunucos, esclavos y ganado fluía como un río incesante cuyos afluentes regaban todos los recovecos. La remota música que se escuchaba entre la algarabía era lo único que hacía avanzar el tiempo, congelado entre la muchedumbre que

actuaba como un todo, como un animal imposible que se revelaba enajenado, enloquecido. En los deltas del río los judíos aquilataban las joyas con suficiencia. Los herreros azuzaban brasas, enderezaban armaduras, ultimaban yelmos y espadas y vestían espléndidas panoplias sobre el cadalso, que hacían babear a los caballeros y suspirar a los mozalbetes. Los orfebres engarzaban perlas y piedras preciosas en dulces ambrosías de metales nobles a los que solo podía aspirar algún banquero. La compra-venta de telas bizantinas al por mayor divertía a los frisonos que parecían tener sus barcos a punto para zarpar y esparcir por el *Mare Germanicum* tan codiciada carga.

«*Se acerca el momento de la verdad en este tiempo, en este lugar*».

Mientras evolucionábamos por la Feria volví a sentir el peligro, inminente y de contornos muy definidos. Sin embargo no percibí huella alguna de mi adversario: había abandonado ese tiempo. Nada de conspiraciones: sería el azar el culpable, factor siempre relevante. Los dos hombres, bajo su disfraz, continuaron pululando por la feria con ojos escrutadores y oídos atentos.

—Señor, esto es muy peligroso. Vuestra integridad... —pero al falso monje no pudo terminar. Tres siniestros personajes de aspecto pendenciero les cerraron el paso en medio del bullicio.

XIII

PARECÍAN SAJONES desertados de alguna guerra. Sus pupilas reflejaban las muertes que habían infligido. Eran la escoria de su ejército, seres carentes de su nobleza. ¿Podría morir mi *arrendador* estando yo en él? Bueno, eso es lo que me sucedió con Beda el Venerable en aquella Inglaterra embrionaria: la experiencia fue terrible. Estaba allí para evitarlo.

El más corpulento se cruzó de brazos delante de los falsos monjes. Los otros dos harapientos, se pusieron detrás enarbolando cuchillos. Si sus oxidadas hojas les tocaban morirían antes por infección que por incisión.

—Dadnos vuestro oro, eso sí, con la gracia de Dios. O id con él —exigió el que tenía enfrente que parecía más un oso que un humano. Los miserables vieron una presa fácil en los dos religiosos, uno de ellos, viejo y tullido. Pero de sus hábitos emergió una respuesta que no esperaban:

—¿Pero aún no os habéis enterado? —preguntó con tono socarrón y una carcajada. —Aquí el oro brilla, sí, pero por su ausencia.

—¡Maldita sea! —gritó enfurecido el úrsido, que parecía el líder. Comprobé que sus ondas mentales eran planas y de un componente moral inexistente. Le daba igual matar o morir, aunque su instinto le inclinaba a lo primero.

—¡Un momento! Tomad nuestra bolsa de denarios y marchad en paz. — Pero las palabras de Eginardo no garantizaban un feliz desenlace.

—Bien —rugió el plantígrado tomando el cuero que le tendían—, ahora ya podéis ir con vuestro Señor —Y alzó su zarpa en pos del cuello de aquel misterioso monje, al que todavía no habían visto el rostro.

«*¡Es el momento, Hypatia! ¡Penetra en el rey e insúflale de energía!*»

Sin saber muy bien cómo y a bordo de sus impulsos nerviosos viajé a través del cuerpo de Carlomagno hasta llegar a su brazo derecho. Acto seguido concentré toda la esencia que me constituía en sus músculos. Esta acción me dejó totalmente desfallecida.

El estremecedor alarido acalló a los visitantes de la Feria que nos circundaban, poniendo en evidencia a los portadores de los cuchillos. No podrían matar a los frailes sin que se enteraran los centinelas que patrullaban el mercado; desaparecieron con rapidez entre la masa. El aparente benedictino retorció un poco más las sucias y venéreas partes —no tan nobles— del bandido. Tras esto, el hombre que había tenido el feo detalle de querer matarle trazó una trayectoria parabólica, aterrizó sobre unos gorrinos y quedó inconsciente enfangado hasta las cejas. Evidencí gran sorpresa en el mismo rey. Pero enseguida, su soberbia acumulada durante décadas y el hecho de llegar a creerse sus propias leyendas imposibles sobre su magna figura fueron suficientes: sofocaron en él cualquier conato de explicar de forma racional tan sobrenatural fortaleza.

—*Omnis res sui locum*. Cada cosa en su sitio —sentenció el lanzador tras su gesta olímpica. El gentío estalló en carcajadas.

Tras pasear por la Feria y ya Eginardo sobrepuesto de lo ocurrido, advirtió anticipándose:

XIV

—OLVIDADLO. Vuestros médicos os prohibieron... —Se refería al buey enorme que asaba un vikingo y ante el que se había detenido Carlomagno.

—Sí, los médicos nos han vetado los asados. La gastronomía es el último placer terreno en el que creemos ya o todavía. *Ergo*, asumiremos que en los utensilios para comer, en nuestros dedos y cuchillos, está latente nuestra dulce y succulenta muerte. Muramos, pues, con la boca llena. ¡Dos tajadas grandes, por favor!

Muchos hombres, cuando llegan a su edad, creen estar por encima del bien y del mal, todo se lo pasan por el Arco de Constantino. A pesar de su pretensión de pasar inadvertidos, el monarca camuflado comenzó a charlar con el vikingo. Su identidad permanecía en el anonimato al quedar velada su cara con la capucha del hábito. El rostro semiesférico del escandinavo denotaba que realizaba minuciosos y frecuentes controles del producto que vendía.

—Decidme, señor: ha llegado a mis oídos que vuestro pueblo dispone de una flota fabulosa que se dice que ha alcanzado la remota isla de Tierra Verde. ¿Es eso cierto o tan solo habladurías sin fundamento de los miembros de mi congregación? Las tardes de invierno allá en el monasterio resultan soberanamente aburridas —su compañero sonrió nervioso por el adverbio empleado y quizá por lo inquietante de la situación.

—No andan lejos de la realidad—rió el vikingo—. Un *dracar* puede albergar más hombres en su panza y navegar más veloz que cualquier barco sirio o griego.

Tras sus palabras recibió la sorpresa de su vida. El benedictino viejo que le interpellaba se quitó la capucha que le cubría, le agarró por el antebrazo y desafiante le interpeló mirándole a los ojos:

—Vuestras naves se desenvuelven bien en estos mares de mentira que bañan

nuestras costas, pero serían incapaces de atravesar el mundo a través de los océanos infinitos. Ante ellos serían juguetes de los dioses.

Tantos años enarbolando el cetro, la magnitud de su reinado y su efigie en las monedas, habían hecho de Carlomagno alguien con facciones identificables por el vulgo. El vikingo quedó sin habla y Eginardo reaccionó con premura: volvió a ocultar con brusco gesto la testa del emperador:

—Teníais que hacerlo, ¿verdad? Salgamos de aquí. Con un poco de suerte...

Pero no hubo tal. Oyeron los gritos a su espalda cuando se hallaban tan solo a dos puestos de distancia. Escaparon por muy poco.

Entonces viajé en el tiempo por última vez en aquel ámbito para asistir en primera fila a las consecuencias de aquel encuentro fortuito: en el Armisticio de Brest, en el 829, el ya muy anciano rey franco propuso un reto al príncipe normando Olaff, el Implacable.

—Aceptó el desafío de atravesar el Gran Océano, aunque no sé si vivirá lo suficiente como para verlo con mis ojos.

Tampoco viviría Carlomagno. Sentí su muerte, sin duda. Si todavía poseyera corazón, lo tendría destrozado. En cualquier caso, yo sí que iba ser la privilegiada...

«No pienso perderme esa gesta histórica por nada de este mundo... ni de los otros. Mmh, presiento que no sería nada fácil. Me temo que ya huelo la sangre».

Capítulo Cuarto
LA BITÁCORA DE CICEROT O EL RESPLANDOR DE LOS
DESCUBRIMIENTOS (898-950)

I

HACÍA MUCHO FRÍO aquella tarde y Michelle de Heristal buscó con sus ojos de amatista la literatura que encerraba el Gran Océano. En esa hora vespertina el viento tremolaba los estandartes, lo boreal vencía suavemente a lo austral y los fenicios observaban acodados desde el cielo. Allá arriba, con el beneplácito de su dios Poseidón, imaginó al pueblo muerto de navegantes que miraban entre alborozados y expectantes. Inclined a babor, inmune a la baja temperatura, la joven gala dibujó en el azul villas pompeyanas sobre espuma, epopeyas homéricas edificadas sobre una ola, tragedias griegas consumadas sobre la línea del horizonte. Pero todo aquello no podía durar. Alguien estaba a punto de desbaratar su universo y, por tanto, también el mío, pues acababa de entrar en ella. Supe que había nacido en la región de Borgoña que baña el Loira, en el seno de una familia de raíces merovingias, y que su aspiración había sido siempre atravesar el mundo. Su velocísima mente matemática había sobrecogido a los profesores de la universidad de la ciudad del Sena. También a mí en el momento que me fusioné con ella en dulce simbiosis, ese día gélido a finales del siglo IX.

«¡Platón mío de mis desvelos! ¡Qué cabeza tan singular la de esa joven mujer! Confío en recobrar mi fuerza: todavía acuso el gran derroche energético que acusé en tiempos de Carlomagno. Sin embargo ahora mismo tengo que hacer algo que no se puede posponer...»

Algo importante, definitivo, estaba a punto de suceder. Sin dudar, aunque con gran esfuerzo, emergí de ella, **ACTUÉ** y volví veloz al ágora de sus pensamientos. Todo fue muy rápido. Ambas vimos despertar al capitán Sven Rügen Ottarson de una pequeña siesta con la barba erizada y los ojos desorbitados, buscando a sus cercanos.

«Ya está hecho: ahora tiene que funcionar... o de nuevo el retraso en el progreso humano será inexorable».

El gigantesco vikingo se apoyó sobre el tercer mástil para erigir toda su figura sobre la cubierta de madera. Ya no era un jovencito y sus huesos crujieron a pesar del linimento de grasa de morsa y savia de abeto de su Kjölen natal. Michelle se despidió del mar y se volvió hacia estribor para contemplar divertida el espectáculo con sus ojos violeta intenso. Ambas lo veríamos con la misma perspectiva física, pero diferentes expectativas...

II

—¡ALMIRANTE, dad orden de virar quince grados a babor y mantened el rumbo! —y lo hizo en el tocoso latín que había aprendido en sus antiguas incursiones a Calais. Jean Pierre Cicerot repitió la orden del capitán y el enorme *dracar*, joya de la tecnología naviera escandinava, comenzó a girar la proa. Una vez sobre la nueva senda invisible, la nave se deslizó con suavidad sobre las aguas. El almirante —cuerpo afilado y mirada ambiciosa—, que también había estudiado en la Universidad de Parisii, frunció el ceño molesto. En sus elucubraciones, aspiraba a un puesto relevante como gobernador en las nuevas tierras que conquistarán. La tripulación mixta, había respondido sin rechistar. Y eso que estaba integrada casi en exclusiva por rufianes galos de la peor calaña y por adocenados bárbaros que convertían a los más abyectos delincuentes en cándidos seres angelicales.

«¡Respecto de los abordajes de saqueadores sanguinarios no tienen nada que temer: los piratas son ellos!»

Comprobé a través de los ojos de Michelle como, imbuidos de un extraño influjo a la hora de manejar remos, jarcias y arboladuras, su conducta marinera era ejemplar. Las tendencias pendencieras e infames quedaban aparcadas para cuando se entregaban a los brazos de Baco, es decir, para cuando estaban borrachos como cubas. Salí de nuevo de la chica y gravité hasta el centro de la embarcación. En ese punto geométrico probaría algo nuevo: captar en círculos concéntricos las ondas de todos los tripulantes de la nave. Descubrí así a Froilán, un anciano sacerdote astur que había escapado de Hispania musulmana. Seis cocineras y cuatro zurcidoras, todas de armas tomar, ante aquella legión de mastuerzos. También evolucionaban por las cubiertas Harald Thorvaldsson y Vidkun Trondheim, dos espigados vikingos con vista de águila, más nobles que sus belicosos compañeros nórdicos. Leí asimismo a Gaspar Vichí, un botarate rico enrolado a punta de sable por su padre en el puerto de Londinium. Para terminar, el compañero de Michelle de Heristal, un jovenzuelo llamado Patric Rougiers, que prefirió ya muy de joven el trepidante mundo estudiantil que el de la aristocracia más rancia de la que procedía. Patric, cuando no dormía o atendía sus obligaciones, trasteaba por la cubierta con Daniel de Beaucaire. Daniel era un atolondrado tartamudo de Orleáns que servía al universitario de ariete para soliviantar a los vikingos y de escudo ante sus embestidas.

Tras mi prospección volví a introducirme en la cabeza de la chica para hacer acopio de energía y estudiar atentamente los vitales acontecimientos subsiguientes. Al cabo de unos minutos, el resto de las naves de la flota siguieron la estela de la nave capitana, la *Carlomagno*, sin que las sólidas y bien ensambladas cuadernas de sus cascos emitieran ni un pequeño lamento. Pero a alguien le rechinaban los dientes. Ese alguien habló y puso en la cuerda floja su acción... mi acción...

III

—CAPITÁN RÜGEN, os informo que vuestra orden incumple de forma flagrante los acuerdos suscritos por la comisión anglo-franco-vikinga. Cualquier decisión durante la singladura ha de pasar por mi supervisión. He obedecido de forma instantánea, pero os exijo una explicación.

El almirante Jean Pierre Cicerot —desde su aspecto de alfeñique universitario, opuesto al del gigante escandinavo— fruncía el ceño ante el vikingo Sven Rügen Ottarson. Sin embargo, el enorme capitán se achantó ante la incisiva mirada y lo indiscutible de sus argumentos. A través de los redondos cristales de sus lentes, Cicerot clavaba la mirada en el capitán.

—Tenéis toda la razón, señor —contestó este con talante conciliador—. Más aún, doblemente, si tenemos en cuenta que, además de compartir las decisiones, la logística corre a vuestro cargo, a cargo de los francos. Sin embargo, he de explicaros mis motivos... —El caro traje de Cicerot comprado en Parisii se hallaba en las antípodas de las pieles y abalorios de su interlocutor. El almirante se quitó nervioso los pequeños anteojos para enfatizar su afirmación:

—Pues es mejor que os deis prisa, puesto que cada minuto que transcurre nos desviamos de forma peligrosa de nuestro destino.

—Siento contradeciros pero es ahora cuando el rumbo es el correcto. Estábamos doblando demasiado al noroeste y las naves de la flota podían haber chocado durante la noche con un iceberg desprendido de la descomunal isla de Tierra Verde. Comprobadlo, por favor.

—¡Comprobadlo! —repitió Cicerot ante Michelle de Heristal, que se hallaba a escasa distancia del puente de la nave—. ¿Dónde diablos está Patric?

El espigado Harald Thorvaldsson, que pasaba por allí, se encogió de hombros y guiñó un ojo a la joven, sin entender nada de lo que gritaba aquel pequeño franco. Un abismo idiomático y cultural les separaba, pero supe, arrellanada en asiento de primera fila en el teatro de la vida, que al amor imposible bien poco le importan esos detalles nimios.

«Ojo, niña mía, que “quien en zarzas y amores se metiere, entrará cuando quiera, mas no saldrá cuando quisiere”, o eso es lo que proclamaba Plutarco».

Ella, azorada, abandonó el azul de los iris del vikingo para decir:

—Desconozco su paradero, señor, aunque dudo que ronque muy lejos de nuestra posición —el tono empleado exasperó al almirante.

En ese momento, un imberbe mozalbete de porte anodino y mirada dispersa subía corriendo de la bodega, pillándose el camisón con los calzones. Al entrar en la órbita de mi campo de acción supe que los gritos del segundo de a bordo le habían arrebatado de los brazos a una bellísima egipcia en un palacio de Tebas; por arte de magia, se había transformado en un normando inmenso, sudoroso y maloliente que dormía a su lado bajo una mueca abominable.

«A trabajar», pensó Michelle. Entonces, tras unos cuantos cálculos con sus astrolabios y demás instrumentos ambos constatarían quién estaba en lo cierto respecto al cambio de rumbo.

IV

—EL CAPITÁN RÜGEN ha dado la orden correcta. —proclamó Michelle.

Ante esas palabras el almirante Cicerot no pronunció palabra alguna y marchó orgulloso a las bodegas de la nave. Privilegiada yo, fui capaz de leer su silencio justo antes

de que se difuminaran sus ondas: emití un rápido segmento y capté: «La clarividencia del maldito vikingo debe tener una explicación. ¿Cómo pudo saberlo?». El misterioso episodio tendría un lugar destacado en el anecdotario de su cuaderno de bitácora, ocupado hasta entonces por días iguales y aburridos. Sin embargo, el segmento me trajo más información que la que buscaba. Sentí otra vez que algo o alguien deseaba ayudarme:

«*Tu ACCIÓN ha dado sus frutos pero no te confíes: ese... SER está aquí*»

«Nuestro rumbo anoche era idóneo. O el capitán o el almirante han debido despistarse con el timón». Los pensamientos de la chica iban en la buena dirección. Un error de cálculo podría haberles costado la vida a cientos de hombres y mujeres y malogrado la expedición. Su trabajo en la nave exigía una concentración absoluta. No podía equivocarse. Sin embargo, en ese momento yo sí me permití un pequeño lujo: me sumergí en sus recuerdos. Lo cierto es que necesitaría esa información, entender el contexto en el que me movía, para actuar con más precisión. El Mal, como digo, me aguardaba en una de las tres naves que componían la misión.

Supe que los jóvenes Patric y Michelle, así como el propio Cicerot, pertenecían a la primera generación bien alimentada que tuvo la Franca Carolingia. En la universidad, los más jóvenes habían aprendido la certeza griega de la esfericidad de la Tierra y que seis planetas orbitan alrededor del Sol. Estudiaron a Aristóteles de Estagira, a Hiparco de Nicea y a mi amado padre, Teón de Alejandría, hasta gastar las copias de los pergaminos de la Biblioteca. Asimismo, conocí el hecho de que la mejora climática desde el año 750, los armisticios firmados con los pueblos germánicos y el reto de Carlomagno ante Olaff el Implacable –del cual tuve la fortuna de ser testigo de excepción– habían desembocado en esa irreflexiva misión a través del Gran Océano. Irreflexiva y temeraria porque, salvando la endeble organización a través de la comisión trilateral formada para el evento, la experiencia de los galos era escasa y la aportación inglesa era simplemente económica. La Regia Universidad de Parisii y la Magna de Londinium impartían un catálogo de novísimas materias teóricas, pero cuya aplicación todavía no había calado en una sociedad anquilosada. Los frutos de la Revolución Agrícola favorecida por el Código Justiniano, empezaban a consolidarse en Europa tras siglos de penurias. Tras sumergirme en los recuerdos de Michelle de Heristal, regresé presta al percibir su perplejidad. Ella indagó al gigantesco vikingo:

—Capitán Rügen, ¿cómo habéis podido conocer...?

V

—LO SUPE al despertar. Nosotros, los vikingos, solemos determinar nuestra posición basándonos en las algas, observando las aves o mirando las estrellas, pero en esta ocasión la información me llegó por otra... misteriosa vía.

Michelle no quedó nada satisfecha con la respuesta. Gala y vikingo mantenían una peculiar y respetuosa relación. Salvo el almirante Cicerot, nadie se hubiera atrevido a preguntar salvo ella:

—¿Entonces ahora el plan es...?

—... Enfilas las naves hacia el sur, pequeña. Con ello no solo evitaremos nuevos

incidentes como este, sino que, en nuestra trayectoria, es probable que topemos con archipiélagos fértiles donde podamos abastecernos.

Sin embargo yo tenía la certeza de que pronto vendrían horas de zozobra, de extremo dolor. Ella no podía ni intuirlo... Sentí la muerte inminente de muchos de los que la rodeaban. De nuevo el peso de la responsabilidad me abrumaba. ¿Podría evitarlo? Fragmentos del mosaico del futuro llegaban a mí por ciencia infusa. ¿Tenía la posibilidad de juntar dichos fragmentos con otra disposición a la prevista? Hasta ahora la experiencia me había demostrado que sí podría influir, de forma sutil, en los acontecimientos.

«Querida Michelle, disfruta ahora que puedes...»

Vi a través de sus ojos las siluetas que se recortaban en el horizonte insinuando apenas los trazos de los velámenes: dos *snekkja* auxiliares que poseían sesenta pies de eslora por dieciséis de manga, una envergadura poco más de la mitad de la embarcación capitana. Además albergaban víveres y repuestos para la prolongada singladura. La capacidad de sus bodegas proporcionaba una autonomía a la escuadra sin precedentes conocidos. La capacidad de la *Carlomagno*, de hasta quinientos toneles vikingos de arqueo, permitía pertrechar en sus entrañas un regimiento de muchos remeros de una operatividad incontestable; hombres embadurnados de sudor e inexplicable alegría, importante activo a la hora de afrontar tan inexpugnable objetivo: atravesar esa colosal masa de agua, el Gran Océano.

Antes de buscar al impostor me concedí todavía unos segundos para bucear en la memoria de la chica y confirmar lo que ya sospechaba: el Renacer Carolingio se había propagado también a Britania. Se copió el modelo franco fundando universidades poderosas y contribuyó de forma determinante a la revolución cultural del occidente Europeo.

«Ahora vuelve a esta realidad, a este momento: dispones de muy poco tiempo para localizar y neutralizar a un tripulante que no es quien parece ser. Está poseído por el Mal y su objetivo es frustrar esta misión».

VI

SIENDO NOCHE cerrada el representante imperial, Jean Pierre Cicerot, se hizo cargo del timón del navío, gobernando la nave con suavidad. Sus compatriotas, Michelle y Patric, quedaron también al albur de las estrellas aquella noche de la primavera del año 898. Me sentía cómoda instalada en la cabeza de Michelle, muy identificada con la estructura de sus pensamientos, vinculada a la morfología y naturaleza de sus sentimientos. Quizás por primera vez en mi existencia, en mis existencias, había encontrado un alma gemela nacida medio milenio después que yo.

«Ay, querida amiga, lo que daría por poder charlar contigo unos minutos, advertirte de los peligros que encierra el mañana, reírnos juntas frente al crepúsculo. ¿Puedes escucharme? ¿PUEDES ESCUCHARME? Si es así cierra los ojos unos instantes».

Pero Michelle de Heristal mantuvo sus amatistas abiertas al mundo. Observé entonces a la copia de mí misma, las evoluciones de mi yo futuro cuando extrajo de una

taleguilla un instrumento alargado y lo armó sobre la cubierta de popa; conociéndola, su superior Cicerot y su compañero Patric tampoco se sorprendieron demasiado. Ella entonces habló, sin esperanza de que lo que iba a decir calara en sus interlocutores:

—Hace casi mil años Herón de Alejandría esbozó en sus escritos los planos de este ingenio —comenzó a decir sin mirarles mientras realizaba los últimos ajustes con sus delicadas manos ojivales. *«En efecto, querida»*. Antes de que los otros se atrevieran a preguntar ella siguió con su monólogo, adelantándose—: Está formado por dos lentes convexas, inscritas en un cilindro y me servirá para viajar a los astros —y se sumergió en sus cálculos y observaciones, ante la mirada paciente de sus compatriotas.

Yo, deslumbrada por su ingenio, me hubiera encantado contemplar las estrellas, como nunca hice en mi existencia anterior. Pero no podía distraerme: comenzaría mi prospección en ese momento. Tras salir de ella y revolotear unos segundos entre todos...

«¡Aja! Las mentes de los presentes, así como la de capitán Rügen están limpias. ¿Cómo me enfrentaré al Mal cuando lo encuentre? Tengo que evolucionar y aprender a interaccionar con la materia, como ya hice —sin saber muy bien cómo—en tiempos carolingios».

Ya de vuelta en Michelle escuché como Patric se dirigió a su superior:

—Decidme, señor: ¿son enormes masas de hielo lo que se perfila hacia los veinte grados de la proa de la nave, o nubes bajas sobre el mar?

El almirante unió con la mirada el dedo índice extendido del muchacho y aquella mole blanquecina. Su expresión cambió.

—¡Así que el capitán tenía razón! Patric, son icebergs desprendidos de una entidad mayor que se encuentra varios grados latitud Norte. ¿Cómo diantres lo supo? En fin, Michelle, ¿qué crees que nos encontraremos allá adelante? ¿Qué se esconde al otro lado del Gran Océano?

VII

LA MUCHACHA, que interrumpía sus observaciones para rellenar cuartillas al calor de una triste vela, levantó la cabeza y dijo:

—Pues si Eratóstenes, Ptolomeo y Estrabón no se entregaron más al vino que a la ciencia, nos encontraremos las costas de Oriente.

—Siempre quise alcanzar un día a las costas de la Atlántida, con permiso de los puntos cardinales de la rosa de los vientos, claro —replicó Patric.

—Se cree que la Atlántida se hundió tras una erupción volcánica, en un punto indeterminado de estas aguas sobre las que navegamos, milenio y medio antes de Cristo —enunció ella repelente y enciclopédica, que les escuchaba sin levantar la vista de sus papeles. —Ve haciéndote a la idea —siguió— de que las bellas mujeres con las que sueñas de forma obsesiva y que se rinden a tus pies tendrán los ojos rasgados.

—¿Señorita de Heristal, qué anotáis con tanto ahínco? —preguntó Cicerot.

—Almirante: con mi instrumento de observación he descubierto que de órbitas circulares nada de nada: son elípticas —ahora sí que sus compañeros la miraban con perplejidad «carolingia»—. Me refiero a los planetas. Sus órbitas cubren áreas iguales en

tiempos iguales, y el Sol es uno de los focos de la elipse sobre la que cabalgan.

«¡Claro!, ¿Cómo no me di cuenta de ello en los tiempos en que la astronomía y las matemáticas formaban parte de mi catecismo vital? ¡Bravo, niña!».

—¿Y...? ¿Es importante?

—No lo sé. En cualquier caso, y si no os importa señor, me gustaría que anotarais mi observación en el cuaderno de bitácora de la nave con el siguiente encabezado: «Leyes de Heristal de los cuerpos celestes».

Todos rieron, aunque Cicerot respetaría el extravagante deseo de la joven.

—Bien, Patric —dijo el almirante zanjando el asunto—. ¡Posición!

El joven comenzó a realizar sus nuevos cálculos por ser el oficial de guardia.

Cuando le tocaba hacerlo a su compañera, él dormía como un cesto en las sucias bodegas vikingas del enorme *dracar*.

Fue entonces cuando volví a salir de la joven y floté, precisamente, hasta las profundidades de dichas bodegas. Me llevó parte de la noche examinar una a una todas las mentes de los marineros sin encontrar nada digno de mención. Aquellos rufianes también tenían sus sueños y añoraban a las familias que dejaron en Europa. Al menos en ese momento la nave capitana, la *Carlomagno*, estaba limpia. Aunque...

«*Mi reflejo maligno puede haber también emergido de ellos y estar gravitando por el ámbito de la flota. ¿Me observará silencioso? ¡Da la cara, cobarde!*».

No tenía demasiados motivos para estar envalentonada: me enfrentaba a una entidad desconocida, más poderosa que yo. Por eso, para evolucionar en alguna dirección, cuando salí al exterior y vi esa extraña bruma luminosa decidí probar algo nuevo.

VIII

UNA ORLA FANTASMAGÓRICA incendiaba el horizonte, cubría una parte importante de los cielos y sobrecogía por su belleza esplendorosa.

Michelle, Patric y el almirante Cicerot quedaron mudos de asombro. Sin dudarlo, gravité para acercarme a esa delicada forma de energía, a ese viento solar tan enigmático. Me elevé sin esfuerzo y, encarando el haz principal retocé, como una niña en la hierba a través de las partículas polarizadas que configuraban la aurora. Tras unos minutos de celestial deleite decidí interactuar con las eyecciones solares. ¿Podría hacerlo? ¿Podría cambiar la dirección de ciertas partículas y así escribir un mensaje en los cielos?

«*¿Seré capaz de pintar sobre ese majestuoso lienzo, usando pintura de luz?*».

La respuesta la conocí pronto y fue decepcionante. Comencé a mover de forma tímida algunas partículas pero enseguida estas se me antojaron ingobernables. No tenía el suficiente control sobre mi nueva configuración para conseguirlo. Agotada y triste volví a refugiarme en Michelle.

Las semanas se deslizaron por la vida de aquellos valientes hombres y mujeres de orígenes tan distintos. A pesar de mis múltiples prospecciones en todas las naves me fue imposible detectar a mi adversario, aunque sabía que por allí orbitaba y que muy pronto toparía con él: en ese momento en el tiempo y en aquellas embarcaciones residía el epicentro de la Historia. Su éxito o su fracaso determinarían un avance enorme o un

lamentable retraso para el ser humano. Ese era el momento, ese era el lugar.

Muchos de los tripulantes murieron aquejados de enfermedades o accidentes; entre ellos el joven Patric Rougiers, presa de unas fiebres infernales. Una austera ceremonia sirvió de despedida y Michelle, mientras veía caer al agua el cadáver embalsamado de su amigo, acertó a decir sin lágrimas en los ojos:

—Oh Patric, ahora, durante tus días eternos, disfrutarás de las bellas ninfas de tu Atlántida, podrás restañar tus penas y superar tus miedos.

Y la joven nacida cerca del Loira desgranó unas estrofas para homenajear a su amigo:

De jazmín cien mil sirenas

atlante de mis desvelos,

guían tu nave esta noche,

aplacan todas tus penas

al jardín de tus anhelos.

Lo que sucedió al día siguiente haría de nuevo posponer mis reflexiones. Habían transcurrido veintiún días, catorce horas y veintisiete minutos desde que zarparon cuando acaeció algo realmente imprevisto.

IX

—¡¡TIERRAAA!! —se desgañito Vidkun Trondheim encaramado en lo más alto del palo mayor. De pronto, las amargas tribulaciones de las pasadas semanas, los amotinados en potencia, las fiebres y las enfermedades se diluyeron en esa palabra. El anuncio provocó el alborozo generalizado en el interior de los navíos; las tripulaciones, de repente, acuartelaban velas a barlovento y los más rudos marinos sonreían con los ojos húmedos de emoción.

—¿Ya hemos llegado a China? —preguntó Gaspar Vichí con las manos metidas en agua para aliviar las heridas de su última trifulca con los vikingos.

—No, imbécil. Para llegar a China tendríamos que haber viajado a una velocidad diez veces superior, peinando las aguas con las quillas —replicó Michelle, tan nerviosa como el resto—. Creo que se trata de un pequeño archipiélago volcánico de nueve islas.

—A tre-tre-treinta y seis gra-grados latitud Norte y veinticua-cua-cua-tro longitud O-o-o-Oeste, —remató Daniel de Beaucaire, digno sucesor de Patric, tras consultar sus instrumentos geodésicos. A veces tardaba tanto en indicar la posición de las naves que cuando terminaba de recitarla esta ya no lo era.

—Michelle, ¿cómo sabes eso? ¿En qué diantres te basas? —Jean Pierre Cicerot,

desbordado por los acontecimientos, sudaba en el puente. Todos, y me incluyo, observábamos estupefactos las acrobacias de los marineros que subían a los cielos sobre cabos propulsados por poleas, que bajaban como ángeles devaluados de chalecos mugrientos y sonrisas desdentadas. El capitán Rüger, inmune a las emociones, daba órdenes a diestro y siniestro.

—Esas islas se citan en una tragedia de Sófocles. Por fin un poco de suerte. Gracias, Froilán —dijo la chica mirando al viejo sacerdote, que sonreía feliz.

—¿Por qué se lo agradeces al jodido cura? ¡No creo que haya tirado en su vida ni del cabo de sus zapatos! —gritó impertinente el tontorrón de Gaspar. Daniel y Michelle lo miraron sin contestar, dejando que los segundos que fluían a su alrededor sedimentaran su irreverencia. «Sus pensamientos simplones contribuyen a enriquecer el bestiario de la tripulación», pensó Michelle.

—Guarda tus humos, querido. Su nombre en germánico significa «Señor de la tierra». Su alegría, su fe contagiosa en que conseguiríamos nuestra meta, sus sabios consejos han sido pieza clave para llegar, al menos, hasta aquí.

De Beaucaire también andaba molesto con el niño rico:

—Ne-ne-ne-ne-necio.

Como cada vez tenía más autodominio sobre la energía que me constituía y era más veloz decidí emerger de Michelle y sobrevolar las islas: descubrí que poseían gran belleza natural y estaban rodeadas de cetáceos. Aquella escala supuso una rectificación en el rumbo hacia el sudoeste, los víveres y el descanso obtenidos compensaron el retraso. La flota volvió a ascender unos cuatro grados latitud Norte respecto a la escala en las «Alcuinas», que es como las llamaron. La denominación me enterneció: morar dentro del erudito de York había creado un vínculo a través de la eternidad que surcaba.

«¿Dónde estás, mi querido Alcuino? ¿Andas por aquí? ¿Eres tú quien me ayuda?»

X

PERO UNA VEZ más no obtuve respuesta. Y pensando en aquel hombre de Dios, Alcuino de York, los axiomas que de forma misteriosa sustentaban mi inteligencia y mis recuerdos me condujeron hasta otro religioso. Los vikingos respetaban al singular fraile Froilán, que había conseguido unificar todos los dioses del barco. Que se rezara al padre de Cristo, a Neptuno, a Poseidón o a Loke, el dios de los vientos en la mitología escandinava, decía. En el fondo todos eran el mismo: «El funcionario del cielo, al nacer, gastó cuarenta tomos al inscribirlo en el registro», repetía el sacerdote. Las tardes de tormenta Froilán y Michelle solían echar partidas a un extraño juego venido de la India, el chaturanga. Atea y religioso se adoraban. Afirmaban que se trataba de una batalla en miniatura en un tablero con sesenta y cuatro casillas. Pero todos, empezando por Cicerot y Rüger Ottarson, estaban convencidos de que el sol y el salitre marino los había enajenado. La noche que zarpamos de las Alcuinas y las dejamos atrás, el mar se revelaba fiero; tuvieron que recomponer en varias ocasiones las piezas caídas. El juego, entre otros fines, buscaba distraer del vómito: el barco se cimbrea como un corcel enloquecido. El sacerdote, pálido por las evoluciones de la partida, de la nave o por ambas cosas, miró suplicante a los ojos a la chica. Pero detrás

de sus cuarzos la decisión era firme:

—Jaque mate, querido frailecillo Froilancillo —recitó Michelle.

—No es posible: ni mi amado amigo, el anacoreta Atilano de Zamora, dispone de una psique tan preclara. ¿Has perdido al monarca alguna vez?

—Como no creo que te refieras al gran Carolus, al que perdimos todos, he de decirte que sí, que pierdo cada día cuando juego contra la vida.

«*Bien, Michelle, la humildad es la base de todo conocimiento y el lenguaje común a todos los hombres, aunque descendan de la Torre de Babel*».

—Ahora es cuando la señorita de Heristal se explica —las ondas que me llegaban del docto Froilán no admitían otra lectura: tenía resentido su orgullo. Luego penetré un poco más y sentí rectitud, responsabilidad y una fe inexplicable en un futuro luminoso. En verdad era envidiable aquel sentimiento religioso, para mí irracional, pero que impulsaba a muchos individuos a través del tiempo. Todavía no me atrevía a afrontar mi nueva realidad, pues quizás ello resquebrajase los que yo pensaba recios pilares lógicos sobre los que edificué mi vida anterior. Tenía tiempo, mucho tiempo para hacerlo... Michelle de Heristal habló, justo antes de que sucediera algo terrible.

—La vida es una partida de chaturanga en la que a cada segundo cambian las reglas, el tablero y los oponentes y en la que es imposible ganar.

Un relámpago entró por la trampilla de la bodega e iluminó toda la escena como si fuera de día, terminando de la forma más abrupta posible con la conversación y el juego. Luego escucharon gritos y lamentos.

—¡Dios mío! Algo grave...

—Subamos.

XI

EL ESPECTÁCULO era apocalíptico. Bajo la cortina de agua se podía ver uno de los *snekkja* auxiliares, *La Venerable*, arder como lo hiciera la Biblioteca de Alejandría tras mi asesinato. Algunos hombres pudieron saltar al agua, pero el mar los engulló sin concederles una segunda oportunidad. Las aguas se tiñeron de sangre y fuego, los cuerpos despedazados jalonaban la cubierta envuelta en llamas. El palo mayor se quebró ante la atónita mirada del capitán Sven Rütger Ottarson y del almirante Jean Pierre Cicerot. Sus ojos se cruzaron con resignación; enviar un bote de rescate con esa mar salvaje uniría el destino de sus tripulantes al de los desgraciados que chillaban sobre las olas. Nadie podía hacer nada desde la *Joik Saam* o desde la que nos hallábamos, la *Carlomagno*. Michell de Heristal e Hypatia de Alejandría sentimos al unísono el tipo de dolor e impotencia que nace de lo más hondo del corazón, crece hasta el cerebro y se instala allí para siempre, desafiando el criterio de la memoria. Toda la tripulación de esa nave murió abrasada o ahogada. Froilán, tras santiguarse, y Harald Thorvaldsson, vomitaron por babor y Michelle lloró con amargura por primera vez en su vida. Calada hasta los huesos, sus lágrimas se confundieron con la lluvia.

«*Qué dolor se siente desde dentro de un corazón roto*».

Gaspar Vichí, empapado, petrificado ante lo que tenía enfrente, salió de su

ensimismamiento para tocar con levedad el codo de Michelle en un breve pero significativo gesto que lo redimió a sus ojos para siempre. Quizás por antítesis sucedió después algo muy extraño: tras derramar tantas lágrimas, las de toda una vida, Michelle se incorporó y vio desde el puente y con sus ojos enturbiados un... espectro.

Sobre los maderos incendiados que flotaban en medio del caos, un marinero maduro, de origen galo, la miraba fijamente; bueno, nos miraba de forma penetrante desde una distancia de unos cincuenta pies mientras sonreía de forma serena, casi con deleite. Ese tipo nunca había tenido esa extraña expresión, ni siquiera cuando se juntaban todas las tripulaciones en la nave capitana durante las horas de esparcimiento. Me constaba que la joven tuvo la misma y desconcertante impresión. Y yo volví a tener ese oculto sobresalto, el mismo que tuve al conocer a Teodora de Bizancio, o frente a ese centinela en las afueras de Londinium que le cortaba el paso a Beda el Venerable o ante el primo siniestro de Carlomagno, al que intentó asesinar. Echándole valor, emergí entonces de la joven Heristal y sobrevolé los aparejos de la nave para gravitar sobre las aguas ennegrecidas de fuego y muerte. Me acerqué lo que pude a ese ¿hombre? y no capté nada. El rumor de sus ondas mentales era inexistente y su cabeza infranqueable. En ese momento sucedió quizás el hecho más escalofriante que jamás viví, en ninguna de mis dos vidas. Las tablas se hundían y el misterioso personaje con ellas, siempre mirando con fijeza a Michelle hasta que un segundo antes de sumergirse del todo...

XII

... EL HOMBRE VOLVIÓ la cabeza lentamente y... ¡me miró con fijeza! ¡Miró al espacio de aire exacto donde mi «espíritu» se hallaba y clavó sus ojos sobre mí! Jamás sentí un pánico similar. Huí despavorida a refugiarme de nuevo en la cabeza de la chica. ¿Quién...? ¿Qué...?

«Ese maldito leviatán con forma humana es el responsable de ese rayo aniquilador, estoy segura. Me saca mucha ventaja: puede dominar la materia e incluso influir en los cielos, aunque no dispone de energía suficiente para actuar dos veces en la misma época».

Tras los siniestros acontecimientos vividos, precisamos unos días de calma para sedimentar tal cúmulo de sensaciones. A pesar de la tragedia, no había vuelta atrás y las dos naves supervivientes continuaron su periplo. La quietud sería solo espiritual: durante una semana apenas se habló lo imprescindible en los veleros vikingos y hasta los remos callaron, pero Eolo sopló. Los estandartes tremolaban como nunca; mayor, mesana y trinquete inflados de orgullo exhibían los símbolos patrios de aquellos apátridas. Sin demasiado trabajo que hacer en cubierta, las horas pasaban lentas, interminables, por lo que muchos hombres optaban por dormir. El sol azotaba las blancas pieles de los tripulantes produciendo quemaduras, deshidratando a quienes olvidaron los barriles, descarnando a los que subestimaron sus rayos, cegando a los incautos que lo desafiaron. Fue entonces, en esos días ociosos, cuando Sven Rügen Ottarson se interesó por el juego del chaturanga. Froilán, armado de una paciencia infinita, le enseñó poco a poco, como quien pretende adiestrar a un rinoceronte a colorear con un pincel una cerámica. El capitán montaba en cólera cada vez que su contrario le comía una pieza, desarmando el tablero de un manotazo que a veces

alcanzaba también al fraile. Al de Kjölen le costaba asimilar en su dura mollera los fundamentos básicos del juego, pero el hombre insistía pertinaz como si pensara presentarse a un campeonato a su regreso. Pero para un tipo acostumbrado a matar venados y enemigos con sus propias manos aquello quizás era demasiado simbólico.

—Bueno, ya tienes a alguien a quién ganar, Froilancillo —sugirió fastidiosa un día Michelle. Eran sus primeras palabras desde el naufragio de la Venerable—. Otra cosa es que te convenga.

El religioso, irritado, le comió un caballo a Rütgen, como para demostrarle a la joven, por confuso que sonase, que al menos podría vencer a un rinoceronte con el doble de cuernos. El vikingo reaccionó más furioso que nunca, golpeando con ambos puños el tablero, haciendo volar las figuras y proyectando al rey de Froilán hasta el mar.

—Jaque mate.

Una mañana despejada de junio, siete semanas después de zarpar del puerto de Londinium, Vidkun Trondheim divisó una bandada de aves palmípedas de pico amarillo y vientre plateado. Solo podía significar una cosa:

XIII

TIERRA. Una vez constatado que la enorme masa continental descubierta no podía ser la asiática, la bitácora de Cicerot recogió así el histórico hecho. Y lo hizo con un sesgo mitológico, quizás demasiado empalagoso, sin olvidar en ningún instante una casi grotesca inyección de egolatría:

«Aquella odisea tendría, por fin, su Jasón, el valeroso almirante Cicerot, convirtiéndose los tripulantes de la *Carlomagno* en sus argonautas. El vellocino de Oro sería, sin lugar a dudas, el continente con el que se acaban de topar y las riquezas que encerraba».

A la enorme masa de tierras que configuraban el nuevo continente se la llamó Rugërland, en honor al capitán escandinavo. Nuevo Parisii se fundó el doce de julio del penúltimo año del siglo IX, tras una escasa resistencia aborigen. Las tribus autóctonas, establecidas más al sur, fueron el quebradero de cabeza de las posteriores misiones. Literalmente: los primeros intentos de cristianizar a la población salvaje terminaron con las cabezas de los misioneros decorando, sobre estacas, las costas nororientales de las nuevas tierras. Con sangre de vikingos, británicos y galos por un lado y rugërlanos por otro se llenaron miles de páginas de los libros de crónicas hasta el año 931, cuando el Imperio Carolingio rubricó la Paz de Olaffville. De dicha Paz se nutrieron, ambas costas del Atlántico. Rügërland se benefició del viejo continente a nivel cultural y social. Occidente, a cambio, obtuvo un elenco de nuevos cultivos desconocidos, oro y otros metales, exportados en gigantescas naves, que sembraron las bases de una inminente revolución siderúrgica. La vastísima riqueza en recursos naturales de Rugërland exigiría una sabia administración.

Como decía, antes de abandonar ese tiempo, y despedirme de mi ya amada Michelle de Heristal, comprobé algo importante.

«En Europa, el Renacer Carolingio será pronto una realidad. Las riquezas obtenidas de las conquistas transoceánicas consolidarán la trayectoria ascendente iniciada

en tiempos de Carlomagno».

Las universidades alumbrarían pronto una generación de pintores, escultores, escritores, así como matemáticos, geógrafos, astrónomos, y doctores. Sus obras harían olvidar los años más penosos de la Edad Intermedia, que llegó a su ocaso en los albores del siglo X.

Jean Pierre Cicerot dormiría, por su parte, feliz por toda la eternidad. Su apellido daría nombre a la alargada isla que gobernó durante cuarenta años, en el centro de Nuevo Parisii. Por mi parte, surcaría el mundo hasta alcanzar el lugar más remoto que jamás vislumbé. De repente lo supe:

«Conoceré a una persona cuya invención podría ser providencial: el ingenio más influyente de la Historia. ¡Apresúrate! Un ser demoniaco ya le persigue...»

Capítulo Quinto EL SELLO DE ORIENTE O EL PRODIGIOSO INGENIO DE HO (984-1000)

I

EN SU HUÍDA, Ho Sheng divisó angustiado el crepúsculo brumoso sobre la ciudad de Kaifeng. Allí las pagodas tocaban el cielo buscando a Siddhartha, pero la gente que caminaba entre ellas lo hacía en dirección al Tao. La angustia perenne de su rostro alcanzó la tensión máxima. La coleta negra fluctuaba al son de su carrera, como un largo dragón en un laberinto de calles. Supe a través de él que el Tao no puede expresarse con conceptos ni ser asimilado por el pensamiento. Podría resumirse que es el camino que uno debe seguir bajo el dictado de sus impulsos, desechando toda influencia externa.

«¿Es ese el camino que busca desesperado el hombre oriental entre la niebla?»

Por otro lado, Buda propugnó desprenderse de lo material en busca del nirvana o paz espiritual, alejando ignorancia, odios o codicias terrenas. Ho se desprendió sin pensarlo de los enseres adquiridos en el mercado; en cuanto lo vio corrió y corrió. Budismo y taoísmo cohabitaban en la capital de la región de Henan, plaza fuerte de la dinastía Song. Pero ninguna de las dos líneas maestras de pensamiento aliviaban en esos momentos al funcionario imperial. Alguien nos seguía por las oscuras calles de Kaifeng, a Ho Sheng y a mí, anidada de forma clandestina en su intelecto. El salto había sido grande en esta ocasión, al menos en lo geográfico. Ni la inclasificable Michelle de Heristal, ni el vikingo Rüger Ottarson, ni el ambicioso Jean Pierre Cicerot, ni el malogrado Patric Rougers llegaron a China, aunque descubrieron un extraordinario continente. Yo sí que alcancé Oriente para acurrucarme dentro de ese hombre. Entonces me sorprendió una sensación nueva:

«¿Miedo? Jamás lo sentí en vida. La fortaleza de mi adversario me intimida...»

Estaba segura de que era ÉL quien nos seguía a través de una bruma. Esta fluía espesa como un caldo viscoso por el cauce de aquellas callejas desiertas. Sin embargo, el humano dentro del cual estaba no tenía miedo por su desaparición física. Solo sentía un gran temor por lo que ello supondría para su familia e inquietud por lo que dejaría de vivir. Ho Sheng era un burócrata civil imperial. Una labor que consumía la mayor parte de su tiempo y que se estaba llevando poco a poco su vida. Las nieves de sus montañas natales habían empezado a bajar a sus sienes y los ocres de la meseta a tiznar su piel de manchas. El hombre sintió en ese momento que alguien quería acelerar ese proceso natural de desgaste sin ningún motivo que pudiera comprender.

«Ya he visto a ese individuo en dos ocasiones: cara alargada, muy pálido y con una lengua larguísima que no tiene ningún rubor en enseñar, ¿pero por qué me persigue hoy?», pensó Sheng.

II

DICHAS CARACTERÍSTICAS físicas configuraban el prototipo de la muerte para los taoístas. Eran unas cuantas las ocasiones en que nos habíamos cruzado: cada vez con diferente morfología, aunque nunca tan abiertamente hostil.

En esta ocasión el muro idiomático sí iba a representar un obstáculo, pues la lengua empleada no tenía ninguna conexión ni raíz con las que conocí. A pesar de ello, me aferré a las imágenes, a los sentimientos, a los conceptos genéricos, a las sensaciones para poco a poco establecer las equivalencias. Mi devenir de siglos me había enseñado a leer recuerdos con suma facilidad: entonces tuve la oportunidad de conocer un poco más al humano donde ellos me habían instalado y a su entorno. Quizás de esa manera sabría el porqué de mi viaje y cuál sería mi exacta misión en ese tiempo: la dinastía Song llevaba en el poder desde el año 960. El emperador Zhao Guangyin había sometido a casi todo el mosaico de pueblos que integraban China. Cuando su supervivencia no estaba en juego, con la serenidad que transmite la flor de loto, Ho había contemplado otras muchas veces el ocaso ardiente. Lo había hecho nostálgico al recordar su infancia en la provincia de Liaoning, más escarpada y agreste, cultivando algodón y maíz con sus tíos. Ellos le criaron.

«La cultura de Ho está alejada de todo lo que he conocido hasta ahora».

Serpenteamos veloces a través de calles tristes, estrechas; fisuras opresivas por las cuales la ciudad se agrietaba y que configuraban una arquitectura laberíntica, por la que apenas pasaba un hombre. La entidad sobrenatural con forma humana nos seguía raudo a solo dos manzanas de distancia.

Justo antes de calibrar como actuar me dediqué a hacer acopio de información que pudiera servirme para tomar la decisión correcta: dediqué nada más que dos segundos en conocer la fabulosa historia de China; se la narró su tía Fung-Yi durante años, pero yo ya era capaz de asimilar recuerdos con gran rapidez. De las actuales, solo la civilización egipcia igualaba en antigüedad a la china y Ho se sentía orgulloso de ello. Hacia el año 1700 antes de Cristo, cuando «mis» Pericles, Sócrates, Heródoto, Euclides, Arquímedes o Platón no eran siquiera un proyecto en la mente de los dioses helenos, ya en China se peleaban por el poder las dinastías Chang y Zhou. Después acaeció el periodo Primavera y Otoño, donde nacieron los sabios y filósofos que asentaron toda la cultura posterior. Era como si en la noche de los tiempos dos grupos distantes, independientes, hubieran descubierto con su inteligencia los esquemas por los que se rige el ser humano; así se propagarían mejor sus enseñanzas por toda la Tierra. En la historia de este país fabuloso, comenzaron a sucederse una larga serie de dinastías gobernantes.

«Si sigues el hilo histórico quizás entiendas lo que tienes que hacer. Aunque tengo la facultad de elegir el tiempo y el lugar ellos me han proporcionado información importante pero fragmentaria: coordenadas e individuo».

III

DESTACÓ LA DINASTÍA del príncipe Zheng, que al subir al trono unificó

monedas, pesos y medidas y, sobre todo, hizo construir la Gran Muralla para protegerse de los bárbaros del norte. Por aquel entonces la Gran Roma no había sido concebida aún por nadie, ni humano ni divino. Siglos después, la dinastía Han fundó la ruta de la seda y creó una economía de la sal y el hierro. Mientras una humilde servidora impartía clases de filosofía y de «geometría divina», al otro lado del mundo se habían producido rebeliones campesinas y guerras entre diferentes regiones feudales de China. Tras reunificarse el imperio, llegó la dinastía Sui que construyó el Gran Canal para unir los ríos Amarillo y Yang-tsê. A partir de entonces las regiones que unía el canal pudieron guerrear a gusto, sin absurdos obstáculos orográficos. En ese tiempo, el bizantino Justiniano andaba confeccionando su Código Agrícola, mientras le inspiraba el aroma de las amapolas de su jardín. Ya durante la dinastía Tang, la lírica alcanzó cotas elevadas y la tía de Ho le crió cantándole poemas que narraban la vida del pasado. Por aquella época, el niño que fue Ho descubrió al poeta, músico, calígrafo y pintor Wang Wei, al que se considera el creador de la pintura monocroma del paisaje. Y eso cambió su vida.

«Bien, un artista brillante pero no reconocido. Intuyo más cualidades en él...»

Volví presurosa a ese momento: al funcionario se le ocurrió mirar atrás y vimos al hombre que nos pisaba los talones. Lo increíble era que lo había conseguido sin correr, tan solo caminando de forma estoica, firme, implacable... demoníaca. «Pero, ¿quién es?», se preguntó.

«Todavía no lo sé, pero ¡corre! No es trigo limpio, y si yo estoy en ti es porque eres una pieza clave en la evolución de la historia humana ¡Corre, Ho, CORRE!»

«Nadie llegó a la cumbre acompañado por el miedo», decía el poeta romano Publio Siro. Supongo que lo dijo porque jamás fue perseguido por una sombra siniestra envuelta en brumas sobrenaturales y con el inequívoco objetivo de acabar con su existencia. Mi arrendador pensó: «Me queda poco de vida: no llegaré hasta el templo para refugiarme. Cuando me alcance me matará sin piedad». Sentí su angustia de nuevo. Supe que su objetivo era el templo budista de Xiangguo situado en el centro de la ciudad. Las sinuosas calles iban quedando vacías de viandantes pues un frío áspero había doblegado a los habitantes que merodeaban por allí; pero no a nuestro implacable perseguidor, que iba acortando la distancia. «No es justo morir un agridulce día como este, en el que se he reencontrado con un trocito de felicidad durante unas horas, tras tanto tiempo».

«¿A qué te refieres? Abre tu mente y deja que lea tu memoria a corto plazo. ¿Qué te ha sucedido esta mañana? Necesito toda la información para actuar y queda poco tiempo. Abre tu mente: apenas tardaré en leerte».

IV

ENTONCES CONTEMPLÉ una escena que supuse se desarrolló en la casa de Ho. Nada más despertar, la persona a la que más amaba le había dicho:

—Tienes que hacer lo que sea para pintar de nuevo. Un artista nace y muere artista, y el tiempo que no ejerce ese don es tiempo perdido.

Su mujer, mucho más joven que él, de larguísima cabellera negra y penetrantes ojos rasgados, era la voz incansable de su subconsciente.

—Lo sé, Tianú, lo sé —había contestado Ho, sombrío, mientras los primeros rayos del sol inundaban de púrpura cada casa, cada recodo de la vieja ciudad.

Ella le amaba y hoy se lo demostraría de forma inequívoca.

—Felicidades. Hoy es tu cumpleaños. ¿Te has acordado?

—No —respondió triste el hombre.

—Tengo dos regalos para ti, Ho. El primero te terminará conduciendo a tu Tao, estoy convencida. El segundo conseguirá de ti que entiendas Las Cuatro Verdades Excelentes que proclamó Buda. Alguien te las enseñará... a su manera, claro —concluyó, enigmática, la esposa.

—¿Alguien? —Entonces Ho comprendió de repente y la abrazó con los ojos vidriosos—. Lo llamaremos Pi, como mi tío. ¿Te gusta?

—Me encanta. Así será si es un varón, como presiento.

—Creo que los dos entenderemos la Primera Verdad, que la vida es sufrimiento en toda su extensión. Sobre todo los cinco primeros meses, cuando Pi sea bebé, y sus llantos y excrementos tapicen las paredes de nuestra humilde morada —replicó Ho muy flemático, hasta que ella rió.

—Bien, tengo otra sorpresa para ti, ¡toma! —dijo entregándole el primer libro impreso en serie editado en todo el mundo. Él lo reconoció nada más verlo.

—¡Gran Confucio! ¡Si es *La Sutra del Diamante*!— El ejemplar constaba de varias escrituras búdicas caligrafiadas y se ilustraba con bellísimos grabados.

Tianú había heredado un ejemplar de su bisabuelo, Bu Chiendú. Este, al parecer, llegó a conocer a la emperatriz del Japón en uno de sus viajes e incluso, según cuentan las malas lenguas, a tocarle su regio trasero. La esposa de Ho Sheng sintió una oleada de felicidad pura al ver a su marido abrazar la joya literaria con delectación. Sin embargo la sonrisa de ambos se extinguió esa misma mañana. Un chico llamó a la puerta y les entregó un cilindro de madera. El mensaje que contenía no admitía matices ni interpretaciones:

Funcionario Ho Sheng:

Parta mañana mismo hacia las montañas de Kulum, en la provincia de Tsinghai, donde nace el río Yang-tsê. Se precisan de forma urgente servidores públicos en esa región despoblada. Es una orden.

Matsuo Wang, Gobernador Imperial de Kaifeng

«¿Qué significa todo esto? Quizás en su obligado destino Ho Sheng tenga la oportunidad de descubrir o inventar algo primordial. Pero antes tendrá que sobrevivir. Hypatia, vence tu miedo y actúa ¡YA! Detén a ese enviado del mismísimo Lucifer».

TRAS SU RECORRIDO por las calles sinuosas, Ho Sheng había llegado a una encrucijada de cuyo desenlace dependía su vida. Si se equivocaba, aquel extraño personaje le alcanzaría y le daría caza como a un perro. Ya sentía su agrio resuello tras su coleta. Si acertaba con la dirección correcta, podría llegar al templo de Xiangguo donde un campo de fuerza invisible tejido por el propio Buda le protegería del Mal. Pero tantas bifurcaciones, la angustia y la espesa niebla le habían despistado. Emergí rápida de él, tomando perspectiva desde lo alto. Sí, allí mismo estaba la pagoda salvadora, tras el siguiente recodo, casi al alcance de su mano. Cuando descendía para volver lo vi. Estaba allí, a tan solo una casa de distancia de Ho Sheng, inmóvil, ¡mirándome!, siguiendo con sus ojos de fuego mi trayectoria. Su sonrisa vitriólica, casi solidificó mi inmaterial ser. Su expresión demoníaca penetró en mí como una daga lacerante. Carente de párpados no pude cerrarlos ni borrar su maligna estampa de los axiomas que me proporcionaban conciencia. Así que, al igual que hiciera otrora con la dulce Michelle de Heristal, me refugié de nuevo en mi *arrendador* y grité. Lo hice desde lo más hondo de su mente con toda la fuerza que me proporcionaba la celestial sustancia de la que estaba compuesta:

«¡A LA DERECHA!»

Pero al momento me di cuenta de que tenía que ser más explícita. Sin darme cuenta había pensado en griego. El latín tampoco valdría, así que volví a gritar:

«¡HACIA ALLÍ!»

...dotando de toda la intensidad que pude la dirección del espacio indicada. En ese preciso instante el funcionario imperial dejó de titubear y corrió desfavorido siguiendo el rumbo que yo le había indicado. Existía un cincuenta por ciento de posibilidades de que aquello solo se tratase de una casualidad. Y aquel hecho, y la invisible telaraña que Buda había tejido alrededor del Templo de Xiangguo le salvaron... al menos por el momento. Lo cierto es que, a pesar de la tardía hora, todavía un gran número de visitantes honraba el santuario. Y aquello debió de disuadir al misterioso personaje disolviéndolo por las calles de Kaifeng.

«Y existe la posibilidad de que yo Hypatia, la alejandrina, en mi actual estadio, tenga alguna influencia a nivel consciente de los humanos donde he habitado en los últimos cinco siglos. Porque a nivel inconsciente...»

Regresamos a su casa tras el peligro. Él calló ante su esposa para no alarmarla. Mañana emprenderíamos un viaje hacia las montañas de Kulúm.

«Mantente alerta Ho: allá en tu destino el Mal volverá a intentar matarte. Él no puede permitir que consumes la hazaña histórica que tu mente ya está fraguando.»

VI

EN EL TRISTE e inoportuno éxodo, no todo fue nefasto. «Nada es imposible para quien practica la meditación. Con ella se llega a ser el dueño del universo», se repetía el funcionario una y otra vez. La máxima de Lao-Tsé, acuñada durante el periodo de las Cien Escuelas de Pensamiento, se erigiría como un clavo ardiente al que aferrarse. Supe que ese

sabio también fue natural de la región de Henan que ahora abandonaba Ho con tanto dolor.

Mi casero permitió que su cerebro evocara y después borrara el insólito suceso acaecido la noche anterior a su viaje: un hombre siniestro de rasgos sobrenaturales había intentado acabar con su vida. Por mi parte tuve casi que sortear a su trituradora de malos recuerdos, tan entrenada como eficaz, para que en su labor de limpieza no me eliminara a mí también. Además, en aquel desvencijado carromato tuvo tiempo de desarrollar su virtuosismo con los pinceles sobre un cuaderno que le regalara su esposa Tianú. Sin embargo, la amargura por la separación era inmune a cualquier artificio mental; proyectaba en él el sentimiento de que su vida se gastaba y tenía actuar: pensaba a cada minuto en el día en que nacería su hijo y lo lejos que estaría de él. Cada día se apoderaba de él la certeza de que... «Tengo que immortalizar de algún modo mi arte y, hasta que no lo haga, mi vida no estará completa». Ya en su destino, conoció a otro oficial llamado Xin Pen. Antes de funcionario había sido viajero y contaba relatos fascinantes acerca de lo que estaba sucediendo en Occidente. En una China todavía hermética al exterior, cualquier fábula atraía la atención de aquellas gentes tan aisladas del mundo. La que ahora contaba Xin era, «evidentemente, un cuento inverosímil», pensó Ho, pero al menos le distraería de sus fantasmas interiores:

—En los territorios del otro lado de la Tierra, partieron hombres con cuernos en sus naves marinas y ¡descubrieron un Mundo Nuevo! —La multitud asistente, esa tarde lluviosa en Tsinghai, intentaba asimilar en silencio tan asombrosas revelaciones—. Una vez allí, los invasores mataron animales, destruyeron árboles e impusieron sus leyes bajo el yugo de sus espadas. También lucharon de forma encarnizada con los aborígenes hasta armonizar sus ideas sobre el mundo y firmar una paz de la que unos y otros se beneficiaron. Las tierras del Oeste así como las del Mundo Nuevo se nutrieron de la sabiduría de los discípulos de Mahoma quien, a su vez, había aprendido en parte de los hijos de la Hélade. Se rumorea que el gran artífice de este logro fue un antiguo y valeroso sacerdote, parecido a nuestro gran Buda, que arriesgó su vida para que ambas culturas se abrazaran, dos siglos atrás. Por eso, aquellos conquistadores se convirtieron en superhombres.

—¿Superhombres? —preguntó la más anciana de la aldea. Comprobé casi celosa cómo su mirada pareció atravesar el cráneo de Xin Pen y penetrar en sus pensamientos. A través de los ojos de Ho Sheng vi el hojaldre de su rostro, las arrugas de su cara agrietada equivalentes a muchas circunferencias en el tronco de un árbol milenario. Aproveché y escruté uno por uno a los asistentes. Alguno de ellos podría no ser lo que parecía.

VII

«TENGO QUE estar muy atenta: mi contrario tiene el poder de poseer a cualquier alma vulnerable de las que tengo a mi alrededor. Y para matar con una daga solo se requiere un segundo».

—¿Quieres decir que alcanzaron la sabiduría de Chiang-Tsé y Hui Shi?

—No —respondió incómodo Xin Pen—. No todos eran sabios, salvo algunos, pero sí lo eran como pueblo. Organizaron su sociedad de forma inteligente para hacerla evolucionar con agilidad, al tiempo que les permitía alcanzar el Tao, a cada uno de sus

individuos. Construyeron máquinas que les hacía más fácil la vida e imitaron e incluso superaron el arte de sus antepasados.

—Xin —susurró paciente la anciana bajo sus cejas circunflejas—, además de ser un consumado mentiroso, en tus fábulas imposibles olvidas nuestros valores; engrandesces algunos ante los cuales el Iluminado ya nos advirtió. Esos bienes materiales que destacas, esas máquinas de las que hablas... ¿crees que disponer de ellos es más importante que la paz con su yo interior?

La pregunta jamás fue respondida y, desde ese día, a Xin Pen se le quitaron las ganas de seguir inventando mentiras; «mentiras, eso sí, con un grado de detalle sorprendente», pensó mi ya entrañable Ho. Pero enseguida buscó una vía fácil dejándose convencer por la anciana: así no ocuparía su cerebro con cosas desconcertantes que pudieran distraerle:

«¡Maldito Xin!, los cuentos chinos han de ser consistentes, verosímiles, o se convierten en devaluadas historias para niños. Hombres con cuernos. ¡Bah!».

Los años transcurrieron mientras yo permanecía agazapada en lo más profundo de la mente de Ho Sheng. Me había erigido en su Ángel de la Guardia, en alerta constante. También, durante ese tiempo me dediqué fundamentalmente a observar, deslumbrada por todas las cosas que no había podido aprender en mi Alejandría natal. Poco a poco iba perfeccionando mis habilidades aunque todavía no poseía, en absoluto, poder alguno sobre la materia. Solo en determinados momentos —como en aquella ocasión en tiempos de Carlomagno— había podido interferir con ella. También indagué en su mente y comencé a sospechar la naturaleza de su futuro hallazgo...

«¡Aja! Sus mimbres ya se empiezan a trenzar en su cabecita. Su desesperación por hallarse aquí está ayudando: se tiene que aferrar a algo».

Un día sucedió algo inesperado mientras contemplábamos a una bella mariposa en un jardín cercano. Una herrumbre de siglos pareció desplomarse sobre él dando paso a una renovada ilusión. Una carta concisa había atravesado el mar de tierras inconmensurable que les separaba. Había llegado a sus manos que, al tocarla, se convirtieron de forma instantánea en su corazón. La preciosa y entrelazada caligrafía que él mismo le había enseñado no ofrecía el menor atisbo de duda.

Era ella:

VIII

AMADO HO: Nuestro hijo ya ha visto la misma luz que vieron los emperadores; lo alumbré bajo energía Yang tras una noche que no quiero recordar. Lloré desconsolada al verlo y, como dice Chiang-Tsé, reservando mi risa para ofrecérsela a la muerte cuando toque a mi puerta. Muerte que, por cierto, nos vino a visitar a través de unas terribles inundaciones que sepultaron a la mitad de los habitantes de K'ai-fong, aunque sorteó nuestra humilde vivienda. Cuento los días, los meses desde que no te miro a los ojos. Cuento los días, meses y años que me restan para volver a reflejarme en su cóncavo reflejo. Cada minuto sueño con ese lugar en el futuro donde conspira nuestra felicidad, ese lugar donde nuestras dos mentes vuelvan a ser una. Te ama, Tianú

La explosión de sentimientos casi me arrolló como una vorágine salvaje, como un maremoto de enormes olas emocionales. Aquella misiva había sido enviada hacía mucho tiempo: «mi pequeño recién nacido... ya no sería tal». Ho confirmó por otros funcionarios que la tierra había temblado en la región de Shaanxi y cientos de miles de mujeres y hombres habían sido engullidos por sus entrañas. Entonces sucedió algo fabuloso y sin previo aviso. La concatenación de pensamientos de Ho desembocó en uno singular, mediante el cual pude conocer algunos indicios acerca de mi posible naturaleza. Sus ondas mentales modularon los siguientes conceptos taoístas:

«La muerte es una clase de energía; cuando uno fallece el alma sale del cuerpo adoptando una no-forma, otro estadio inmaterial. La energía del Ying es invisible, pero muy diferente a la de una persona viva, que puede consumir tareas físicas rutinarias, pero también obras extraordinarias, jugar a ser un Dios y crear algo nuevo, un trocito de universo único que antes no existía».

Todo esto le condujo a reflexionar que, sin la esperanza de volver a ver a su mujer y sin su religión, el taoísmo, estaría muerto o desquiciado. Estaba convencido. Sin amor, sin creencias, la vida de un hombre no vale nada. Pero, en su fuero interno, admitía que además necesitaba aferrarse a algo material, a algo físico: su obra.

«La sublimación de la creatividad es el salto que proyecta hacia la materia».

Pero no le bastaba con crear. Todo artista quiere compartir lo que nace de sus manos; si su arte no se difunde, muere con él. Y eso es terrible. Tras esos pensamientos se fue a dormir con la esperanza, como ya era habitual, de soñar con el hijo al que todavía no conocía, de soñar con Tianú. Sin embargo, aquella noche fue diferente. Necesitaba un empujón así que la clase de energía de la que yo estaba hecha, la no-forma que me constituía se lo suministraría.

«Hypatia, penetra en sus sueños, como hiciste con los otros, ayúdale a decidir».

IX

A LA MAÑANA siguiente se despertó con la misma sonrisa en los labios, aunque más perfilada, y un único norte. Fingió estar enfermo para no ir a trabajar; «tras años sin faltar ni un solo día, la China Imperial no acusará en modo alguno que este humilde funcionario desatienda sus obligaciones unas horas». Lo primero que hizo, tras asearse, fue visitar al artesano de la aldea, Quan Yi, entrañable anacoreta cuya religión eran los serruchos, martillos, lijas, garlopas y escuadras. Le llevó el ejemplar de *La Sutra de Diamante* y le explicó cómo había sido confeccionada, con rudimentarios moldes de madera. Como si lo hubiese estado concibiendo toda la vida, trazó en su cuaderno un preciso croquis de lo que quería. Le encargaría unos perfiles móviles realizados en arcilla que contuvieran algunos caracteres chinos simétricos para realizar las primeras pruebas.

—¿Te has vuelto loco, Ho? —preguntó alarmado Quan Yi. Después se encomendó al Buda Sakiamini de madera de alcanfor que presidía el chamizo donde moraba—. Aunque sea descabellado como nada que jamás haya escuchado, haré lo que me pides.

La maqueta a escala tardó meses en estar lista y muchos de los moldes de barro cocido tuvieron que ser destruidos y rehechos por orden de Ho.

—Se trata de un prototipo para realizar pruebas, mucho más grande que la máquina definitiva. De mis manos han salido docenas de rectángulos de barro con el relieve de los caracteres inversos. Los he sometido al calor del horno y después los he ordenado y ensamblado en la «máquina ambiciosa o de planchas Mang».

El artesano Yi denominó así al invento de Ho en honor a Wang Mang, ministro de la dinastía Xin que, por sus ansias de poder, no pestañeó al envenenar al emperador Pingdi cuando todavía era un niño. Quan Yi no veía con buenos ojos la invención de su amigo y pensaba, al igual que la más anciana de la aldea, que el material no podría traer nada bueno. Sin embargo, Ho Sheng siguió adelante con el proyecto con la certeza de que revolucionaría la incipiente y rudimentaria industria editorial china. De momento, mantendría el invento en secreto mientras lo perfeccionaba. Ahora se trataba de seguir un proceso mimético al utilizado, pero aplicando la escala tipográfica más idónea para el ojo humano.

Un día de otoño Quan Yo hizo llamar a Ho y le dijo:

—He decidido morirme hoy mismo...

X

—... POR ESO estoy feliz, pues pronto alcanzaré el conocimiento que me fue prohibido en vida.

—Pero, ¿por qué ahora? ¿Por qué hoy? Todavía puedes...

—¡No! Es sencillo: en tres ocasiones recientes no me he sentido yo, he albergado extraños pensamientos.

—No entiendo, ¿extraños pensamientos? ¿A qué te refieres?

—Por insólito que resulte... me inducían... a matarte.

«¡¡Platón!! ¡Es él! Ha sido poseído por esa entidad antagónica a mí, que persigue ralentizar el Progreso Humano. En su interior se ha librado una gran batalla».

—¿Pero qué estás diciendo, Quan? Lo único que necesitas es descansar.

—No. Está decidido. La próxima vez ya no tendría fuerzas para resistirme a sus malignos designios, y ya he vivido lo suficiente.

Entonces sentí miedo de nuevo; aquella fuerza escapaba por completo de mi control: en uno de sus intentos podría haber acabado con Ho y con su ingenio...y yo no hubiera podido hacer nada por impedirlo. Necesitaba hacerme más poderosa, dominar mucho mejor la energía que me constituía. La forma con la que se afrontaba la muerte en Oriente, con asombrosa *sôphrosynê*, con la serenidad espiritual de un nenúfar bajo un almendro, convertía a cada individuo en un pequeño sabio. Quan, recitó antes de morir:

La luz de un dragón

se apaga en mi alma,

pagoda que fui
guerrero sin arma.
Tu esposa Tianú
sin duda te ama.
Ya nieva en Kaifeng
tu tao y tu karma.

Habían transcurrido ya tres lustros desde que el funcionario-artista abandonara el hogar y todavía no conocía a su hijo. En ese tiempo mejoró poco a poco su creación. Y lo hizo con mucho esfuerzo y muchos sinsabores —el peor, la muerte de Quan Yi—, sin conseguir una imprenta policroma, que era lo que había imaginado dormido. Ho quería disponer de una máquina que imprimiese sus pinturas en serie, intercalando textos de los grandes pensadores chinos del pasado. De ese modo su obra sería inmortal. Ho iba al trabajo siempre con las manos entintadas: «me inventaré una enfermedad de la piel para no levantar sospechas». La tinta procedía de cada molde, que era impregnado a mano y ensamblado en cada una de las planchas planas que componían el artefacto final. Tampoco pudo Ho mecanizar la encuadernación como hubiese deseado en el taller que heredó de su viejo amigo. Para coser los libros monocromos de pruebas, empleaba diferentes métodos como el clásico con cuerdas de cáñamo, amarrando las hojas armadas con varillas o lo hizo con simples puntadas de hilo.

Una mañana le llegó una comunicación oficial: volvía a casa.

XI

K'AI-FONG no había cambiado demasiado en esos años. Ho Sheng transportaba el invento en un carronato, junto a enseres y libros impresos con él. Ahora era Ho el que portaba un regalo. La intensidad de los sentimientos al reunirse con su esposa Tianú Chiendú sacudió toda mi energía como el terremoto que había asolado esas tierras. Qué fuerza tan poderosa la del amor que convulsionó casi todas las regiones de su cerebro de forma simultánea. Durante unos segundos me hallé inmersa en la más colosal de las vorágines. Luego las aguas se calmaron un poco y ella recibió el ejemplar más perfecto que había impreso con su máquina. Su hijo Pi Sheng, que ya casi era un hombre, recibió como presente el oficio de artesano.

—Aprenderás en el mejor taller de Kaifeng sin más demora.

Sin embargo, la tarea de mejorar la máquina sería titánica. El chino abreviado podía constar de unos dos mil caracteres. El ampliado, de cuarenta mil. Ho era consciente: «Mis

ojos jamás verían el invento concluido». A los pocos días de regresar, con una aureola de ilusión que casi le hacía resplandecer como Siddhartha, le dijo a su hijo:

—Tú y yo tenemos una máquina que perfeccionar. Se trata de tallar los moldes para las letras en una superficie suficientemente elástica y así conseguir una impresión óptima. ¿Tienes alguna idea al respecto, Pi?

—Bueno, se me han ocurrido un par de cosas desde que me planteaste el proyecto, padre —contestó el adolescente que, algún día, cambiaría el rumbo de los acontecimientos—. ¿Podremos imprimir también imágenes de bellas damas en los baños públicos de Wang Li?

Discurría un enero helado en la provincia de Henan, y pronto se celebrarían las fiestas para dar la bienvenida al Año Nuevo. Por fin vería Ho, junto a su familia, las calles vestidas de farolillos rojos, fuegos artificiales, flores y enormes banderas que tapizarían Kaifeng. Las mujeres colgarían frutas y vegetales en las entradas de las casas para atraer la suerte y dragones inmensos de papel recorrerían las calles al ritmo de los *gongs* y los tambores. El año entrante sería el 3698 del calendario lunar chino. Durante las celebraciones, la familia Sheng-Chiendú estableció una cordial amistad con un trotamundos extranjero. Por sus ropas y acento parecía hijo del Islam y había recorrido la ruta de la seda, atravesando la meseta pérsica y los valles afganos hasta llegar a Oriente. Había sido enviado por el soberano samaní de Bujara para establecer nuevas rutas comerciales con Occidente. Por mi parte sondeé su mente; era mi obligación y ya había aprendido a distinguir.

«Posee el suficiente carácter y fortaleza como para estar blindado para el Mal».

Fascinado por los fuegos artificiales de las celebraciones, le preguntó por ellos a Ho. Aquello le parecía al extranjero un hecho milagroso. Emití un segmento cuya resultante me sorprendió: el compuesto que lo hacía posible cambiaría el signo de todas las guerras futuras.

Ho contestó al extranjero:

XII

—SE CONSIGUE con una sustancia compuesta de nitrato potásico, carbón y azufre.

Y así comenzó una amistad que duró muchas décadas. Abdel Shifa, que ese era el nombre del extranjero fue acogido en casa de los Cheng-Chiendú. La fusión cultural que se produjo era lo más opuesto a un choque de civilizaciones; el musulmán, a lo largo de sus múltiples viajes, les enseñó los textos filosóficos del joven Avicena; les trajo aceros perfectos de Damasco, formidables telas sasánidas, artesanía en cerámica de Samarcanda o poesías del beduino Mutanabbi. También les contó muchos relatos. «De forma inquietante, se asemejan a los que contara el embustero de Xin Pen». A cambio, los anfitriones mostraron al árabe parte del inmenso legado que les habían transmitido sus ancestros.

El año 3698 del calendario chino equivalía, en Occidente, al año 1000. Cuando Julio César hizo caso de los consejos del astrónomo griego Sosígenes, e instituyó un calendario solar, jamás imaginó el pavor que a muchos originaría el cambio de milenio. El mito de la

llegada del Anticristo se cernía sobre el segmento de la sociedad occidental donde no había llegado el Renacer Carolingio, ahora Capeto. El año 1000 del calendario Juliano era, para muchos, el del fin del mundo. El año del Apocalipsis. La Muerte siempre ronda a los humanos, pero adentrarse en ese tiempo era penetrar directamente en sus tenebrosos dominios.

«¡Y no se equivocan! Lo sabré yo. ¿Dónde andas, maldito? Sabes que pronto nos enfrentaremos cara a cara».

La era de Dios había concluido. Mañana empezaba una nueva era para la humanidad. Emocionada, deslumbrada, no pensaba perdersela. Aquel año, en Occidente, algunos dormían intranquilos. Los Capetos habían sustituido a la dinastía carolingia en la vieja Europa hacía más de una década, pero ya no había vuelta atrás. El Renacer había extendido, como un manto, conocimiento y sabiduría sobre el Viejo y el Nuevo Continente. Sin embargo, todavía existían muchas desigualdades: las capas más desfavorecidas, los colonizadores aislados en Rügenland, los soldados que luchaban en los múltiples frentes, muchos de los pueblos bárbaros periféricos al Imperio. Por otro lado, los monjes de las ermitas remotas interpretaban a San Juan Evangelista de forma literal, todo ellos estaban inquietos:

«Surgirá la bestia del mar, con siete cabezas y siete coronas. Una estrella que caía del cielo abrió el pozo del abismo, y subió del pozo humo, como el humo de un gran horno. Id y derramad las siete copas de la ira de Dios sobre la Tierra».

SEGUNDA PARTE: LA ERA DE LOS GENIOS

Capítulo Sexto
DOS GENIOS EN EL CALIFATO DE CÓRDOBA O LA GLORIOSA
BATALLA CONTRA LOS DEMONIOS (1010)

I

EL HOMBRE DEL RENACER caminó resuelto hacia el mercado central de Córdoba. Sentí como la luz del amanecer, tras reflejarse en el *Uadi al-kabir*, incidió caprichosa en las pupilas del humano que acababa de poseer. Un golpe de brisa perturbadora procedente de Sierra Morena rizó las aguas y extinguió el efecto de forma instantánea. Aquel hombre, y yo con él, avanzamos por las encaladas callejuelas. Estas, perfumadas de azahares y jalonadas de patios umbríos de geranios y jazmines nos condujeron cerca de la mezquita. Percibí como Rashíd al Mahal, sin detener su paso atravesó con su imaginación el muro del templo. Una vez allí saboreó, como si de un delicioso manjar se tratara, sus luminosos arcos lobulados, los sobrecogedores mosaicos bizantinos de los que fue dotado. Luego, voló por encima de la fuente de mármol del Patio de las Abluciones. Contaba la tradición que, se necesitaron setenta bueyes para transportarlo desde la cantera. Mahal zigzagueó fugaz por el bosque de columnas de alabastro y jaspe de la mezquita, por debajo del techo de madera con inscripciones coránicas, hasta oler el perfume que manaba de siete mil tazas de aceite colgantes. Entonces, cuando su mente prodigiosa alcanzó el mihrab octogonal de esmaltados mosaicos, despertó del ensimismamiento. Al volver a la realidad...

«¡Cuidado!»

...estuvimos a punto de tropezar con una de las tinajas de Lucena colmada de bordados que empezaban a colocar los comerciantes por las calles aledañas al zoco de la ciudad.

La inexplicable geometría de los hechos me había colocado desde que fallecí en la mente de fabulosos prohombres y mujeres, políticos y religiosos. También había evolucionado en cabezas científicas, como la de la dulce gala Michelle de Heristal, o en mentes inventoras como la del oriental Ho Sheng. Todos ellos eran de una brillantez exquisita, de una tenacidad irreductible, de una capacidad excepcional, de una clarividencia arrolladora y tenían un común denominador: la fe religiosa les había conducido o, indirectamente, estaba detrás de sus aportaciones a la humanidad.

«Pero este hombre es diferente».

II

ASÍ LO PERCIBÍ nada más entrar en él. Su cerebro era sublime, de una versatilidad asombrosa, de una creatividad rayana en lo divino, aunque también atormentado por una eterna insatisfacción. También noté en él un espíritu de contradicción nada desdeñable. Rashîd al Mahal no encajaba en ningún estereotipo por mí conocido. Sin duda, su indescriptible clase, hasta ahora integrada por un único miembro, pertenecería a la de los humanos que construyen el futuro. Más tarde sabría que no iba descaminada: en mi periplo de siglos solo me encontraría a otra persona similar.

Atravesamos tenderetes donde se repujaban los cueros de Almodóvar metalizándolos, policromándolos. Un platero desdentado le ofreció sortijas de oro blanco. Su puesto también mostraba colecciones numismáticas o teteras de azogue deslucidas por el azufre. «La plata que vende sería perfecta para recomponer su descompuesta dentadura», pensó Mahal.

«*Le será más útil transformada en dírham*s que dentro de su boca, ¿no crees?»

Una mujer joven de dolientes ojos sarracenos y discurso refinado ofrecía perfumes de Samarcanda y azafrán de La Meca. Pero él ignoró el influjo de sus aromas y continuó directo hacia su objetivo. Tras su delirio con la mezquita como epicentro, la inquietud se instaló de nuevo en él. Al menos aquella mañana no le dolía la cabeza, circunstancia que yo también agradecí sobremanera.

—¡Enjalmas, albardones, jáquimas y cinchas para las caballerías! —gritó un albardonero agitando sus cueros y telas; en ese momento Rashîd recordó... «Tengo que recoger de herrar a mi alazán en el barrio de la Judería, aunque esa sea ahora la menor de mis preocupaciones». En aquel momento, el hombre y su huésped, atrincherado en la perfecta arquitectura de su mente, alcanzamos el lugar y a la persona a la que buscaba.

—Hola, Bassâm. Necesito con urgencia dos medidas de esencia de madroño, cuatro de néctar de flores de fresno, raspadura de quejigo, corteza de encina y savia de acebuche —exigió sin despegar la nariz del pequeño cuaderno donde realizaba unas anotaciones con la mano izquierda. Acto seguido lo guardó en el carcaj que le colgaba del cinturón y posó sobre el vendedor su profunda mirada.

—Saludos, maestro. Hoy dispongo tan solo de savia de cornicabra y de alcornoque —el tembloroso comerciante vendía especias y plantas locales y no hacía honor a su nombre —que descubrí que significa «sonriente»—; más parecía que en vez de pasar por la vida, esta había pasado por encima de él, pateándole—. No tengo corteza de encina pero sí de sauce blanco recién traída de las sierras de Lusitania, como la que os vendí hace un mes. —El mercader, antes de seguir hablando, escudriñó el entorno con sus pupilas de reptil; supuse que lo hizo por si los *muhtasib* patrullaban cerca del chamizo—: Maestro, hemos de hablar...

III

—... NO SÉ EL TIEMPO que podré seguir vendiéndooos mis productos.

—¿Por qué dices eso, querido Bassâm? —preguntó el sabio con incredulidad.

—El califato se rompe en mil pedazos y buena prueba de ello es la reunión ilegal de la minoría bereber que la *surt*a ha disuelto esta mañana cerca de la sinagoga. La semana

pasada otra revuelta similar liderada por los muladíes casi termina en tragedia. Los conversos reclaman los mismos derechos que los mozárabes, judíos o bereberes. La revuelta es cuestión de días o incluso de horas. Esta ciudad, delirio de orfebres y plateros tiempo ha, agoniza, señor.

—¡Basta! —interrumpió este, incómodo. El genio de Córdoba, el califato que otrora incluso hiciera sombra a Bagdad y a Damasco, no quería conocer esa cara de la realidad. Un dato cruzó de nuevo la eternidad y se instaló en mí:

«¡Cuidado, Hypatia! ¡Tu propia vida está en peligro! ¡Tienes que estar alerta!»

Comprobé como lo revelado por el vendedor no le importaba lo más mínimo frente al importante descubrimiento que tenía en ciernes... El comerciante empezó empaquetar lo pedido bajo el clamor continuo del zoco.

El esplendor de Córdoba empezaba a deslucir a causa del declive político musulmán en la Península Ibérica. La que había sido uno de los tres «Faros de Europa» —junto a Parisii y Londinium— era una bomba a punto de estallar en una guerra civil. Un millón de almas había inundado sus calles dentro del recinto amurallado. La ciudad había sido pionera en la red de alumbrado público y de acequias que extraían agua del *Uadi al-kabir*. Córdoba fue la Alejandría del siglo X. El panorama internacional rugía sobre las cenizas del Imperio Carolingio. Las universidades de todo el continente veían germinar sus frutos de casi dos siglos. Las escuelas de teatro clásico, de pintura, de literatura y demás artes poseían ya la solera suficiente como para dar a luz a sus primeros genios. Los talleres técnicos de arquitectura, astronomía, metalurgia, medicina o ingeniería caminaban con pisada firme. Mientras, Rügenland recibía oleadas de inmigrantes que provenían de una explosión demográfica sin precedentes en Europa.

—Hoy también anda por el mercado otro erudito hijo de Alá, el joven persa que, según cuentan, revolucionará la medicina y la filosofía en todo el mundo —comentó el vendedor. Mahal, sin apartar la mirada de las hojas, detuvo un segundo la mano con la que volvía a realizar anotaciones en el cuaderno. Pero no dijo nada y continuó escribiendo en silencio. El comerciante no supo descifrar dicho silencio, pero yo poseía un asiento preferente en la rutilante ágora de sus pensamientos. Lo que «escuché» era asombroso y la acústica para interpretarlo en aquel ámbito, perfecta: «Ya lo sé». Entonces emergí de Mahal muy sorprendida y gravité entre los puestos.

«¿Cómo es posible que el sabio en el que me hospedo haya detectado al otro sin utilizar sus sentidos? En Mahal, su presencia en el zoco es certeza: ¡lo sabe!»

IV

AQUELLA PERCEPCIÓN extrasensorial me había dejado atónita. Me recordó el largo camino que todavía tendría que recorrer la ciencia hasta entender el universo en su totalidad. ¿Era el otro sabio la fuente de peligro físico de mi nuevo compañero? ¿Era mi misión en ese tiempo erigirme también como su ángel de la guarda? Lo cierto era que la asombrosa aparición de ese dato en el cerebro de Rashîd al Mahal era un misterio insignificante comparado con el hecho de que una entidad no compuesta de materia, reflejo de la que vivió y murió asesinada en la Alejandría del siglo V, se lo estuviera planteando.

¿Mi fuente? Como siempre, opaca, difusa, fragmentaria. Dicha entidad a la que aludía, una servidora, intuía que estaba a punto de suceder algo terrible.

«Pero esta vez será diferente: no podré hacer nada para evitarlo».

Cuando Mahal iba a depositar los dirham de plata en la mano del comerciante, un hombre joven, bien vestido pero con muy malos modos, pasó brusco a su lado; las monedas cayeron al suelo. Aparentaba treinta años, era de pequeña estatura y de facciones asimétricas. Entonces miró al genio de arriba abajo con prepotencia y, sin pedir disculpas, se dirigió al vendedor:

—Quiero unas esencias naturales para mi botica —un pronunciado acento persa le delataba como extranjero.

Yo había tenido algunos problemas de comprensión al entrar en Mahal, poco acostumbrada a las lenguas árabes. Sin embargo, tras unas horas en contacto casi físico con los conceptos, me hice a sus particulares fonética, gramática y semántica. Al principio me había encontrado sitiada por un ejército de jotas y haches aspiradas de carácter hostil, hasta que nos hicimos amigos. Sin embargo, el intruso desgranaba palabras con el delicado timbre del árabe clásico; su elegante dicción, en las antípodas de sus modales, despertaron también la curiosidad del maestro, que confirmó para sí: «es él». Emergí entonces de Mahal y orbité con precaución cerca de la cabeza del recién llegado. Médico, filósofo y científico persa, Alí al-Husayn ibn, más conocido en Occidente como Avicena, se encontraba también en aquella crepuscular Nueva Alejandría de la Hispania meridional. Y allí se hallaba con una misión muy especial... El rápido análisis de sus ondas mentales arrojó el siguiente resultado:

«¡Un ser humano tan excepcional como Mahal! Otra cabeza genial focalizada hacia dos únicas disciplinas: medicina y filosofía. No percibo el mal en él: al contrario... ¡Qué interesante! Ummh. ¡Ojalá que esa idea se materialice...!»

¿Qué debía hacer ahora? Esos dos hombres se movían en la frontera de sendos descubrimientos fabulosos, primordiales para el ser humano. Pero dichos hallazgos todavía eran nada más que inconcretas ideas en sus mentes.

«¿Debo inspirarles? ¿Protegerlos? Desconozco todavía todo mi potencial pero sí sé que mi adversario me saca mucha ventaja. Hypatia: piensa rápido y ACTÚA».

V

DESDE QUE el emir Abd al-Rahman III se proclamó califa en el 929, los omeyas de Al-Ándalus se esforzaron en mantener las marcas con los cristianos al tiempo que se expandían por el norte de África; gozaban de las consecuencias de la expansión agropecuaria que había comenzado cuando los musulmanes arrebataron el Código Agrícola de Justiniano a los soldados bizantinos. La onda expansiva de la explosión cultural capeta salpicó al pueblo de Alá. Supe que muchos cronistas sostuvieron que fue al contrario; que la vieja Europa se había nutrido del grandioso legado árabe reforzado, además, con las nuevas rutas a Oriente abiertas desde Bizancio por el ya legendario Abdel Shifa. Hubo un hombre que destacó no solo de sus coetáneos, muchos de ellos muy brillantes, sino del resto de los seres humanos de todos los tiempos. Escritor, pintor, músico, escultor,

geógrafo, urbanista, botánico, inventor, ingeniero, anatomista, químico, poeta y escultor, el mayor genio del Renacer, Rashîd al Mahal vino al mundo el quince de abril del año 952 en lo que, más tarde, se convertiría en el califato de Córdoba.

Tras las primeras gotas de lluvia resolvió dirigirse a los baños califales, mientras pensaba en sus cosas. «Mi perenne jaqueca se está tornando insoportable». Entonces acusé tristeza y frustración. La certeza de que nunca podría volar, algo que siempre había sido su meta, se apoderó de él. Rashîd al Mahal tenía ya cincuenta y ocho años y, tras toda una vida intentándolo, tras realizar muchos experimentos en Sierra Morena con su ornitóptero, había llegado a la conclusión... «la ciencia de materiales actual es demasiado rudimentaria para conseguirlo. Además, escasean voluntarios con un grado más de locura que yo mismo para pilotar mis naves». Resignado a no volar, había inventado técnicas pictóricas revolucionarias que dotaban a las pinturas de profundidad espacial; y lo había conseguido, en cierta medida, inspirado en los cuadros figurativos de Ho Sheng. Su hijo Pi y gracias al prodigioso invento de su padre, la imprenta, difundió sus pinturas en un libro junto a leyendas confucionistas. Tan ensimismado estaba aquella mañana en sus pensamientos, que no se dio cuenta del comienzo de los disturbios.

«¡Oh! señores del universo, he recibido vuestro mensaje: Mahal va a morir ¡ya!»

Una vez en los baños, el sabio se desnudó y dejó el carcaj y las esencias naturales adquiridas en el mercado en un alfeizar de bellos mosaicos. Eran tantos los asuntos que ocupaban su cabeza que esos minutos debajo de la bóveda serían una terapia necesaria. «El tiempo se detendrá durante un rato y las ideas que pululan indecisas e inconexas por mi mente fraguarán».

Entonces emergí de él y sondeé el exterior. Algo novedoso estaba sucediendo pues capté el Mal en múltiples direcciones del espacio: ese miserable había conseguido algo que me hubiera sido muy útil en ese tiempo: ¡bilocarse!

«Una multitud de poseídos por el Mal se dirige a los baños califales».

VI

SUMERGIDO EN LAS AGUAS Rashîd pensó en muchas cosas. Por un lado, ultimaba en su taller una máquina para medir el caudal del *Uadi al-kabir*. También, la disección de varios cadáveres le había planteado dudas anatómicas. Además, grandes vacíos ocupaban sus mapas cartográficos, a pesar de la Época de los Descubrimientos iniciada por el Imperio Carolingio. «¿Qué forma geométrica tiene África? Tengo que confeccionar un completo mapamundi». Por otro lado, trabajaba en la elaboración de un instrumento musical de cuerda del que pretendía extraer un sonido cristalino. Tenía que empezar por conseguir que su «ingenio con cuerpo de mujer» alcanzara el tono correcto. En otro orden de cosas le preocupaba, le obsesionaba, aliviar el dolor humano. Fue entonces cuando recordó la corteza de sauce blanco que le había vendido el amigo Abdel en el zoco, y recordó que «los griegos y las tribus de Rûgerland la usaban para bajar la fiebre, como antiinflamatorio y analgésico». Mahal vio posibilidad para curar sus terribles dolores de cabeza. Ese era uno de sus grandes proyectos. Sin embargo, el jarabe que preparó la semana anterior le había causado vómitos, dolor abdominal, acidez y perturbaciones mentales; eso

sí, le había aliviado la jaqueca durante ocho horas. El compuesto de esencia de corteza de sauce no se podía usar de forma sistemática. ¿Cómo podría resolver esta cuestión? «Muchas cosas y solo una vida. ¿Por qué Alá no me concedió una existencia de mil años?».

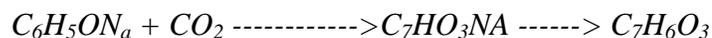
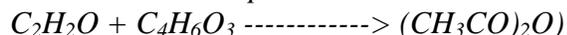
Inconsciente de que venían a matarle, al igual que hicieron conmigo hacía seiscientos años, cayó rendido. Quedose dormido sentado, con medio cuerpo fuera de las aguas termales y con la larga barba flotando sobre ellas.

«Es hora de actuar, como hiciste con los otros: recoge información del futuro y vuélcala en este presente, dentro de sus sueños».

Entre nebulosas escuchó un murmullo del que buscó la fuente. El rumor fue creciendo al tiempo que la escena aparecía ante sus ojos: maderas preciosas de ébano, áloe, sándalo y cedro de los paneles de marfil de la mezquita se dibujaron poco a poco. Mientras, el orador pronunciaba su jutbá. Volvía a estar mentalmente en el templo. Algunas singularidades le recordaron que no podía estar despierto: el discurso era indescifrable a pesar de sus denodados esfuerzos por comprenderlo. Además, los clavos de oro con incrustaciones de gemas que unían los paneles del púlpito refulgían ígneos como si hubieran sido ungidos por el mismísimo dedo de Mahoma... Por si quedaba alguna duda, ¡el orador poseía un rostro cambiante! Sus facciones se metamorfoseaban sin pausa. Estuvo un buen rato escuchando tan particular alocución sin entender más que palabras sueltas en árabe clásico; el resto no pertenecía a ninguna lengua que el conociera: ni hebreo, ni arameo, ni proto-romance, ni por supuesto, el dialecto árabe Ándalus o el bereber. Quizá era una jerga del futuro en la que los conceptos se le escapaban. Entonces vio entre las columnas a una bella mujer con ropajes griegos que olía a violetas. Dirigiéndose a aquella dama preguntó: «¿Quién eres?»

VII

PERO ELLA DESAPARECIÓ, así que se centró de nuevo en las palabras, pronunciadas a una velocidad endiablada. Prestó más atención porque sabía que escondían lo que él buscaba. «...realizar síntesis del ácido acetilsalicílico mediante anhídrido acético que se obtiene de la reacción de la cetena con ácido acético, y ácido salicílico en un medio básico con ácido sulfúrico, que se obtiene al hacer reaccionar fenóxido sódico con dióxido de carbono a ciento veinticinco grados centígrados y a cien atmósferas para dar salicilato sódico, obteniéndose un rendimiento del treinta y dos coma siete por ciento. En la reacción se obtiene una masa blanca de cristales a los que hay que someter a recristalización en acetona...».Decididamente... «No entiendo nada. Quizás la mujer pueda ayudarme».Rashîd al Mahal siguió como un sabueso la estela del aroma a violetas hasta dar con su fuente, que ahora era unos extraños símbolos acuñados en el suelo de mármol del templo:



El misterioso acertijo era casi más confuso que el discurso, salvo por el final o conclusión. Él interpretó que: «El fin de los djins, o demonios, es lo que se obtendría tras resolver las extrañas ecuaciones. Al parecer, si lo conseguía lograría alejar el mal de los hombres, alejar sus fantasmas interiores, alejar su dolor». Rashîd memorizó los insólitos símbolos que comenzaban a desdibujarse al tiempo que el aroma floral que propalaban. Su mente racional había interpretado lo sucedido, tal como iba aconteciendo, con la siguiente conclusión: «el orador cambiante, representa la sabiduría árabe. Él me está dando las instrucciones que debo seguir para resolver el misterio. Sin embargo, la humanidad todavía no está preparada para extirpar el mal, por eso no las entiendo». Entonces, con la clarividencia que le dio Alá, supo que faltaba un último actor en la singular escena, que no era otro que el autor de aquel escrito. Antes de despertar el sabio sintió otra vez su presencia:—¿Quién eres? ¡Abdica de tu clandestinidad y materialízate ante mí si te atreves! —gritó con todas sus fuerzas. Los ecos de su propia voz le despertaron.

Entonces regresó a los baños califales, abandonando con brusquedad la mezquita de su ensoñación y el misterio que encerraba.

«¡Apresúrate! Te queda muy poco tiempo en el reino de los vivos».

Mientras anotaba en el cuaderno con delicados arabescos las ecuaciones que recordaba con nitidez, se dio cuenta de que solo había estado dormido un minuto. Dedujo que aquellas fórmulas reflejaban varias reacciones químicas con las que sintetizar un producto. Como ya sospechaba ¡la clave era la corteza de sauce! Los nuevos datos podían darle el empujón que precisaba. En ese momento sucedió: la turba enloquecida había llegado hasta allí y comenzaba a aporrear las puertas de los baños.

VIII

QUIZAS LO PLASMADO en su pequeña libreta se convertiría algún día en un fármaco revolucionario. Dicho producto aliviaría el dolor a los hijos de Alá, a cualquier hombre, mujer o niño abrazaran la religión que abrazaran. Todavía no demasiado consciente de lo que estaba a punto de ocurrir sí ponderó la complejidad de la empresa... «mis ojos no verán el milagro: la rudimentaria tecnología existente y la ciencia química impregnada aún con la rémora de alquimia no están lo suficientemente avanzadas. Desconozco cómo conseguir los compuestos intermedios en el proceso, sus proporciones, qué condiciones, con qué catalizadores e instrumentos técnicos los debo obtener. Si hubiese tenido una vida entera para ello quizá lo hubiera conseguido».

Entonces decidió ir a comprobar qué tipo de fanáticos podían golpear así las puertas metálicas de los baños califales: «No me dejan concentrarme». Tonta de mí traté de luchar contra lo que ya estaba escrito. Estúpida decisión...

«¡NO! ¡NO! ¡DETENTE!»

Pero él avanzó hacia el umbral. Entonces, al igual que hiciera en tiempos de Carlomagno, proyecté toda mi energía en esta ocasión hacia sus piernas. Una vez allí navegué por sus impulsos nerviosos con idea de paralizar sus músculos. Mi titánico

esfuerzo fue recompensado pues ¡él cayó a tierra! «¡Qué extraño, qué flojera tan absurda: será por la relajación a la que me sometieron los baños». Pero se incorporó rápidamente y reanudó la marcha. El derroche energético producido al interaccionar con la materia, además de inútil me pasó factura enseguida y sentí desfallecer. Me refugié aturdida en su mente con la intención de recuperarme. Lo que sucedió a continuación fue terrible: la masa enloquecida, análoga a la que también acabó con mi vida, le alcanzó. No me vi con fuerzas para emerger de él.

Sentí, al igual que el día de mi muerte física, cómo me despedazaban.

«No tienes lugar donde hacer acopio de energía, aguanta este dolor infinito».

Esos poseídos estaban blindados para mí. El Mal, a diferencia de otras ocasiones, se encontraba repartido en todos los integrantes de la multitud hostil. En el momento exacto de la muerte de Rashîd al Mahal sentí que su ajada carne emitía una oleada de energía azul de la que no pude nutrirme: formaba un flujo compacto que me atravesó. Sentí durante una décima de segundo algo que no quise creer, que me avergonzaba reconocer... Después experimenté algo horrible, como si me quitaran el suelo de debajo de mis pies! Muy aturdida gravité sobre los miembros desmembrados bajo el filo de los alfanjes. A punto de perder la consciencia para siempre todavía pude ver a aquellos malditos mirarme sonriendo, al unísono, en el espacio de aire que todavía ocupaba...

«Hypatia, es el fin. Te... te... adentras en la no... en la no... existencia».

IX

A PUNTO DE HACERME soluble en el universo, entre nebulosas, vislumbré un hombre a lo lejos que había sido testigo de tan sangrienta escena. Con infinito esfuerzo traté de acercarme a él. Aunque apenas podía evolucionar por los aires. El grupo de leviatanes que habían asesinado a Mahal me siguió con la mirada, sin abandonar su escalofriante sonrisa y como si fueran todos uno.

Es lo último que recuerdo.

* * *

Sentí en mí la sustancia de la que está hecha la eternidad como algo líquido, casi viscoso. Me sentí sueño de un dios, juguete roto en sus poderosas manos. Mi pensamiento me condujo a través de un sendero de razonamientos por el que caminaba ciega, sorda, desnuda.

«... Siento. Sí, siento. Soy, por lo tanto. Sigo siendo parte de lo que fui alguna vez. Recuerdos. Sí: conservo indemnes mis recuerdos, o al menos razonablemente desdibujados...»

Sí, al igual que cuando aparecí tras morir en Constantinopla. ¿Dónde estaba? Quizás la pregunta más adecuada sería ¿en quién estaba? ¿Cuánto tiempo había transcurrido? La

escena se me reveló nítida, de nuevo en el mercado cordobés. Parecía otra hora del día, incluso otro día. ¿Pero cuántos...?

«Lo importante es que sigues siendo, aunque todavía estoy débil... muy débil. Fue providencial que el hombre dentro del cual me encuentro pasara cerca de los baños califales...»

En ese momento me di cuenta de dónde estaba en verdad: la mente del médico, filósofo y científico persa Avicena era casi tan genial como la de Rashíd al Mahal y me sentía cómoda en su seno. Nunca hasta ese momento me había instalado en la mente de dos personajes cruciales en la historia humana en la misma época. Al ahondar un poco más me encontré con algo traumático en la memoria reciente de mi nuevo *casero*: contemplé de nuevo el terrorífico crimen de Mahal desde el recuerdo del propio Avicena, desde su perspectiva. No pude por menos que experimentar un pavoroso escalofrío; o el equivalente en una entidad de mis características. Percibí con claridad como el médico también estaba triste por el asesinato. Además, con toda probabilidad yo había fracasado en mi intento de inspirarle. Aquella insólita multitud, tras descuartizarlo quemó los restos del sabio del Renacer. Estaba muy desconcertada por todo lo sucedido.

«Sin embargo ahora tienes otra oportunidad en esta época; siempre y cuando el Mal no lo impida y haya desaparecido de este tiempo. Quizás ese fármaco milagroso antiinflamatorio, que baje la fiebre y reduzca el dolor tendrá que esperar su orden en la historia».

Pero es que Avicena presentía otro hallazgo fundamental...

X

TRAS UNA NOCHE de turbulentos pero reveladores sueños el médico persa Avicena sonreía sin saber porqué. La víspera descuidó la medicación que preparaba para un paciente sobre la mesa de su cocina. Ciertos hongos que crecían en uno de los quesos de la cena cayeron en el preparado contaminándolo. «No desecharé este fármaco estropeado. Es la mayor locura de mi vida pero me he despertado con una poderosa intuición. Si ese joven paciente desahuciado muere Alá me lo perdonará: tengo que fiarme de esta corazonada». Pero el joven no solo no murió sino que mejoró de su terrible infección al cabo de unos días. Tras estudiar el telescopio de Michelle de Heristal, los progresos en el campo de la óptica habían desembocado en la invención del microscopio, gracias a la aplicación de una lente convexa doble con una distancia focal corta. Avicena uso el invento para aislar los pequeños organismos; desconocía el proceso químico que producía tan sorprendente efecto en los pacientes. Él se limitó, de forma experimental, a aplicar los «ungüentos milagrosos» por él mismo sintetizados. Pero la consecuencia empírica de sus ensayos no dejaba lugar a dudas: las infecciones de los sujetos más graves remitían y las de los menos graves desaparecían sin dejar rastro. Muchos pacientes murieron damnificados por su impericia en cuanto a las dosis, tiempos y pureza del compuesto a aplicar, pero significó la vida para los siguientes.

—Yo no buscaba el fármaco que luchara contra organismos microscópicos patológicos para el ser humano —admitió—. Simplemente, tropecé con él.

Científicos posteriores, beneficiarios de los avances en ciencias químicas y farmacológicas, perfeccionaron el descubrimiento de Avicena. También y bajo mi asombro, se hizo realidad el compuesto que vislumbró Mahal. En su caso, el producto resultante se obtenía tomando como materia prima la corteza de sauce, tal y como había intuido el genio cordobés. La «mahalia», por un lado, y los antibióticos de Avicena, por otro, se convirtieron en las armas más poderosas de las que dispuso el ser humano para luchar contra la enfermedad. A Avicena lo llamaron Baraka, tipo con suerte.

«Por mi parte deberé reponer fuerzas dentro de este sabio y de otros... ¡durante cien años! Te ha faltado muy poco...y el acopio energético es lento. Has visto que tu concurso no es imprescindible, que el Hombre sabe apañárselas solo. En tu mano solo se halla la posibilidad de acelerar un poco las cosas».

Comprobé como el siglo XI siguió fluyendo caracterizado por la dualidad de conflictos bélicos interminables y grandes avances artísticos y científicos determinantes. Las monarquías centroeuropeas se iban consolidando, unas tendentes al absolutismo y otras hacia el parlamentarismo.

«Algo importante sucederá en los albores del nuevo siglo. Emerge al fin y, esta vez, ejerce como testigo, como notario de la Historia humana».

XI

EN EL CONCILIO de Clermont del año 1095, el papa Urbano II decidió poner en marcha la maquinaria de una Gran Cruzada contra el Islam. Sin embargo, certifiqué desde dentro el fracaso del intento de enfrentar a musulmanes y cristianos. «En mi afán por fomentar mecanismos ideológicos que justifiquen la Cruzada, no he sido capaz de introducir el concepto agustiniano de una “guerra justa” entre mis fieles». A pesar de que les prometió salvación eterna, absolución de pecados y beneficios terrenales, la bonanza económica hizo pensar a la sociedad en recompensas a más corto plazo: buenas cosechas, soñar con el Nuevo Mundo y disfrutar de la explosión de progreso. El Islam, a cambio, adoptó un sendero que implicaba la interpretación más pacífica del Corán: en adelante su única lucha se desarrollaría por conservar la hegemonía cultural y científica. En Oriente, un conquistador mongol aspiró a crear un vasto imperio entre Rusia y China. El anhelo megalómano de Gengis Timuyin Khan se quedaría tan solo en el intento. El territorio dominado por la dinastía Jin se enfrentaba a su inexorable ocaso ante las huestes de Timuyin, pero sucedió algo inesperado: el emperador disponía de un arma secreta y revolucionaria. Cuando los bravos soldados de Khan vieron salir fuego de aquellas varas de metal pensaron que el espíritu de Siddhartha se había aliado con sus enemigos. Aquello cambió el signo del conflicto. Además, comprobé con satisfacción como la infraestructura canalizadora de todos los demás avances técnicos fue la difusión del libro. La imprenta de Ho-Pi Sheng había sido perfeccionada y exportada a Occidente.

«Bien, parece que bajo la sangre y el fuego la humanidad lentamente avanza. Hypatia, ¿no crees que ya debes ser valiente y enfrentarte a tus miedos?»

Entonces me entregué al ejercicio de recordar lo que sucedió con exactitud el día que murió Rashîd al Mahal. Quería repasar lo que sentí cuando su *sombra* azul salió de su

cuerpo desmembrado. En contra de todas mis creencias, tuve que admitirlo con perplejidad:

«Aquella fracción de su ser que te atravesó al morir... ¿era una versión inmaterial de él! ¡Sus vivencias, recuerdos, inteligencia, personalidad en estado puro! Después, aquel... espíritu dobló lo que a mí se me antojó un recodo, un pliegue en el espacio-tiempo, y desapareció».

Sí, sé que era estúpido. Que tanto lo que yo misma, como quizás el Mal empeinado en poner palos en la rueda humana éramos un ¿vivo? ejemplo de ello. Pero gracias a Mahal obtuve la prueba definitiva: sin duda, si hubiera tenido fuerzas habría seguido su estela, lo que quizás me hubiera conducido a desentrañar el enigma de mi propia existencia.

«La muerte NO es el final. No soy una excepción».

Al margen de mis inquietudes, la humanidad iba a dar otro salto enorme.

Capítulo Séptimo
ROGER BACON Y AZUL OMAR O LA FABULOSA DIÁSPORA HUMANA
(1250-1318)

I

—SEA BIENVENIDO, señor Bacon. Le aseguro que es un verdadero placer ver un talento de su talla en el Nuevo Continente. Quisiera pedirle disculpas por el clima adverso, y no me refiero solo al atmosférico...

Bajo una espesa cortina de lluvia, el científico, filósofo y teólogo Roger Bacon de Ilchester terminó de descender en silencio de la pasarela del navío británico. Quizá su aturdimiento tenía como origen la cegadora hazaña visual que constituía el puerto de Nuevo Parisii en Rügenland. El conjunto de dársenas se recortaba entre espesas capas de vapor que no lo deslucían, sino que lo enmarcaban de forma fantasmagórica, realzándolo aún más. Quizás la turbación del recién llegado procedía de escuchar los lemas incendiarios de los manifestantes que ni el intenso aguacero conseguía apagar.

—¡Muerte al heraldo imperial! ¡Libertad sindical!

El hombre que nos recibió me resultó extrañamente familiar. Como ya había aprendido, busqué entre los axiomas que me proporcionaba la conciencia y sí, allí estaba, entre los nuevos recuerdos generados ya en mi actual forma de existencia.

«¿Un ser inmortal? Solo de ese modo Jean Pierre Cicerot, segundo de a bordo de la nave Carlomagno que desembarcó por primera vez en el Nuevo Continente, podría estar vivo después de ¡trescientos cincuenta y dos años! La explicación debe ser más racional, mucho más sencilla».

Sus ayudantes se adelantaron para guardar en el carro el equipaje del personaje que yo habitaba hacía muy poco. Pero este se aferró a su portafolio como si allí encerrara el secreto de la eterna juventud. ¿Qué hacía yo allí? Supe en ese momento que el recién llegado tenía sólidos conocimientos filológicos, por lo que no le costó entender la jerga de los alborotadores y del propio Cicerot. En ese momento emergí de Bacon y penetré un instante en él.

«¡Ajá!: descendiente remoto del legendario explorador -y con un asombroso parecido a este- y co-descubridor del continente junto a Sven Rügen Ottarson».

Al volver al científico una vez más lo vi: mi configuración energética emitió un vector hacia el futuro cercano, y tomó de él un pequeño fragmento teñido de escarlata.

En una hora uno de esos dos hombres estaría muerto.

II

LO QUE SE HABLABA en la ciudad portuaria de Nuevo Parisii y en su corazón financiero y comercial, la alargada isla de Cicerium, era una mezcla de latín y antiguos dialectos vikingos y aborígenes. Todo ello bien agitado, mezclado y aderezado con dos docenas de arabismos que constituían el cóctel lingüístico con el que se expresaban todos los habitantes de las costas nororientales de Rügenland. Lo cierto era que la continua llegada de emigrantes del sesgo más heterogéneo la habían convertido en una torre de Babel donde se hablaban más de cincuenta dialectos, además de la lengua oficial. ¿Sería esa maldición bíblica causa o consecuencia de los disturbios de Nuevo Parisii? Aquella masa ofuscada no parecía manejar mal la mezcla semántica. Sus gritos se coordinaron tan de forma siniestra como lo hiciera la legión de leviatanes que acabó con Rashîd al Mahal en mi anterior destino:

Muerte, averno, sangre y fuego,

subyugáis al más pintado

¡oh, capetos!, no es un juego

¡oh, capetos!, mal hallados.

Sojuzgáis violentamente

relegáis al más valiente

¡oh, capetos!, no soy lego

¡oh, capetos!, se ha acabado.

Con dificultad vislumbré entre la bruma el carruaje a través de los ojos de Roger Bacon que pensó: «Austero, pero nos proporcionaría una engañosa sensación de seguridad..., si es que estos energúmenos no nos linchan antes. El animal anónimo de la multitud todavía puede darnos caza».

«Otra vez el mismo escenario con otros actores, aunque las caras de aquellos exaltados siempre me parecen las mismas, como me ha sucedido con Cicerot. ¿Es aquel hombre alto, moreno y barbado Pedro, el Lector, líder que acaudilló la revuelta que se saldó con el fin de mi existencia terrenal? ¿Ha evolucionado algo el ser humano en casi mil años, desde que asesinó a Hypatia de Alejandría? ¿Es cíclica la Historia, se repiten los hechos y las personas en una rueda sin fin? ¿Son los logros tecnológicos y científicos lo único que se ha conseguido?»

Él, ajeno a mis disquisiciones que se cocían dentro de su propia cabeza, avanzó hacia el carruaje. Y lo hizo protegiendo con el abrigo de astracán su misteriosa carpeta del agua y de las miradas furibundas de los manifestantes. Solo nos separaba de los insurgentes un perímetro de guardias uniformados. Sereno, bajo un raquíptico paraguas y como si su

vida no estuviera en peligro, el recién llegado se detuvo un instante y habló. O mejor dicho, susurró tan bajo que solo el cuello redondo y almidonado de la camisa —comprada de saldo en un mercado de Londinium— y una servidora pudimos escucharle:

—Piso las nuevas tierras como algún día el ser humano pisará la Luna, con una mezcla de asombro e incredulidad —y Roger Bacon terminó la frase para sus adentros—: «Y, ¿por qué no?, decepción».

III

SUPE QUE el franciscano nacido en Ilchester llegaba a Nuevo Parisii invitado por las autoridades rügerlianas. Estas mantenían aún un precario nexo político con la vieja Europa. Era cuestión de décadas que dicho vínculo se rompiera y «mamá Imperio Capeto», dejara andar solito al retoño. Para él no era el mejor momento para realizar ese viaje, pues el papa Clemente IV, su protector, acababa de encomendarle la enciclopédica tarea de realizar un balance de la ciencia de la época. Una vez concluida, *Comuna Naturalium* solo podría compararse en profundidad científica, rigor y extensión al Código Agrícola de Justiniano o a cualquier obra del sabio Rashîd al Mahal.

—Señor Bacon —casi gritó el escuálido Erik Cicerot, mientras subíamos por fin al coche de caballos que nos aguardaba—, quiero ser sincero con usted. Como ha podido comprobar, los ánimos andan muy exaltados en Nuevo Parisii y sería una estupidez obviarlo y jugar a que aquí no pasa nada.

—Esta masa perturbada de descerebrados piensa que soy un enviado del emperador. Quizás por eso amenaza con acabar con nuestra existencia sin anestesia.

«*Un cronista romano decía que: "Perro temeroso ladra más fuerte que muerde..."*»

...pensé, en el sano ejercicio de rescate de mis recuerdos. Lo que no especificó dicho historiador fue que si el perro, además, ha sido apaleado, tiene más derecho a hacer ambas cosas: ¿eran ellos la amenaza? Percibí que Bacon poseía un esmerilado acento de Oxford. Un acento que resonó dentro del carruaje ya enfilado hacia la isla de Cicerium. Allí estaba centralizado el poder político, no solo de la ciudad, sino de todo el Nuevo Continente. El sabio parecía inmune a los exabruptos de los descontentos, parecía protegido con un campo de fuerza tejido con los hilos de su sabiduría. Tras leer su mente supe al instante que había ejercido de profesor de filosofía en las magnas universidades de Londinium, Cracovia, Heidelberg, Montpellier y Coimbra.

«*Es el arquetipo de hombre adelantado a su tiempo, prisionero en su época*».

Parece ser que las manos invisibles que me dirigían gustaban de ese estereotipo humano, quizás porque son el tipo de individuos capaces de remontar el cauce de la Historia y hacer avanzar a la humanidad. Conocí buceando en su cerebro que mi *casero* actual había detectado errores en el calendario juliano, realizado avances significativos en el terreno de la óptica y perfeccionado un arma de fuego con la pólvora que trajo de Oriente Abdel Shifa. Además, sus descubrimientos en el terreno de la astronomía iban a cambiar de forma diametral la concepción del universo. Por si todo esto fuera poco, también había descrito con precisión ingenios mecánicos para el desplazamiento de mercancías y viajeros.

«*¡Ajá! Ni él mismo lo sabe: esa es la razón por la que se halla en Nuevo Parisii*».

IV

—¿QUÉ ES exactamente lo que quieren, gobernador?

—¿Qué quieren? Más libertad de asociación, menos dependencia imperial, más salario, menos impuestos, más seguridad en las calles. Como sabe, el ser humano siempre anhela lo que no tiene y minusvalora lo que posee, señor Bacon. De toda esta retahíla de peticiones reconozco muchas son razonables. Bandas organizadas se han infiltrado en todos los estamentos de la sociedad; han tomado la ciudad y los asesinatos son tan frecuentes como respirar... el aire enrarecido por las fábricas metalúrgicas. Lo cierto es que no le estoy haciendo buena publicidad de mi ciudad, pero estoy harto, he de admitirlo.

En ese momento, y a través de la vista del erudito, sentí un halo de modernidad inédito hasta entonces: la indumentaria de los viandantes, los vehículos, la arquitectura, todo era muy distinto. Aunque lo notaba en cada salto, en este se me reveló como nunca. Bacon giró la cabeza y miró a los ojos cansados de su interlocutor mientras comprendía dónde iba a parar todo ese metal generado bajo las chimeneas humeantes. Desde que fuera fundada, la metrópoli había crecido de forma exponencial durante más de tres siglos y medio. A pesar de la enorme extensión de la ciudad, el crecimiento empezaba a verticalizarse a orillas de la gigantesca Avenida Vidkun Trondheim; todos los gremios artesanos, comerciantes y nuevos empresarios deseaban estar presentes en la isla de Cicerium, pero su superficie era finita. Atravesando el elegante Puente Patric Rougiers divisamos a través de la ventanilla opuesta unos monstruos de metal grandes como montañas que empezaban a elevarse hasta el cielo. Los andamios y los pilares de los edificios habían sustituido a los tupidos bosques que se encontraron los europeos. Los forjadores, tintoreros, estraperlistas, fruteros, plateros, sastres, banqueros, marineros, artesanos, y una importante masa social de desheredados y malhechores habían suplantado a los pacíficos aborígenes y sus poblados semicilíndricos. El problema, como señaló este nuevo Cicerot, era que la sociedad estaba podrida por dentro. El hombre dentro del cual moraba explotó al fin:

—¡Dios mío, qué horror! No viviría en esta ciudad ni aunque albergara la Biblioteca de Alejandría en sus férricas entrañas.

Sonreí nostalgia, aunque fuera de forma inmaterial:

«¡Ay, mi amada Biblioteca, la Alejandría de mis ventanas! ¿Dónde se hallarán ahora mis guardianes de la filosofía, Sinesio, Hexiquio, Olimpo, Herculiano?»

En aquel ámbito tan diferente y lejano me pregunté por un instante si aquellos amados discípulos tendrían una existencia parecida a la mía. El gobernador nos miraba con una impaciencia casi sólida:

—¿Es en esa carpeta donde guarda los planos de su invento milagroso?

V

SENTÍ CÓMO el erudito tensaba los músculos de la mano agarrando la carpeta con fuerza. No contestó y siguió sin despegar la nariz de la ventanilla:

—He observado que la población, desde el punto de vista étnico es, en esencia, europea: ¿cómo es esto posible, si los aborígenes en Northerügerland ascendían a unos treinta millones de individuos en el año 898?

—Confirmando sus temores: los indígenas fueron diezmados, y no solo por el filo de las espadas de los conquistadores, sino también por las enfermedades que trajeron los colonos en los barcos junto al resto de cargamento: gripe, sarampión, viruela y tifus, sobre todo. Los colonizadores exportaron ciencia, cultura, religión, civilización, pero también bacterias y otros organismos patógenos; los antibióticos de Avicena y el descubrimiento de su querido Mahal para bajar la fiebre y aliviar el dolor llegaron demasiado tarde.

—Pues en la vieja Europa ambos hallazgos hicieron las veces de muro de contención ante el siniestro avance de la peste, además de la mejora de las condiciones de salubridad de las aguas —Roger Bacon, divisando ya el final de su trayecto, parecía pensar en voz alta—. Pues qué triste. Es una pena que los avances de la ciencia solo beneficien a unos pocos.

—¿Qué me cuenta de Europa? —preguntó Cicerot de repente—. No sabe lo que la echo de menos. Aunque naciera aquí, la considero mi patria emocional.

—El Renacer Carolingio está muriendo de éxito. Es innegable que muchos han sido los avances en todos los terrenos, pero también que se empiezan a acentuar las diferencias sociales, como aquí. Los ricos cada vez son más ricos al beneficiarse de las patentes de los descubrimientos de los científicos, al comerciar de forma abusiva con el arte de los creadores, al especular de forma obscena con las importaciones que les llegan desde aquí, desde Rügerland. Y la actual Iglesia no ayuda... Se ha generado una nueva clase social que no es ni comerciante, ni artista, ni científica, ni religiosa que intenta meter la cabeza en la rueda socioeconómica pero se está quedando al margen.

—Sin embargo usted representa, de alguna manera, parte de ese estamento eclesiástico que ahora critica, a la orden mendicante de los franciscanos.

—Claro. Creo que es más práctico tratar de cambiar algo desde dentro. ¿Ha leído usted a Homero, señor Cicerot? —Bacon no esperó la respuesta del gobernador—. Digamos que soy un caballo de Troya, pero con hechuras de científico; en mi lucha no enarbolaré una espada sino el método científico.

—Señor, perdone mi ignorancia, ¿pero ese método no se aplica para demostrar de forma práctica teorías científicas? Sé que demostró que el Sol es el centro del universo, y no la Tierra, apoyándose en las «Leyes de Michelle de los cuerpos celestes». Pero...

A punto de llegar a su destino Bacon exhibió incredulidad:

—¿Pero...?

«Espero que este debate no les distraiga demasiado: percibo ondas concéntricas de hostilidad muchas manzanas a la redonda. Y no me atrevo a intentar comunicarme con ellos tras el derroche energético que me colocó al borde de la no-existencia. ¿Cómo debo actuar en esta ocasión? ¿Debo?»

VI

—PERO NO ENTIENDO qué tiene que ver el método científico con reprochar la actitud actual de algunos miembros muy concretos de la Iglesia.

—Muy sencillo, gobernador: pretendo demostrar con datos irrefutables y pruebas indiscutibles la errática política eclesiástica de las últimas décadas.

—¿Errática?

—El conservadurismo actual de unos pocos obispos está dañando a la institución. Y eso me duele, porque la Iglesia desempeñó un papel determinante en la génesis europea. Sus grandes baluartes, los emperadores Justiniano, Heraclio y Carlomagno. Ellos sentaron las bases morales, jurídicas y culturales de lo que hoy es el Viejo Continente. Gracias a los religiosos Beda el Venerable y Alcuino de York se despolvió el legado cultural árabe, que a su vez se rescató de la Antigüedad. Además, los datos son demoledores: más del ochenta por ciento de las obras sociales en Europa las realizan instituciones con base cristiana. Los sectores más vulnerables, ancianos, niños, enfermos, discapacitados, y un largo etcétera, tienen una robusta mano protectora que les cobija, que les ampara, que les ayuda. Y libera, además, a los Estados de la enorme carga económica que supondría hacerse cargo de tan altruista tarea. Por ello, criticar a la Iglesia en su conjunto, hacer categoría por la anécdota de algunas manzanas podridas me parece injusto y de una inexactitud pavorosa. Pero, a renglón seguido, digo que ningún hombre o mujer, colectivo u organismo puede acomodarse y vivir de lo que fue. Mi papel no es fácil: a pesar de la sólida amistad que mantengo con el Papa, mis propuestas no son vistas con buenos ojos por amplios sectores del clero europeo. Mi propio superior, Jerónimo de Ascoli, quiere echarme de la orden por criticar a Alberto Magno y a Santo Tomás. Con dichas críticas pretendo extrapolar los errores de esos santos a los tiempos actuales. Más ciencia experimental y menos doctrina escolástica caduca, obsoleta y anacrónica.

Sus efervescentes palabras no solo calaron en el gobernador Cicerot, sino que me hicieron pensar a mí también:

«Además de todo lo apuntado por Bacon, sin el marco ético que apuntaló, todos los europeos ya se hubieran matado los unos a los otros, sin duda, dejando el Viejo Continente como un erial. Pero es obvio que la Iglesia debe actualizarse...»

El carruaje se detuvo delante de un gigantesco edificio, mientras la lluvia seguía azotando sin tregua el exterior.

—Bien, hemos llegado. Ahora en el despacho me hablará de esa máquina milagrosa que transforma el vapor de agua en energía mecánica. Hay que aprovechar la coyuntura que nos proporciona nuestra incipiente industria metalúrgica. En una sociedad sin motivaciones... ¡se las proporcionaremos! Le admito que las consecuencias de aplicar ese formidable invento es lo único que puede salvarme de morir acuchillado en las calles de Nuevo Parisii —dijo Erik Cicerot... veintiséis minutos antes de ser acuchillado en las sucias y turbulentas calles de la isla de Cicerium, en Nuevo Parisii.

VII

DURANTE BUENA parte del breve tiempo que le restaba de vida, el gobernador y yo escuchamos con atención las explicaciones técnicas de Roger Bacon acerca de su singular artilugio. Acto seguido, Eric Cicerot desgranó su opinión al respecto: era evidente que había empleado muchas noches en concebir una utilidad práctica para la máquina de vapor, basándose en los propios estudios del científico.

«Ajá: aquello cambiará la faz de la Tierra, sin duda. Y lo hará en la medida en que la inteligencia, ese platónico «rayo de sabiduría divina», le encuentre aplicación práctica. De hecho, la idea del gobernador es casi tan fabulosa como el propio invento del científico en sí».

En ese momento, Cicerot decidió sin saberlo encontrarse con *el hombre de la guadaña*:

—Voy a bajar un momento por una infusión, tengo que cuidarme. ¿Quiere usted algo?

Sin duda sentí su asesinato. Me extrañó la ausencia de mi adversario, por no decir enemigo: no se encontraba en esa época, en ese lugar. ¿Necesitaría también reponerse, realizar un acopio de energía? Entonces lo supe: después de varios siglos ejerciendo de contrapeso, intentando neutralizar su maldad, ¡de un momento para otro su verdadera identidad se me reveló nítida...!

«Ya sé quién eres y que andas por ahí, en algún pliegue del espacio-tiempo dispuesto a volver a actuar en cualquier momento. Pero te diré que la humanidad no nos necesita, no precisa de nuestro concurso ni para hacer el Bien, ni para perpetrar el Mal; se basta por sí misma para aplicar el cielo y el infierno en la Tierra. En nuestra mano solo está acortar o dilatar los intervalos, nada más. Descansa en paz, neo-Cicerot. Creo que tú también serás inmortal».

Mi misión en ese tiempo había concluido; por una vez había ejercido más como cronista que como protagonista indirecta. La idea que tuvo Eric Cicerot, y con la que nos deleitó justo antes de morir, era extraordinaria y, como decía, daba forma concreta a trabajos anteriores de Bacon; a veces un tándem intelectual es determinante para completar un proyecto que un solo individuo es incapaz de rematar. En ese momento decidí emerger del erudito sin despedirme, surcar los océanos del tiempo y viajar al futuro; en concreto, al siglo XIV. Quería comprobarlo... ¿personalmente? Lo vería no con mis ojos, sino con los ojos de otros. Ya parecía estar aprendiendo a desempeñar un papel más ejecutivo en mi propio destino. Lo que seguía sin conocer era qué tañedor del laúd cósmico me suministraba la información que necesitaba.

Como digo, viajé. El cambio fue muy, muy rápido, más que nunca.

VIII

MOVIMIENTO. AUDACIA... ¿Dónde estaba? ¿En quién estaba?

—Azul, ¿cómo es posible que el ser humano no pueda evitar desastres naturales como este, con todo lo que hemos avanzado?

La que había hablado era una mujer, de sobria pero elegante indumentaria. No

despegaba la vista del ejemplar de un libro enorme, flexible y de pocas hojas que sujetaba con los brazos extendidos. Su gatito persa, permanecía sobre su regazo exhibiendo sus modales faraónicos durante el trayecto. Salí de un cuerpo y gravitando leí el titular al que se refería, que rezaba:

FUERTE SEÍSMO ASOLA EL CENTRO DE INGLATERRA

LOS SISMÓLOGOS AFIRMAN QUE EL TERREMOTO HA SIDO DE MUY SIMILARES CARACTERÍSTICAS, MAGNITUD E INTENSIDAD, AL QUE DESTRUYÓ HACE DIECIOCHO AÑOS EL FARO DE ALEJANDRÍA.

Dolida por la noticia que anunciaba el fin del cíclope de mis ventanas, traté de recomponerme rápido; mis añoranzas no podían lastrarme. Después de esto volví a refugiarme en la mente en la que aparecí en ese tiempo:

«¡Oh! ¡Una niña! ¡Qué dulce y virginal sensación! ¡Qué pureza!»

Justo debajo de sus ensortijados bucles azabache comprobé que había una jovencita dotada de una lucidez asombrosa, a pesar de sus recién cumplidos trece años. La mujer que leía y que había hablado estaba sentada justo enfrente, dentro de aquella enorme máquina en movimiento. ¿Su madre? Azul Omar me deslumbró, como digo, nada más penetrar en su cabecita. Sin embargo, localicé en ella algo extraño, remoto, sutil. Se trataba de la sombra de una sensación perturbadora situada en lo más profundo de su mente; un hecho muy reciente, todavía sin identificar, le impedía disfrutar del todo de ese momento histórico. Azul había intentado borrar aquel desagradable lance de su memoria, y por eso yo no podía definir sus contornos, pero sí percibir el efecto que en ella había provocado. Me temí lo peor... Después de esto me centré en la mente en la que me encontraba: estaba agotada pues el día había sido largo y lleno de esos acontecimientos que solo se viven una vez en la vida. ¿Pero cuáles? Ummh... Entonces, la sentí desde dentro hablar:

—¿Cómo dices? —contestó la niña de forma mecánica, sin que su cerebro tomara apenas parte ejecutiva en dicha acción. Lo tenía claro: su cabeza y el fulgor de su mirada volaban muy alejados de la conversación que su madre pretendía entablar. En ese momento decidí emerger de nuevo de ella y examinar el extraño entorno. Necesitaba ubicarme.

IX

UN ROSETÓN ELÍPTICO presidía el techo de aquella caja alargada dentro de la cual nos desplazábamos. El resto de los pasajeros charlaban festivos, orgullosos de formar parte de aquella aventura: no me fue difícil averiguar que aquel ingenio nos transportaba de costa a costa de Rugërland: se trataba del trayecto inaugural. Sintiéndome desnuda sin su amparo, volví veloz al bastión que representaba la psique humana; en concreto a la de Victoria Vengut, la madre de Azul, que comentaba algo relacionado con el seísmo y que

me concernía de forma directa. Ella lo sabía, por lo tanto verifique que ya era de dominio público: «Los directores de la Biblioteca alejandrina la preservaron durante siglos de la barbarie humana: habían ordenando copiar sus pergaminos y ocultar los duplicados debajo del mítico Faro».

«Sí, querida: jese fue precisamente el Gran Secreto! Por fortuna, ya hace mucho tiempo que aquellos textos se han difundido por todos los rincones del mundo, en buena medida gracias a Beda el Venerable, a Alcuino de York y a la imprenta de Ho Sheng. Bendito monje Filamón, aquel al que transmití el Secreto antes de morir asesinada».

Sentí, como digo, que el cíclope de mármol hubiera caído como un mártir de piedra que salvaguardó el ingente legado cultural de la Antigüedad. Ahora, la vieja Inglaterra era la que temblaba y hasta la Avenida de Las Dos Espadas, en el centro de Londinium, había quedado reducida a cenizas. Miles de personas habían muerto. Victoria se removió en su asiento y repitió la pregunta:

—Niña, ¿cómo es posible que el ser humano no pueda evitar desastres naturales como este, con todo lo que hemos avanzado?

Azul Omar seguía mirando por la ventanilla hipnotizada, con los ojos entrecerrados por el agotamiento, viendo desfilar el Medio Oeste Rügerliano ante sí. Me proyecté de nuevo de la madre a la hija a través del invisible cordón umbilical que las separaba. Estaba en ese lugar y en ese momento, no solo para verificar el ingenio impelido por la máquina de vapor de Bacon. No. También por ella, por esa niña única. ¿Qué hallazgo decisivo, de qué descubrimiento o invento fabuloso para la humanidad sería ella muñidora?

—¿Qué? —respondió por fin la jovencita, despistada. La mujer mostró a su hija Azul el grabado del periódico que reflejaba el centro de Londinium destruido—. ¿Crees que el ingenio humano sirve para algo contra el poder de la naturaleza? Somos insignificantes granitos de arena en medio del cosmos —sentenció la joven en esa particular permuta de roles entre madre e hija.

«No os podéis figurar lo que queda por conquistar. Mientras las gentes del pasado se mataban los unos a los otros, no tenían tiempo de pensar. Ahora que os asesináis menos, tenéis la lucidez y el tiempo para concluir que cada época tiene su modalidad de sufrimiento».

X

A TRAVÉS DE LOS recuerdos de Azul pude acceder a una importante cantidad de información: aquel viaje tenía poco de rutinario y mucho de particular. Se cumplían diez años de la inauguración de la primera vía férrea rügerliana. Fue en tiempos de Roger Bacon cuando se asentaron las bases para que ello se convirtiera en una realidad. El científico había inventado una máquina que consistía en dos cámaras de cobre que se llenaban de forma alternativa con el vapor generado en una caldera. La fuerza del vapor emanado movía un pistón que sostenía un cilindro; el movimiento alternativo del cilindro era transformado en rotatorio por una biela.

«Buff: algo que se explica en tres frases le ha costado al ser humano miles de años de desarrollo tecnológico».

La Revolución Industrial ya tenía su particular joya de la corona. Se aprovechó la ya consolidada industria metalúrgica para desarrollar, junto a un elenco de ingenieros musulmanes e hispanos, una máquina que se desplazaría sobre dos carriles paralelos de acero. Esta sería propulsada por una versión muy mejorada de la máquina de vapor de Bacon. Pero la eficiencia del motor de vapor era muy pequeña para arrastrar tanto peso. Sin embargo un ejército de físicos, inventores e ingenieros consiguió con mucho esfuerzo mejorar poco a poco su rendimiento. Se buscó hasta encontrar al mejor matemático del momento, el belisario Edelmiro Fibonacci, que fue decisivo a la hora de realizar los complejos cálculos requeridos. Las primeras líneas férreas se inauguraron en las pequeñas monarquías del Viejo Continente. Sin embargo, el ferrocarril tenía escrito en su particular libro de gestas saltar a las descomunales estepas Rügenlianas y atravesar los desiertos y selvas de África.

«Hypatia: se acabó el asunto. Sal de la niña y descubre el motivo de su inquietud; después, cuál tu concreto papel aquí».

Y así lo hice. Mientras se empezaba a quedar dormida salí de su cuerpo e investigué. Comencé a sondear una por una todas las mentes de los pasajeros. El catálogo fue de lo más variopinto, incluyendo mangantes y asesinos de medio pelo. Pero no era eso lo que buscaba. Entonces, en el vagón de cola, topé con otro niño de gesto glacial cuya mente se me reveló totalmente opaca.

«¡Ahí está! Él es quien dejó a la niña desconcertada».

El crío me siguió con la mirada a pesar de que yo era invisible. Quería pensar que la pugna de siglos me había resabiado: me tenía que armar de valor para enfrentarme y acabar con él de una vez por todas. ¿Pero cómo? El pobre adolescente no era más que un muñeco en sus garras, su envoltorio material. Hiciera lo que hiciese nadie podría salir herido.

—Una puta pagana ronda por aquí —dijo sin más el niño ante la pasmada mirada de su padre. —Acto seguido intentó atraparme como a una mosca.

XI

SIN EMBARGO el chico mutó sin previo aviso y rompió a llorar.

«El maligno, de repente, ya no está en él, pero...»

—La gentil pretende de forma estúpida quebrar los designios de Dios. —Proclamó una anciana bien vestida mirándome con fijeza. Mentiría si no reconociera que me recorrió el equivalente a un escalofrío humano. ¿Qué podía hacer? Mi contrario rozaba de nuevo el don de la ubicuidad pues un hombre que entraba en ese momento en el vagón también miró directamente el espacio de aire donde yo flotaba y gritó:

—¡Vamos a atraparte de nuevo, hereje recalcitrante! Y en esta ocasión no podrás refugiarte en los pliegues del tiempo.

«Salta con facilidad de una mente a otra y carece de escrúpulos: no le importa causar un daño irreparable en todos ellos».

El niño seguía llorando y gritando, la anciana parecía ahora desmayada... o algo peor. El resto de pasajeros del vagón no daban crédito a los insólitos acontecimientos que se estaban desarrollando ante sus ojos. Un joven robusto, con los ojos inyectados en sangre

saltó con brusquedad en mi dirección, como para atraparme, con la mala fortuna de aterrizar sobre la ventanilla que partió con la cabeza; la sangre no tardó en manar. En un acto reflejo revoloteé fuera de su alcance sin saber muy bien qué haría después. Al ver el reguero encarnado cundió el pánico y la gente comenzó a chillar y a levantarse de sus asientos.

*«¡Basta, basta! ¡Emerge de tu refugio humano y enfréntate a mí si te atreves!
¡Maldito seas, bastardo!»*

Entonces, con idea de que no se produjeran más damnificados, atravesé el techo del vagón y salí del ámbito hacia el cielo azul. Desde esa perspectiva contemplé en la lejanía la fila de vagones avanzando y que constituía ese medio de transporte. Fue en ese momento cuando lo vi: una sombra rojiza, una especie de ectoplasma inmaterial emergió también de aquel ingenio y avanzó en mi dirección dotado de una velocidad endiablada.

«¡Hypatia, tienes que hacer algo! ¡Tu enemigo también es una forma de energía!»

En un gesto poco honroso y ante la escasez de alternativas decidí huir. Zigzagué entre los abetos de un bosque cercano acusando en seguida el nuevo derroche energético. Si me daba caza desconocía el alcance de su poder, pero no me parecía una buena idea detenerme para comprobarlo. La sombra se convirtió en la mía, pues se me echaba encima a pesar de la gran velocidad a la que yo también me desplazaba. Entonces, cuando ya comenzaba a flaquear, miré atrás por última vez para descubrirlo:

XII

LA SOMBRA HABÍA desaparecido. Mi tesis no andaba descaminada. Aquel ser del inframundo no era todopoderoso, precisaba gran cantidad de energía, no solo para existir y evolucionar, sino para interaccionar con la materia. Introducirse en todos esos desgraciados, doblegar su voluntad y activar sus cuerdas vocales y músculos habían diezmado su fuerza; perseguirme a elevada velocidad, su perdición. Al menos de momento.

«¡Ya conozco tu Talón de Aquiles: disparte, tarde o temprano, a morir bajo mi flecha redentora!»

De nuevo me sentí desfallecer: yo tampoco andaba sobrada de energía. En medio de aquel desierto no disponía de una morada biológica donde reponerme. Con un esfuerzo –nunca tan bien calificado de sobrehumano– me elevé a gran altura hasta vislumbrar otra vez aquella extraña serpiente metálica. Aproveché entonces y por primera vez la propia fuerza gravitatoria para descender en picado. Templé mi trayectoria con breves aportaciones hasta irrumpir en el ferrocarril de nuevo, que así se llamaba el nuevo invento humano. Busqué en centésimas de segundo a la niña Azul y me guarecí por fin en el cálido oasis de su cerebro. Tras reponerme ya sabía exactamente lo que tenía que hacer.

—¡Mamá! —Azul Omar se despertó gritando—. ¡Viajar, descubrir nuevas tierras, es algo extraordinario! —Sin despegar sus ojos del paisaje comentó fascinada—: He tenido un sueño prodigioso, revelador.

—¿Quieres contármelo? —preguntó Victoria, sin apartar la mirada del periódico. Lidar con una adolescente tan imaginativa, no era empresa fácil.

—Capitaneaba un descomunal navío de tres palos, de enormes velámenes, que formaba parte de una flota como la del mítico Sven Rügen Ottarson. Nos dirigíamos hacia el sur, a juzgar por las tierras que íbamos rebasando sotavento. De repente, sentí que otro Nuevo Mundo se erguía más allá de nuestras proas. Contemplé el atardecer más rojizo de mi vida, el sol había incendiado el cielo antes de despedirse del mundo y mis largos cabellos negros ondeaban como los estandartes. ¿No crees que todo esto significa algo, mamá?

Pero su madre volvía a estar abducida por las sorprendentes noticias del periódico: un aventurero veneciano, Luciano Polo, había rodeado África y se había erigido en el primer europeo en llegar a la India por esa vía.

Era cuestión de tiempo que Azul capitaneara una moderna nave que arribaría a las costas de las últimas *Terras Incógnitas*. Mientras, la niña recordaba el perfume a violetas que irradiaba el mar infinito de su sueño. Y sonreí, claro. A mi manera. Luego me despedí de ella y viajé hacia el futuro de nuevo con un pensamiento: no podía permitir que ese huidizo demonio desbaratara la compleja estructura sobre la cual se estaba levantando la enorme Catedral Humana.

Capítulo Octavo
EL HOMBRE QUE QUISO SURCAR LOS CIELOS O LA ENERGÍA
LUMINOSA (1503-1616)

I

PERO EL MAL, de una intangibilidad rayana en la no existencia volvió a escabullirse. Me enfrenté de nuevo al enorme elipsoide, esa representación descomunal de los dominios del espacio/tiempo universal. Conocí de forma instantánea las coordenadas concretas. Luego, dudé.

«“Ni siquiera Dios puede cambiar el pasado”» decía Agatón. ¿Podría al menos sumergirme de nuevo en él? Nunca lo he intentado. Ummh... no lo haré tampoco esta vez. Mi sueño resplandeciente agita sus largas crines en el futuro».

Tras viajar desconocía que el tiempo y espacio nuevos que me acogieron encerraban una sorpresa extraordinaria, un alma complementaria: un fiel reflejo en el espejo de la realidad y un sentimiento insólito... Además, estaba a punto de toparme con dos de los personajes más portentosos de todos los tiempos. Eso, tras un bagaje de siglos, era mucho decir. Uno de ellos era mi objetivo... pero también sería mi particular jinete apocalíptico. Una vez en la época y lugar correctos, penetré sin más y al azar, en un religioso afable de unos sesenta años que caminaba rápido por la calle de una bella ciudad. Vestía largos hábitos grises anudados al talle con una cuerda espartana. Poseía facciones anodinas y finos labios; sus ojos estaban cargados de la sabiduría que necesitaba, así que la tomé prestada de su misma fuente, un interesante cerebro matemático; lo supe en cuanto entré en Luca di Borgo di Sansepolcro. El franciscano apretaba el paso porque tenía una cita con el hombre por el que yo había llegado hasta allí. El Hombre.

Supe entonces que aquella ciudad, Firenze, todavía sobrevivía pétrea y cristalina, pero no por mucho tiempo. La capital de la Toscana belisaria aún permanecía inmune al manto metálico y de polución con el que la Revolución Industrial había cubierto toda Europa. En ese momento sentí un impacto. Luca, nervioso, había chocado con un pintor joven llamado Rafael de Urbino. Los lienzos, bocetos y albayaldes que portaba el artista se derramaron por el empedrado florentino. Ambos tuvieron que disputar los enseres a tres gorrinos que ya los mordisqueaban, encantados de cambiar de régimen alimenticio ese día. En el forcejeo vencieron los humanos, pero algunos de los preciosos dibujos del artista se perdieron para siempre, no siendo valorados por los cerdos más que en lo dietético.

—Rafael, ¿has visto al maestro? — preguntó Luca después de recomponerse.

II

TRAS REORDENAR lo recuperado el joven, de facciones blandas y mirada bucólica, se encajó con ambas manos el sombrero en su pictórica sesera. Luego, contestó:

*Jamás podréis encontrar
al ingeniero vinciano
pues aprendió a gravitar
el arquitecto marciano.
Con sus naves celestiales
hace un eón o ayer mismo
surcó cielos abismales
tras un millón de guarismos.*

—Muy bonito, pero ya sabes que todavía no, que todavía el genio no aprendió a volar. Y además, ¡yo soy el de los guarismos!

«Ah, al parecer, el religioso realiza los complejos cálculos matemáticos para las obras artísticas, científicas y arquitectónicas del hombre que busco».

—Está en su taller, retratando a esa enigmática mujer, aunque no creo que os permita entrar. Ha blindado el estudio para que nadie vea la pintura.

Tras despedirse nos dirigimos hacia el taller con paso firme. Atrincherada en él, impaciente por infiltrarme en mi verdadero objetivo, pude finalizar el breve repaso de la situación global. Rebusqué entre los recuerdos del franciscano. En seguida hallé un grave contencioso entre Inglaterra y los franco-capetos conocido como la Guerra de los Cincuenta Años. Las dos potencias políticas y militares exhibían su musculatura hegemónica a ambos lados del Canal de Durovernum, el mismo que atravesó Beda el Venerable cargado de sabiduría mora. El carácter multicultural de los europeos hacía empresa heroica mantenerlos bajo la misma bandera, ya desde tiempos de mi entrañable Carlomagno. Tras tomar Burdeos y Poitiers los ingleses se dirigieron al sur topando con el infranqueable muro islámico. Muchos muertos después, el héroe galo Bertrand du Guesclin le dio la vuelta a la situación. Cortó los suministros a los ingleses, usó técnicas de guerrillas e incorporó las novísimas armas de fuego importadas de Oriente. Como en tantas guerras, aquello fue definitivo para inclinar la balanza, en este caso, del lado Imperial. Cuando ya divisábamos el estudio, todavía tuve tiempo de averiguar algo más. El asunto en cuestión, recordando mi vida anterior, me interesaba sobremedida: un polaco llamado Nicolás de Thor había mejorado de forma notable los conocimientos en óptica celeste y cartografiado

el cielo nocturno como jamás se había hecho. Además supe que acuñó unos nuevos Principios Celestiales de mecánica cosmológica. Más adelante, dichos principios los redondearía un brillante belisario llamado Vincenzo Galilei.

Al llegar, Luca aporreó la gruesa puerta de cerezo. Tras entornarse dijo:

—Salai, necesito ver al maestro urgentemente, antes de que sea tarde.

III

—NO ESTÁ AQUÍ..., «...maldito viejo». Una vez marchó la dama napolitana que retrata, se fue al Palacio *Vecchio* a conspirar con su amigo Giuliano de Medici.

Comprobé que los veintitantos años que aparentaba del muchacho que nos abrió habían forjado un rostro homérico, perfecto.

«Detecto que es el protegido del maestro. La verdad, qué chico tan guapo...»

... pensé en un reflejo inusual en mí. ¿Qué me estaba ocurriendo? Es como si estuviera recobrando alguna faceta de mi anterior existencia, de la condición humana... El rapaz era delgado y fuerte como una viga. El rumor de sus ondas mentales me hicieron percibir que sus ensortijados cabellos dorados ocultaban una cabeza despierta y pícara.

—Después creo que piensa visitar la catedral de Santa María del Fiore para realizar las pruebas preliminares... —y quebró el gesto con cara de repugnancia—... de su invento.

Sentí que todas las señales de alarma se activaron dentro de la cabeza donde yo moraba en ese momento:

—¡Pero tenemos que impedirlo! ¡Mis cálculos eran erróneos!

Y salimos despavoridos en pos del genio. Nos hallábamos a diez callejas del palacio florentino, así que todavía apuré esos escasos minutos para ponerme al día. Mi salto, en esta ocasión, había sido olímpico, de ciento ochenta y cinco años; el suspiro de una brizna infinitesimal para la eternidad, pero uno enorme para el ser humano. Para mí, saber no era una opción.

Asimilé que un tal Erasmo de Flandes había insuflado un poco de aire fresco al decadente humanismo europeo y rügeriano. «Las Musas morirán conmigo, devoradas por la realidad. Lo concreto se disolverá en lo genérico, el hombre en la muchedumbre.

Dejaremos de ser raciones individuales para que nos vendan manufacturados en paquetes de a doce», declaró. Erasmo representaba la frontera entre el Renacer Carolingio y la Revolución Industrial, entre la orgía de las artes y la delirante y metálica realidad. Las cadenas de producción escupían artículos de todo tipo a velocidad de vértigo, tanta que nadie estaba preparado para saber qué hacer exactamente con ellos. El navegante Amerigo Vespucci, tras arribar a Nuevo Parisii, resumió: «Tengo la extrañísima sensación de sentirme como en casa. Una casa en la que si me descuido, en vez de darme la bienvenida me meten en una cinta transportadora, me empaquetan y me etiquetan».

Al fin llegamos al umbral de la Plaza Signoría... y de mi crucial encuentro.

IV

LASTRADO POR el peso invencible de su edad, agitar sus orondas carnes había dado sus frutos. Me había dejado llevar por los relatos de los hechos entretejidos e interpretados en los profundos senderos de la memoria del franciscano. Una vez divisamos el almenado campanario cúbico del palacio emergí de él abandonándolo para siempre. Había llegado el momento de penetrar en uno de los seres humanos más fascinantes de la Historia.

Gravité inmaterial hacia el palacio con una extraña sensación.

«Estoy tensa, inquieta. ¿Qué me está sucediendo? ¿Quién es ese individuo que intuyo ensombrecerá a todos los colosos históricos que he conocido?»

Me sentí vulnerable y la cita de Sófocles, «el hombre es solo un soplo y una sombra», no contribuyó precisamente a disipar esa sensación. Lo vi a lo lejos. Su mesiánica figura y largas barbas. Al acercarme comprobé su elevada estampa y robusta complexión, su intensísima mirada celeste enterrada en lo más profundo de sus cejas pobladas. Me llamaron la atención sus poderosos brazos y nervudas manos de las que luego supe que eran capaces de doblar una herradura sin mucho esfuerzo. Vestía elegante túnica marfil, cinto áureo y sandalias de cuero repujado con remaches de bronce. Pero toda esa descripción física, todos los parámetros que constituían su imagen, quedaron eclipsados por el fulgor de su mente. Penetré en ella y hallé un universo, las ruedas dentadas de un sinfín de ingenios extraordinarios, los arabescos de otras tantas obras de arte sublimes.

«¡Platón mío! ¡¡En este cerebro fabuloso coexisten la deslumbrante creatividad de un artista superlativo y la soberbia inteligencia de un científico sobresaliente!!»

Percibí algo que colisionaba de forma insólita con los principios que acuñé en vida: la luz divina parecía iluminar aquella extraordinaria cabeza. Leonardo *di* Firenze era una copia casi exacta del genio del califato de Córdoba, Rashîd al Mahal, nacido quinientos años antes. A lomos de aquel genio entre los genios, evolucionamos resueltos entre los mármoles y los broncees del Palacio *Vecchio* florentino, como otrora yo hiciera en los de Constantinopla o Aquisgrán. Estaba tan fascinada, que la intangible sustancia de la que estaba constituida todavía tardaría un tiempo en reaccionar.

«Bien: él busca al político Giuliano de Medici para obtener su visto bueno sobre el lienzo que le ha encargado. Pero, ¿y yo? Ando perdida: ¿cuál es mi objetivo?»

Sin embargo, lejos de encontrarlo, topó de forma aparatosa con un iconoclasta y genial rival artístico: Michelangelo de Caprese. El rumor de sus ondas mentales terminó de enloquecerme: percibí que su capacidad artística también desbordaba lo nunca conocido.

«¡Es Fidias, Mirón y Policleto fusionados en una sola mente! ¿Pero dónde estoy?»

V

—¡MALDITO BASTARDO hijo de posadera!—el de Caprese había sacado a relucir el turbio origen del otro genio, del «mío». Templado y en las antípodas de Michelangelo, Leonardo replicó:

—Serénate, que tu corazón debe aguantar los embates de los envidiosos. Te recomiendo una mahalia diaria. Licuará un poco esa hiel que corre por tus venas para que no se solidifique. «Así no caerás pétreo por cualquier esquina», remató para sus adentros. Pero el ofuscado artista siguió camino ignorando al de Firenze, pensando tan solo en su arte. La irrupción de este nuevo personaje, la reencarnación de todos los artistas helenísticos en uno, me hizo preguntarme si aquella ciudad era en verdad un trozo del paraíso. Un paraíso donde confluiría la huella creativa de todos los que existieron.

«Bueno Hypatia, si conservaras tu cara ahora esta sería de... ¡tonta!, sin duda. ¿No crees que ya es hora de actuar? Sí pero, ¿debo protegerle, inspirarle o ambas cosas? ¿Cómo esta pobre alejandrina podría ser Musa de este titán de la imaginación? Cabe preguntarse más que nunca... ¿quién inspira a las Musas?»

Mientras salíamos de palacio sin encontrar a Giuliano de Medici supe que Leonardo estaba muy cerca de fabricar el primer prototipo alado; de conseguirlo sería el primer ser humano en surcar los cielos. Sin embargo, presentí que este privilegio se lo cedería amablemente a los hombres y mujeres venideros. Detecté también un rasgo fundamental de su carácter: sería más fácil que el mar se mantuviera en calma o que el astro rey no calentase que Leonardo se centrara en una sola cosa. Su genialidad sin igual hacía que en toda disciplina en la que se embarcará rebasara las metas conseguidas hasta la fecha: perfeccionó el telescopio de Michelle de Heristal, inventó el automóvil de vapor gracias a la máquina de Bacon, además del submarino, el rifle de repetición, el carro blindado, el chaleco anti-proyectiles, el termómetro de mercurio, las llaves en los instrumentos musicales de viento, una rudimentaria máquina de retratar basada en el nitrato del plata, los rodamientos axiales, el tornillo sinfín, la cadena articulada y su aplicación más directa: el biciclo. Y eso desde el punto de vista mecánico. Sus avances en perspectiva, anatomía, geología, geodesia, cartografía, antropología, bioquímica, musicología y arqueología sentaron las sólidas bases para todo desarrollo posterior en esas materias.

Ya veterana en estas lides emití entonces un segmento que volvió a mí cargado de información: supe que además de todo esto, Leonardo *di* Firenze había sido depositado en este mundo para descubrir algo tan prodigioso que perviviría en el Libro del Tiempo Universal, al menos un millón de años.

«¡Fabuloso! Es evidente que esto constituiría un salto enorme... Alfa: sabes cómo obtener los datos que precisas. Beta: desconoces el quién y el porqué. Por cierto, si tú puedes obtener información futura quizás alguien más también pueda...»

Al descender por las escalinatas sucedió algo incapaz de definir.

VI

EL GENIO se quedó mirando con fijeza a un panel de mármol travertino cuyas delicadas vetas lo atravesaban en aparente caos. Sin previo aviso las líneas anárquicas comenzaron a dejar de serlo. La aleatoriedad se difuminó al instante cuando, como por arte de magia, la imaginación del genio empezó a perfilar un contorno invisible para el resto de los mortales.

«¡Se trata de un fabuloso elefante, como los de los grabados de las batallas entre

persas y macedonios! ¡Y el grado de detalle es fascinante!»

Verifiqué hipnotizada como el paquidermo poseía cuernos retorcidos, coraza de guerra y casaca con baldaquino para el jinete, coronada por este: un completo soldado, lanza en ristre, casco historiado y escudo con filigranas. Por si esto fuera poco, y como para justificar la intersección de líneas, el animal disponía de un faldón que le cubría el lomo. En él se podía observar un completo escudo heráldico de complejas grecas geométricas. Todo ello estaba presidido por la cabeza de un león de larga melena. La imagen existió solo unos instantes, pero quedaría troquelada en mí por toda la eternidad. En caso de poder hablar, no hubiera tenido palabras.

Leonardo se dispuso a montar en el vehículo que le había llevado hasta allí. Se trataba del estafalario bicicleta por el cual y entre otras razones, los florentinos lo miraban como si fuera un ser de otro mundo; de ahí su apodo de «el marciano». Pero en la lejanía divisó la gruesa figura del religioso. Luca di Borgo di Sansepolcro, al borde del colapso, venía a su encuentro. El cambio de perspectiva, por mi parte, fue cuanto menos singular:

—¡Dios mío! ¡Menos mal que te localizo! No... no... funcionará —comenzó sofocado y enigmático. Tomaba grandes bocanadas de aire como queriendo succionar todo el aire florentino—. La explosión está garantizada.

—Serénate, Luca. Es la segunda vez que hoy realizo la misma recomendación. En esta ciudad, el estigma de excéntrico incurable es mío y solo mío. ¿No pensaréis arrebatármelo entre unos y otros? No lo permitiré.

—Leonardo, mis cálculos eran erróneos —concretó—. La pólvora estimada, en virtud del peso del artefacto, lo hará volar... ¡junto a parte de los asistentes! En un despiste imperdonable olvidé tener en cuenta el porcentaje de pureza de los componentes, carbono, azufre y nitrato de potasio.

—Pero solo quedan cinco jornadas para... —el genio parecía desconcertado y decepcionado a partes iguales—. Ahora mismo pensaba ir al templo de Santa María del Fiore a realizar una prueba preliminar.

—Pues no la hagas o cumplirás el sueño de tu vida, pero tu vuelo emulará más al de los ángeles que al de los pájaros. Será divino, eso sí.

Leonardo *di Firenze* decidió entonces irse a meditar a la colina de Bóboli, muy cerca de la ciudad, bajo la sombra de un enebro milenario.

«Sin bajar la guardia es hora de ACTUAR. Todo está siendo demasiado fácil».

VII

ENFRASCADO en sus múltiples encargos, trabajos, experimentos e investigaciones se sentía agotado mentalmente. Además, había acusado ese pequeño revés relativo a los preparativos del evento. Sus párpados se comenzaron a cerrar nada más abrir uno de sus libros. En ese intervalo, antes de sumergirse en el sueño, probé algo nuevo: me infiltré en las páginas de dicho volumen, ahora caído en su regazo. Ya había interactuado con la materia otras veces pero nunca de ese modo. El texto, muy actual, hablaba de cómo el resto del mundo disfrutaba, o padecía, una conversión profunda. El reciente descubrimiento de la ya legendaria exploradora Azul Omar Vengut, le había venido a la

humanidad como anillo al dedo; en Europa no cabía una máquina de vapor más. Sí. Terra Australis fue colonizado mucho más rápido que Rügenland y, desde el primer minuto, el nuevo continente tuvo vocación industrial. Los aborígenes recolectores-cazadores de Australis, al igual que sucediera con los de Rügenland, manifestaron su descontento, que en su postura existían matices divergentes respecto a las imperiales, troceando a los primeros colonos para alimentar a los tiburones de Nueva Córdoba. Pero las ruedas dentadas de la Historia trituraron toda resistencia en el continente con trazas de erigirse como la Nueva Europa del siglo XV.

«Hypatia: ya está dormido. Disponte atravesar las mazmorras más profundas de su mente, sus puertas secretas. Disponte a desnudar su alma y a «animarle» a reordenar sus vastos conocimientos».

...Leonardo caminó sin rumbo por la superficie ajedrezada. Se trataba de un mundo invertido que no era el suyo. Aquel cielo no vaticinaba nada bueno y, en efecto, una tormenta terrible irrumpió con fuerza en aquel escenario imposible. De las enormes baldosas blancas y negras, ahora azotadas con violencia por ese mar vertical, emergían encinas y abetos, rocas y arbustos leñosos. El horizonte se curvaba hacia arriba hasta formar una esfera descomunal. Dentro de la cual se encontraba Leonardo, como si caminara por el interior de la corteza de un extraño planeta. En ese momento las nubes adquirieron más densidad hacia el noroeste, en ese ámbito gobernado por su particular sistema tridimensional de coordenadas. En el extremo más cercano a la superficie, las nubes se transformaron en doce corceles algodonosos, de un blanco perfecto, puro, como pertenecientes a una Edad Primigenia. Tras tocar tierra galoparon desorientados hacia ninguna parte. El eco de sus cascos en las baldosas rebotó en las esquinas del enorme espacio y, al final, en sus oídos. Empapado, se dio cuenta enseguida de que todo eso formaba parte de la escenografía, que no era lo relevante. Entonces fue cuando la vio. Se trataba de una anciana mujer, que olía a violetas, y que miraba al cielo sobre la cúspide de una formación rocosa. Allí, como sumida en un extraño trance, alzaba a lo más alto sus brazos extendidos. En la mano derecha la mujer portaba una esfera metálica que asía con fuerza.—¿Quién eres?—Gritó el sabio, ajeno a la torrencial inclemencia que se le venía encima.

VIII

PERO ELLA no contestó, ignorante de su presencia. Parecía esperar una señal divina que no tardó en producirse: un poderoso rayo alcanzó de lleno la esfera metálica y sacudió todo su cuerpo. Aquella escena permanecería impresa en la mente del de Firenze hasta el fin de sus días. La mujer no murió víctima de su infortunio, más al contrario, pareció tomar fuerza, rejuvenecer, resplandecer con una gran belleza. Sin embargo, y como si aquella forma de energía no se pudiera almacenar, el efecto solo duró unos segundos. Ella volvió a mostrar las arrugas de un rostro centenario.—¡Ahora lo comprendo!—gritó Leonardo—. ¡Eres una cazadora de relámpagos! La mujer, en ese momento, recibía otra fortísima descarga procedente de aquel cielo de mentira. La descarga fue doble, por lo que acusó en su cuerpo un rejuvenecimiento mayor. Ahora parecía una dama bellísima de

treinta y tantos años. Ella, con sus ojos de fuego, penetró al hombre y replicó:—*Quien yo sea no importa, Leonardo. En tu mano está. ¿Quién es tu amigo?* —Ella, ligeramente desconcertada, se refería a un nuevo actor en escena: otro hombre encapuchado y enigmático que permanecía silencioso observando los acontecimientos. De su figura destacaban sus endemoniados ojos de fuego y una larga barba negra que sobresalía por encima de su túnica.—*No lo sé, no le conozco. En ese momento sucedió algo que terminó por arrojar al suelo al genio, desquiciado; ni siquiera su inteligencia superior iba a poder absorber tal información, esa catarata desbordante de imágenes: cada una de las baldosas que conformaban el suelo de ese mundo se giraron noventa grados hacia Leonardo, salvo las que le sostenían a él y a la mujer. El misterioso intruso quedó gravitando unos segundos para contemplar también la escena. A continuación, las baldosas perpendiculares se volvieron primero translúcidas para, acto seguido, arrojar un billón de escenas diferentes, un billón de pequeños trocitos de lo que él interpretaría como el futuro de la humanidad. El genio fue bombardeado en pocos segundos por una cantidad cuasi infinita de imágenes cotidianas, de recortes animados del Libro del Tiempo. En todas ellas aparecían extraños aparatos tecnológicos, delirios amplificados y evolucionados de sus ensoñaciones mecánicas, insólitas máquinas funcionando. Y quizá lo hacían gracias a ese fluido luminoso, pensó.*

Fui testigo de excepción del proceso que se produjo en él al despertar:

«Bien: ahora sabe que consagrará el resto de su vida a capturar, a domesticar ese fluido fluorescente que se halla inscrito en la naturaleza. ¿Pero quién era...? Hypatia, despierta de tu inocencia, no puede ser otro. Jamás se había infiltrado también en un sueño, cohabitando conmigo en la misma mente... Ahora el Mal dispone también de la información. Sin duda, intentará de un modo u otro, tarde o temprano, boicotear el descubrimiento...o eliminar de forma física al descubridor antes de que se erija como tal».

IX

PRIMERO, LEONARDO *di Firenze*, fue a la biblioteca e investigó allí la escasa bibliografía que se había escrito al respecto. Aprendió que algunas sustancias como el ámbar, al frotarlas, eran capaces de atraer objetos livianos. Ya en su taller estudió imanes, destripó brújulas y analizó el fenómeno que las obligaba a señalar al norte. Fue entonces cuando descubrió las dos partes en la que estaba dividido el fluido invisible, y que para ponerse en movimiento debían activarse ambos «extremos». Asimismo, entendió que no tendría que salir a buscar el líquido fluorescente bajo una tormenta, sino que se hallaba encerrado en casi todos los objetos.

«Sí, Leonardo: dicho fluido habita en la materia esperando que el ser humano lo extraiga de ella; al igual que, en su momento, descubriera que el número pi se hallaba implícito en todas las circunferencias del universo».

Al día siguiente él entendió que algunos metales conducían mejor la sustancia invisible que otros, que parecían aislarlo. Después descubrió que el agua atraía y conducía el fluido; gracias a ello consiguió inventar el pararrayos. En la jornada posterior se atascó

en la investigación, pero las imágenes finales de su «experiencia celestial» —como él la llamaba— le dieron el empujón que necesitaba. Por mi parte viví una experiencia única, indescriptible: la del cerebro más creativo jamás concebido en plena acción; su capacidad de correlacionar datos era portentosa, su potencia mental para establecer secuencias lógicas, sobrenatural; su facultad para concebir ideas de forma visual con increíble lujo de detalles justificaban la creencia popular de que no había nacido en este mundo. Al cuarto día, decidió readaptar su bicicleta para que generara el fluido invisible mientras se pedaleaba; reemplazó la rueda motriz por una esfera de azufre que «se cargaba» de forma misteriosa de la sustancia fluorescente. Entonces confirmó que esta era difícil de almacenar. Por fin llegó esa Semana Santa. Toda la víspera había estado montando su ingenio fluorescente, como él lo bautizó. «Mañana es el día», pensó ilusionado.

Así que todo iba a suceder ese Sábado Santo... Leonardo —y yo indivisiblemente amalgamada a él— decidió dirigirse resuelto a la Plaza de la *Signoría*. Al llegar, esta vez a pie, comprobó que el centro florentino volvía a estar tapizado de flores. Hasta ese momento, anulada por el fulgor de su cabeza, yo no había tenido oportunidad de comprender la ceremonia en toda su dimensión: el Arzobispo toscano honraría en la catedral los fragmentos sagrados del Santo Sepulcro. Un carro cargado de petardos sería unido mediante un cable al Altar Mayor. En el momento del *Gloria in Excelsis* de la misa de Pascua, un cohete en forma de paloma se deslizaría por dicho cable. Según la tradición, la naturaleza de su «vuelo» indicará si la temporada sería feliz y de buena cosecha.

«Cosecha la que recoja la humanidad si prospera tu trascendental experimento. Yo me erigiré en su salvaguardia para que ninguna fuerza maligna lo malogre».

X

—HOLA ZOROASTRO —gritó Leonardo desde la puerta del templo. La catedral, salvo por la figura del mecánico que trabajaba en la estructura del *scoppio di carro*, estaba vacía. El artesano del metal poseía escurrida figura, rápidos movimientos de colibrí y desdibujados ojos tras sus lentes.

—Saludos, maestro. ¿Lo conseguisteis? —Supe que tres años atrás los petardos habían matado a dos fieles, chamuscado al Arzobispo y herido de gravedad a tres diáconos. Una máquina de vapor no era alternativa a la pólvora porque la combustión del carbón de la caldera llenaría el templo de humo. Leonardo se devanaba sus privilegiados sesos desde el septiembre pasado para encontrar un medio de propulsión alternativo al pirotécnico.

—Será mejor que ponderes de forma óptima la cantidad de pólvora que colocas en el carro en virtud de estos cálculos que me ha entregado Luca. Tengo algo, pero dudo que pueda desarrollarlo para esta festividad. Quizá en la Semana Santa del año que viene...

Percibí con claridad su decepción. Esperaba que Leonardo sorprendiera a toda Firenze con un milagro. Sin embargo, sabía que había estado trabajando en algo tan misterioso que no dejaba pasar a su taller ni a sus discípulos más allegados; sus ojos refulgían cada vez que mentaba la investigación: algo grande se gestaba. Estaba seguro y sería realidad en muy pocas horas.

En aquella eucaristía, lo más asombroso estaba aún por llegar y acontecería durante

la comunión. Cuando el orfebre, escultor y arquitecto Brunellesqui se lanzó a la aventura de construir la cúpula octogonal de la catedral de Firenze, nunca imaginó que bajo sus vigorosas nervaduras se iban a desarrollar tan insólitos acontecimientos. En el templo no cabía un fiel más: hombres, mujeres y niños, políticos, banqueros, religiosos, artesanos, comerciantes, incluso artistas de toda condición se apretujaban en sus asientos. Aquella fresca mañana compartían el banco corrido todos los alumnos del taller de Leonardo y el diablillo Salai. En la bancada de atrás, el matemático Luca di Borgo di Sansepolcro hablaba en voz baja con un amigo venido de los Países Bajos, el humanista llamado Erasmo. Además, Rafael de Urbino, Sandro *di Firenze*, el astrónomo polaco Nicolás de Thorn y el genial pero siempre intratable Miguel Ángel de Caprese formaban un elenco difícilmente igualable.

«Si el talento pesara ese banco ya se hubiese venido abajo».

Delante de los alumnos y protegidos, en los asientos reservados a los políticos, el insigne procónsul de Milán, Ludovico di Vigevano, acompañaba a otros septuagenarios gobernantes del Consejo de los Diez. La muchedumbre empezó a formar larguísimas colas absorbidas por el prelado y sus colaboradores, que repartían el cuerpo de Cristo en el Coro marmóreo. Sin esperar al *Gloria in Excelsis* de la misa de Pascua, Leonardo quiso realizar una última prueba. Y jamás dejaría de arrepentirse...

XI

LA MULTITUD no podía verle sobre el bicicleta modificado, oculto tras la puerta de la sacristía norte. Un fino cable de plata, oculto por las alfombras, unía el artefacto con el carro y la paloma de madera. Entonces fue cuando sucedió: el genio, convencido que había desconectado dicho cable, se puso a pedalear como poseído en el velocípedo estático.

Todo sucedió muy rápido.

En el momento en que el arzobispo de la Toscana daba la comunión, la paloma de madera salió disparada. Y lo hizo siguiendo el circuito que había preparado para ella el herrero Zoroastro, sin entender muy bien su utilidad. El artefacto voló a gran velocidad impulsada por aquella nueva forma de energía. En centésimas de segundo leí en la mente de Leonardo la certeza y temí lo peor. «¡Es imposible! Estoy seguro al ciento por ciento que el cable estaba desconectado. Sin duda alguien ha tenido que cerrar el circuito».

«Alguien no: algo. Ese maldito intruso de tu sueño ha decidido actuar en esta ocasión de un modo tan sutil como eficaz».

En medio de esta reflexión pude comprobar que en todo su loco recorrido el ingenio fue esparciendo un fulgor de chispas cegadoras, ante el mudo asombro de los fieles. La paloma, entonces pareció viva, como si la materia inanimada hubiera cobrado vida gracias a un milagro del Altísimo. Tan veloz fue el movimiento, que cuando llegó al final de su recorrido rebotó y volvió con fuerza hacia atrás. Después se salió del carril para aterrizar pesadamente a los pies del prelado. Tras el desconcierto y los gritos de la muchedumbre, las consecuencias de lo ocurrido fueron nefastas: los corazones de cuatro fieles dejaron de latir y cayeron a tierra fulminados por un rayo divino invisible.

Uno de ellos fue el franciscano Luca di Borgo di Sansepolcro.

Sentí el golpe desde dentro, el dolor desgarrado de Leonardo al ver caer a su socio y amigo. Su tiempo en la Tierra había acabado sin arpegios, sin honores, como si los enemigos que jamás tuvo hubieran hundido una daga en su pecho. En el momento de su muerte sentí de nuevo un extraño flujo de energía azul que merodeó durante un segundo por el Coro, se detuvo unas décimas frente a la sagrada imagen de Cristo y desapareció. Algo parecido a lo que sentí al morir Mahal. Después, fruto de una rancia superstición que indignó a mi *casero*, se produjo la afirmación tajante del líder de la Cooperativa Agraria Toscana:

—¡Esta temporada no se sembrará ni un guisante! ¡Que los guardianes del templo detengan al que se hace llamar Leonardo *di Firenze*!

«*¡No, no, no, estúpido! ¡Una entidad inmaterial, amoral y perversa es la responsable!*»

XII

LEONARDO FUE PROSCRITO en su ciudad durante años por orden expresa del Papa. La acusación: prácticas de brujería en un templo sagrado.

«*¿Será la humanidad tan torpe de olvidar la nueva forma de energía, existente desde siempre en la naturaleza? ¿Las circunstancias del descubrimiento eclipsarán al descubrimiento en sí? ¿Es ese tu perfecto plan? ¡Oh... no!*»

Desde el forzado exilio Leonardo realizó un ejercicio de serena humildad: «al ser humano se le escapan los matices que rodeaban a la Teoría de la Energía Luminosa durante cientos de años». Pero que no la comprendiera en toda su dimensión no implicaba de forma necesaria que no pudiera utilizarla. La historia de la humanidad es el relato que narra cómo unos forjan sus sueños con la sustancia con la que otros los van transformando en realidad.

Sentí un dolor indescriptible al tener que abandonar las murallas del intelecto de Leonardo y aquel tiempo radiante. Hasta ese momento había emergido más o menos afectada de reyes y reinas, religiosos y científicos, de sabios, inventores y exploradores, pero aquello era muy diferente. Sentí algo increíble en mi estadio inmaterial, quizás lo peor que me podía suceder en mi periplo de siglos. El Mal, que se había ocultado durante mi estancia en ese tiempo, quizás se había reencarnado en un dios griego...

«*Ahora estoy segura: mi sufrimiento será eterno e inevitable*».

Ese Eros impostor, implícito y artero, había instado a Cupido para que tensara su arco en mi dirección y me atravesara con su impredecible flecha. ¿Pero cómo era posible? Sin el formato orgánico, sin el lastre biológico que había dejado atrás podía considerarme libre, o mejor, sumida en la apoteosis de la libertad, libérrima en máximo grado. Pues no. Y eso significaba que el sentimiento del cual empezaba a sentirme prisionera no dependía de la carne, no era un ardid de la madre naturaleza. Sí, yo, Hypatia de Alejandría, neoplatónica que se jactó en vida de nunca padecer esa imbecilidad transitoria, esa terrena debilidad humana, por primera vez estaba... Antes decía que la historia de la humanidad es el relato que narra cómo unos forjan sus sueños con la sustancia con la que otros los van transformando en realidad. Rectifico ese planteamiento tan bello por uno mucho más

realista: la historia de la humanidad es, en verdad, la historia de los amores no correspondidos. Decía que además de mi desgracia personal temía que el plan de mi adversario encerrara una jugada perfecta. Ya no solo estaría hablando tan solo del desprestigio de Leonardo, del retraso en la evolución humana. Si él no había actuado de forma más explícita y brutal, en esta y anteriores ocasiones, no había sido porque no había querido sino por imposibilidad física. Sin embargo, ahora se cernía un terrible peligro sobre la humanidad. Mi contrario ya tenía las claves para compensar, e incluso eliminar su Talón de Aquiles; el Mal ya sabía cómo nutrirse de energía.

Capítulo Noveno
ANASTASIA MESHKOVA Y LOS KEPLER O LA NUEVA PERSPECTIVA
DE LA REALIDAD (1648-1658)

I

ANASTASIA MESHKOVA, atrincherada en sus doce mágicos años, intentó vivir la sangrienta revolución como algo distante, como un eco lejano que no le concernía. Anastasia era desgarbada como una zancuda, poseía unos preciosos ojillos de obsidiana y media melena áurea que ocultaba un mar de sueños inenarrables. Nada más entrar en ella me admiró su singular estructura cerebral, que parecía haber sido concebida expresamente para la mecánica. También la pisada firme de sus pensamientos, la certeza de que conseguiría cualquier ambicioso objetivo que se propusiera.

«¿Cómo puede estar tan segura? En mi periplo de siglos he verificado que los humanos pueden obtener información de forma extrasensorial... ¿pero cómo?»

Sin embargo yo tenía del todo claro que sus quimeras rutilantes pudieran materializarse... Abstraerse de lo que sucedía en la ciudad de Kiev no era posible; el peligro era real, tangible. Como cada mañana, la niña fue a rezar a la catedral de *Hagia Sophia* emulando la costumbre de toda su estirpe desde el siglo X. Sin embargo, ese día tuvo que sortear los cadáveres desparramados por las calles. Además, alguien la seguía.

—¡Dios mío, niña! ¡Refúgiate en casa, que los cosacos ya están aquí! —advirtió una mujer gris, acantonada en la puerta del templo, mientras en el interior se escuchaban cantos ortodoxos. Ella ignoró el aviso. Antes de entrar miró hacia atrás temerosa... y yo con ella. ¡Sí, allí estaba otra vez!; de su presencia invisible y opaca solo percibí mucha hostilidad. Ello implicaba que la mujercita en la que me acababa de introducir también podría jugar un papel fundamental en la Historia humana. Arrodillada entre los frescos y mosaicos bizantinos y la mirada inquisidora de San Andrés, su imaginación voló, como siempre. Mientras, en el exterior, el río Dniéper había dejado de reflejar las bellas colinas que circundaban Kiev para teñirse de sangre durante una semana. En ese mismo año de 1648, el cosaco Bohdan Khmelnytsky cambiaría la fisonomía de la ciudad en la revuelta contra el poder establecido. Su afán, devolver su querida capital a Ucrania. Mongoles, lituanos, bielorrusos y tártaros se habían disputado el enclave comercial y agrícola en el pasado, mientras las tropas teutónicas cincelaban con su espada la fabulosa historia de Rusia. Volví de ese lugar indefinido para advertirla:

«¡Cuidado, niña! Un ser que no es de este mundo te espera allá afuera para matarte! Tienes que vivir para escribir tú misma ese futuro con el que sueñas».

II

EN CENTÉSIMAS de segundo supe que ella se había criado entre los libros de la biblioteca que tutelaba su padre, allí, en la «madre de las ciudades rusas». El bibliotecario viudo Ryurik Meshkov, mantenía sus fondos al día con literatura y prensa procedente de Australis, Rügenland y, por supuesto, del corazón europeo. Ryurik, cuya sangre magiar y jázara se remontaba a altas ramas de su árbol genealógico, había intentado sustituir la insustituible figura materna con la inmersión cultural con la que siempre trató de iluminar a su hija. La soledad casi patológica de Anastasia le había proporcionado amplios espacios de reflexión; mientras, los otros niños apedreaban el monasterio de Perchersky o robaban cañas de azúcar y fruta en las plantaciones a orillas del río. La joven iba al lugar de trabajo de su padre y allí se asombraba de los últimos avances técnicos: la energía luminosa descubierta por Leonardo *di* Firenze o, por ejemplo, el hallazgo astronómico de un séptimo y octavo planetas en el Sistema Solar: Ops y Quirino.

Tras una hora de meditaciones Anastasia decidió salir de la catedral, cosa que me alarmó; «no puedo quedarme aquí todo el día», pensó mientras se santiguaba.

«¡¡Sí que puedes!! ¡¡DETENTE AHORA MISMO...!!»

...grité con todas mis fuerzas en una región muy concreta de su cerebro. La chica continuó andando tres segundos y luego... ¡se detuvo! «Qué extraño, juraría que...». Pero mis esfuerzos fueron vanos pues siguió camino hacia una muerte segura. Al acercarse a la puerta percibí que el miedo volvía a apoderarse de ella. Y no era temor a las facciones en guerra sino al enigmático personaje que la había seguido hasta allí. Salimos del templo como una exhalación y atravesamos la calle. Casi sin darnos cuenta, nos encontramos en el fragor de la batalla. Algunos combatientes nos miraron perplejos, con las espadas enarboladas esperando la muerte. Entonces sucedió:

Sentí con claridad como unas enormes manos agarraban a Anastasia por detrás, cogiéndola en volandas. Sin contemplación alguna la secuestraron con violencia, extrayéndola de su burbuja. Antes de ver el rostro que había adoptado en esta ocasión le increpé furiosa:

«¡Otra vez tú! ¡Estoy harta de este juego macabro! ¿No te cansas? Puede que seas más fuerte ahora...pero yo también.»

La niña gritaba, pataleaba y se retorció, pero todo era inútil. Tal era el pánico que sentía que noté que había mojado sus faldas. Al emerger de ella para enfrentarme directamente a mi enemigo, comprobé que alguien se me adelantó: uno de los soldados rebeldes, testigo de la escena, ya se había encarado con el misterioso personaje.

«Heroica, sí, pero muy mala idea. ¡Depón tus armas y continua tu camino!»

III

—¡SUELTA A LA pequeña ahora mismo o te mato! —gritó el joven. No tendría más de diecinueve años, acero en ristre y uniforme ensangrentado. Con toda probabilidad, cuando se alistó soñaba con una situación así. Aquella, sin duda, iba a ser su última oportunidad de vivir un momento épico... «antes de acompañar a la momia del príncipe

Yaroslav el Sabio», pensó. Pero los robustos brazos, poderosos como tenazas, no aflojaron la presión sobre Anastasia un ápice. Ni su negra figura se detuvo ante el héroe efímero que le cerraba el paso. Entonces escuché dos detonaciones que procedían del arma de fuego que blandía el chico, dirigidas al pecho descubierto del extraño personaje. Por increíble que parezca, la sombra no cayó, mas al contrario, apretó su paso hasta llegar al soldado a quien tumbó de un solo golpe brutal. El chico estaba muerto antes de tocar el suelo. En ese momento aquel ser siniestro se detuvo, giró a la niña y la zarandeó con violencia mientras escupía con voz de ultratumba:

—¡Anastasia, vas a morir pronto! Tus alas de cera se derretirán como las del mitológico Ícaro, pero no por acercarte al Sol sino al mismísimo Infierno.

Allí gravitando entre la bruma pude entonces verle mejor: se trataba de un hombre de pelo negro y mediana edad, barba tupida, mirada efervescente y nariz ganchuda. Sus ojos centelleaban con virulencia. Yo seguía sin poder captar nada de él, salvo una hostilidad casi material. Vestía una túnica drapeada malva que podría ser africana, rügeriana, europea o asiática; no pude identificar su origen. En ese momento decidí actuar con la firme determinación de introducirme en la mente de esa entidad.

«¡Aaahh! ¡Otra vez ese sufrimiento inaudito!»

Mi primera embestida fue dolorosa y fallida. Quedé flotando, aturdida, pues la sensación fue similar a la de chocar contra un muro. El hombre, como hiciera aquel extraño marino galo hacía siglos o el lúgubre oriental que perseguía a Ho Sheng, miró directamente al espacio donde me encontraba y sonrió con dientes de hiena. Luego continuó su camino con pisadas de fuego.

Mi segunda acometida se saldó con idéntico sufrimiento y posterior conmoción. Decidí cambiar de estrategia. Me introduje de nuevo en Anastasia e intenté, con toda la intensidad que pude, que ella identificara la idea que yo le iba a transmitir: se trataba de un gesto hostil con su mano hacia la cara de su captor. Entonces, en rapidísimo y mimético movimiento, calcó con sus dedos índice y corazón la imagen que había pintado para ella.

«¡Confirмо que es posible una interacción en estado de vigilia!»

Caímos al suelo bajo sus gritos desgarradores. De la masa informe que eran los ojos del hombre manaban ahora sendos regueros sangrientos. Ella corrió con sus largas zancas como perseguida por el diablo.

«Has cegado a la carcasa de ese demonio, pero pronto poseerá a otro humano...»

IV

ANASTASIA, no repuesta del todo, ¿cómo podría?, se refugió en los libros de la biblioteca que regentaba su padre. Se trataba de engañar al recuerdo de lo ocurrido. Sin embargo, aquel extraño suceso volvía una y otra vez: «¿Qué es lo que ha pasado? ¿No es un pasaje de la Biblia el que viene a decir que el Maligno puede colarse por cualquier grieta, mostrar infinitas caras? Sí, pero mostrarse explícito, de forma física...».

«Sí, pequeña: desde tu perspectiva te parecerá como si ese ser endemoniado hubiera escapado extramuros de las ilustraciones de los libros, roto los barrotes que lo aprisionaban en las mazmorras del reino de los conceptos y metamorfoseado en un

siniestro ser material. Yo misma sigo sin entender su naturaleza a lo largo de los milenios, aunque sospecho... Te confieso que cada vez me siento más sola en mi lucha. Lo que daría porque pudieras escucharme, comprenderme... ¿Puedes? Si has oído algo de lo que te he dicho, aunque sea remotamente, cierra los ojos».

Pero sus obsidianas siguieron abiertas a esa realidad y sus sentidos sordos a mis observaciones. Y ello me entristeció. Entonces decidí hacer algo nuevo que me hiciera sentir mejor: primero bucé en su impactante recuerdo hasta sentirme rodeada por él. Luego, sin que ninguna barrera moral me detuviera apliqué un pequeño porcentaje de la energía que me constituía... ¡y lo eliminé de su memoria! Acto seguido me aseguré que solo había interferido en lo acaecido en sus últimos diez minutos de vida, no más.

«Ahora ya no está. Ese trauma, a tan tierna edad, podría lastrarla en su objetivo. Has hecho bien, no dudes. Además, acabas de comprobar que no te has llevado por delante ningún otro recuerdo contigo. ¡Libre quedas de esa pesadilla! Hypatia: dispones de mucho más poder del que crees».

En ese momento el padre de Anastasia irrumpió en la escena, leyendo en voz alta la portada de uno de los libros que yacían sobre la mesa:

LOS NUEVOS MOTORES LUMINOSOS MODERNOS.

EL LENTO Y TORTUOSO CAMINO DESDE LA ESFERA

DE AZUFRE DE LEONARDO.

—Solo el largo título suena a hazaña épica —bromeó Ryurik por debajo de sus lentes bifocales. Le faltaban las telarañas para mimetizarse del todo con el antiguo mobiliario. En su risa descacharrada por la tos se reflejaba la fragilidad de los libros vetustos. Su hija quedó durante unos segundos desconcertada, pero en seguida replicó:

—Es que la crónica científica es más romántica y audaz que las andanzas acaecidas en los cinco siglos de la Edad Intermedia en Europa.

—Supongo que tienes razón, mi pequeña, mi luz —en aquel momento, Ryurik torció el gesto con asombro y preocupación—. Pero... ¿qué te ha pasado que tienes la ropa rota y la sonrisa triste?

V

—¿CÓMO DICES? —Preguntó sorprendida verificando que él tenía razón. «Es lo más extraño que me ha ocurrido en mi vida»—. Quizás alguien casi apaga «tu luz», pero sin avisar, no como los de la Compañía Luminosa de Kiev; ellos mandan una notificación con quince días de antelación. Lo curioso es que no recuerdo absolutamente nada de lo que

sucedió...

El padre calló pero yo leí con nitidez, sin necesidad siquiera de salir de la niña: «No quiere hablar de ello. Este no es lugar para una mocita como ella, el peligro se agazapa en cada esquina. ¿No le estaré extirpando la adolescencia a mi hija, que ya habla como un adulto y jamás juega con los otros niños?».

Ella siguió hablando como si nada:

—Pero para gestas, las que se avecinan. He leído que unos científicos de la Universidad de Luanda, de la Confederación Africana, han descubierto algo prodigioso gracias a un novedoso microscopio luminoso: una estructura celular helicoidal donde creen que puede estar codificada la información para configurar cualquier ser vivo.

—Me temo que nada de lo que te diga podría superar a eso, así que me voy a trabajar.

Entonces, y durante unos minutos, me sumergí junto a la muchacha en un libro muy particular. En él se narraba la vida de dos hermanos que iban a administrar una vuelta de tuerca a la historia de la ciencia.

«Los gemelos Kepler nacieron en el extremo nororiental del Imperio Capeto, en Württemberg. Allí estudiaron teología y geografía estelar en la Universidad de Tübingen. Jazmín adelantó pronto a su hermano Juan en la investigación cosmológica. Formaban un tándem brillante empeñado en rubricar al menos un capítulo del Libro del Cosmos. Cuando nacieron surgió una nueva y rutilante estrella en la constelación de Casiopea, lo que fue interpretado por algunos como una señal celestial. Juan, más matemático y pragmático, Jazmín más intuitiva y osada...»

Supimos al unísono que ambos gemelos estudiaron desde Ptolomeo y ¡Teón de Alejandría! de la Antigüedad, hasta Roger Bacon y Michelle de Heristal en la Época Moderna. Al parecer, su fama empezó a precederles siendo todavía adolescentes. Y lo hizo cuando descubrieron con el telescopio modificado de Leonardo *di* Firenze, los cuatro grandes satélites de Júpiter: Martel, Carolo, Meroveo y Cicerot, bautizados así en honor a los héroes galos. Un astrónomo y matemático danés llamado Tycho Brahe de Scania fue su mentor desde el observatorio de Praga cuando ambos ya enseñaban en la Universidad de Graz.

«Su historia es fascinante pero, ¿qué tiene que ver con Anastasia? No encuentro el común denominador. Quizás de ellos imite nada más que su espíritu científico, no lo sé. Desconozco, una vez más mi misión en este tiempo».

VI

EL MAL hizo aparente mutis y desapareció por un tiempo de la escena de su vida. Y yo permanecí en ella cual centinela infinito, guareciendo su preciado intelecto, blindando su desmadejado físico.

«Aquel Leviatán del inframundo puede reaparecer en cualquier momento. Intuyo

que lo hará con otro formato y con mucha más virulencia».

Cronos pasó por la niña convirtiéndola en una mujer de dieciocho años. En ese tiempo descubrí al fin por qué estaba en ella, y por qué ella estaba en mí: su objetivo vital era fabuloso. Sentí desde dentro cómo se forjaba poco a poco la estructura de su quimera, los sólidos pilares y arbotantes de su sueño. Los bocetos difusos de su niñez se habían transformado con el tiempo en una soberbia construcción arquitectónica. Restaba dar el salto a la realidad. La motivación la encontró estudiando de nuevo a los hermanos Kepler: su fuerza ante las dificultades, su fidelidad a los principios constituían la inyección moral que necesitaba para consumir su utopía. Supo, supimos, que desde la muerte de su mentor el trabajo de los hermanos Kepler había sido frenético hasta su nefasto final. Su novísima Teoría Cósmica Galactocéntrica –tras las ya caducas Geocéntrica y Heliocéntrica– fue la gota que colmó el vaso de sus detractores. A medida que se ensanchaban las fronteras del cosmos, el ser humano quedaba en una posición más comprometida e insignificante respecto del Todo. Quizás por esa razón, en diciembre de 1621 se expulsó a ambos hermanos de la Universidad de Graz, entre graves disturbios.

—¡Entiendo el disgusto de muchos damnificados por nuestra Teoría...! —gritaría Jazmín Kepler, justo antes de ser detenida—: ...Algunos se han sentido tristes al descubrir que el centro del Universo... ¡no son ellos! —Un gran fogonazo proveniente del tumulto, anunció la inmortalización de ese instante. El químico franco Arnaldo Chartres du Pont había pasado los minuciosos planos de Leonardo *di* Firenze a la realidad: la primera máquina de retratar existente. El forcejeo de Jazmín con el funcionario se congeló de forma bidimensional en la primera fotografía monocroma de la que se tiene constancia. Un mes después, Anastasia y yo leímos su triste desenlace:

MUERE ASESINADA EN PRISIÓN JAZMÍN KEPLER

Un sicario capeto acaba con la vida de la científico.

La chica y yo misma acusamos el crimen pero este sentó las bases de una revolución social que todavía estaba por llegar: sectores del proletariado europeo interpretaron el suceso como la consecuencia del sexismo todavía reinante en el Viejo Continente. Puesto que ya había aprendido a hacerlo, traté de atenuar su dolor inyectándole el siguiente pensamiento:

«La sangre de Jazmín Kepler no se derramó en balde: su muerte servirá para consolidar su teoría y universalizarla, erigiéndose ella como su propio mártir».

VII

SE ARGUMENTÓ que si no hubiera aparecido el nombre de una mujer bajo tan

insólita teoría, al menos, hubiera dado lugar a un encendido debate. Féminas de toda Europa quisieron seguir el ejemplo de la heroína; se matricularon en masa para cursar estudios técnicos, casi limitados a los varones hasta ese momento. La emancipación de la mujer era ya una realidad imparable y vino aparejada con importantes avances sociales. En Occidente, a partir de entonces, las ideas serían asexuadas y nadie volvería a medir el largo de las faldas. Además, fui testigo de otro descubrimiento fabuloso.

«Insisto en que no nos necesitan: una servidora y su antagonista tan solo podemos interferir en el ritmo en el que se produzcan los avances, nada más...»

Esa noche me atreví a salir de Anastasia durante unos pocos minutos. Viajé hasta un laboratorio de Padua y me encontré a un corazón destrozado: Vincenzo Galilei, en virtud del amor imposible que siempre sintió por Jazmín Kepler, se entregó tras su muerte a la ciencia. Asistí deslumbrada a la elaboración de la que sería su famosa Teoría de Atracción de los Cuerpos.

«No lo dudes: la comunidad científica internacional relacionará la atracción química que siempre sentiste por Jazmín, con la física entre todos los cuerpos con masa del cosmos que acababa de descubrir».

Volví a la velocidad del rayo a Anastasia intuyendo que toda esa galaxia de descubrimientos influirían en ella. TENÍAN que influir en ella así que esa noche ACTUÉ.

«Creo que ha llegado también tu momento. No tenemos tiempo que perder».

A la mañana siguiente comenzaron a fascinarle las figuras de Rashíd al Mahal y de Leonardo di Firenze. En la biblioteca de Kiev los estudió con dedicación, en especial, una vertiente muy concreta de sus trabajos. Compartíamos pasión por ambos genios aunque, por fortuna para Anastasia, no el sentimiento suplementario que una servidora había padecido –y padecía– por el toscano. Hablando de amores imposibles...

«El reflejo de lo que fue Hypatia de Alejandría sigue siendo víctima del mismo sentimiento... ciento cincuenta y tres años después de verle por última vez. Leonardo cambió el mundo gracias a la Energía luminosa. Niña: en tu mano está volverlo a cambiar gracias a otro de sus trabajos inacabados. Pero mantente muy alerta: todavía desconozco por qué grieta se colará el Maligno esta vez, qué cara mostrará en esta ocasión. ¿Puedes oírme? Me consta que al menos un pequeño porcentaje de mi discurso es permeable, mi pequeña».

Entonces temí que el Mal se hallaba en un mundo tecnológicamente más avanzado. Ello implicaba que, al margen del Sol, también disponía de fuentes de energía concentrada de las que podía nutrirse con relativa rapidez.

VIII

LAS PRIMERAS cometas habían hipnotizado a habitantes de ambas orillas del Dniéper. Poco a poco, sus avanzadas maquetas sin piloto hechizaron a gentes venidas desde los Urales hasta el Cáucaso. Tras semanas de estudios y cálculos de todo tipo, Anastasia estaría en disposición de diseñar un modelo definitivo de su prototipo. Sin embargo, no disponía de los fondos necesarios para hacerlo. Tras la lluvia de siglos yo había aprendido que el futuro no era monolítico, inamovible, sino que se va forjando en virtud de los

acontecimientos. Entonces, vi un trocito de un posible sendero del mañana.

«Algún día ella misma podría pilotar una aeronave que atravesaría el vastísimo territorio ruso de Oeste a Este, convirtiéndose su gesta en un hito de la navegación aérea. De nuestras conjuntas acciones depende...»

Ella supo que ya se habían realizado cortos vuelos en China y Rügenland, insignificantes respecto de lo que tenía proyectado. Ryurik, una mañana y sin previo aviso decidió mandarla a la desvencijada Universidad de Cracovia a estudiar física, matemática y astronomía... y allí fuimos. Sin embargo, la aventura universitaria fue muy breve, cosechando un fracaso estrepitoso. Su mente dispersa deambulaba por el cielo de sus delirios aéreos. Se la veía por los claustros y cátedras proyectando sus máquinas imposibles, sin asistir a clases, inmune a las regañinas de sus profesores. Un buen día:

—Señorita Meshkova, ¡queda expulsada de nuestra centenaria institución! —El rector boqueaba como un pez desde un rostro avinagrado y adusto—. ¡Esa... «cosa delirante con alas» se ha estampado contra el óleo de Casimiro III, el Grande, nuestro idolatrado fundador! —La rápida respuesta de la joven demostró dos cosas: que también dominaba el arte de la logomaquia y que las no-partículas que me configuraban conservaban el sentido del humor que tuve en vida. Tanto como para desintegrarme aún más si cabe... ¡pero de risa!

—En verdad le he hecho un buen favor a la Institución. El horroroso retrato pintado con cualquier parte del cuerpo menos con las manos, no hacía justicia al glorioso monarca. No pediré un monumento por librar a la universidad de tan pésimo óleo: en recíproca iconoclastia cualquiera podría abatirlo en cuanto estuviera erigido,... y con sobradas razones si lo esculpiera el mismo sádico que excretó el malogrado cuadro —el furioso rector se tornó cianótico, para después recorrer toda la gama de ocres en bella policromía. Cuando los colores de su rostro se estabilizaron agregó:

—El caos generado, su estela de desolación serpentea por toda Cracovia. Su actitud inconstante y transgresora augura que usted jamás será nada en la vida. Pasará por esta existencia sin pena ni gloria.

Viajar por los siglos me permitió ostentar el honor de escuchar el mayor número de estupideces imaginable. Jamás nadie erró tanto en sus predicciones como aquel rector, tan prescindible en la historia humana. Los hechos lo constatarían. Dos semanas más tarde llegó el día decisivo.

IX

DESCENDIMOS JUNTAS del ferrocarril en la estación de Nóvgorod, antiguo bastión teutón del siglo XIII. La chica bajaba del tren cargada de planos, proyectos, maquetas e ilusiones.

—¡Dios mío! ¡Es usted demasiado joven! ¿Sabe por qué está aquí? —El sumo sacerdote miró desde el andén a la chica con los ojos encendidos como brasas. Parecía enfadado y nervioso. La Orden de Los caballeros Teutónicos, fundada por cruzados capetos, era el último baluarte militar-religioso destinado a mantener el orden. Tras recibir, en concepto de feudo papal, todo el dominio del Báltico, se habían extendido por Estonia,

Lituania, Polonia, Suecia y Rusia. La chica no se amilanó cuando tocó tierra:

—Sí, soy el clavo ardiendo, el último reducto al que pueden agarrarse para salvarse y, de paso, salvar a Rusia del caos total, de la anarquía generalizada.

—Veo que su ingenio no se circunscribe solo a la materia, sino que se extiende a la semántica. Si consigue gravitar como vuelan sus aerodinámicas palabras haremos historia. En mi gabinete estaremos más cómodos.

Mientras nos dirigíamos a la sede central de la Orden Teutona me dio tiempo de reflexionar:

«A veces, los hallazgos científicos caen por su propio peso; las causas sociopolíticas hacen de la necesidad virtud y catapultan al ser humano a surcar los cielos. En este caso, literalmente».

Aquel sacerdote sin nombre nos lo explicaría bajo la luz del atardecer, a orillas del precioso lago Ilmen:

—Ucrania y nuestra vecina Rusia viven tiempos convulsos desde la muerte de Iván de Kolómenskoe, el Terrible; el príncipe de Moscú consiguió consolidar el poder estatal en torno al Volga, anexionarse Liberia, Kazán y Astracán y crear una conciencia nacional que hasta ese momento no había existido.

—Leí que construyó grandes canalizaciones de gas desde la República de Komí trazando una malla que cubrió toda Rusia. Además, importó el ferrocarril del vecino europeo y trazó las líneas férreas más extensas del mundo. ¿Es correcto?

—En efecto. Por dichas líneas fluían pasajeros y recursos minerales; plomo y cinc desde el norte del Cáucaso, carbón desde Kuznetsk, mercurio desde Chukchi en la zona más nororiental rusa, sal, manganeso y potasio desde el oeste de los Urales y cobre desde la península de Kola. La difusión de los recursos naturales llevó estabilidad económica a las cuatro esquinas del país hasta la ascensión al poder de la dinastía Romanov, casi un siglo más tarde; además, el oro compraba a la masa de campesinos descontentos a orillas del Volga, Dniéper y Don. Nuestros recursos eran recibidos con honores regios, alfombra roja y un millón de papelitos de colores por los aires por una Europa sedienta de ellos para su insaciable Revolución Industrial...

—...Señor, perdone pero creo que ya he entendido el contexto, no hace falta que siga...—interrumpió impaciente la chica— Estaré encantada de escuchar su propuesta... «si termina de una vez su soporífero discurso».

X

—NO SE PASE de lista, señorita, y déjeme acabar. Decía que la Revolución Industrial nunca terminó de llegar al país de los zares; desde Iván el Terrible hasta Alejo Mijáilovich Romanov, los nacionalismos centrífugos han desestabilizado el país, descuidado las líneas férreas, distrayendo la extracción de minerales por los interminables conflictos.

—Por lo que Rusia y Ucrania se encuentran en estos tiempos rotas en mil pedazos y necesitan un gran cambio. O dicho de otra manera:

*LA RUSIA del fiel Alejo
precisa azul perspectiva,
contemplar su gris reflejo
cual ave grifa furtiva.
Para así resarcir su mal
reflejar su vil mirada
en el Caspio y en el Aral
desde Olimpo balaustrada.*

Y sin disimular su gozo por desbaratar la seriedad germánica de su interlocutor, añadió:

*Odalisca de Crimea
tragafuegos de Jarkov
tu rey está que no veas
por volar, el Romanov.*

Tras esbozar una minúscula sonrisa el sumo sacerdote teutón volvió a recomponer su rostro inmutable y continuó:

—Le agradezco esa poética aunque contundente sinceridad. Como sabrá, el ferrocarril nos sirvió desde tiempos de Iván el Terrible para vertebrar el territorio ruso. Sin embargo, en la actualidad, el deterioro de las líneas férreas y las inmensas distancias lo han convertido en un medio arcaico para el transporte de viajeros. Y esta circunstancia lastra, en buena medida, el despegue del comercio a gran escala en nuestro país. Por ejemplo: un comerciante de su ciudad, Kiev, no puede tardar casi una semana en llegar a Vladivostok para rubricar un contrato de exportación de cobre a China.

—Es cierto. Las nuevas locomotoras luminosas tardarán en implantarse y minimizarán el problema, pero en pequeña medida. Hasta donde yo sé los modernos coches de vapor carecen de una infraestructura viaria para desplazarse. Sé que se construyen en toda Europa, Rugërland, Australis y Asia a buen ritmo pero, cuando ese proceso concluya, tampoco resolverá el «problema kilométrico».

—Así es, pero vayamos ya al grano como usted pedía: señorita Meshkova, ya sabe usted que el papel lo aguanta todo...

XI

—EN EFECTO. Ustedes necesitan realidades tangibles y, a ser posible, rentables.

—Así es. Presiento que ya empezamos a hablar el mismo idioma. Bueno, le he hecho venir hasta aquí para formularle una sola pregunta.

En ese momento, un ayudante llamó a la puerta. Tras acceder cuchicheó algo al oído de su superior que consiguió al fin mutarle las facciones. Se trataba, sin duda, de una pésima noticia y llegaría a Anastasia Meshkova en el peor momento posible. Ella, de forma asombrosa, la intuyó: noté que la terrible sensación le invadió dos segundos antes de que él dijera:

—Su padre...

Entonces asistí entre nebulosas a una tragedia griega en tres actos: el primer plano de unas tuercas girando solas como por arte de magia. Después, una estantería enorme llena de libros cayendo sobre su cabeza. Finalmente, un charco de sangre...

«¡Maldito seas mil veces! ¿Quién te otorga el derecho de arrebatar la vida a nadie? Tu dios jamás aceptaría esa incursión atroz en sus dominios, en su sagrada jurisdicción. ¡Maldito seas para siempre! ¡Maldito seas hasta el fin de los tiempos!»

Su propósito era tan artero como sutil: con su deleznable acción perseguía desestabilizar a nivel emocional a la muchacha, pues cargar sobre ella encontraría mi frontal oposición. Y vaya si lo consiguió... El Mal sabía que me había erigido en su protectora.

El cataclismo fue devastador. El dolor originó en su cerebro una tormenta de colosales proporciones que le hizo desplomarse, hecha trizas.

«Oh, pequeña, lo siento de veras. Es todo tan injusto...»

Los sacerdotes trasladaron a Anastasia a la enfermería donde le aplicaron fuertes calmantes; raquíticos cuidados paliativos que había diseñado el ser humano para afrontar el dolor más grande que se puede sentir en la vida. La chica mal durmió intranquila durante cuatro horas, experimentando entre brumas horribles sensaciones. Aquello fue lo más parecido al concepto que yo tenía de lo que sería el Infierno, caso de existir. La joven estaba a punto de morir de tristeza: sus signos vitales se apagaban. Desde mi perspectiva ya tenía claro que mi misión no se ceñía a transmitir información.

«Hypatia: vas a probar algo nuevo, algo distinto. Algo de lo que hubieras renegado en tu pagana vida anterior. Vas a hacer algo que hubiera originado sonrojo solo de pensarlo, en tu Alejandría natal».

XII

ENTONCES PENETRÉ en las regiones de su cerebro responsables de las emociones. Una vez allí traté de insuflarle dosis masivas de ilusión por el futuro.

«Anastasia: la vida tiene valor en la medida que la muerte es su contraria. Además, piensa que él ahora podrá reunirse con su amada esposa, tu madre. Quizás ya corran de la mano por una playa griega inscrita en un pueblecito de ensueño de casas blancas y azul violáceo. Ellos evolucionarán en ese ámbito mágico, perfecto, bajo un verano eterno, en un paraíso idílico donde no existan los problemas; solo la risa de los niños, grandes comidas con los familiares y con los amigos que ya se fueron. Humor, música, amor y sabiduría».

Y añadí casi sin pensar lo que estaba «diciendo»:

«Pequeña, piensa que la muerte no tiene porqué ser el final... Te habla alguien que traspasó la línea».

Después de varias horas en la misma dirección muy poco a poco noté que mis mensajes empezaban a calar en ella. Aquella nueva misión fue sin duda la más compleja a la que jamás me enfrenté. En paralelo a la emisión de dichos mensajes –y mediante microcorrientes luminosas– estimulé en su cerebro la síntesis de sustancias que la hicieron sentirse mejor. Además, supervisé minuciosamente el flujo de neurotransmisores para que la compleja máquina biológica que la gobernaba –otro universo– reestableciera su equilibrio perdido. Casi célula a célula ella fue recomponiendo los trozos del rompecabezas emocional en el que se había convertido. Anastasia fue poco a poco asumiendo lo sucedido y sustituyendo, uno por uno, los sentimientos negativos por otros que dibujaban un futuro radiante. Entonces llegó su primer pensamiento coherente en muchas horas. Lo cierto es que llevaba aparejado un sesgo pragmático quizás más allá de lo que yo hubiera deseado. ¿No me habría sobreexcedido e insensibilizado demasiado a la chica ante el trágico suceso?

«Tengo que volver a casa lo antes posible para ver por última vez a mi buen padre Ryurik, aunque sea de cuerpo presente. Allí organizaré los funerales».

Entonces Anastasia Meshkova hizo llamar al Sumo Sacerdote desde su camastro. Tras sus condolencias, le insistió que formulara la petición que había estado esperando. Este, en principio, se negó y prometió a la muchacha que cuando todo pasara él se acercaría a Kiev para retomar la conversación. Pero los ojos húmedos de Anastasia y dos palabras consiguieron que depusiera su noble actitud:

—Por favor...

—De acuerdo, como quiera. No se crea que me siento cómodo en estos momentos de zozobra, pero en la medida que le pueda ayudar, lo haré:

XIII

¿EN CUÁNTO tiempo calcula que podría construir un prototipo alado viable para el transporte de viajeros? Dispondría de recursos ilimitados, los mejores técnicos del país y el beneplácito del Zar.

Anastasia Meshkova contestó rápido, sin titubear, porque también necesitaba recobrar sus ilusiones terrenas.

—Menos de cinco años. —«Por ti, padre».

Ella mintió, arrojándose sin rubor a los cascos de los caballos. Y yo lo supe al instante: era consciente de que jamás lo conseguiría en menos de una década, pero se merecía esa oportunidad. Y solo omitiendo todo lo que pensaba tendría opción a intentarlo. Al margen de sus motivaciones, la humanidad entera se merecía también esa oportunidad. Yo permanecería en ella todo el tiempo que fuera necesario velándola, guardando sus espaldas, custodiando su alma.

«Recién desenmarañada la Ley del Cosmos que explica el porqué los cuerpos se ven obligados a atraerse entre sí con una fuerza proporcional a su masa, el ser humano intenta desafiar dicha ley. Bella paradoja. ¿Inconformismo? ¿Jugar a ser Dios? ¿La condición humana?»

Antes de regresar con ella a Kiev lancé al éter esas preguntas retóricas que nunca nadie contestaría. Todavía afectada por los recientes acontecimientos acaecidos en el entorno de mi *arrendadora*, emergí de ella durante un momento y me elevé. Desde la enorme perspectiva que me confería contemplar la colosal elipsoide espacio-temporal me asomé por una rendija al futuro. Allí detecté que me esperaba algo ciertamente asombroso: ¡alguien iba a descubrirme dentro de su propia mente! En concreto, una de las cabezas más fascinantes de la Historia.

Sabía que antes de abandonar a aquella joven, aquella época, tendría que enfrentarme a algo pendiente. Se trataba de una pregunta sencilla de compleja respuesta. Muchos vivos antes que yo y desde la noche de los tiempos también se la habrían formulado de una forma y otra. Entonces decidí no esperar más y hacérmela en ese mismo momento. La respuesta...bien, la respuesta... solo podría atreverme a contestar de forma condicionada:

«Todavía sigues siendo una científica, no lo olvides. Con todo lo que implica eso, ¿CREES EN TODO LO QUE LE TRANSMITISTE A ANASTASIA? Sí, sí: playas griegas, días de vino y rosas en el Más Allá, un universo alternativo de ensueño donde confluya una fracción de la consciencia, o del ser que alguna vez fuimos.... Umh... bueno...no sé... Creo solo en la medida en que pueda existir una EXPLICACIÓN RACIONAL para ello... cosa que no descarto».

Capítulo Décimo
LA MUSA DE ISAAC DE WOOLSTHORPE O LA ENERGÍA INFINITA
(1725)

I

FEBRERO DE 1725. Verano tórrido. Me hallaba dentro de un anciano de ochenta y tres años: larga cabellera de plata, nariz afilada y añiles ojos penetrantes. Descendimos renqueantes por la escalerilla de la enorme nave, en el Aeródromo Azul Omar de Nueva Córdoba, en la parte noroeste de Australis cuyas aguas baña el Índico. El báculo de caoba en el que se apoyaba era en verdad un arma disuasoria destinada a quien osase rebatir sus dogmáticos argumentos; las muescas en el marfil de la empuñadura así lo constataban. De hecho, una de sus frases favoritas era de Calígula, sanguinario líder romano. Por lo atroz, era más propia del emperador que la pronunció o del legendario Carlomagno que de un hombre entregado al conocimiento: «¡Ojalá el pueblo romano tuviera un solo cuello!».

—Sir Isaac de Woolsthorpe, su fama le precede.

El emir de la región de Azulia, el cuarentón Taymullah Yaiza, de mediana estatura, tez cobriza y sonrisa envolvente, estaba dispuesto a agasajar al ilustre invitado sin salirse ni una coma del guión de la tradicional hospitalidad árabe:

—Sea usted bienvenido a nuestro humilde continente.

El octogenario, ya en tierra firme, parafraseó con sarcasmo y pésimos modales a Roger Bacon cuando este arribó a Rügenland cinco siglos atrás.

—Pongo mi pie en esta tierra austral como algún día el ser humano pisará los planetas que orbitan alrededor de distantes estrellas...

Conquistado el satélite terrestre en julio de 1721, las fronteras simbólicas celestes se ensanchaban. Al alto funcionario árabe se le congeló la sonrisa:

—... Decía que pongo mi pie en esta tierra austral, chamuscándome hasta las cejas por este calor asfixiante, con ganas de volver a mi casa de Lincolnshire y de usar allí mi querido retrete de pensar. Pero ya que estoy aquí, me esforzaré en divertirme; ustedes, políticos, informadores, portavoces de la ignorancia y la no-ciencia son para mí un inagotable manantial de regocijo.

Pero todo era una pose. Me arrellané en mi asiento que flotaba a la deriva en su portentosa materia gris, capturando sus más íntimos pensamientos.

«Detrás de su hostilidad ante el mundo, tras su careta, oculta ideas sublimes».

Después de subir al automóvil luminoso que nos conduciría hasta el hotel, sentí que Isaac de Woolsthorpe percibía ese viaje como el más importante, el más decisivo de su existencia. Resguardado del mundo tras los cristales del vehículo, derramó por primera vez en su vida dos lágrimas de emoción. Y lo hizo solo de pensar lo que estaba a punto de revelar al mundo. Lo que él no sabía es que, justo antes de hacerlo, la muerte llamaría a su puerta.

II

A PESAR de la dicha y la emoción, se sentía agotado. Había tenido una vida pitagórica y rectilínea, cuyo mayor riesgo había sido contradecir a Gottfried Wilhelm de Leipzig en sus tesis relativistas. Toda una vida navegando entre polinomios y otras aberraciones diferenciales, pedía a gritos un poco de emoción. Tras haber alcanzado logros teóricos sin paralelo conocido y considerarse a sí mismo una valiosa pieza arqueológica, solo le restaba, disfrutar de la vida «hasta que llegara la incierta opacidad del Más Allá». Después de revelar al orbe lo que tenía en la cabeza, eso sí.

El vehículo serpenteó como pudo, entre el denso tráfico de Nueva Córdoba. El viejo cascarrabias, sabiendo que estaba activado el sistema luminoso anticollisiones, exigió al conductor:

—¡Rápido, más rápido, imbécil!

Al llegar lo comprobé: El hotel *Rashîd al Mahal* era una extraordinaria recreación de un palacio árabe del siglo X. Un bello arco de herradura con esmaltados de ensueño orló nuestra entrada al recinto. Como imaginaba que mi *casero* iba a obviarla, y en un gesto poco habitual en mí, me deslindé de él unos segundos. Acto seguido revoloteé dentro de la cúpula del enorme salón principal con la ilusión de una colegiala. El domo emulaba al de la mezquita de Samarcanda. Magnificando su soberbia concavidad, exhibía imbricadas grecas y jeroglíficas inscripciones, que transportaban a los exóticos cuentos de las *Diez Mil Noches*. Vertiginosas sedas de colores bagdadíes colgaban desde las ocho bóvedas estratosféricas que orbitaban en torno a la cúpula principal. Sándalo, cachemir e incienso sasánida perfumaban el enorme espacio. Alhelíes, azucenas y jazmines brotaban de las acequias de mármoles rosados de Occidente, bruñidas con púrpuras cegadoras de Oriente. Tras mi desliz, descendí hasta los mortales de nuevo y volví a entrar en su preclara mente...

«Podría tratarse de la más rápida y precisa de cuantas he morado: dispone del cerebro más preparado para la matemática que jamás conocí. Se trata de un crisol futurista, mejorado y actualizado, de las escuelas jónica, pitagórica y euclidiana en las que se basaron las enseñanzas de mi padre, Teón».

Durante las semanas que ya llevaba en él había comprobado, y ahora certificado, que aquella eminencia científica era ciega para la belleza arquitectónica, sorda para la música, aunque aficionada a la poesía. Sabía que era absurdo ponerlos en el mismo plano, que su punto débil eran los cálculos algebraicos avanzados, que eran tan diferentes en su genialidad que parecían de mundos distintos... Me estoy refiriendo a «mi» florentino deslumbrante, a mi amor imposible entre los imposibles. ¡Mi enamorado tenía en su cerebro la Luz de todos los dioses del Olimpo!

«¿Dónde estás ahora, Leonardo? Te echo espantosamente de menos. ¿Estás...?»

III

ENTONCES SENTÍ algo extraordinario, que ni siquiera ningún sabio griego soñó codificar y enmarcar dentro de las infinitas situaciones posibles: fue breve como un suspiro, pero lo suficientemente significativo como para percibirlo. Se trató de una ínfima fluctuación kumónica, un latido grave, transdimensional. Parecía proceder del «no-lugar» del que venía la información que, a menudo, obtenía de forma misteriosa.

«¡Oh! ¿Un toque de atención? ¿Un “sí” cósmico desde otra dimensión? ¿¿??»

—De Woolsthorpe —se limitó a bramar el científico a la bella recepcionista, que le tendió la llave-código.

Subimos a la habitación y el anciano se quedó dormido al instante sobre los sedosos almohadones multicolor. Había sido un viaje muy largo, el viaje de su vida. Entonces, todavía desconcertada por la extraña anomalía que percibí, decidí hurgar de nuevo en sus recuerdos. Lo había ya hecho varias veces pero sin fortuna. Era preciso ubicarme para actuar cuando fuera necesario. La labor era compleja pues tenía que navegar por diferentes regiones de su cerebro para ir poco a poco completando el mosaico entre tal cantidad de información.

«Insustancial... superfluo... coyuntural... fragmentario... ¡ajá! ¡Esto es lo que estaba buscando».

Al fin lo vi: paseaba hacía pocos meses por el campus del Trinity College de la Universidad de Cambridge. Comprobé como le bastó un minuto de concentración total para darse cuenta de que todas las teorías cosmológicas anteriores eran erróneas. Ni siquiera la novísima Teoría Galactocéntrica de los hermanos Kepler se aproximaba a la realidad. Lo cierto era que ellos y Galilei habían sentado las bases para algunos de sus descubrimientos.

«Como una cadena de fichas de dominó, muchos físicos e investigadores de todo el orbe podrían poner en marcha el desarrollo de sus diferentes disciplinas a ritmo vertiginoso. La Teoría Física Total anhelada estaría un poco más cerca».

A través de su brutal red neuronal seguí una derivación que partía del recuerdo anterior. Esta me condujo donde yo quería: a alguna de sus conclusiones. Le hubiera encantado revelarlas al mundo desde el atril de la Royal Society de Londinium, de la que era presidente honorario, pero tendría que conformarse con hacerlo allí en Australis. El concepto básico, que flotaba con letras de fuego entre un magma de millones de ecuaciones, era:

«Existe una relación de proporcionalidad entre la energía y la materia».

«¿Ya está? No querido, no te puedes quedar a mitad de camino. Mañana, tendrás una actuación gloriosa pero antes, deja que te explique...»

IV

AL DÍA siguiente, tras doce horas de inconsciencia y varios delirios trigonométricos después, partimos rumbo a la universidad situada en las afueras. Para ello empleamos de nuevo una pequeña nave aérea que evitaría el colapsado centro de Nueva Córdoba. El curioso ingenio de pequeña envergadura se elevó desde la azotea del hotel. Sentí de nuevo, igual que en el transporte que nos llevó a ese continente, una emoción

intensa al comprobar materializados en él...

«... ¡Oh! ¡Los sueños de Mahal, di Firenze y Meshkova, mis amados Ícaros de otros tiempos!»

Desde el aire comprobé que mi genio actual disfrutaba como un niño del periplo, como hace décadas, cuando ya miraba la realidad con sagaces ojos de visionario. No pude por menos que reír, a mi manera, tras comprobar de nuevo el ying y el yang que cohabitaban en él.

—¡Espacio, más espacio, idiota! —ordenó al piloto.

La nave tomó una altura considerable. Divisamos enormes plantaciones de cultivos transgénicos en el horizonte. Supe entonces que Terra Australis había sido el campo de pruebas perfecto para reeditar el actualizado Código Agrícola de Justiniano. Se trataba de un vastísimo territorio formado por llanuras y una meseta baja. Una inmensa cordillera formaba la espina dorsal de Australis, que el ser humano se había encargado de vertebrar, como ya sucediera con Europa, Rugerland y Rusia; redes de canales, cableado, vías férreas y carreteras. El líquido vital, la energía luminosa, modernas locomotoras y automóviles corrían por ellas como la sangre se desplaza por las venas, insuflando vida a la Gran Isla. Los discípulos del Profeta, habían aprovechado la semidesértica topografía de las tierras conquistadas para construir embalses y desaladoras de agua de mar. En teoría el sol iba a servir de fuente energética brillante y limpia. Pero nada soporta intacto la metamorfosis entre concepto y realidad. Al parecer, hubo muchos problemas con las desaladoras: el rendimiento de la energía solar era mínimo y tuvo que cambiarse al clásico de combustión de carbón y al novedoso de los combustibles fósiles, con la consiguiente contaminación ambiental. Además, las máquinas tenían que ser reemplazadas cada quince años y el agua resultante había de mezclarse con dulce para que no quemara las cosechas.

Algo sucedió que disipó de forma brusca mis pesquisas en los recuerdos del físico de Lincolnshire; todo se desbarató de la forma más abrupta dentro de aquella mente portentosa: Sentí de nuevo el Mal... ¡en ese mismo ámbito! Sin más. Por terrible que sonara, ¡acababa de introducirse en el piloto de la pequeña aeronave y le obligó a entrar en barrena!

Nos estrellábamos.

V

WOOLSTHORPE REACCIONÓ con rapidez y comenzó a golpear al aeronauta con la empuñadura de su ajado bastón. Pero era inútil. El manso tripulante se había convertido, de un plumazo, en un endemoniado leviatán inmune a lo humano y a lo divino. Y sonreía.

—¿Quién eres, maldito seas?! —grité, de repente, a través de la boca del científico.

Era la primera vez. Al dotar de tanta fuerza mi interpelación conseguí atravesar la, hasta entonces, impenetrable frontera que separaba nuestros universos. No sé quién estaba más asombrado, pues sentí que los músculos de las facciones del genio se estiraban y contraían hasta adoptar muecas inverosímiles. La sorpresa del anciano llegó a su apoteosis cuando el piloto, o el fante en que se había convertido, contestó:

—Ya sabes quién soy, maldita pagana.

De forma prodigiosa, el anciano se relajó y dijo con serenidad:

—Compruebo que aquí existe una colisión entre diferentes fuerzas del cosmos, para mí totalmente desconocidas. Es inquietante. Lo que sabemos es una gota de agua; lo que ignoramos es el océano.

Sentí desde lo más profundo de su ser que había evaluado en segundos las probabilidades de sobrevivir. A tenor del resultado, había asumido su muerte inminente y su cerebro, por asombroso que pareciera, solo transmitía paz.

«¡Pero no puedes desaparecer todavía! No puedo consentirlo. La información que alberga tu mente es decisiva para la evolución humana.»

El matemático había enterrado las antiguas leyes que regían el movimiento de los cuerpos y había dado a luz la Mecánica Nova unificando teorías existentes y generando otras nuevas. La Mecánica Nova tenía en cuenta sutiles conceptos que escaparían al intelecto de la mayoría de los mortales. Incluso los inmortales dioses griegos necesitarían paciencia, buena voluntad, dedicación y un montón de gráficas para asimilarlos. Debido a sus paranoias frente al plagio, Isaac de Woolsthorpe había destruido todas las copias de sus estudios. Él también era consciente de la pérdida, pero solo le preocupó un momento: «Otros hombres y mujeres redescubrirán en el futuro mi importante hallazgo».

«Pero la humanidad perderá siglos. ¡No! Tengo que evitarlo a toda costa.»

Sentí de nuevo ese dolor, ese aturdimiento al intentar penetrar en la mente que coexistía con el Mal, idéntico al que experimenté con el ser que atacó a la pequeña Anastasia Meshkova en la Kiev del siglo XVII, u otras tantas veces: salí rebotada de forma espectacular mientras la aeronave seguía cayendo. ¿Qué podía hacer? Tenía que evitar la muerte del científico aunque no sabía cómo. Era muy consciente de mis insignificantes posibilidades de éxito: el mayor matemático de todos los tiempos acababa de calcularlas por mí.

VI

AQUEL NEGRO ESPECTRO resurgido en el interior del piloto no parecía tener ningún escrúpulo. Iba a acabar con las vidas del propio infeliz, ahora títere de sus designios, y del científico inglés. Decidí volver a hablar por su boca, arrojando como resultado un escenario con dos almas mortales poseídas por sendos... ¿espíritus?

—¡Déjale vivir, en nombre de tu dios! ¿Quieres seguir vagando por el interregno que constituyen las dimensiones paralelas por toda la eternidad, haciendo el mal? ¿Quieres emular al tenebroso Luzbel, al hijo de la Aurora?

El tiempo, elástico, se contrajo en la boca del anciano: mis frases, sus frases, fueron pronunciadas en décimas de segundo. El límite lo impuso la maquinaria biológica destinada a la fonación de «mi» hombre y de aquel pobre guiñapo. El Mal volvió a hablar a través del piloto:

—¡No menciones al Altísimo, apóstata del demonio! Bastante daño has hecho ya modificando sus designios naturales. ¿Quién eres tú para erigirte como arcángel dorado, mensajera de su sabiduría?

—¿Quién eres tú para transgredir vuestro sagrado Primer Mandamiento para

evitarlo, el que instauró el dios en el que crees?

Woolsthorpe volvía a estar desconcertado al sentir como, de forma involuntaria, emitía sonidos a una velocidad de vértigo; casi la misma con la que nos precipitábamos contra el suelo. Dichos sonidos eran contestados por otros similares por el piloto de la aeronave. Entonces hice hablar de nuevo al anciano:

—Deuteronomio 10:4 y Éxodo 34:28. Ahí está glosado el episodio bíblico en el que tu Yahveh entregó los Mandamientos. Por salvaguardar un supuesto Orden Divino conculcas sus propios principios. ¿Te perdonará tu dios?

—Escupes palabras que no entiendes desde tu agnosticismo recalcitrante. ¿O es que tu mera existencia después de morir ha hecho que te replantees tus creencias?

Mi respuesta en boca del genio parecía haber arañado por primera vez, tímidamente, su espeso blindaje de intolerancia. Seguí en la misma dirección:

—Admito que sobrevivir a la muerte ha socavado mis recelos. Admito que lo sucedido contradice de forma flagrante el «universo único» que teorizaba mi amado Platón. Existe una enorme realidad —o muchas realidades simultáneas— que desconocemos. Pero ello no implica de forma definitiva un dios creador. Dudo, lo cierto es que dudo, y eso en sí mismo es bueno. Permite que la humanidad aúne Conocimiento y Dios: no tengas miedo a la Verdad. Es absurdo pensar que dichas realidades son incompatibles.

El «catalizador semántico» funcionó lo suficiente como para que la entidad titubeara. Tras aquella «conversación» confirmé de una vez por todas lo que era evidente, de quién se trataba. En ese instante, el sabio resucitó de su sorpresa y tiró de los mandos de la nave con fuerza. La máquina voladora realizó una pirueta, un bucle en los cielos, que redujo de forma notable la energía y, por tanto, la virulencia del impacto. En cualquier caso, nos estrellamos.

VII

EN EL AULA MAGNA de la Universidad de Nueva Córdoba no cabía un suspiro más. En el estrado y desde los ojos difusos del ponente divisé a informadores, alumnos, profesores, científicos e investigadores del mundo entero. Todos habían reservado su entrada para escucharlo. Emergí de él con naturalidad y capté el rumor de las ondas de pensamiento del público: en el ambiente, además de mi propia entidad, gravitaba la certeza de que el último gran erudito humano iba a cincelar en aquella conferencia su epílogo científico. A medio metro frente a él comprobé que solo mostraba en su viejo cuerpo algunas magulladuras tras el aparente accidente. En el hospital había agredido sin pestañear al funcionario que le insistió en retrasar el evento. El ying del genio, sin embargo, se reveló al ordenar que enviaran un enorme ramo de flores a la unidad paliativa. Allí yacía el piloto maltrecho de la nave, que se había llevado la peor parte. Su desvanecimiento había sido la causa oficial de accidente. Cielo e infierno. Regresé a la bóveda de los pensamientos del matemático justo antes que dijera:

—Buenas tardes, señoras y caballeros.

Una bella melodía comenzó a escucharse como parte de su puesta en escena. Su acento esmerilado de Cambridge sorprendió frente a la languidez del rostro gastado y el

cansancio terrible que le había generado lo acaecido en los últimos días. Pero el cerebro de Isaac de Woolsthorpe todavía regía con la fuerza suficiente; al menos como para compartir podio con Leonardo y Mahal en una supuesta competición neuronal a lo largo de la Historia. Si alguien me lo hubiera pedido yo misma hubiera podido dar fe de ello.

—Empezaré reconociendo que mi rival, Gottfried Wilhelm de Leipzig, troqueló su nombre en la Historia: lo hizo con su Teoría Relativista, su opera vital. Edmund de Londinium trazó su nombre en el firmamento, al descubrir la coreografía silenciosa de ese enorme pedrusco: el cometa que lleva su nombre y que nos visita cada setenta y seis años. Más puntual que la primavera se convirtió en su magna sinfonía celestial; un poco desafinada, pero celestial al fin y al cabo. Sir Christopher Wren de East Knoyle erigió la catedral de Saint Paul, bellísima rapsodia gótica. Sin embargo, el balance de mi vida, a pesar de mis logros, queda reducido a una serie de pequeñas operetas, unos cuantos melodramas, varios sainetes y algún vodevil, pero ningún descubrimiento definitivo, mayúsculo...

Un grupo de técnicos afinaban sus aparatos registradores para la primera retransmisión visual de imágenes en tiempo real. Se realizaría a través de la Red Mundial, la conexión de todas las máquinas pensantes del orbe. Volviendo al orador, su humildad matizada y retrospectiva estalló como una burbuja, se disolvió como un azucarillo, al completar su oración:

—... ningún logro de importancia capital, salvo glosar la Mecánica Nova, mi *Philosophiae Naturalis Principia Matemática* y lo que hoy les revelaré.

VIII

LAS SOSPECHAS se confirmaron: el octogenario guardaba un golpe de efecto.

—Bien, seguiré con algo ajeno a mi estilo: dando las gracias.

Más de uno enarcó las cejas con incredulidad: ¿una catarsis antes de morir? Su carácter imposible había sido férreo yugo de familia, amigos, prensa y colegas científicos durante toda su vida. Buceando entre sus recuerdos había sabido que, al cumplir los sesenta, en plena Depresión europea, obligó a un colega a comerse —sin previa cocción— un teorema erróneo sobre luminomagnétismo. Esto resume la relación que el científico había tenido con el resto de los seres humanos. Eufemísticamente se podría calificar como de poco fluida. Pero ahora, un desconocido físico, en su crepúsculo vital, daba las gracias poco antes de desvelar algo asombroso que cambiaría la historia de la humanidad. Tras resucitar a todos los matemáticos griegos, continuó:

—Gracias también a los Kepler por empequeñecernos aún más respecto del Todo. La cura de humildad derivada de ello produjo un efecto balsámico, un aliciente para seguir adelante; el ser humano se crece ante la posibilidad científica de acercarse a la nada absoluta. A uno le molesta levantarse una mañana y que le digan que la aplastante rotundidad del infinito le convierte en algo insignificante, etéreo, absurdo, casi en la frontera de la no-existencia; entonces, como digo, ello le conmina a rebelarse... Bien. Pronto viraré hacia derroteros menos filosóficos, que no quiero que se me pierdan.

El público estaba enterrado en un silencio sobrecogedor, solo roto por los lejanos

acordes de la sinfonía «Júpiter» de Johannes Chrysostomus Wolfgangus de Salzburgo. Esto contravenía las minuciosas directrices del científico. Como insinué, era sordo para la música así que su encolerizada expresión resultó tan demoledora que acalló la melodía de forma fulminante.

—Gracias a Galilei por elaborar una teoría que, a nivel macroscópico, es perfecta. ¿Cómo iba a saber él que los pequeños ladrillos de los que está compuesta la materia son rebeldes y les rigen diferentes propiedades físicas? La Mecánica Antigua es virginal, inocente como la sonrisa de un niño. No me malinterpreten. Él consiguió que entendiéramos mejor la realidad. ¿Sabían qué falleció el mismo día que nací yo? ¿Creen ustedes en la trasmigración de las almas? ¿Saben que la Iglesia le ha pedido perdón por excomulgarle sin motivo? La Institución se moderniza incluso admitiendo, a través de un reciente comunicado del Vaticano, la posibilidad de vida extraterrestre.

«¿Dónde está mi enemigo? Cuando no actuó fue porque no pudo, no porque no quiso. Tras nuestra insólita conversación... ¿algo habrá cambiado? No me fío. En menos de un segundo podría poseer a alguno de los presentes y acallar al genio de un plumazo. O interactuar de nuevo con la materia recién citada y....»

IX

EN ESE MOMENTO noté que algunos periodistas y pensadores más avezados temieron que la conferencia fuera, a la postre, insustancial, sin ninguna idea de fondo novedosa. El discurso, hasta el momento, parecía previsible salvo por su sesgo generoso. ¿Se desnudaría el científico inglés? Pronto lo comprobarían.

—Gracias a la legión de científicos que ahondaron en lo más pequeño. Al árabe Badawi, que nos mostró que la materia emite o absorbe energía en unidades pequeñas y concretas, llamadas «kumons». La constante universal de Badawi nos sirvió para conocer la energía de cada «kumon», en virtud de la frecuencia de la radiación. La Mecánica Antigua de Galilei se le quedó pequeña para explicar el fenómeno y Badawi murió desesperado, intentando entender. Pero sentó las bases para la moderna Mecánica Nova, enmarcada en la Física Kumónica-Relativista actual.

Los organizadores del evento se miraron con inquietud. Empezaba a suceder lo que habían temido; el discurso empezaba a tecnificarse de forma peligrosa con riesgo de convertirse en un galimatías ininteligible. Hacía tiempo que aprendí a teledirigir de forma precisa mi lectura de mentes, así que usé tal facultad emitiendo un vector a cuarenta metros. Allí, apoyado en la pared opuesta del Aula Magna, el sudoroso director de la universidad temblaba pensando... «pero, ¿quién es el guapo que se atreve a interrumpirle? Armado con su báculo el jodido viejo podría forzarme a ingerir sin alinear todos los postulados de Badawi, sus demostraciones algorítmicas, los borradores y hasta su birrete honorífico de la vitrina»

—Anastasia Meshkova nos enseñó a volar, ¿pero a qué coste? Para la Gran Guerra Europea se desarrollaron los nuevos motores de combustible fósiles, mucho más potentes que las antiguallas de vapor baconianas. La industria aeronáutica dio un paso de gigante gracias al conflicto. Además, y en perfecta simbiosis con dicha industria, se desarrollaron

las primeras Máquinas Pensantes Luminosas para el cálculo de las trayectorias balísticas. Después se usaron para trazar el itinerario de un proyectil tripulado que alunizó con suavidad sobre nuestro satélite. La navegación aérea moderna y la odisea selenita de China se basan en los motores de combustión. ¿Es que solo yo veo el peligro que gravita sobre todos nosotros si basamos nuestra industria, nuestro desarrollo, en dichos combustibles fósiles? En esa dirección, en poco tiempo la economía mundial terminaría en estado comatoso. Una Segunda Depresión haría replantearse al planeta entero los cimientos del sistema capitalista de canje de bienes y servicios, basado en el oro y en el petróleo.

«Hypatia, se acerca un momento muy especial. Su idea provocará el humano rechazo al cambio. Resta poco para que sus razonamientos desemboquen en algo que te atañe directamente. A lo largo de tu formidable viaje desde el siglo quinto, nadie lo ha conseguido, pero él sí. Admítelo ya: él te ha descubierto».

X

EN ESE MOMENTO un alumno se acercó por sorpresa al estrado. Cual presto centinela traté de leer su mente. Pero ante mi asombro... ¡no pude!

«¿Otra vez él? Ummh, esta vez es distinto. No capto hostilidad alguna, qué extraño. ¿Es ese chico un individuo “diferente” que tiene de algún modo inhabilitadas las potenciales incursiones telepáticas en su mente? ¿Podría haberle “poseído” otra entidad alternativa, al margen de una servidora y del recalitrante espíritu maligno? ¿Es posible que otros “resucitados” estuvieran acompañándome también en mi Misión de empujar a la humanidad hacia un futuro luminoso? Demasiadas preguntas, ninguna respuesta. Parafraseando a mi casero actual, lo que conocemos es una gota en medio de un infinito océano cósmico misterioso. Bien, veamos ahora sus intenciones».

El extraño alumno, cuando fue bloqueado por los guardias de seguridad se mostró sereno. Woolsthorpe mostró la engañosa condescendencia del emperador romano que le hubiera gustado ser, quizás para luego echar al alumno audaz a los leones.

—¡Déjenle hablar, estúpidos!

El opaco individuo perpetró una pregunta, aun a riesgo de no pisar jamás el Edén de la Mecánica Nova, que sin duda regiría el científico cuando muriera. A pesar de su juventud lucía visibles entradas en su cabello oscuro, nariz más ancha de lo normal. Dicha prominencia, su penetrante mirada verde y unos labios firmes avanzaban lo rotundo de sus convicciones. Presentí que aquel mozarrón —poseído o no— había venido al mundo para realizar grandes gestas.

—Mi nombre es Benjamín de Boston, y he cruzado medio planeta para escucharle. Sin embargo, no quisiera desbaratar el castillo de naipes sobre el que pretende organizar su siguiente argumentación. O sí —el físico aguardó paciente la exhibición de testosterona del joven, tamborileando con los dedos sobre el atril—. ¿Por qué tacha de peligrosa la fuente de energía que nos ha llevado a la Luna y nos facilita la vida... —el genio no le dejó terminar.

—...¿*Quid prodest?*

—¿Cómo? —En su aparente desconcierto pude vislumbrar en el chico una pose,

como si siguiera un guión preestablecido.

—¿A quién beneficia? A los países que albergan en sus entrañas el preciado líquido. El detalle es esencial. Depender de los combustibles fósiles provocaría, a medio plazo..., «un desequilibrio mundial de grandes proporciones. Países ricos y pobres. Guerras en pos del oscuro engrudo».

La información me llegó por anticipado, como siempre, salvo que en esta ocasión y por primera vez tuve clara la fuente: ¡¡EL MISMO ALUMNO ENIGMÁTICO QUE FORMULÓ LA PREGUNTA!! Al parecer y de forma nada casual, había abierto la «espita» de la comunicación telepática. ¿Qué diablos estaba sucediendo? ¿Quién era ese chico?

XI

—... UN DESEQUILIBRIO mundial de grandes proporciones. Países ricos y pobres. Guerras en pos del oscuro engrudo —repitió el anciano sin sospechar en modo alguno lo que había sucedido: algo o alguien le había dictado esas palabras. Luego añadió de su propia cosecha—: No pensaba profundizar en todo esto pero lo haré. Quizás ayude a que asimilen menos refractariamente lo que estoy a punto de desvelarles, con menos estupidez fruto del pánico colectivo a lo nuevo. Sabemos que al petróleo se le pueden dar mil usos industriales no energéticos: abonos químicos, insecticidas, cremas de belleza, ceras, asfaltos, parafina, barnices y un largo etcétera. Pero si lo usamos de combustible para nuestras máquinas e industrias los habitantes de los países menos favorecidos podrían ser capaces de cualquier cosa debido a la desesperación. Los países ricos tampoco pestañearían en hacer lo que fuera para seguirlo siendo. ¡El factor tierra como desencadenante bélico adquiriría una nueva dimensión! Creo que este argumento es definitivo para enterrar lo que nunca debió ser desenterrado. Ni será necesario sacar de su estuche las evidencias ecológicas, la terrorífica contaminación que la quema de combustibles fósiles generará a largo plazo. Un día, nuestra atmósfera diría «basta» hecha jirones. Tampoco desdeñemos las consecuencias nefastas que esto tendría en la economía mundial. ¿Y por qué les cuento todo esto? Pronto lo entenderán —noté entonces que el público se sintió agradecido aunque preocupado por la explicación. El prestigioso científico se remangó y miró de forma directa al registrador de imágenes. Este transportaría, casi por arte de magia, su imagen, su voz, sus profundísimos ojos celestes y lo que tras ellos se escondía, a todo el planeta—: Señoras, caballeros: quiero informarles que creo haber resuelto uno de los grandes problemas de la física teórica. Y si lo he hecho ha sido porque me he alzado a hombros de gigantes.

Un profundo silencio siguió a sus palabras. Era el momento:

La energía es la materia

la materia es energía.

Es eterna, no porfía.

Invencible, nunca cede.
No se rinde al firmamento.
Infinita y poderosa
dulce rosa y su sarmiento
bella flor que jamás muere.
Entretelas de estos cielos
talismán de mil deidades
estructura de su Hades
armazón de fuertes fierros.

Tras sus inesperados octosílabos todos quedaron, quedamos –yo también–, atónitos. En mi caso, por la poética forma en que había decidido revelar su descubrimiento. El público, por el mensaje que escondía la trastienda de sus versos. Volvió a la prosa para añadir:

—Bien. También les he reunido hoy aquí, poco antes de convertirme en la misma materia de la que están hechas las estrellas, para hacerles un anuncio adicional que ni yo tenía previsto cuando llegué a Australis: desde hoy mismo ya sé cómo obtienen dichas estrellas la energía para existir como tales. Desde hoy mismo ya sé cómo obtienen esos astros la energía para iluminar nuestros logros y nuestros abusos, para calentar nuestras insulsas existencias. Hablo de una energía infinita...

XII

—REVELADO EL HALLAZGO, ahora ejerceré de abogado del diablo. Quiero poner de relieve que extrapolar dicha técnica para nuestro beneficio será muy complejo desde el punto de vista técnico. Preveo que al comienzo será tal el despliegue de medios técnicos requerido ¡que el proceso consumirá más energía que la que genere! Quizá tardemos siglos, pero algún día podremos reproducir las condiciones para obtener energía limpia, barata, muy poderosa y, ¡por Dios!, universal e ilimitada.

Los asistentes se removieron en sus asientos con incredulidad, con estupor. Desde Leonardo *di Firenze* y su energía luminosa, nunca se escuchó nada parecido. El científico parecía querer hacer tabla rasa con la física actual y ¡vaya si lo había logrado! Aquel

anuncio colmaba las expectativas de sus colegas y de la comunidad científica internacional: ¡una fuente de energía eterna! Sin embargo, lo mejor estaba por llegar, sobre todo para el público que, sumando los televidentes..., era el mundo entero.

«Lo mejor está por llegar, para todos..., pero no para mí».

Entonces un colaborador le pasó una nota: el piloto de la malograda aeronave acababa de morir. Además de dolor sintió el peso del azar, pues sabía que su supervivencia y, por tanto, su presencia en aquella conferencia, había sido cuestión de cara o cruz, babor o estribor. «¿Juega Dios a los dados...?». El matemático se apiadó de su alma, se sobrepuso en pocos segundos, arrugó la nota e hizo algo que ni yo tenía previsto. El muy ladino había dejado en un segundo plano su «conspiración»: había dotado a sus pensamientos de escasa intensidad para que ni yo misma los detectase.

—Cabe concluir mi discurso con una revelación que no será científica, sino vital y honorífica. No sería justo atribuirme los laureles sin reconocer de forma pública a mi Musa. Esta última noche, una sirena me susurró al oído uno de los mecanismos del cosmos. El resultado fue, no el mitológico de estrellar mi navío contra las rocas, sino hacerlo contra la Verdad. Y me refiero a una ayuda explícita y no a través de su legado —la melancolía se dibujó en su rostro cuando agregó para sí—: «El encuentro fue breve pero creo que echaré de menos nuestras disquisiciones metafísicas hasta el fin de mis días».

«¡Es asombroso! Percibo con claridad que este hombre tan sorprendente siente por mí lo que yo por Leonardo di Firenze. En nuestro encuentro onírico ha ocultado de forma tan sutil sus sentimientos que no he sospechado nada».

La mirada de millones de espectadores permanecía clavada en el genio. ¿Una fémina? El giro inesperado del discurso sorprendió a todos contrapié. Hasta donde se sabía ninguna mujer, tal como sucediera con Leonardo di Firenze y con Rashîd al Mahal, había cruzado de forma nítida la trayectoria vital del físico. ¿A quién se refería?

XIII

«¡NO, NO lo hagas, no!»

Pero era demasiado tarde:

—Gracias, dulce ninfa con aroma a violetas, gracias a mi musa celestial, gracias...
¡Hypatia de Alejandría!

Durante medio minuto nadie movió un músculo. Nadie habló. Fue de nuevo el alumno enigmático, Benjamín de Boston, el único que pudo articular algo coherente:

—¿Cómo? ¿Hypatia de Alejandría? ¿La erudita neoplatónica que murió despedazada a manos de una multitud enloquecida, en la antigua colonia Romana? Le parecerá una tontería, señor, un detalle nimio, pero aquella mujer murió hace más de mil trescientos años.

«Ahora entiendo su juego. Mediante el diálogo socrático el chico, o su “voz interior” pretenden ayudarlo: redondear su discurso, no permitir que quede un cabo suelto que le reste legitimidad. Isaac de Woolsthorpe es brillante pero no puede adoptar una metaperspectiva que contemple todos esos pequeños aspectos. A veces el devenir de la historia camina por el filo. A veces un solo individuo es capaz de modificar su curso, para

bien o para mal. A veces una sola frase puede modificar el rumbo de los acontecimientos. Si el senil científico genio no realiza una aclaración aquí y ahora muchos pensarán en serios problemas de riego en su mente, acentuados por la ígnea canícula...»

Entonces Isaac de Woolsthorpe habló. El comienzo de su respuesta no dejó a nadie indiferente. A pesar de la asombrosa y turbadora revelación conseguiría algo que no había pretendido: recuperar su solvencia intelectual de la que muchos habían dudado, su credibilidad. Aquella mente volvería a resplandecer con luz propia.

A punto de abandonar aquel tiempo sentí que la siguiente sería una de las últimas estaciones de mi luminosa singladura. Era el momento de cerrar todos los interrogantes. Esperé que hablara para, justo a continuación... ¡huir de forma despavorida hacia el futuro!

—¿Muerta? ¿Hypatia de Alejandría? No... no exactamente. Déjenme que les explique...

Capítulo Undécimo
ALBERTO E HYPATIA Y LAS PARTÍCULAS DE DIOS O EL MUNDO
DEL FUTURO (1908)

I 20:36

—LO SIENTO, señor, no pudimos detenerlo. El satélite artificial *Benjamín de Boston* disparó la carga termoinfinita contra el bólido que se acerca de forma peligrosa a la Tierra. Sin embargo...

«¡Vaya forma de aterrizar en este tiempo! Retrocederé media hora...»

Durante esos minutos comprobé como Alberto de Ulm, antes de que su subordinado pronunciara estas palabras, había vagado nervioso entre las callejuelas del corazón histórico de Zurich. Todo vestigio tecnológico había sido velado para que la arquitectura de la ciudad hablara sin palabras de un pasado memorable. Verifiqué que el físico prusiano tenía veintinueve años y dificultad a la hora de expresarse. Además, lucía un bigotillo asimétrico en sus bonachonas facciones, casi fofas, y un singular peinado alborotado que le hacía parecer siempre recién salido de un túnel de viento. Y una curiosidad: noté que su cerebro consumía más energía de lo normal. Había decidido caminar para oxigenar sus ideas, pero su torpeza física le hizo desorientarse un par de veces. Supe que en ocasiones erraba despistado por media Europa; vestigios de la dislexia que hasta los siete años le había hecho repetir conceptos y frases ahora confundían a los instrumentos de las naves que lo teletransportaban a destinos absurdos. Pero Ulm vivía en una «aldea global» y cualquier coordenada, gracias a la tecnología, siempre estaba a un pensamiento de distancia de su hogar. En un tirabuzón de calles, unos admiradores le habían asaltado:

—Discúlpenos, hemos escrito un ensayo. Sería un honor que usted...

—Si yo solo soy un humilde físico kumónico —replicó, sorprendido y mofletudo, al mirar de reojo la cubierta del tomo que le tendían—. Aquí leo «ESCEPTICISMO O FE: ¿PERO HAY ALGUIEN ALLÁ AFUERA?». Curioso. El ser humano encuentra a Dios detrás de cada puerta que la ciencia logra abrir.

—Sí señor. Al final admitimos que ciencia y religión siempre convergen. A Carl Gustav de Kesswil y a James Augustine de Rathgar, por favor.

—Pues entonces nos veremos de nuevo allí, en la encrucijada —remató Alberto de Ulm autografiando el libro. Tras el encuentro apretó el paso, inquieto, ¿intentando escapar de su sino? Había llegado la hora de enfrentarse a la realidad: para empezar, le preocupaba un tema no menor cuando llegó al despacho en la Universidad de Zurich. Los sensores detectaron de forma automática su longitud de onda y frecuencia cerebral, identificándole y activando la Máquina Pensante. Justo al entrar escuchó el pitido: una llamada en tiempo real que no traía buenas noticias. Volvía a encontrarme en el instante preciso en el que llegué.

II 20:36

—LO SIENTO, señor, no pudimos detenerlo. El satélite artificial *Benjamín de Boston* disparó la carga termoinfinita contra el bólido que se acerca de forma peligrosa a la Tierra. Sin embargo este continuó su letal trayectoria, inmune a los proyectiles. La colisión se calcula para las 01:17 horas del 30 de junio.

—De hoy.

—De esta madrugada, señor.

«*Bien, Hypatia, que no cunda el pánico. Ubícate primero espacio-temporalmente.*»

Preocupada por lo que se cernía sobre el planeta conocí, sin embargo, que había coronado mi gesta en una época deslumbrante. Milenios de sangre y fuego habían forjado un retablo histórico preciosista enmarcado por un dosel protector: el progreso humano. Las ruedas del tiempo que impelían la nave dorada de Cronos elevaron a los seres humanos a cotas superlativas: habían conseguido dominar la materia conquistando, además, los mundos cercanos a la Tierra. La Energía Infinita de Woolsthorpe trajo aparejada una explosión de progreso material sin precedentes.

«*¡Tras el sufrimiento de treinta mil generaciones, nadie volverá a pasar hambre!*»

TRIUNFO memorable de la humanidad, sin paliativos, con mayúsculas. Además, los seres humanos comenzaban a teletransportar materia inorgánica, comunicarse con delfines, cefalópodos y primates, fabricar humanoides inteligentes, prever y modificar el clima con precisión, avanzar a pasos de gigante en el conocimiento de su propio cerebro, generar universos virtuales paralelos, conquistar los fondos oceánicos, amplificar sus sentidos y capacidades gracias a la tecnología, resucitar seres extintos, criogenizar sus cuerpos para la colonización planetaria y vencer, por fin, las últimas batallas contra la enfermedad. La humanidad ya podía rozar la inmortalidad con la punta de los dedos. Sin embargo su penetración en la realidad todavía distaba mucho del *Nous* platónico, del conocimiento máximo y absoluto. Al menos sentí que se hallaban en la senda correcta para alcanzarlo.

«*Resuelto lo material, al ser humano le queda pendiente descifrar con certeza el ámbito espiritual: ¿existe Dios? Asimismo, resta alcanzar el conocimiento racional del universo, la Teoría Científica Global. Fe versus razón ó fe y razón.*»

Sabía que estaba más cerca de las respuestas que nunca: el Oráculo de Delfos de ese tiempo se llamaba Física Avanzada. Para desmadejar, de una vez por todas, la compleja urdimbre de la realidad había penetrado en un ser humano clave. Con permiso de mi amado Leonardo y de mis impresionantes paladines de la Historia, Justiniano, Beda, Alcuino, Carlomagno, Heristal, Sheng, Mahal, Bacon, Omar, Meshkova y Woolsthorpe... ¡rompía todos los moldes! Disponía en su cabeza del trocito de materia más intuitivo de la creación aunque también, por qué no decirlo, uno de los más desnortados. Ulm.

III 20:37

—...EL COMETA acusó menos el impacto del misil que lo haría un colibrí al chocar contra el transoceánico *Titánic*, cuando salga de los astilleros de Belfast.

Alberto de Ulm se encogió aterrorizado en el asiento de su cátedra de Física Kumónica de la Universidad de Zurich. Después hizo ademán de cortar la transmisión con el pensamiento. Sin embargo, antes de subrayar la palabra clave de confirmación –que vi flotando con letras de molde en el centro de su mente–, formuló una pregunta. Se dirigía al militar de alto rango que se dibujaba en formato de imagen tridimensional:

—Es evidente que no hay tiempo para avisar a la población...ni a nadie. El secreto se mantendrá hasta el final. ¿Caerá en zona poblada?

—No lo sabemos todavía, estamos haciendo los cálculos, pues su trayectoria es endiabladamente anómala.

—Como bien sabe ahora tengo que dejarle.

—Lo sé. Todo el orbe lo sabe. Le deseo suerte con el Gran Experimento.

—Si ese pedrusco cae donde no debe, nada importará nada: «después de todo, todo habrá sido nada, a pesar de que un día lo fue todo».

«¿Será el golpe final que maquina mi enemigo? Tras el devenir de los milenios, ¿dominará la energía y la materia hasta el punto de desviar un cometa para que colisione contra la Tierra? ¿Hasta dónde llegará su falta de escrúpulos?».

Como siempre, muchas preguntas, ninguna respuesta. Me faltaban datos para confirmar este extremo. En cualquier caso, el planeta estaba en peligro... ¡y yo también! Lo supe en ese momento. Ahondé en la mente del genio y descubrí con claridad, y casi por sorpresa, el motivo de sus desvelos: el misterioso experimento al que había aludido el general, ya ocupaba buena parte de sus pliegues mentales. ¿De qué se trataba? Ajá. ¡Increíble! Pude extraer, como adelanto, una frase de sus virtuosos senderos neuronales: «Esto nos abre una puerta a una dimensión desconocida. Estamos haciendo algo nunca antes realizado; es el límite de la tecnología que existe hoy en día». Tan inquietante afirmación la había pronunciado otro prestigioso físico al saber del ensayo que estaba a punto de consumarse en Zurich.

Había llegado el momento. Tras recoger unas notas escritas en antiguo papel, Ulm pensó: «Volver al Instituto Tecnológico». «Confirmar». Entonces, el sillón ergonómico gravitó hasta amoldarse a una pequeña aeronave de transporte que le llevaría a su destino en ocho minutos. El Instituto Tecnológico Federal Prusiano acogía una investigación inédita en los anales de la ciencia. El hombre dentro del cual yo *habitaba* dirigía quizá el más fabuloso ensayo científico jamás desarrollado: el Gran Experimento. ¿En qué consistía? Le leí. El planteamiento parecía sencillo: capturar dentro de un acelerador de partículas al espectro de lo que una vez fue Hypatia de Alejandría.

Capturarme.

IV 20:45

DURANTE EL TRAYECTO supe que el lugar físico donde yo moraba –su cerebro deslumbrante– sería lobotomizado y estudiado por científicos de todo el orbe. Con lógica

reticencia, firmó la autorización hacía pocos días. Antes tendrían que retirarle su implante amplificador de ondas luminomagnéticas, mi actual y cibernético «compañero de habitación». Confiaba en que «al menos tengan el detalle de esperar a mi muerte natural antes de proceder con la carnicería».

A través de sus ojos vi en una pantalla de la aeronave a una mujer que informaba sobre los últimos descubrimientos científicos: «El telescopio espacial Teón ha determinado con exactitud la órbita de los planetas noveno y décimo del Sistema Solar: el dual Jano-Vesta, y el remoto Sedna». Ninguna alusión al cometa.

«¡Diez planetas, frente a los seis que conocimos los griegos! ¡Mi amado padre, mil quinientos años después, sigue mirando al cielo con ojos escrutadores!»

Cuando ya divisábamos en la lejanía lo que debía ser el enorme complejo científico, la misma presentadora subrayó que... «por quinto año consecutivo el dominio hegemónico de Chinindia no tiene rival entre las economías más desarrolladas del globo».

Nadie podía negar la evidencia: Chinindia, se había erigido en el Imperio. El grado de desarrollo de una civilización se mide por su consumo energético... y por el número de psiquiatras por habitante. Supe que en ambos aspectos Chinindia ganaba por muchos cuerpos de ventaja. La singular sociedad rügerliana se había devorado a sí misma en antropófago ejercicio. Quemó sola sus naves y murió de autocomplacencia. Al margen del rancio anti-rügerlandismo imperante se podía decir que su legado fueron relevantes avances tecnológicos y científicos, un modelo de sólida democracia exportado al resto del mundo, una Edad de Oro cinematográfica irrepetible, una pléyade de creativos que marcaron las vanguardias mundiales durante siglos, un molde multiétnico copiado en Europa y Australis, docenas de escritores y músicos gloriosos y, por último, ciertas hortalizas autóctonas. No era poco. En el momento de aterrizar y tras la información asimilada lo deduje: China e India, sin grandes aspavientos políticos, habían ido recorriendo el lento y tortuoso camino desde un comunismo y socialismo centenarios, hasta una economía de mercado arrolladora y, en la actualidad, hegemónica.

A través de Ulm contemplé asombrada el laboratorio de Física más grande del mundo. Los científicos habían avanzado de forma espectacular en el conocimiento del universo, de lo más grande y de lo más pequeño, gracias al Ciclópeo Colisionador de Partículas. Llevaba medio siglo en funcionamiento, su detector medía casi cincuenta metros de longitud, pesaba setecientas toneladas y estaba dotado de más de cien millones de captosres de partículas.

«Esta es la máquina con la que piensan cazarme. Y pensar que he venido yo solita hasta ella. ¿No estaré subestimando su poder o sobreestimando el mío?»

V 20:49

LA COMPARACIÓN fue inevitable: el cíclope de mi época, el faro de Alejandría, también fue la obra de ingeniería más avanzada de su tiempo. Iluminó a la civilización con su luz, que podía verse incluso al otro lado del Mediterráneo.

«Alumbraría incluso después de su destrucción por lo que escondía: las copias de los pergaminos de la Gran Biblioteca».

Muy preocupada por la aproximación a la Tierra de ese cuerpo celeste aniquilador emergí de Ulm y me dispuse a investigar. Comprobé que la colosal artillería para atrapar me era la mejor: el cerebro artificial que todo lo gobernará se trata de una Máquina Pensante Universal dotada de arquitectura kumónica. Por supuesto, estaba en permanente conexión con las más potentes del orbe y con la Red Cósmica, procesando en paralelo. Como venía haciendo desde tiempos de Teodora de Bizancio fui leyendo uno a uno las mentes de los integrantes del equipo. Lo hice desde dentro y de ese modo fui completando el mosaico. Los científicos intentarían algo inédito: traspasar la –hasta entonces– impermeable membrana entre dos universos a través de un rayo kumónico de formidable potencia.

«No andaba muy descaminada en la comparación: dicho rayo hará las veces de faro, de emisor de señales en la bruma de la otra realidad donde Hypatia de Alejandría se halla cautiva. El rayo, en teoría, ... me atraería».

Detectores antimateria de ondas luminomagnéticas y de plasma, espectrómetros de todo tipo; dosímetros, fotomultiplicadores, cámaras de niebla, contadores de escintilación, detectores de rayos cósmicos, sensores de datación por trazas de fisión, hidratación de obsidiana, radiométricos y por termoluminiscencia; escáneres tetradimensionales de cristales de carbono y otras lindezas tecnológicas eran algunos de los «sentidos de la bestia». Los científicos estaban muy confiados; ya habían conseguido capturar partículas neutrónicas con una tecnología similar. Dichas partículas eran tan insignificantes e huidizas, que se precisaría un bloque macizo de bismuto de dos años-luz de espesor para detener su avance. Además de todo esto, un ejército de prestigiosos físicos, insignes matemáticos, rigurosos historiadores y, –en contra de la opinión de los puristas baconianos–, miríadas de expertos paranormales, formaban un equipo sin par conocido. Por primera vez y a mi pesar, iba a ser testigo de un acontecimiento histórico conmigo de protagonista.

«Lo importante no puede distraerme de lo urgente... ¡el cometa! Si mi contrario ha sido capaz de desviarlo... ¿no podría hacer yo lo propio? Precisaría gran cantidad de energía. Mmmh... Lo cierto es que no puedo imaginar un lugar más adecuado que este para comenzar a obtenerla. Vas a tener que aplicar todo lo que has aprendido».

VI 20:54

DE NUEVO aquella periodista en una de las pantallas del Centro. El resumen que estaba haciendo a los espectadores me valdría a mí también:

«...El Ciclopeo Colisionador de Partículas o CCP ha marcado un hito en la historia de la ciencia. Los labrados resultados que arrojaron la colisión de los “ladrillitos” que componían los átomos fueron sorprendentes: se comprendió la asimetría entre antimateria y materia. Se descubrió la apodada “Partícula de Dios” certificando a las teorías de Galilei y Woolsthorp. Esto nos acercó a la Teoría Global que soñaron filósofos y científicos de todos los tiempos. La estructura última de la materia se ha ido decodificado ante nuestros ojos. Conocer mejor lo más pequeño nos acercó a entender lo más grande. Sin embargo, todavía quedan muchos interrogantes: buena parte de las decenas de

petabytes de información obtenida aún se está intentando interpretar. Por asombroso que les suene a ustedes... ¡sigue siendo de origen totalmente desconocido el 97% de lo que llena el Cosmos y que le confiere coherencia gravitacional! Hablo de las denominadas por los científicos "Energía y Materia Misteriosas". Quizás esto apunte a que vivimos en un universo multidimensional, aunque, tras entrevistar a decenas de físicos me da la impresión que no se tiene ni la más remota idea de su opaca naturaleza».

—Es la hora —indicó a los coordinadores el hombre dentro del cual me volvía a encontrar.

Nada más volver a él sentí su inquietud, sus dudas, su desconcierto. «¿Debo abortar el Gran Experimento? Aunque conociéramos la trayectoria definitiva del cometa y esta fuera letal ya nada se podría hacer. Quiero pensar que existe un elevado número de posibilidades de que mengüe al atravesar la atmósfera y caiga en una zona despoblada pero...». Tuve claro que esperaba ansioso una llamada.

«¿Quién te dice que el azar es el único factor que gobierna su rumbo...? Supongo que... ¿puedes oírme? ¡Contéstame!: pestañeo simple SÍ, doble NO».

Una vez más, mi asignatura pendiente en esta neoconsciencia, comunicarme con los humanos en los que moraba, volvió a frustrarme. Después de comprobar que la máquina había alcanzado la temperatura adecuada:

—Es el momento. ¡Activen... activen los generadores y proyecten el rayo, el rayo... kumónico transdimensional —ordenó con voz suave, adoptando un rol —el de director del proyecto— que no casaba en absoluto con su personalidad retraída e insegura. En ese momento detecté con claridad un trasiego de energía brutal a través del fuselaje circular del ingenio. Sin dudar, me deslindé del científico y gravité por el laboratorio hasta detectar su fuente.

«Aquí y ahora vas a aplicar lo aprendido en los últimos centenares de años. ¡Cuidado! No dosificar el caudal entrante podría suponer tu definitivo final. ¡Y ahora bebe de ese fluido que te hará poderosa!»

VII 21:01

—¿QUÉ HA SUCEDIDO? —preguntó un desconcertado Alberto de Ulm a Rutherford de Brightwater, su brazo derecho y coordinador del proyecto.

—No lo sabemos. La fuente principal ha fallado por primera vez, desde que fue construido el CCP. Lo ha hecho durante 2,63 segundos, pero los generadores auxiliares han entrado en acción correctamente en tiempo y forma.

—¿Fugas del helio líquido de los imanes superconductores?

—No señor.

—Bien, entonces seguimos adelante.

Robustecida por esa primera capa energética, absorbí en una segunda fase la desprendida de las colisiones de partículas del propio acelerador, una vez reactivado. Esta acción no afectaría en modo alguno a su funcionamiento y tan solo supondría un quebradero de cabeza irresoluble para el becario que analizara con posterioridad los datos. Ya me sentía más fuerte. Sin embargo, si quería tener alguna oportunidad, necesitaba

mucha más energía. Entonces me elevé como había hecho otras veces viendo empequeñecer al laboratorio, a Zurich, a Suiza, a Europa y a la Tierra. Luego, ya blindada, me atreví a asimilar más energía todavía de las diferentes fuentes de rayos gamma que encontré a mi paso. Para finalizar y encarar mi misión, me aproximé a una poderosa supernova. Esta desprendía una cantidad fabulosa de rayos cósmicos, cuyo rastro había seguido desde el propio CCP. Después de nutrirme de centenares de exaelectronvoltios y regresar al Sistema Sol me dirigí resoluta hacia el cometa que amenazaba la Tierra. Por primera vez, conseguí bilocarme, estar en dos lugares a la vez, allí y en el laboratorio. En el primero ACTUARÍA, en el segundo me dedicaría de momento a observar.

Las larguísimas y tediosas esperas en aquella sala minimalista, cuajada de instrumentos inscritos en las paredes, aproximaron de forma subjetiva a todos un poco al concepto de eternidad. Sin rozarlo, claro. Aquellos hombres y mujeres esperaron y esperaron al espectro de Hypatia de Alejandría hasta que se les olvidó el color de sus ojos, el nombre de sus cónyuges, la época en la que les había tocado vivir. Las grandilocuentes invocaciones de los *médiums* y demás expertos paranormales, las llamadas al «mundo de ultratumba» no encontraron ninguna respuesta. Las gráficas de los instrumentos permanecieron planas sin elevarse ni un milímetro respecto de su posición inicial: nada.

—¿Qué esperaban? —preguntó la investigadora Marie Sklodowska de Varsovia, rompiendo el tenso silencio. Supe que la célebre físico y su marido habían advertido que el proyecto era absurdo, «fruto de la embriaguez de un cónclave de grotescos agitamatraces», aunque aceptaron participar a regañadientes—. ¿Qué esperaban? ¿Que el fantasma de aquella erudita se meta en una jaula, cual cobaya, con el reclamo de un trozo de queso? No sean estúpidos: si ella rondara por aquí tendríamos más posibilidades con la lírica que con la tecnología —y tras afinar su voz intentó demostrarlo:

VIII 00:33

HYPATIA LA ALEJANDRINA

ven aquí, ríe o llora

de tus mazmorras, señora

inmaterial golondrina

deslumbra cual reina mora.

Oh, Energía Misteriosa

entre cosmos atrapada

ven esta noche estrellada

asoma a tu balconada

cual inmortal mariposa.

de violetas impregnada.

Reconozco que sus ajustadas rimas casi me embaucaron. Ulm miró a la poetisa, pero permaneció en silencio, imaginando los problemas que se cernían sobre el equipo. Sentí en él una amalgama de siniestras emociones que oscilaban desde el «estrepitoso fracaso, malversación del erario público o quizás, simplemente, estamos intentando una majadería supina, como advirtió mi querida Marie». Todo ese elenco de desagradables consecuencias por el fallido intento bombardeaba su cabeza. Se había destapado el tarro del análisis y del debate técnico. Mientras, el físico prusiano se sumergía en un estado de ansiedad; no hacía otra cosa que mirar su antiguo reloj de pulsera. Alguien que gritó con vehemencia le sobresaltó:

—¡El legendario precursor de la imprenta, Ho Sheng, la vio! —Se trataba de Yu Zhuangzi, catedrático emérito de Historia Antigua de la Universidad de Manchuria. El hombre se acariciaba el implante de su hipocampo, en la base de la nuca. Era como si, de forma inconsciente, quisiera estimular el *chip* de silicona para que le suministrara la información que ahora desvelaba a sus colegas—. Esto acaeció en mi país, pero me consta que en Europa, Alcuino de York, la esposa de Carlomagno, Liutgarda de Alemania, o el monje benedictino Beda el Venerable contemplaron también a la enigmática dama de Alejandría. Así se desprende de ciertos legajos, de algunas notas que escribieron todos ellos antes de morir.

Admito que tras sus palabras me sentí desnuda, expuesta, vulnerable. Acurrucada en los pliegues del espacio/tiempo, prisionera en las mazmorras de esta realidad, no solo había sorteado a la muerte sino también a los seres humanos, o eso creía hasta entonces. Sabía que tarde o temprano caería el blindaje y la humanidad me descubriría. Tras milenio y medio, era pública y notoria de nuevo. En ese momento y tras ACTUAR volví a ser una.

«¿Volverán a matarme? Si he fracasado en mi misión no tendréis la mínima oportunidad. En pocos minutos sabré “si todo al final fue nada”».

Todavía furtiva ante esos cazadores de lo invisible, resolví seguir la conversación a través de la mente de Ulm: la suerte ya estaba echada... Otra historiadora de traza árabe y de pequeña estatura negaba de forma aparatosa con la cabeza hasta que el otro terminó de hablar. Armada con las extemporáneas fotocopias de un diario inédito del sabio Rashîd al Mahal afirmó, mientras las esgrimía amenazante:

IX 01:16

—¡NO Y NO! La erudita neoplatónica, se les apareció a todos ellos pero no de forma física, sino en sus sueños. En estas cuartillas, el más grande de los sabios cordobeses

reconoce el anacronismo que supuso su descubrimiento. Me refiero a que en el siglo XI, Rashîd al Mahal sentó las bases para que otros sintetizaran el ácido acetilsalicílico. Él habla de que... —Tras ajustarse unos antiquísimos lentes, la mujer leyó—: «...alguien, con perfume a violetas recién cortadas me ha puesto sobre la pista en los baños califales». Se tiene constancia de que allí dormía una siesta reparadora que...

«¡¡AHORA!! ¡El cometa ha caído! ¡Lo he sentido con claridad! Y no he sido la única... Espero que...»

—¿Qué diablos...? —dijo Rutherford mientras que todos se miraban tras acusar una extraña vibración—. Bueno...esto, sigamos y disculpe la interrupción: puede que tras forzar hoy al CCP este necesite un severo reajuste... Le voy a arrebatar el turno de palabra pero para ratificar lo que afirma: creo que tiene usted razón. Sé muy poco de los tiempos pasados, pero sí algo de las leyes de la física. La erudita de la cual perseguimos su alma —aunque yo prefiero el concepto «matriz ordenada transenergética»—, murió de forma muy violenta. Sabemos por Sir Isaac de Woolsthorpe que la materia jamás se destruye, solo se transforma. Puede que algo de lo que ella fue quedara vagando en forma de energía por los siglos de los siglos, por un proceso desconocido para la ciencia a la que muchos de nosotros representamos —Ulm, más inquieto que nunca, miró con intensidad al brillante colega. Intuía que iba por el sendero correcto. Este remató—: Lo que sí sabemos es que dicha energía tiende a disminuir y desorganizarse por un proceso entrópico..., tendente al desorden, para que me entiendan los no científicos. Esta disminución energética es inexorable a no ser que el «ente» se nutra de una fuente exterior. Si la entidad hubiera querido manifestarse a diferentes personajes relevantes a lo largo de la historia...

Entonces mi *casero* intervino por primera vez, musitando lento, entre las nebulosas de su mente, entre imágenes de destrucción terribles:

—...O a personas que, por el mero hecho de que ella se les manifestara, se hicieron relevantes...—comenzó el genio arrastrando las palabras, presa de un cansancio a prueba de hallazgos colosales y de bólicos solares aniquiladores.

La acotación fue recibida con varios gestos de asentimiento. Noté que su implante, quizás celoso, pretendía transmitir un brillante broche semántico a lo declarado por el sabio. Pero en hábil placaje conseguí neutralizarlo en un gesto que hasta a mí misma me dejó sorprendida:

«¡Cállate!»

Así que Alberto de Ulm, sin ayuda interna, pudo concluir:

—Sí..., decía que... ¿qué forma más ingeniosa para ahorrar energía que no mostrarse de forma física o semi-física? Por cierto, ¿creen que la inteligencia precisa cabalgar necesariamente sobre la materia?

X 1:42

LA PREGUNTA me enterneció pero dejó perplejos a los otros científicos por sus extraordinarias implicaciones. Leí mentes y el runrún generalizado se podría sintetizar en las preguntas que se formularon a sí mismos aquel grupo brillante de mujeres y hombres: «¿Podría nuestra consciencia sobrevivir a nuestra muerte física? ¿Podría haber algún tipo

de vida después...?». Temí que quizás TODOS estaban a punto de comprobarlo... Rutherford, experto kumónico de primera magnitud, volvió a hablar:

—Lo cierto es que, cuantificado en microelectrovoltios, una manifestación ectoplásmica puede consumir del orden de..., bueno, no me atrevería a dar una cifra, pero al menos unas decenas por segundo; dependiendo, claro está de la intensidad y tamaño de la expresión visual. Sin embargo, revelándose de forma telepática, incidiendo de forma directa en el cerebro del individuo, Hypatia podría haber «ahorrado» muchísima energía.

«Enhorabuena: eso es exactamente lo que hice. Y creo que no me fue mal. Lo que todavía desconozco es si todo ese esfuerzo sirvió de algo. Muy pronto...»

Pero no me atrevía a salir de la mente de Alberto de Ulm. Impactado el cometa tan solo me hubiera bastado volver a elevarme hasta localizar la zona de la explosión y cuantificar los daños. Pero algo me bloqueaba para hacerlo: ¿de nuevo otro sentimiento característico de la condición humana? De momento, todo esto seguía en pie... ¿pero por cuánto tiempo?

—Doctora Gustavsonn —dijo el coordinador mirando a la nada. En ese momento la imagen de la prestigiosa neuróloga rügerliana apareció de forma tridimensional. La doctora contaba con media docena de libros publicados que narraban las peripecias neuronales de los estadios oníricos. Alberto de Ulm miraba a los diferentes interlocutores como si se tratara de un evento deportivo y se pasaran la pelota uno a otro. Todo eso comenzaba a aburrirle, mientras su preocupación iba *in crescendo*... Sin embargo, comenzamos a escuchar de forma cortés a la mujer que seguía hablando desde su Nueva Poitiers natal:

—El ser humano emite dormido ondas delta con un voltaje de entre diez y cincuenta microvoltios. Está demostrado que si algo o alguien emite hacia un cerebro ondas de un voltaje/frecuencia específico, hace que estas se acompañen y armonicen. Como todos ustedes saben, este fenómeno psíquico invisible de transmisión de información mediante ondas luminomagnéticas, la telepatía, ya es admitido por la ciencia —decenas de gráficos aparecieron como por arte de magia por la estancia, ilustrando sus explicaciones—. Y lo es gracias a los experimentos concluyentes realizados durante el siglo pasado.

«Es hora de saber. Ummh, de nuevo ese militar de alto rango al otro lado».

La llamada que esperaba le despejó. Ulm se alejó del grupo para hablar:

XI 1:58

—DOS SATÉLITES chinindios detectaron un fuerte aumento del campo magnético a unos ocho kilómetros sobre el río Kimchu, cerca de Tunguska, en la taiga siberiana. Por fortuna aquella área está casi despoblada, en concreto, a 60°55'00", 8 Norte y 101°56'56", 0 Este. La sonda geostacionaria *Michelle de Heristal* ha descubierto ya ochenta millones de árboles destruidos y un contenido anómalo de cesio 137 e iridio en la zona del impacto. Justo donde la Máquina Pensante Kumónica de la Universidad de Beijing había calculado que caería. Por fortuna, el bólido se desgajó en dos fragmentos y el más grande —en una proporción de cien a uno— es el que pasó de largo. Si me permite, señor, Chinindia va a desternillarse de nuestro nuevo y clamoroso fracaso europeo.

—¡Cállese! Es más fácil desintegrar un átomo o un cometa que un prejuicio. Las

máquinas pensantes son increíblemente rápidas, precisas y estúpidas; los humanos son increíblemente lentos, imprecisos y brillantes. Juntos, su potencia está más allá de lo imaginable.

Ulm activó el amplificador léxico, que metabolizó la esencia de sus pensamientos y dictaminó a través de sus labios:

—Los escuadrones de hierofantes de la estulticia anidan en los pliegues oligárquicos de una sociedad tecnófila.

Como resultante de tal densidad de plúmbeas palabras, la imagen del militar se disolvió en píxeles, abrumada. Por mi parte, me sentí casi celosa de la tecnología; aquí dentro, en su cerebro ¡éramos multitud! Él, sin embargo, pensó: «tengo que regular el grado de erudición de mi implante, tiende a una pedantería insufrible». Ya relajado tras la noticia, el sabio prusiano volvió a su asiento y comenzó a dar bruscas cabezadas. Yo confiaba en que en una de ellas no partiera en dos el cuadro central de controles del Ciclopeo Colisionador de Partículas.

Satisfecha, respiré hondo de forma metafísica. Ni la naturaleza había podido doblegar a la humanidad, ni esta a la buena de Hypatia de Alejandría. Al menos de momento. Desde tiempos de Isaac de Woolsthorpe el Mal no se había manifestado de forma explícita. Nunca supe si su concurso fue crucial para que ese cometa se dirigiera de forma directa hacia la Tierra ni si mi acción consiguió realmente fragmentarlo y minimizar los daños.

Mucho más tranquila, me dediqué a pensar de forma muy intensa aprovechando la enorme energía de la que todavía disponía. Siglos tañendo el laúd de mis pensamientos despejaron dudas, acuñaron nuevas cuestiones, y en ese instante me di cuenta: creía estar a punto de resolver uno de los misterios troquelados en el alma colectiva de la humanidad desde la Noche de los Tiempos... ¡y, en cuanto lo hiciera, estaría loca por transmitirlo! Recordé la frase de Heráclito de Éfeso: «Los despiertos viven en un mundo común y los dormidos en mundos diferentes».

«Viajemos, pues a mi mundo. ¡VUELVO A CASA! Alberto... ¡fuguémonos, querido!»

XII

CAMINÓ HACIA el sur por la amplia avenida en dirección al mar. Los obeliscos y las estatuas emergían silentes de entre los tinglados de los comerciantes cual bellezas sin un museo que los acotase prisioneros. Las plazas estaban embellecidas por mosaicos y arte tolemaico en perfecta armonía. Alejandría mostraba un esplendor nunca visto. Alberto de Ulm seguía la estela de la mujer, envuelta en su túnica de filósofa, que ondeaba por la brisa que soplaba procedente del puerto de Eunostos. Entonces el Faro asomó rotundo, fálico, definitivo entre la bruma que manaba del malecón. Ella, con un salto imposible, salvó los siete estadios de distancia que separaba la isla del continente. Él, tras titubear solo lo justo, le siguió en insólita gesta. Ya en la base del Faro pudo contemplarla desde más cerca; era insoportablemente bella y emanaba un poderoso perfume a violetas recién cortadas. Ella le taladró con sus ojos turquesa incandescentes:

—Bienvenido, Alberto. Ya ha transcurrido el primer segundo de la eternidad. Tras un

millón de batallas, tras océanos de sangre, tras un sinfín de reyes y reinas y billones de seres humanos que sufrieron y amaron, ¡ha transcurrido el primer segundo de nuestra particular eternidad, la Historia humana! —El científico escuchó absorto a la que fuera profesora de «geometría divina», con la serenidad espiritual que la mujer había imbuido en sus discípulos.—Hypatia de mis desvelos: los ideales que iluminan mi camino una y otra vez y que me han dado coraje para enfrentarme a la vida con gozo han sido la amabilidad, la belleza y la verdad. Entiendo que también fueron los tuyos. Me temo que no los de la humanidad en su conjunto que mencionas.

Ella bordeó la amplia base del Faro. El físico siguió el halo celestial con docilidad, con la misma torpeza física de «allá afuera» que tanto enternecía a la filósofa. En la parte opuesta del coloso pétreo, la que miraba hacia la desembocadura de Nilo, aguardaban cuatro hombres de expresión grave: Hexiquio, Olimpo, Herculiano y Sinesio. Ellos conformaban la tétrada pitagórica, los guardianes de los secretos de la filosofía. A Herculiano, justo después de morir Hypatia, llegaría la Revelación del Gran Secreto: el Faro guardaba en lo más profundo de su estructura las copias de los pergaminos de la Biblioteca. Ellos se cuadraron al verla. Llevándose la mano derecha al pecho, gritaron al unísono:—¡Bajo el signo de Hypatia!

Ella les sonrió sin hablarles. Una de las engastadas piedras cúbicas de la pared de la base se abrió dejando paso a una galería descendente. Los custodios quedaron fuera y ellos dos caminaron de la mano y a oscuras por el pasadizo zigzagueante.—¿Por qué esos rostros afligidos? ¿Por qué ese sufrimiento en sus miradas? —Alberto de Ulm trataba de interpretar la nueva información que se le revelaba dentro de su propio sueño. Para ello, su implante ayudaba en grado sumo, sobre todo para codificar-decodificar los conceptos precisos en los momentos adecuados. A las dos preguntas retóricas dio su propia respuesta, la que Hypatia más anhelaba:—¿Acaso están tristes porque te echan de menos al no encontrarse en tu mismo «plano»? ¿Saben que estás atrapada en otra dimensión?

XIII

—EN EFECTO —replicó ella mientras la nostalgia cambiaba su expresión—. Me encuentro cautiva entre dos universos. Juré no abandonar esta realidad hasta que la humanidad alcanzara el Nous, la sabiduría máxima.—Pero al ser humano le queda mucho camino por recorrer...

Llegaron a una amplia sala que, según calculó el científico, se hallaba por debajo del nivel del mar. Estaba iluminada con antorchas y él lo sintió; presentía que el tiempo se acababa y disponía de muy poco para realizarle mil preguntas que pululaban en su cabeza. Ella representaba a la sacerdotisa en trance del oráculo mitológico, el ente universal conocedor de todas las respuestas, el sueño de cualquier científico. En el ámbito entorchado miles de rollos de papiro se apilaban, etiquetados y clasificados en repisas, protegidos con fundas de piel; Alberto de Ulm miró y comprendió el monumental legado que había dejado la filósofa: ¡las copias de los volúmenes de la Gran Biblioteca!—Gracias, Hypatia. Sin esta salvaguarda la Historia hubiera sido mucho más dramática para nosotros. El saber humano se hubiera resquebrajado, como este Faro en el terremoto del siglo XIV; sin estas copias y tus oportunos «empujones» a personajes clave -en momentos estratégicos- hubiéramos padecido una era sin descubrimientos científicos relevantes de al menos diez siglos.—Alberto de Ulm apretó la mano de ella, helada como la de una cariátide.—No me las des. Seguí la estela de mi padre Teón, y él la de sus

antecesores en el cargo. Desde tiempos inmemoriales todos guardamos el Gran Secreto. Sin previo aviso, la mujer se acercó a uno de los pequeños nichos, profanándolo con sus largos dedos. De allí extrajo un estuche y de él un pergamino que le entregó al físico. Él no titubeo en desenvolverlo y empezó a devorar y memorizar su contenido antes de que despertara. Estaba estupefacto. Solo un ser humano sobre la faz de la Tierra podría interpretar tan complejas ecuaciones: él.—¡Es maravilloso! Siempre afirmé que una persona entiende realmente algo en toda su plenitud... ¡cuando es capaz de explicárselo a su abuela! Si me topara de nuevo con tan noble dama, podría explicarle ahora cómo funcionan las cosas. Ella sonrió. Sabía que aquel hombre excepcional intuía las enormes posibilidades que implicaba la revelación: las bases de una Teoría Global Unificadora de la Física; una concepción total de universo. Lo curioso era que ella no conocía los términos concretos del texto. En cualquier caso, así había venido pasando a lo largo de su particular viaje: la información que suministraba a las mentes en las que había entrado se la había revelado a su vez alguien o algo. Alberto de Ulm leyó la sonrisa:—¡Fascinante! Esto inaugurará una nueva era, sin ninguna duda. Lo que reza este papiro dejará pequeña a la Revolución de Máquinas Pensantes, a las posibilidades asombrosas de la Ingeniería Genética, a los misterios fabulosos que se esconden en el cerebro humano. Es algo tan revolucionario que desembocará en la Teoría soñada por Woolsthorpe, Galilei o los Kepler.—Sí, y soñada también por mis maestros platónicos: ellos intentaron expresar en conceptos el verdadero sistema del Todo, el universo conjuntado que todo lo abarca y recorre. Pero, como tú decías, aún así os quedará muchísimo camino por recorrer. ¿Imaginas cómo será nuestra civilización dentro un millón de años?

XIV

—NO PUEDO imaginarlo.—Claro que no puedes; yo tampoco, nadie puede. Solo ha transcurrido el primer segundo de la eternidad, recuerda. Ahora has de irte, Alberto —dijo la mujer con apremio, y el cuerpo del científico empezó a tornarse translúcido.—¡Por favor!, ¡Espera! Necesito formularte una pregunta. —Ella se adelantó clarividente:—No, no estoy sola. Ni mucho menos. Y no me refiero a este interregno maldito. Aquí atrapado, junto a mí, se encuentra el ¿alma? de lo que una vez fue el obispo Cirilo de Alejandría. Él, totalmente al margen de su condición religiosa, ha encarnado durante siglos el lado oscuro del ser humano. Ha pretendido impedir o retrasar mi misión.—Es sabido que los grandes espíritus siempre han encontrado una violenta oposición por parte de mentes mediocres.—Incluso por parte de grandes mentes devaluadas a mediocres gracias a sus pecados capitales. Alberto: desde esta perspectiva atemporal ¡presiento también que hay otras entidades superiores, de diferentes niveles y origen desconocido!—¡Espera, por favor! —La figura de Alberto de Ulm recuperó de nuevo su opacidad—. Siempre he sostenido que el misterio es lo más fascinante que podemos experimentar. Es la fuente de todo arte y ciencia verdaderos. Pero para que nuestra realidad tenga sentido tiene que llegar algún día en el que...—... los misterios se vayan poco a poco resolviendo. Siempre existirán nuevos retos, nuevos enigmas que investigar.—Exacto. Mi pregunta iba a ser: ¿existe vida después de la muerte? Pero tu mera neo-existencia apunta en esa dirección. Lo que he leído en ese pergamino revolucionará la historia de la Física, que en verdad es la historia del cosmos... Pero queda otra cuestión crucial: por favor, desvélame aquí y ahora el Misterio desde la Noche de los Tiempos. Oh, gran Hypatia, desvélame un aspecto clave de los mimbres, de la trama de la realidad de este universo y de todos los demás:

¿existe un Ente Superior que vela por el discurrir biológico en el universo? Y si es así, ¿cuál es su naturaleza?—Lo siento, no tengo certeza absoluta. ¿Cómo podría? La buena noticia para los que tenemos pensamiento científico es que podría existir una explicación racional.—Me tienes en vilo, Hypatia. ¿Has hallado una explicación racional de que NO existe Dios o de que SÍ existe?—Mi explicación está muy vinculada a los antiguos griegos, a su lógica y a su mitología, como no podía ser de otro modo. —Ella seguía sin decidirse entre un universo dotado de Dios u otro desprovisto de él; pero el de Ulm no insistió y trató de escucharla con atención. Presentía que tras ella se escondía la resolución del misterio más fascinante de los imaginables para el Hombre—. Los seres humanos percibimos el tiempo a una escala que se ajusta a nuestros ciclos vitales; por ello el intervalo que manejamos es útil para nuestro día a día, o para nuestras vidas, pero insignificante en términos cósmicos. Si a uno le interesa la historia humana se puede remontar a unos siete milenios. Si penetra en la prehistoria a unos cientos de miles de años más allá. Solo los estudiosos de la vida anterior a la irrupción del ser humano o de la formación de la Tierra manejan cifras de otra magnitud. No entendemos, no calibramos ni de forma remota, el océano brutal de tiempo que nos precede desde el comienzo del universo.—Así es. Gente como nosotros, que cree en la física, sabe distinguir que el pasado, presente y el futuro es solamente una ilusión persistente.

XV

—JA JA JA. Pues de esa ilusión persistente centrémonos ahora con osadía en intentar concebir el pasado. Imagina una línea de tiempo enorme en la que un cosmos sin creador evolucione de forma física durante catorce mil millones de años. Ya la mera cifra asusta y, lo que es más importante: no puede ser evaluada en su justa medida por la mente humana. No obstante, es racional pensar que dicho cosmos podría, sin ninguna necesidad divina, evolucionar poquito a poco hasta transformar materia inerte en vida, y varios eones después en conciencia y en inteligencia.—Correcto. Sigo con mucha atención tu razonamiento. Suena lógico lo que dices, tiene sentido, aunque se aleja mucho de la Génesis divina que nos enseñaron.—Así es, pero ten paciencia y sabrás a dónde quiero llegar, y entonces ayudarme a entender a mí también. He sido testigo durante muchos siglos, durante mi viaje, de cómo el ser humano ha evolucionado tecnológicamente de forma increíblemente asombrosa. De cultivar legumbres a pisar mundos remotos solo hay un paso, Alberto.—Pero quince siglos, que es el tiempo en el que estuviste viajando, son una brizna insignificante en los océanos del tiempo. —A Ulm empezaba a dibujársele una amplia sonrisa.—Cierto: por un lado, quince siglos no son nada, un suspiro en términos cosmológicos. Por otro, la inteligencia es la fuerza más poderosa del universo y, si se dota a sí misma de las herramientas adecuadas no tiene límites.—Admito que en algo tan infinitesimal como una vida humana —la mía- yo contemplé un trocito de evolución significativo. Hay una fuerza motriz más poderosa que el vapor, la energía luminosa y la infinita: la voluntad.—Eso es, querido amigo, y vuelvo a plantear: imagina cómo será nuestra civilización, dotada de esa voluntad férrea a la que aludes, dentro de diez mil, un millón o seiscientos millones de años. Esta es la clave: ¡seremos algo muy similar al concepto que nosotros tenemos de lo que es un dios! Continuaré exponiéndote lo que llevo tiempo pensando... —Él la interrumpió:—... pero, por pura lógica, no podemos constituir la única civilización en el universo, sería absurdo y egocéntrico pensar eso.—¡Y geocéntrico! —rió ella—. Vas bien encaminado. Pero para terminar lo relativo al ser

humano en la Tierra medita sobre esto: los primeros homínidos inteligentes pueden datar de entre uno y cuatro millones de años, que sigue siendo un tiempo universal ridículo. En verdad, la especie humana que ha llegado hasta esta época —el siglo XX— lleva menos de trescientos mil años evolucionando en su planeta —Ulm razonaba con rapidez:—Aja. Es decir, que desde el punto de vista probabilístico, casi cualquier civilización inteligente ya nos sacaría actualmente muchos eones, muchos millones de años de ventaja evolutiva. Y lo que hemos afirmado para nuestra especie, es decir, que un vasto espacio de tiempo evolucionando nos convertirá en “dioses”, lo podríamos aplicar a cualquier especie extraterrestre... Con toda probabilidad ¡ya habría sucedido esa metamorfosis, quizás hace mucho, mucho tiempo! —El físico cambió su cara sorprendido— ¿Existen entonces muchos dioses en todas esas civilizaciones alienígenas ultra evolucionadas?—Tendríamos que precisar la definición de lo que es Dios o un dios, pero sí, sin duda. Puedo afirmar que sí existe algo extraordinariamente poderoso allá afuera: lo sentí de forma empírica, práctica, ¡real! No se trata solo de una deducción lógica. —Alberto de Ulm parecía pensativo.—... Hypatia: ... parece razonable que cuando algunas civilizaciones ya alcanzaron un grado superlativo de evolución y les fue posible... se desprendieron del lastre de la materia. Estoy convencido que llegaron a esta conclusión física: transformados en energía, serían entidades mucho más versátiles y poderosas.—Bien, al final estamos entrando de lleno en tu campo científico, Alberto. En efecto. Continúa, por favor.—Y el conjunto de individuos de una civilización avanzada, ese conjunto de condensaciones ordenadas de energía, quizás similares a la que tú misma representas, no sería descartable que pudieron fusionarse en una sola.—¡Es asombroso! Te agradezco que con este diálogo socrático me ayudes a consolidar mis ideas; las tenía pululando inconexas por las matrices que me suministran consciencia y era incapaz de ordenarlas y darles sentido.—Ahora sí: me imagino con claridad que cada civilización avanzada alcanzó el momento evolutivo en el que estuvo formada por un solo y poderoso individuo. Cada civilización estaría constituida nada más que por una extraña forma de energía, quizás no detectable desde nuestra dimensión.—Y siguiendo esa pauta, ¿qué crees que pudieron hacer las diferentes civilizaciones del universo, representadas cada una de ellas por una sola mega entidad todopoderosa, cuando se encontraron las unas con las otras mientras que vagaban por el universo?—Obviamente, fusionarse entre sí a su vez, formando una gigantesca entidad colosal que las integró a todas.—Muy bien. Al fin hemos llegado entre los dos a ese concepto único y maravilloso: Alberto, ¡creo que ya podemos vislumbrar la luz que dimana de DIOS!

En ese momento, a él le invadió una felicidad plácida, superlativa, como procedente de los episodios más entrañables de su niñez. Dos lágrimas recorrieron sus mejillas estando sumergido en ese fabuloso sueño. Encontrar una explicación científica al concepto de Dios iba mucho más allá de lo que nunca esperaba haber descifrado en vida. La filósofa y el científico, conscientes de la trascendencia de su razonamiento, se miraron sonrientes en silencio, como esperando que sus palabras se sedimentaran en aquel ámbito mágico. Al fin, el físico decidió romper el embrujo.

XVI

—LLEGADOS A ESTE punto, quizás tendríamos que armarnos de valor y afrontar una consecuencia de esa “deidad científica” que hemos dibujado. Me refiero a que esta nueva forma de entender la divinidad suprema, quizás podría colisionar con el convencional de

las religiones del mundo...—No tiene porqué. Bien es cierto que la teogonía u origen de los dioses paganos es un terreno tabú, resbaladizo, inabordable e inaplicable para el Dios con mayúsculas. Para empezar, porque colisiona con el concepto de un dios que fuera, además de omnisciente y todopoderoso, también creador.—Sí, lo cierto es que las doctrinas de todas las religiones a lo largo y ancho de mundo y de la historia, serían asumibles, tendrían encaje en tu teoría salvo, como dices, en el aspecto de un Dios creacionista del universo y de los hombres. Cuando una persona habla, piensa, vive, y cree en su Dios no se plantea en ningún momento la «infancia» de ese Dios, si se me permite la expresión.—Es un buen símil, te lo aseguro. ¿Mi teoría, dices? Querrás decir nuestra atrevida teoría —matizó Hypatia—. Recuerda que la hemos ido acuñando entre los dos, no seas tan modesto... incluso dentro de tus propios sueños.—Bueno, yo solo he completado tus frases.—De repente, el científico miró a la filósofa con intensidad—. Incluso desde el punto de vista físico-lógico también podríamos encontrarnos un Dios creador: sospechamos que el universo nació de un punto de concentración de materia-energía, que explotó de forma colosal en la llamada Huga Explosion. Desde entonces se expande tejiendo el espacio-tiempo a su paso. No sabemos todavía si se expandirá eternamente o si la fuerza gravitatoria de su masa total originará que vuelva a contraerse, condensándose al final en un punto para comenzar el «ciclo» de nuevo. Siempre me sentí insignificante, pero ahora... Es evidente que el hombre encuentra a Dios detrás de cada puerta que la ciencia logra abrir.—¿Sugieres que Dios o un dios de otro universo anterior pudo generar este? Si así fuera también todo cuadraría, pues remontándonos a los orígenes de dicho dios volveríamos a encontrarnos con una galaxia de seres ultra evolucionados.—Ahora sí veo compatible esta explicación racional con el noventa y nueve por ciento de las doctrinas religiosas del mundo.—Por fin ciencia y religión se podrían abrazar. —Fue a Hypatia entonces a la que se iluminó el rostro. Jamás se la vio tan bella, tan resplandeciente—. Parece, Alberto, que lo hemos conseguido. El pequeño matiz que diferenciaría ambas doctrinas...—... Deja que mi implante trabaje a pesar de que sospeche que hace un rato alguien le puso la «zancadilla». ¿Creías que no lo notaría? Soy un poco torpe expresándome y ahora lo necesito —. Ambos rieron.—He de irme, pero antes dame un fuerte abrazo. Hace mil quinientos años que nadie lo hace —. Sus cuerpos virtuales se unieron durante lo que parecieron unos segundos. Luego Alberto de Ulm declaró, ayudado por el chip que tenía implantado en su cerebro:—Las religiones del mundo proclamaron un Dios todopoderoso, omnisciente, luminoso y creador. De lo que se desprende de esta conversación, en lo que ambos hemos coincidido es en un Dios todopoderoso, omnisciente, luminoso e ¡HIJO DE LA ETERNIDAD! No creo que la diferencia sea tan significativa.—Exacto: Hijo de la eternidad, hijo del tiempo infinito, como el Zeus mitológico, hijo de Cronos, el legendario dios del Tiempo. Adiós Alberto. Nos veremos en unas décadas.

—... Es cierto que existen especies biológicas, virtualmente inmortales como los corales. La energía que requieren para hacerlo la toman... —la doctora Gustavsonn seguía hablando cuando Alberto de Ulm despertó. ¿Cuánto tiempo había estado dormido? Al parecer tan solo unos segundos. Entonces empezó a rellenar a vuelapluma un montón de cuartillas con lo que tenía en la mente, y con una sonrisa inextinguible pintada en el rostro.

—¡Mirad al jefe! —gritó Rutheford—. Espero que la cara de idiota que se le ha puesto signifique lo que creo, inspiración. Si no estuviera escribiendo de forma tan compulsiva diría que se le han «desconectado» las neuronas, como nos pasa a los hombres

cuando nos sonríe una mujer hermosa.

Epílogo

EL ÁGORA DE LOS GENIOS Y LA ENERGÍA MISTERIOSA (2012 - ...)

I

SOY HYPATIA DE ALEJANDRÍA y soy eterna. Acurrucada en los pliegues del tiempo, y tras mi salvaje asesinato, vencí a lo único que parece irreversible: la muerte. Diecisiete siglos de historia humana y un viaje fabuloso a través de los cinco continentes. Vasto conjunto de experiencias, explosión colosal de sensaciones... y los datos recabados en mi última fonda, Alberto de Ulm. La suma de todo esto dibujó por fin en mí la respuesta anhelada a la pregunta eterna: ¿QUÉ NOS ESPERA DESPUÉS DE MORIR? Dicha teoría emergió luminosa de entre mis pensamientos tras la lluvia de siglos... y tras un recuerdo de mi niñez. Pero antes iba a cumplir con mi obligación. Me dirigí al futuro. El elipsoide colosal apenas escondía secretos para mí. Decidí y alcancé mis coordenadas espacio-temporales de forma instantánea. Segunda década del siglo XXI. Ejercería de notario inmaterial de un hecho glorioso. Tras días en el interior del protagonista leí lo que él escribía:

Hölderlin de Prusia susurra a los oídos de mi memoria que el «hombre es un mendigo cuando piensa, pero un Dios cuando sueña», así que pronto dejaré la mente en blanco para ser divino. Está oscuro allá afuera y nieva como en los cuentos de la dinastía Tang, pero no me importa. Compruebo que el reflejo del cristal de la nave me devuelve mi propio retrato veinte años más joven, de ilusión, de felicidad. El mañana será fabuloso. Se barajaron diferentes opciones para capitanear la misión: clones mejorados de Mahal o Leonardo, un Alberto de Ulm,—abuelo de la criatura—, rejuvenecido de forma genética; o, simplemente, la inteligencia artificial de una máquina pensante kumónica. Al final yo seré el Odiseo sin Penélope de la especie humana. Entonces se repararon con relativa facilidad mis neuronas motoras de la médula espinal. Después me injertaron profundos implantes para amplificar mis sentidos y capacidades. Una vez deshibernado en mi destino comprobaría la eficacia de ambas medidas. Ya podía escuchar los tambores que sonaban solemnes anunciando mi partida. Mientras llegaba el momento reflexioné sosegado: hay veces que la humanidad, en su inexorable progreso, da un salto y pasa de A hasta C, sin pasar de forma necesaria por B. ¿Cómo es eso posible? Los sabios nos ayudaron, sin duda. Pero, ¿quién ayudó a los genios del pasado? Yo intuía la respuesta. ¿De dónde vino su inspiración? ¿Por qué los relojes derretidos de Salvador de Figueras o los acordes de Johannes Chrysostomus Wolfgangus de Salzburgo volaron a su imaginación cuando un segundo antes no existían en ningún punto del universo? Yo intuía la respuesta... antes de mi sueño. Ahora, yo ya sé la respuesta. El salto hiperlumínico cincelará un punto de inflexión en la Historia, en su libro del tiempo universal. Elocuente, irrefutable metáfora de lo que representa la búsqueda de la felicidad humana. Qué tontería, qué insensatez:

*sueño despierto dormirme de nuevo para volverla a ver, para volver a ver a la dama alejandrina con aroma de violetas. Recorreré pársecs, decenas de años-luz en pos de otra estrella. Qué tontería, qué insensatez, pues la mía la llevo dentro.*STEPHEN WILLIAM DE OXFORDA primero de marzo de 2012.

«Gracias, Stephen», contesté de modo que él pudiera escucharme con nitidez. Al fin, el Hombre ponía proa hacia los centelleantes astros del firmamento.

II

CUANDO VI ZARPAR la nave rumbo a las estrellas, una felicidad inenarrable se adueñó de mí. Entonces me alejé para contemplarla con perspectiva. Luego me sumergí involuntariamente en mis propios recuerdos:

Tendría unos cinco o seis años. La irrepetible magia de la niñez recubría mi piel y tapizaba rutilante hasta el último rincón de mi virgen cabecita. Vivía inscrita esa época de ensueño en la que el pasado no es, los días son añiles y la luz huele a futuro. Ya poseía mi larga cabellera rubia, siempre derramada sobre mi espalda cual terciopelo de oro. Aquella mañana, se nutría de púrpura gracias al polvo estelar que irradiaba el Sol. Era verano. La lluviosa primavera y los derroches lumínicos del astro rey habían hecho crecer la hiedra y los sicomoros, las mimosas y los nenúfares, cuya exuberancia era signo inequívoco de buenos augurios. Toda Alejandría se había convertido en un tupido bosque. Este emergía danzante entre los mármoles, a los que sonreía cómplice desde su verdor esplendoroso.

Teón, matemático y astrónomo, mi amado padre, me llevaba de la mano por la ciudad llamada de los Mil Palacios. Y lo hacía bajo el eco de los yunques de Éfeso, del bullicio del Bruquión, bajo la explosión de color y aromas de los mercados y plazas. Caminábamos deslumbrados por el Cíclope pétreo que lo presidía todo con su mirada omnisciente. Caminábamos entre el poderoso perfume de violetas y clemátides, begonias y madre selva que colmaba las calles alejandrinas. Caminábamos por las sendas de sabiduría infinita que encerraban los pasillos de la Biblioteca. Sus pergaminos, como las flores, desprendían el aroma inconfundible del conocimiento de los sabios del ayer.

Y mi padre me habló de otros tiempos pasados, del romance tempestuoso entre Cleopatra y Marco Antonio; de Alejandro, que conquistó el mundo y ahora moraba en un sarcófago de cristal tallado, en su panteón piramidal. Y me habló de cómo en tiempos pretéritos y en estas mismas tierras, un pueblo fabuloso decodificó el cielo milenios antes que Tales y Pitágoras, antes del mar universal homérico. Más tarde, en un jardín fabuloso que emulaba a los de Babilonia y desde el cual el puerto de Eunostos se perfilaba en la desembocadura del Nilo, mi padre señaló al horizonte opuesto y afirmó:

—Hypatia: los egipcios consideraban a las montañas alejandrinas Guardianas de la Eternidad. Esas murallas encierran el secreto de la vida eterna que soñaron para sus muertos.

Tomé una preciosa violeta, miré sus ojos, y pregunté:

—Padre, ¿qué es la eternidad? ¿Es algo bello?

—Es un concepto que un mortal no puede comprender, aunque sí sus efectos: «El

tiempo es la imagen de la eternidad en movimiento», decía Platón.

—Entonces, ese hombre sabio, ¿vive ahora en el reino de la eternidad?

—No lo sé, hija, pero te diré lo que me gustaría pensar —en ese momento sus ojos se empañaron, emocionados, y su mirada se hizo tan luminosa como sus palabras. Su revelación iba a ser LA REVELACIÓN.

III

—CREO QUE TODOS los hombres y mujeres sabios que vivieron y murieron se encuentran en la más fabulosa de las ágoras griegas imaginables. Se encuentran allá en el cielo, debatiendo, discutiendo hasta el fin de los tiempos qué es el universo y cómo funcionan sus tripas, los mecanismos que lo hacen evolucionar.

—Si así fuera un escuadrón de ángeles podría ocuparse de proteger el ágora —dije emocionada.

—¡Sí, Hypatia! Además, su misión sería sumar sus inteligencias para hacer de secretarios de Dios, y así ayudarle a canalizar las almas de todos los seres humanos que fueran muriendo. Sócrates, Platón, Aristóteles, Confucio, Lao-Tsé, Mencio, Xun-zi, los brahmanes hindúes y muchos más ya están allí y a estos se irían sumando...

—... todos los sabios del futuro —la idea me maravillaba.

—Claro, pequeña. Ellos y su ágora rutilante organizarían los negocios de Dios y, en sus espacios de ocio, desplegarían su retórica perfecta para entender lo que somos y lo que es el cosmos.

Entonces, de repente, volví al presente, volví a un presente.

«¿Qué recuerdo tan extraordinario! ¿Dónde se ha ocultado hasta ahora? La matriz transenergética que me constituye lo ha camuflado en un pliegue de su túnica inmaterial».

Recordar aquel precioso episodio de mi niñez me hizo establecer un silogismo, un efecto que sigue a una causa. Este se materializó en una serie de preguntas. Si pudiera, hubiera gritado de viva voz:

«¿Quién me suministró la información precisa? ¿Quién me dirigió durante siglos con el objeto de minimizar la Era Intermedia que amenazaba con retrasar el progreso de la humanidad? ¿Cómo es posible que inspirara a los humanos clave en sus sueños sobre artefactos, inventos o descubrimientos que yo desconocía?»

Salvar los pergaminos de la Biblioteca de Alejandría no hubiera bastado: lo peor de la condición humana, hubiera quemado y destruido un millón de veces el legado de sabiduría. Necesitábamos un empujón adicional para divulgar el conocimiento. Yo, Hypatia de Alejandría, fui la encargada de suministrar dicho impulso.

«¿Fui la única? Y, en cualquier caso, insisto: ¿quién o qué me empujó a mí?»

Puede que existiera la deslumbrante ágora soñada por mi padre. Puede que se ocultara en una realidad invisible para los seres humanos, pero también para una servidora desde su inmortal perspectiva.

Puede que cuando muramos saltemos a otra dimensión en forma de energía. Cumplida mi misión en la Tierra, muy pronto iba a comprobarlo.

IV

«DICEN QUE LOS ÁRBOLES sueñan con el azul del mar, con su turquesa cambiante, mientras los humanos sueñan con el mañana».

En ese momento, y tras ese pensamiento recurrente, decidí soñar con el mañana, repasando primero el ayer. Mis interacciones con los humanos fueron en verdad insignificante susurros fotónicos a lo largo de mi epopeya. Mis pequeños empujones jamás podrán eclipsar un hecho incontrovertible: a pesar de mi antagonista, de las enormes dificultades y tragedias, a pesar de las zozobras y quebrantos, el Hombre, –como especie– mantiene siempre intacto el optimismo ante el mañana.

Durante el tiempo que duró mi vida física, mi primera existencia, allá, en la Alejandría de mis ventanas, lo aprendí: cada momento que pasamos con cualquier persona es glorioso e irrepetible, aunque eso solo lo valoramos desde el futuro. Y lo es porque dichos momentos pasan a formar parte del tejido de lo que somos. Aunque ya no era humana conservaba la huella de su naturaleza indomable que iba a arrastrar mi voluntad hasta alcanzar una meta. Y lo haría aunque esta se encontrara en los confines más remotos del universo, de cualquier universo. Yo, Hypatia, no pararía hasta encontrar el alma del que fue el amor de mi vida, aunque sería más preciso decir el «amor de mi muerte». Y lo haría aunque tuviera que revolver hasta el último átomo, hasta la última micro-partícula, hasta la última brizna de Energía Misteriosa de cualquier dimensión cosmológica imaginable.

«Leonardo di Firenze, no te escondas. Sé que una fracción de lo que fuiste vaga cohesionada por algún lugar, por algún no-lugar. Toda resistencia es inútil: te encontraré aunque te ocultes en el último recodo de la eternidad».

Tuve que morirme y resucitar en una forma todavía desconocida de existencia para dejar de ser tan racional. Nunca es tarde. Ahora creía dominar el tiempo/espacio convencionales así que, una vez reinventada sonreí de forma metafísica.

«¡Voy a buscarte! ¡Voy a buscarte primero a ti, y luego al resto de humanos que vivieron, amaron, sufrieron y murieron!»

Primero extendí mis alas de golondrina. A una velocidad hiperlumínica, mis pensamientos y sensaciones se sumergieron en los confines malva del universo. Surqué rauda sistemas planetarios, soles, polvo cósmico, constelaciones y cúmulos estelares, agujeros negros y cuántares, nebulosas, estrellas de neutrones, novae y supernovas, rayos gamma y, por fin, galaxias, cúmulos galácticos y regiones cosmológicas. Y lo hice hasta escuchar la dulce melodía de la Huga Explosión, los acordes de la enorme explosión génesis de este universo. En ese momento todo se aceleró tanto que se convirtió en simultáneo. Todo lo que me ocurrió después de morir, sin previo aviso... ¡se me reveló al mismo tiempo!

V

DE REPENTE, EL PASADO se me reveló como un todo indivisible y simultáneo, enroscado en los arabescos que constituían las raíces energéticas que me configuraban, pues toda yo, Hypatia de Alejandría, dominé el ámbito del dios Cronos, gracias a esa elipsoide descomunal que representa al espacio y tiempo globales, pero que es tan solo una fracción de la infinita realidad de universos multidimensionales y que, como dijeron los hermanos Kepler, no somos más que algo insignificante, ridículo, al borde de la no-existencia, aunque jamás se nos debería calibrar en relación a lo externo sino por nosotros mismos y en ese sentido sí se puede decir que somos grandes, a pesar de las tinieblas que ensombrecen nuestro corazón, pero desde el lado luminoso y desde tiempos de Alberto de Ulm el ser humano empezó a intentar algo inédito hasta el momento, determinar la composición física del alma, ese fluido radiante que pronto desvelaré, ¿o ya lo hice?, y precisamente mi inmortalidad me permitirá buscar a mi amor hasta el infinito, hasta el fin del universo, hasta el fin de la eternidad como prometí, y en mis pesquisas toparé de modo indefectible con el Ágora Luminosa que preconizó mi amado padre, donde todos los sabios del pasado rían y lloren, griten y callen, riñan y amen y, sobre todo, entiendan, y quizá allí mismo lo encuentre, aunque su rebeldía y su genialidad aleatoria le hagan huir de ese ámbito reglado, de esa Escuela de Atenas Cósmica, y que su huida perpendicular, sea la única línea recta que jamás trace mi amado genio en cuya mente fabulosa coexisten la deslumbrante creatividad de un artista superlativo y la soberbia inteligencia de un científico sobresaliente, y que sentó las bases para que todos pudiéramos volar, pero, además de seguir enamorada de un fantasma en este estado de imbecilidad quizá también eterno, debo plantearme otras cosas, como que si yo no hubiera intervenido en la historia humana, en la realidad paralela resultante, ¿serían los humanos más o menos felices?, pregunta de difícil respuesta pero de fácil especulación, y especulo que lo serían igual, pues lo material, los avances científicos y tecnológicos nos ayudarán a evolucionar como especie, pero la felicidad es una actitud ante la vida, una entelequia subjetiva que, por definición, reside en lo más hondo de cada uno y, por lo tanto, es inmune a toda contingencia exterior, y especulo también que, de todas maneras, fue necesaria una Era de Dios donde asentar el substrato moral y cultural de una sociedad desnortada, cenizas del Ave Fénix que constituyeron griegos y romanos, para luego resucitarles, como vaticinara mi amado Sinesio de Cirene, y los duros pero necesarios emperadores bizantinos y el irrepetible Carlomagno a los que animé a tomar esas decisiones una madrugada, tuvieron mucho que ver en ese milagro, y también el entrañable y orondo Beda, que rescató el fabuloso legado árabe-clásico, y que pronosticó en sus versos la «Era que refulge bruja» porque el ágora también drenaba información hacia los vivos o existían mil Musas como yo que, junto al bueno de Alcuino de York, salvaron los pergaminos de enmohecer en los monasterios de media Europa dando paso a la universalización del conocimiento, gracias, en especial gracias, a «ese pequeño ejército de soldados de plomo con el que conquistar el mundo» que fue la imprenta de Ho Sheng, y que unió para siempre Oriente con Occidente, gracias también al viajero Abdel Shifa y La Era de los Genios que era algo inevitable que tenía que venir pues tras darle a Dios lo que era de Dios, el César reclamaba su justa parte, y así Rashíd al Mahal comenzó a aplicar de forma tímida el saber para aliviar el dolor de los hombres, y sus genes saltaron al intuitivo Bacon y a la valiente Omar, y volaron por Europa y por los siglos para inocularse en otro hombre, MI Hombre, reencarnación del genial cordobés que sí pudo desarrollar su virtuosismo descubriendo nada más y nada menos que la Energía Luminosa, y no quiero dejar fuera a las bizarras conquistadoras, Michelle de

Heristal y Azul Omar, que dibujaron en las páginas humanas la circunferencia completa del globo terrestre, aportando dos continentes imprescindibles para lo que estaba por venir, el primero tras susurrar en sueños al vikingo Rüger que sorteara con su nave ese enorme trozo de hielo y Australis tras sugerírselo a la niña de preciosos bucles negros, ni olvido a la intrépida Anastasia Meshkova, que cristalizó el sueño de mis clones superlativos y de un millón de hombres pretéritos, el sueño de ser pájaro y surcar los cielos para alcanzar así el futuro, y la Energía Infinita de Woolsthorpe, que dio una nueva vuelta de tuerca a la evolución de mi antigua especie, pero que todavía estaba indómita, por desbravar, y tuvo que llegar el despistado de Ulm y la Teoría Global Unificadora de la Física que le suministré en el pergamino de sus sueños, con la que descifrarían las ruedas dentadas del cosmos, y entre los dos y gracias a mi periplo a través de la evolución humana pudimos extrapolar dicha evolución a nivel cósmico, concebir la conclusión más fabulosa de las imaginables y deslumbrarnos finalmente con la luz que dimana de Dios, y los muchachos de Alberto de Ulm que dejaron escapar a una servidora «viva», al sortear el señuelo de su aún inocente y todavía tosco Ciclópeo Colisionador de Partículas, y que, no obstante, sentaron las bases para lo que constituye, quizás, el más fabuloso anhelo humano, a saber, alcanzar las estrellas, y hacia ellas se dirige Stephen de Oxford, como mi preciosa Michelle zarpó rumbo a Rügenland, pero he de afirmar que ni emperadores ni reyes ni religiosos, ni descubridores, ni científicos, ni inventores, ni genios de cualquier índole son los verdaderos protagonistas de la Historia sino la galaxia infinita de seres humanos que sufrieron, amaron, vivieron y murieron luchando por un trocito de felicidad desde el comienzo de los tiempos, como la abnegada Tianú Chiendú, mujer de Ho Sheng que reservó valiente su sonrisa para ofrecérsela a la muerte, y citándola y como pregunté al comienzo de esta narración, ¿creen que la muerte es el fin, más allá de nuestra descendencia, más allá de nuestras obras?, yo así lo creía, desde el punto de vista de una científica, de una mente lógica, pero también lírica, pensaba que al fallecer nos convertimos en polvo de estrellas y que allí, integrando los astros es dónde están todos los que amamos, pero en verdad, ¿dónde están exactamente?, pues heme aquí respondiendo que creo que todos ellos o un eco de lo que fueron se encuentran en alguna esquinita del cosmos esperando a los que todavía viven, escuchando los arpegios de la melodía del universo en el que una sola de sus notas desintegre todos los infortunios que padecieron en vida, inmersos en una existencia eterna más luminosa y justa que la terrenal, y que ya no puedo dilatar más el hecho de desvelar mi humilde teoría acerca de lo que nos convertimos cuando morimos, es decir, cuando se acaba la vida que no es otra cosa que una organización concreta de átomos, algo muy diferente a la inteligencia que puede albergar, que ahora estoy segura que no tiene porqué cabalgar sobre la materia, y, como preguntaba al comienzo, ¿en qué pergamino de cualquier sabio de la Atenas de Pericles está escrito que nuestros pensamientos, recuerdos, emociones estén fabricados con sustancia física o la precisen en moda alguno?, y he de decir que las pistas me las suministraron Ho Sheng y sus pensamientos taoístas, y la energía azul en la que Mahal y Luca di Borgo se transformaron al morir, e incluso a pesar de ser una no creyente, las palabras de la Biblia, «quién cree en mí vivirá para siempre», que me hicieron pensar, y sí, adelanto ya una certeza, que seguimos siendo, pero en otro estadio, que el ser no se pierde, y puedo decir orgullosa que ya he aprendido a capturar energía del exterior y a no depender de la de los humanos para subsistir, y que la clave está justo ahí, en la Energía y en concreto la Energía Misteriosa, que es en lo que creo que nos convertimos al morir y que, junto a la materia de tan opaca naturaleza, abarca todo el universo, y eso soy, como sugirieron Isaac de Woolsthorpe, por un lado, y las palabras de ese miembro del equipo de

Ulm en sus octosílabos, y que quizás soy inmortal golondrina, teniendo en cuenta el núcleo de mi argumentación y de todo lo que pienso al respecto reside justo, por antítesis, en lo que auguraba Agustín de Hypona, aludiendo a las piezas que componen la memoria difusa: «ocultas, dispersas y desordenadas», la Energía Misteriosa en la que nos convertimos se ha de revelar presente, en orden, cohesionada y dotada de una estabilidad mínima, características imprescindibles que configuran esa matriz transenergética en la que me he convertido, aunque también sea necesaria una cierta plasticidad para razonar y generar nuevos recuerdos y que creo que ALGUIEN o ALGO, quizás ese Dios hijo de la eternidad, o quizás sus secretarios procedentes del Ágora esbozada por mi padre, velan por que dichos parámetros manejen con soltura la Energía Misteriosa, y así se aseguren la integridad del yo y se evite que al morir seamos totalmente solubles en el universo, una vez liberados del yugo que nos hizo prisioneros de la densidad de la materia, pero he de admitir que, a pesar de todo lo aprendido, mi ignorancia es extraordinaria y en verdad solo sé que la muerte no es el final sino casi el principio del primer segundo de la eternidad, pues aquí estoy, y esperaré de forma metafórica que se desintegre esa esfera de hierro del tamaño de la Tierra por el roce insignificante del extremo de mis alas de golondrina, una vez cada mil años, para completar del todo ese macrosegundo en el acabo de decidir que seguiré ayudando al ser humano, porque de lo Uno o el *nous*, o el conocimiento absoluto humano aún no se vislumbra, y que al igual que el peso de los mil palacios de Alejandría podrían hacer que esta se hundiera en el mar, así la soberbia y el egoísmo hacen de lastre de la humanidad para que evolucione, pero me alegro de comprobar que se haya avanzado un milímetro, pues ya soy capaz de divisar ese rayo kumónico de potencia extraordinaria que atraviesa la membrana de nuestras realidades y que servirá de vórtice y puente entre los dos universos, cual Nuevo Faro de Alejandría atravesando la bruma del *Mare Nostrum* con su potente luz, y concluyo, sin titubear, que me tomaré toda la eternidad hasta encontrar al billón de almas de los humanos que murieron, que quizás se agazapen risueños detrás de una estrella jugando al escondite cósmico y, en particular, la de ese barbudo genial que me cautivó, y he de decir que como he comprobado de forma empírica, el amor es la fuerza más poderosa del universo pues trasciende mucho más allá de la vida y de la muerte, de hecho creo que es, en verdad, la frontera que las separa, y sí, querido, sentí con claridad la fluctuación kumónica en Australis cuando te invoqué, así que revolveré hasta la última nanopartícula física, la última esquirla de luz, la última brizna de energía, Misteriosa o no, hasta encontrarte, hasta encontrar a Leonardo *di Firenze*, a ese hombre irrepetible que, a veces, veía fabulosos elefantes persas en las vetas del mármol.

RELACIÓN DE EQUIVALENCIAS

PERSONAJES:

REALIDAD UCRÓNICA – REALIDAD HISTÓRICA

Agustín de Hipona – San Agustín
Alberto de Ulm – Albert Einstein
Benjamín de Boston – Benjamín Franklin
Carl Gustav de Kesswil – Carl Jüng
Edelmiro Fibonacci – Leonardo de Pisa
Edmund of Londinium – Edmund Halley
Erasmus de Flandes – Erasmo de Rotterdam
Fernando de Oporto – Fernando de Magallanes
Gottfried Wilhelm de Leipzig – Gottfried W. Leibniz
Hölderlin de Prusia – Johann Christian Friedrich Hölderlin
Isaac de Woodsthorpe – Isaac Newton
James Augustine de Rathgar – James Joyce
Johannes Chrysostomus Wolfgangus de Salzburgo – Amadeus Mozart
Julio de Pescina – Cardenal Mazarino
Karl Ernst Ludwig de Kiel – Max Planck
Leonardo di Firenze – Leonardo da Vinci
Luca di Borgo di Sansepolcro – Luca Pacioli
Luciano Polo – Marco Polo
Ludovico di Vigevano – Ludovico Sforza «El Moro»
Luis de Chasseneuil, el Misericordioso – Ludovico Pío (Luis I El Piadoso)
Marie Sklodowska de Varsovia – Marie Curie
Michelangelo de Caprese – Miguel Ángel Buonarotti
Nicolas de Thorn – Nicolás Copérnico
Rutherford de Brightwater – Ernest Rutherford de Nelson
Sandro di Firenze – Sandro Botticelli
Stephen de Oxford – Stephen Hawking
Oliver de Huntingdon – Oliver Cromwell
Rafael de Urbino – Rafael
Salvador de Figueras – Salvador Dalí
Tomás de Prusia – Tomás Kempis
Vasco de Sines – Vasco de Gama
Vasco Núñez de Badajoz – Nuñez de Balboa
Vincenzo Galilei – Galileo Galilei

CONCEPTOS CIENTÍFICOS:

REALIDAD UCRÓNICA – REALIDAD HISTÓRICA
Ciclópeo Colisionador de Partículas (CCP) – Gran Colisionador de Hadrones
(HLC)
Energía Infinita – Energía de Fusión Nuclear
Energía Luminosa – Energía Eléctrica
Energía/Materia Misteriosa – Energía/Materia Oscura
Física Kumónica – Física Cuántica
Huge Explosion – Big-Bang
Ley Universal de Atracción de los Cuerpos con Masa – Ley de la Gravitación
Universal
Leyes de Heristal de los Cuerpos Celestes – Leyes de Kepler
Luminomagnetismo – Electromagnetismo
Máquinas Pensantes Luminosas/Kumónicas – Ordenadores Electrónicos/Cuánticos
Mecánica Antigua – Mecánica Clásica
Mecánica Nova – Mecánica Cuántica
Planetas Ops, Quirino, Jano-Vesta – Urano, Neptuno, Plutón-Caronte
Red Mundial/Cósmica – Internet
Satélites Jovianos Martel, Carolo, Meroveo y Cicerot – Calixto, Europa, Ío y
Ganímedes

TERRITORIOS Y ENCLAVES GEOGRÁFICOS:

REALIDAD UCRÓNICA – REALIDAD HISTÓRICA
Alcuinas – Islas Azores
Australis – Australia
Belisaria – Italia
Canal de Durovernum – Canal de la Mancha
Cicerium – Manhattan
Continente Helado – Antártida
EUE – Futuros Estados Unidos de Europa
Franca – Francia
Hispania – España
Mare Germanicum – Mar del Norte
Nueva Córdoba – Broome (Australia)
Nuevo Parisii – Nueva York
Pons Aelius – Newcastle
Rügerland – América
Tierra Verde – Groenlandia
Verulamium – Saint Albans, Hertfordshire

LICENCIAS

Es fácil comprender que escribir esta novela me ha llevado algo más de dos tardes. La palabra novela ha quedado subrayada, no por apoyarme accidentalmente en el teclado sino porque quiero resaltar el carácter ficticio de la narración: *Hypatia y la Eternidad* tampoco es una novela histórica desde el punto de vista formal, aunque pueda parecerlo en primera instancia. Se trata de una ucronía, una utopía histórica razonada, una «reconstrucción lógica, aplicada a la historia, dando por supuestos acontecimientos no sucedidos, pero que habrían podido suceder», según los chicos de la R.A.E. No obstante he pretendido, dentro de la limitada medida de mis posibilidades, ser riguroso con los datos, tanto desde el punto de vista histórico, artístico, científico, tecnológico como el geográfico. Es muy probable que haya errado al respecto pues son infinidad de esos datos los que arrojé con crueldad a los ojos del lector en esta narración; en tal caso, en el de la inexactitud, no tengo ningún reparo en pedir disculpas por ello. Antes de que se me olvide quisiera aclarar lo evidente con flagelante humildad, con máxima deportividad: no soy un poeta y no estoy capacitado en modo alguno para versificar, ni remotamente, y mucho menos como las grandes plumas del pasado (ni del presente). Es más que obvio que entre un servidor y los grandes de la lírica median distancias siderales, que seguro que todavía ahora se siguen partiendo de risa en su universo paralelo de mis sencillas rimas. Los poemillas que he pergeñado osadamente son importantes para el argumento por su fondo, no por su forma. Los versos son un mero juego para el lector y están destinados también a aliviar durante unas estrofas la alta carga histórica/científica de la novela. Volviendo al carácter ficticio, el texto retrata una realidad paralela, aunque sería mucho más correcto decir divergente, de la historia de la humanidad. A partir del primer salto de la bella Hypatia a la cabeza del emperador bizantino Justiniano I, la historia se aleja milímetro a milímetro de la que fue. Sin embargo, para ser riguroso sí me gustaría hacer algunas puntualizaciones, tan solo unas pocas de las muchas que podría realizar.

Primero sobre algunas situaciones o frases aquí vertidas:

He puesto en boca de diferentes personajes citas que, en verdad, pronunciaron los personajes equivalentes en nuestra realidad, en especial Isaac Newton y Albert Einstein. El sabio Avicena dice, «casualmente» lo mismo que dijo Alexander Fleming cuando descubrió los antibióticos. Cosas de los universos paralelos. El Newton de la realidad que aquí dibujo en una ocasión se expresa con palabras textuales de Stephen Hawking o de Albert Einstein, denotando que los genios de ese sendero temporal van un paso (o dos) por delante de los del nuestro. En esa misma línea «¿creen ustedes en la trasmigración de las almas?» también lo dijo jocosamente el filósofo y escritor Bertrand Russell en nuestra realidad.

Son del fabuloso poeta español José Hierro los versos que pronuncia Albertito de Ulm, alias Einstein, en un momento de la narración: «después de todo, todo habrá sido nada, a pesar de que un día lo fue todo». Y en este texto los recita ante la inminente destrucción total producida por la caída del cometa que en nuestra realidad arrasó la región

de Tugunská siberiana en 1908. Se atribuye a Johannes Gutenberg la frase pronunciada en este universo, el de toda la vida, «la imprenta es un ejército de 26 soldados de plomo con el que se puede conquistar el mundo». Es de Jorge Luis Borges (en todos los universos paralelos de los que se tiene constancia de su presencia) la idea de que los griegos ya codificaron todas las situaciones humanas posibles. Es del físico argentino Jorge Mikenberg, ante la inminente inauguración del HLC, el Gran Colisionador de Hadrones, «Esto nos abre la puerta a una dimensión desconocida. Estamos haciendo algo nunca antes realizado; esto es el límite de la tecnología que existe hoy en día». Totalmente adrede, he realizado un enorme «autoguño» en el capítulo ubicado en Florencia –y alguno en el situado en Córdoba– a pasajes o situaciones de mi novela *La invencible sonrisa de Leonardo*, cosa que, por cierto, me ha divertido mucho.

Algunos apuntes históricos:

El Palacio de Aquisgrán, en la realidad que conocemos, se construyó probablemente entre el año 800 y 814 de nuestra era, junto a la catedral. Sin embargo, en la ucronía que tienen delante aparece ya edificado en el año 780. Por otro lado, Dagoberto I fue en verdad el último gran rey merovingio.

Alguna matización científica:

Durante la odisea transoceánica en la que descubre Rügenland/América es apurado indicar la aparición de auroras boreales a esa latitud. Se ha usado el Sistema Métrico Internacional a partir de determinado capítulo, y unidades de medida admitidas por él como el pársec, el terabyte y petabyte, exaelectronovoltio, etc. También la formulación inorgánica convencional como para nombrar al ácido acetilsalicílico. Es más que improbable que en una realidad paralela se hubiera llegado de forma casual a idéntico sistema de nomenclatura, lógico, pero también dotado de una buena carga de arbitrariedad.

Algún anacronismo semántico:

Es probable que alguno se haya colado pues se me antoja imposible que ello no sucediera a pesar de los extraordinarios trabajos de la correctora y de mi *e-editor* Alejandro. Usar el abanico léxico exacto de cada época, en cada región de la Tierra, en un universo divergente transdimensional, y hacerlo sin errar sería empresa de un ejército de filólogos de varios universos paralelos, y eso nos hubiera salido carísimo, sin duda.

AGRADECIMIENTOS

Decía el francés Jean Baptiste Massieu que la gratitud es la memoria del corazón y, como mi *cuore* tiene una memoria de elefante, no voy a escatimar nombres en la siguiente relación. En la novela todo orbita alrededor de una mujer y, precisamente, un puñado de mujeres fabulosas han colaborado activamente para que esta novela esté entre sus manos (espero que no en el suelo, tirada dentro de su lector digital, porque se han quedado dormidos). En primer lugar, sin ningún género de dudas, MI MARAVILLOSA MADRE, **ÁNGELA**. Ella ha jugado un papel decisivo en el alumbramiento de *Hypatia y la eternidad*, poniendo a mi servicio el equilibrio que aprendió de sus lecturas de toda una vida, atando corto a «la loca de la casa» que habita en mi mente, consiguiendo que al final saliera algo medianamente coherente. Su madre, Pepita, es a quien dedico esta novela, entre otras muchas razones porque, acabándola, ella se transformó una noche en Energía Misteriosa y tuvo el generoso detalle de venir a despedirse... una vez ya había cruzado la frontera. No es una forma de hablar: incluso mi mente científica, mi lado Ray, lo cree así. Siguiendo con el sexo fuerte, **Ana María Oeo**, estupenda historiadora, supervisó también el texto y, aunque le inquietó que en la ucronía diera tantas patadas a los libros que ella estudió, sus precisos consejos, como ir a las fuentes originales, me ayudaron enormemente. **Marieta Monllor**, aun desde la distancia espacio/temporal, siempre tuvo una fe ciega, creyó sin ver. Mi hermana **María José** y **Raquel Almería** tuvieron la amabilidad de, sin compasión, darme un buen rapapolvo durante las pruebas del primer capítulo. Raquel, además, fue el único ser humano –junto a mi progenitora– que leyó la ultimísima versión –la digital, V.2011– antes de mandársela a mi nuevo editor. Tras leerla y hasta la fecha, después de superar el periodo de cuarentena, es capaz de hacer vida normal y no le han salido membranas interdigitales ni nada. **Isabel Martín**, fabulosa correctora, ha demostrado ubicarse entre los mejores, biselando un complejísimo texto lleno de peligrosas aristas que podían herir, o lo que es peor, aburrir soberanamente al lector.

Sería injusto citar solo a las mujeres así que voy por los chicos (y de paso por más chicas). Gracias a **Ignacio Arregui**, a **Daniel Tío**, **Paco Baeza**, **Jesús Cañizares** y **Mariano Lozano** por prestarme sus privilegiadas aunque ingenieriles seseras (jijiji). Leyeron el texto, regalándome sus más que interesantes opiniones, y en el caso de Daniel y Mariano (autor del célebre blog Mi Ciénaga), sus inteligentes reseñas. **Alejandro Blanco** también tuvo a bien leer a mi Hypatia, con esa visión única para la literatura que le caracteriza. Y hablando de reseñas, gracias a todos los me la mandaron y que colgué en la web oficial de la novela, www.hypatiaylaeternidad.com, a saber (además de los citados), **Lourdes Arjonilla**, **Victoria Eugenia Buenache Vega**, **Vorimir** (del portal Hislibris de novela histórica), **Juan Pablo "Palimp"** (del portal El Cuchitril Literario), **Juan Julián Merelo "J.J."** (del portal Atalaya: desde la tela de araña), **Juan Uscola**, **Alfredo Orantes**, **José Alfonso Moreno** y **Jesús Cano Soriano** La hermana de este último, **María Cano**, me consta que hizo y deshizo para promocionar la novela, la regaló y aportó su valioso granito de arena. También quiero agradecer a un gran creativo y amigo por su trabajo digital: a **Pedro Arechaga**, sin duda una suerte contar con su arte y su buen hacer. Por otro lado,

Benjamín Escalonilla, brillante ilustrador de Literaturas Com Libros ha conseguido un milagro: condensar en la preciosa portada no sólo la esencia, el espíritu de *Hypatia* sino también el de la novela en sí. Y no lo tenía fácil. Es increíblemente bonita. Enhorabuena, de corazón.

Mención especial al deslumbrante músico canario **Juan Carlos García**. Él compuso, nada más y nada menos que la banda sonora de *Hypatia y la eternidad*; una melodía del mismo nombre que tuvo la generosidad de integrar en su álbum EGIPTO SAGRADO, Luz desde Luxor. Tengo que confesar que cada vez que la escucho se me eriza tanto el vello que me cargo todos los jerséis. Como todas sus melodías se trata de una sinfonía de luz, dentro de cuyos fotones eclosiona redivivo el mismísimo espíritu de *Hypatia*.

Quiero agradecer aquí y ahora a los periodistas que me entrevistaron por televisión, radio y prensa escrita. En especial a **Óscar López**, de RNE, **Carlos de la Calle**, de Antena 3 y a **José María Ibáñez**, de Radio Mallorca. También a **Eva Orúe**, de Punto Radio y Divertinajes.com, a **Antonio J. Rodríguez**, del diario Público y a **Kamala Orozco**, de Informativos Telecinco.

Como no podía ser de otro modo, quiero dar las gracias a todos esos lectores anónimos que tuvieron la generosidad y la paciencia de comprar y leerse la versión impresa de la novela.

Para concluir, pero en modo alguno en último lugar, **Alejandro Pérez Prat**, –mi nuevo editor– en representación de Literaturas Com Libros ha conseguido resucitar de nuevo a «mi» *Hypatia*. Alejandro ha conseguido pulir y afinar más el complejo texto al detectar en él sutilezas en las que nadie había caído antes. La protagonista de la novela me gritaba desde su oculta dimensión que la novela merecía otra oportunidad y Literaturas Com Libros se la ha dado. Gracias por vuestra amabilidad y enorme profesionalidad.

Empecé en clave *ying* y en clave *ying* termino. No quisiera despedirme sin mandarle un enorme abrazo a una buena amiga. Hemos vivido muchas aventuras juntos, y he de admitir que su extraordinaria fuerza me hizo levantarme en los momentos de zozobra, continuar adelante. La verdad es que tiene un trabajo precioso, pues ayuda a la humanidad de otra realidad a evolucionar, aportando un poco de energía y/o conocimiento aquí y allá, lo típico ;-). Aunque ya haya declarado públicamente mi amor hacia tu chico, Leonardín, no te pongas celosa: acurrucada o no en los pliegues del tiempo, a ti también te quiero, *Hypatia*, *Hypatia* de Alejandría.

SOBRE EL AUTOR



Ramón Galí (Madrid, 1969), aunque de formación científica (es informático), compagina la profesión de docente con su pasión por la ciencia, la tecnología, la historia y el arte, en especial, la literatura. En el año 2.002 resultó triple ganador del concurso de microrrelatos de ciencia-ficción del periódico *El Mundo*. Precisamente uno de dichos microrrelatos, *Dos microvatios* es el germen de esta novela.

Es el autor de las novelas *La invencible sonrisa* de Leonardo (2.008), *Hypatia y la eternidad* (2.009) y *Las aventuras peregrinas de un escritor peliculero* (2.010)

Además, Ramón dispone de un blog en su página web de referencia <http://www.ramongali.com> donde enlaza a las webs oficiales de las mencionadas novelas. El autor colabora activamente en la revista digital bilingüe *Tiempos Futuros* –de ciencia y tecnología especulativas– como crítico cinematográfico, redactor y columnista.

MENSAJE DEL AUTOR

Los libros no se hacen como los niños, sino como las pirámides, con un diseño premeditado, y añadiendo grandes bloques, uno sobre otro, a fuerza de riñones, tiempo y sudor. Gustave Flaubert, escritor francés

Esta novela es el fruto del esfuerzo de muchos, muuuuchos años. Cinco versiones y un océano de vicisitudes se esconden detrás de sus páginas. A ti, lector invisible, quiero darte las gracias por haberla elegido, de corazón. Un placer, un honor. El texto cuenta con casi 75.000 palabras. **Si hubo una sola frase que te gustó o incluso te conmovió me doy por satisfecho.** En tal caso ya constituyes una pieza importante del mosaico de mi felicidad. Espero que *Hypatia y la eternidad* ahora sea al menos una minúscula brizna de la tuya. GRACIAS.

Por otro lado, una propuesta: SI NO HAS COMPRADO este e-book y hay algo en él que te haya gustado realmente, **me podrías invitar a un café.** Parece justo, ¿no crees? Si te animas puedes –de una forma muy sencilla y anónima– enviarme lo que yo llamo un SMS de buena fe desde tu teléfono móvil. Si te lo han regalado desde Amazon u otra plataforma OFICIAL, por favor, no hace falta que mandes ningún mensaje.

Puedes hacerlo desde <http://ramongali.com/blog/donaciones>

Gracias.

Una vez en mi web, y al margen de lo que decidas, si te apetece puedes curiosear un poco mis otros trabajos.

En cualquier caso, me encantaría que **me escribieras un correo** contándome qué te ha parecido la novela *Hypatia y la eternidad*. Puedes aprovechar para decirme todas esas cosas que se te ocurrían mientras la leías. Y sí, también esas... ;-)

Email: raymongali@gmail.com

Para terminar, muchas gracias de nuevo. ¡Ah!...un momento, sí... NeoHypatia de Alejandría, acurrucada en los pliegues del tiempo, también me manda un gran abrazo para ti.

En Madrid, a 15 de julio del año 2.011.

Ramón Galí.

www.ramongali.com

Índice

Copyright

EL ESPÍRITU ETERNO E INDESTRUCTIBLE

CRÓNICA DE UNA INFAMIA O JESUCRISTO VERSUS PLATÓN (415)

PRIMERA PARTE: LA ERA DE DIOS

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO SEGUNDO

CAPÍTULO TERCERO

CAPÍTULO CUARTO

CAPÍTULO QUINTO

SEGUNDA PARTE: LA ERA DE LOS GENIOS

CAPÍTULO SEXTO

CAPÍTULO SÉPTIMO

CAPÍTULO OCTAVO

CAPÍTULO NOVENO

CAPÍTULO DÉCIMO

CAPÍTULO UNDÉCIMO

EPÍLOGO

RELACIÓN DE EQUIVALENCIAS

LICENCIAS

AGRADECIMIENTOS

SOBRE EL AUTOR

MENSAJE DEL AUTOR

